S U M A R I O

ARTÍCULOS

Pedro Henríquez Ureña, *Sobre la historia del alejandrino*, pág. 1; Amado Alonso, *Las correspondencias arábigo-españolas en los sistemas de sibilantes*, pág. 12; María Rosa Lida, *El amanecer mitológico en la poesía narrativa española*, pág. 77.

NOTAS

María Rosa Lida, *Huella de la tradición grecolatina en el poema de Juan de Castellanos*, pág. 111; María Rosa Lida, *La hipérbole sagrada en la poesía castellana del siglo XV*, pág. 121; Leo Spitzer, *Salmantino «en itoles y véntiles»*, pág. 130; Leo Spitzer, *¡Dios, qué buen vassallo si oviesse buen señor!*, pág. 132; Amado Alonso, *Sobre lo mismo*, pág. 135; Yakov Malkiel, *Antiguo judeo-aragonés «aladma, alatma» 'excomunión'*, pág. 136; Juan Bautista Avalle Arce, *Sobre Juan Alfonso de Baena*, pág. 141; Raúl Moglia, *«Primero es la honra», en Buenos Aires*, pág. 147; Emilio Carilla, *Restituciones a la lírica española*, pág. 148.

RESEÑAS

Filosofía y teoría del lenguaje: Charles Bally, *El lenguaje y la vida*; Karl Vossler, *Filosofía del lenguaje* (Benvenuto Terracini), pág. 151; Dámaso Alonso, *Ensayos sobre poesía española* (Amado Alonso), pág. 157; Lope de Vega, *El sembrar en buena tierra* (Raúl Moglia), pág. 158; Ricardo del Arco y Garay, *La Sociedad Española en las obras dramáticas de Lope de Vega* (Juan Bautista Avalle Arce), pág. 162; Joaquín de Entrambasaguas, *Una familia de ingenios. Los Ramírez de Prado* (Juan Bautista Avalle Arce), pág. 164; *Cancionero musical español de los siglos XV y XVI, transcripto y comentado por Francisco Asenjo Barbieri, Individuo de número de la Real Academia de Bellas artes de San Fernando* (Daniel Devoto); pág. 167; *Cancionero de Upsala* (Daniel Devoto), pág. 170; *Luys de Narváez: Los seys libros del Delphin de música de cifra para tañer vihuela (Valladolid, 1538)* (Daniel Devoto), pág. 171.

BIBLIOGRAFÍA: pág. 175.

NOTICIAS: pág. 194.

Printed in Argentina

Imprenta y Casa editora CONI. Calle Perú 684, Buenos Aires (República Argentina)

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA — Año VIII, Núms. 1-2

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO VIII — ENERO-JUNIO 1946 — NÚMS. 1-2

INSTITUTO DE FILOLOGÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

HISPANIC INSTITUTE
DEPARTMENT OF HISPANIC LANGUAGES
COLUMBIA UNIVERSITY

BUENOS AIRES • NUEVA YORK

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

El Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y el Hispanic Institute in the United States de la Columbia University, de Nueva York, editan conjuntamente la Revista de Filología Hispánica en Buenos Aires y la Revista Hispánica Moderna en Nueva York, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. Se publican trimestralmente. La Revista de Filología Hispánica contiene artículos y notas sobre temas de literatura española, exceptuada la época moderna; sobre el español de la Península y de América; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios teóricos y de métodos; información crítica, en reseñas y crónicas; una bibliografía clasificada. La Institución Cultural Española de Buenos Aires, que tiene entre sus fines el fomento de esta clase de estudios, colabora con el Instituto de Filología contribuyendo a sufragar los gastos de la Revista.

DIRECTOR : AMADO ALONSO

REDACTORES

Ángel J. Battistessa	Instituto de Filología
Américo Castro	Universidad de Princeton
Fidelino de Figueiredo	Universidad de São Paulo
† Pedro Henríquez Ureña	Instituto de Filología
Hayward Keniston	Universidad de Michigan
Irving A. Leonard	Universidad de Michigan
Marcos A. Morínigo	Universidad de Tucumán
S. G. Morley	Universidad de California
T. Navarro Tomás	Universidad de Columbia
Federico de Onís	Universidad de Columbia
José A. Oría	Universidad de Buenos Aires
Ricardo Rojas	Universidad de Buenos Aires
Ángel Rosenblat	Instituto de Filología
† Rudolph Schevill	Universidad de California

Redactor bibliográfico : José Famadas, Universidad de Columbia

Secretarios : Raimundo Lida y María Rosa Lida, Instituto de Filología

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

Anual : 4 dólares norteamericanos; número suelto, 1 dólar

Países de habla española y portuguesa : 10 pesos argentinos; número suelto 3,00 pesos argentinos; número doble 6,00 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

INSTITUTO DE FILOLOGÍA — SAN MARTÍN 534 — BUENOS AIRES, ARGENTINA

HISPANIC INSTITUTE — 435, WEST 117th STREET — NEW YORK, ESTADOS UNIDOS

SOBRE LA HISTORIA DEL ALEJANDRINO

El verso alejandrino tiene en castellano larga historia, con cuatro épocas: aparece, nebulosamente, en el siglo XII; se impone, como forma fundamental del mester de clerecía, durante los siglos XIII y XIV [1]; se eclipsa del XV al XVIII, salvo apariciones esporádicas [2] en la poesía culta y en los cantos populares; reaparece a plena luz en el XIX, y alcanza nuevo esplendor con los románticos y los modernistas.

[1] Sobre el alejandrino de los primeros siglos, cf. mi libro *La versificación irregular en la poesía castellana*, capítulo I, § 4; el estudio de John Driscoll Fitz-Gerald, *Versification of the cuaderna vía*, Nueva York, 1905, y los trabajos de H. H. Arnold mencionados en mi nota sobre la cuaderna vía (*RFH*, 1945, VII, págs. 45-47).

[2] Consúltese el erudito estudio de Arturo Marasso, *Ensayo sobre el verso alejandrino*, en *BAAL*, 1939, VII, págs. 63-127. Ejemplos que menciona de los siglos XVI a XVIII: Gil Polo, en la *Diana enamorada*, 1564 (llama a sus alejandrinos *rimas francesas*, pues nadie recordaba la cuaderna vía, salvo excepciones muy contadas, como Gonzalo Argote de Molina, a quien también cita Marasso); Pedro Hurtado de la Vera (¿o Pedro de Faria?), soneto en versos muy mal medidos, en la comedia *Doleria*, 1572; sonetos (¿de quién?) en elogio de *Dos tratados* del insigne protestante español Cipriano de Valera, publicados en Londres, 1588 (influencia francesa); Pedro Espinosa, el conocido soneto en elogio de la Virgen María; Alonso Carrillo, en el *argumento* del *Libro de la erudición poética*, de su hermano Luis, 1611 (versos sin rima; se reimprimen en 1613 partidos en heptasílabos); Ambrosio de Salazar, *La vida del autor*, en pareados, como prólogo de su *Espejo general de la gramática*, impreso en Ruan, 1614 (influencia francesa); en el siglo XVIII, Cándido María Trigueros, Tomás de Iriarte, Tomás Antonio Sánchez (composición en cuaderna vía y lenguaje antiguo, en elogio de Berceo, al publicar sus poemas, 1782), Leandro Fernández de Moratín y hasta el P. Bartolomé Pou (1727-1802), que escribe en su versión de Heródoto un único alejandrino al traducir un verso de la *Odisea*:

En Libia presto apuntan las astas del cordero.

Podría agregarse un único alejandrino con que remata Juan María Maury *El festín de Alejandro*, traducido de Dryden:

Y a fuer de nueva Elena incendia nueva Troya.

En la poesía popular (a la cual no hace referencia Marasso) aparecía de tarde en tarde, durante el siglo XVI, el alejandrino, mezclado con versos distintos, en la poesía de metro fluctuante:

Aquellas sierras, madre, altas son de subir...
Lavarm'e yo, cuitada, con penas y dolores...

En la cuarta época es común señalar dos períodos: antes y después de las innovaciones que, tras estudiar el modelo francés de Victor Hugo, introdujeron Francisco Gavidia (1883) y Rubén Darío. En vez de dos períodos, deberían señalarse tres; desde principios del XIX hasta 1838; de ahí hasta Gavidia y Darío; de estos modernistas en adelante. Quizá haya que contar, si la situación actual no se modifica, una nueva fase; desde alrededor de 1920 los poetas emplean poco el alejandrino, y bien podría eclipsarse de nuevo.

Durante la Edad Media, es bien sabido, los poetas españoles que aspiraban a escribir alejandrinos no llegaban fácilmente a la medida exacta de catorce sílabas: sólo Berceo alcanza — las más veces — el fin que se propone, si bien alterando el fluir normal del habla con la supresión total de la sinalefa [1]. Cuando el alejandrino de los siglos XII a XIV realiza plenamente su módulo ideal, su estructura es sencilla: se compone de dos hemistiquios de siete sílabas, que pueden terminar en palabra llana, o esdrújula, o aguda. La acentuación interna de los hemistiquios es libre; puede caer en cualquiera de las sílabas que definen la fisonomía rítmica de este verso, sea en sílabas pares, la segunda o la cuarta o ambas (acentuación yámbica, según la terminología de Bello), sea en sílaba impar, la tercera (acentuación anapéstica):

La verdura del prado, la olor de las flores,
las sombras de los árbores de temprados sabores.
(GONZALO DE BERCEO)

Era vieja buhona destas que venden joyas;
éstas echan el laço, estas cavan las foyas...
(ARCIPRESTE DE HITA)

Eran rítmicamente libres los pocos alejandrinos de los siglos XVI y XVII:

Olor tengan más fino las coloradas rosas...
Floridos ramos mueva el viento sosegado...
Más que el antiguo Néstor tengáis larga la vida...
(GIL POLO, *Diana enamorada*) [2]

Y después, no sabiendo lo que de mí sería,
me vine aquí a Ruán por una fantasía...
(AMBROSIO DE SALAZAR, *La vida del autor*)

Como el triste piloto que por el mar incierto
se ve, con turbios ojos, sujeto de la pena
sobre las corvas olas que vomitando arena
lo tienen de la espuma salpicado y cubierto...
(PEDRO ESPINOSA, *Sonato a la Virgen*)

[1] Cf. los trabajos indicados en nota anterior.

[2] La mayor parte de los alejandrinos de Gil Polo, puede observarse, son de acentuación yámbica.

En el siglo XVIII el alejandrino reaparece en Cándido María Trigueros (1736-1800), que lo llamó *pentámetro* (creía haberlo inventado), desde 1774:

Y sufriendo en mil tierras y el reino de Neptuno
las iras poderosas de la enojada Juno...
(*Eneida*, I)

y en Tomás de Iriarte (1750-1791):

Yo leí, no sé dónde, que en la lengua herbolaria,
saludando al Tomillo la hierba Parietaria...
Apenas medio palmo del suelo te levantas...
(Fábula X, *La parietaria y el tomillo*)

La acentuación interna de los hemistiquios es, como se ve, libre. Igualmente en Alberto Lista (1775-1848):

Ya de fulgentes flores se adorna primavera...
Yo trasporgo ligero los cántabros collados...
Allí están sus rediles: amor, yo soy dichoso,
que ya vuela a mis brazos la amada Filis mía...
(*El deseo*)

Se mantiene libre, durante el siglo XIX, en los del prócer chileno Camilo Henríquez (1769-1845):

Los talentos de Chile yo te vi que aplaudías,
pero su sueño y ocio sempiterno sentías...
(*Exhortación al estudio de las ciencias*, ¿1812?)

¡Salve, gloria del mundo, república naciente,
vuela a ser el imperio más grande de Occidente!...
(*A Buenos Aires*, ¿1816?)

En los del romántico argentino Esteban Echeverría (1805-1851):

Dichosos si durasen las horas de ese sueño
como duran y vuelven las del sueño común...
(*La Guitarra*)

En los de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873):

Sola al pie de la torre, donde la voz tonante
resuena pavorosa de tu señor fatal...
(*A Polonia*, versión de Hugo, 1840)

En los de Pablo Piferrer (1818-1848):

Y el negro sumidero en que bota y retumba...
Más allá está tu patria, un eterno confín...

El *aura* vespertina que en las *ramas* suspira...
el *sol* la *roja* cúspide por *vez* postrera mira...
(*La cazuela y la campana*)

En los del mexicano Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842):

Hijos de *tales* padres, por las *sendas* impuras
de avaricia y torpeza caminarán a oscuras
y en *fiestas* crapulosas los hallará la luz...
(*El privado del virrey*)

Todavía en los del novelista andaluz Juan Valera (1824-1905):

De la *sabia* Minerva maravillosa fábrica,
¿cómo *se ha* destruído, Atenas, tu poder?...
(*Fábula de Euforión*)

En los de José Selgas (1822-1882):

Coronadas de lágrimas las *ondas* de su velo,
rota sobre los aires su *toca* virreinal...
(*La nube de verano*)

Y, tardíamente, en Miguel Antonio Caro (1843-1909):

Le traerían ensueños floridos a la mente
y olvidados afectos del corazón marchito...

A soñar a la sombra de tus copados árboles,
de tus bullentes ondas al amoroso ruido...

Mi amor es puro y vago, misterioso y fecundo,
más hermoso que el cielo, más que la *mar* profundo...
(*El descubridor*)

Y en otro gran colombiano, Rafael Pombo (1833-1912):

¡Qué *suerte* me ha tocado! ¡qué esclavi*tud* la mía!
¡Vivir atado a un libro! ¡trabajar todo el día!...
Hoy no sabes ser libre. La virtud y la ciencia...
(*El escarabajo y la oruga*)

Sorprendida in fraganti cayó la *pulga* un día...
Muy poco *mal* me hiciste, mas ello se te debe
a que te era imposible hacérmelo mayor...
(*El hombre y la pulga*)

Entonces no se usaban estas carnicerías
y eran artes incógnitas chorizos y jamón...
(*Chanchito*)

Y hasta en el dramaturgo Echegaray (1832-1916):

Cuando del *viento* el ímpetu logra al *sauce* doblar...
Y en la marmórea piedra el cin*cel* ha grabado...
(*Noviembre*) [1]

II

¿Cuándo empezó la acentuación yámbica rigurosa de los hemistiquios del alejandrino? En *El deseo*, de Lista, está comenzando: solamente la última estrofa de la composición lleva acentuación libre; las anteriores tienen todas acentuación yámbica. Podría esperarse que los clasicistas del siglo XVIII hubieran introducido el rigor rítmico, como lo hicieron — por lo menos los últimos, Leandro Fernández de Moratín, Quintana, Gallego, Lista — con el endecasílabo, suprimiendo unas de sus formas, la de acento interior sólo en la sílaba cuarta, que se había mantenido desde los tiempos de Boscán y Garcilaso [2]. Pero el alejandrino tuvo escaso favor entre ellos. La acentuación yámbica exclusiva se adopta en el período romántico, y, según parece, la innovación se debe a Zorrilla (1817-1893): los primeros alejandrinos que aparecen en sus obras son los de la plegaria *A María*, que forma parte de la colección inicial de sus poesías, publicadas en 1838:

Aparta de tus ojos la *nube* perfumada...

Vienen inmediatamente después los conocidísimos versos de *Las píldoras de Salomón*, en la sexta parte de los *Cantos del trovador* (1840-1841): constituyen el tercer «fragmento», que alcanzó extraordinaria popularidad; no llevaba título, pero después se le ha denominado unas veces *Las nubes*, otras veces *La tempestad*:

¿Qué *quieren* esas nubes que con furor se agrupan
del *aire* transparente por la re*gión* azul?...
¡Cuál *rápidas* se agolpan! ¡Cuál *ruedan* y se ensanchan
y el firma*mento* trepan en lóbrego montón!...

[1] En la segunda edición de mi libro *La versificación irregular de la poesía castellana*, Madrid, 1933, pág. 318, atribuí al poeta uruguayo Juan Carlos Gómez (1820-1884) alejandrinos de acentuación libre; no los encuentro ahora en su colección de poesías: si no sufrí equivocación, debí de leerlos en una composición no recogida en volumen.

No recuerdo el autor chileno de unos alejandrinos que he visto citados no sé dónde, pero creo que son anteriores a los de Zorrilla:

Las alhajas que hurtó no encontrándoselé,
fue puesto en libertad, y a Copiapó se fue...

Hizo también alejandrinos de acentuación libre el argentino José María Cantilo (1816-1872).

[2] Cf. mi trabajo sobre *El endecasílabo castellano* en *BAAL*, 1944, XIII, págs. 725-824, ampliación y renovación del publicado en *RFE*, 1919, VI, págs. 132-157.

Poco posteriores a los alejandrinos de *Las píldoras de Salomón* son los de la *Apoteosis de Calderón* (1841):

Yo oí entre las hojas de mi laurel sonoro
brotar de un arpa nueva el inspirado són...

y los del «capítulo cuarto» de la *La azucena silvestre:*

¡Ay triste del viajero que pierde su camino...!

Contemporáneo estricto de Zorrilla, Salvador Bermúdez de Castro (1817-1883) publica en esos mismos años sus *Ensayos poéticos* (1840) donde emplea el alejandrino de acentuación yámbica en las composiciones *Un baño en el Tajo* y *A Toledo*, fechadas ambas en el año de aparición del volumen [1]. A poca distancia debieron de seguir a Zorrilla, y a Bermúdez de Castro, Gabriel García Tassara (1817-1875) y Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881). Hasta la Avellaneda adoptó la nueva forma en su composición *Al mar* y en dos estrofas de *La noche de insomnio y el alba:*

¡Ay! de la ardiente zona do tienes almo asiento
tus rayos a mi cuna lanzaste abrasador...

En América se difundió la innovación con el argentino José Mármol (1818-1871) y el venezolano Abigaíl Lozano (1821-1866).

III

Durante cuarenta años, desde el éxito de Zorrilla, la mayoría de los poetas consideraron obligatorio la forma que él le dió al alejandrino: en comparación con la libertad anterior, hubo de parecer que el rigor acentual creaba una superior estructura rítmica. Pero sobrevino, después de 1880, la revolución de los *modernistas*, que prefería, a las formas de verso rígidamente acentuadas, las de acentuación libre: así ocurrió con el eneasílabo; para el endecasílabo se restauraron las cuatro formas originarias, las de la primera mitad del siglo XVI, y después se ha llegado a formas descoyuntadas [2]. El alejandrino no podía quedarse intacto.

Cuando Gavidia y Darío descubren, con la lectura de poesía francesa,

[1] En *Un baño en el Tajo* hay un renglón que — podríamos pensar — viola la rigidez yámbica:

Corred, plácidas ondas, corred y murmurad...

Pero, probablemente, para el poeta el acento de *corred* dominaba sobre el de *plácidas*. La violación es franca, pero aislada, en este verso de *A Toledo:*

Duerme, Toledo, duerme, y en tu almohada de piedra...

[2] Cf. mi trabajo sobre *El endecasílabo castellano*, parte final.

y particularmente de Hugo, la variedad rítmica de que es capaz el alejandrino, se limitan a devolverle la libertad de acentuación que tenía antes de Zorrilla y a ensayar cortes internos:

Yo dormía una noche a la orilla del mar,
Sopló un helado viento que me hizo despertar.
Desperté. Vi la estrella de la mañana. Ardía...

(Gavidia, versión de la *Stella* de Hugo, 1883)

Trae, al soplar, la brisa, ruidos, besos, pasión,
lleva enjambres de arpas, bandadas de preludios...
Allí el pétalo es eco, allí el fuego es un ritmo...

(Gavidia, *El idilio de la selva*, 1883)

Además, en la *Sonatina* (¿1893?), Darío emplea otro tipo de alejandrino, con ritmo anapéstico, no menos rígido que el yámbico de Zorrilla; la acentuación interior de cada hemistiquio cae exclusivamente en la sílaba tercera:

La princesa está triste. ¿Qué tendrá la princesa?...

Idénticos son los alejandrinos de José Joaquín Pérez (1845-1900) en *La española en América* (1894); es muy poco probable que el poeta dominicano conociese la *Sonatina:*

Al desgaire cruzado el mantón de Manila,
con orgullo y con gracia, como reina y manola,
en la cruz centellante de la negra pupila
incendiando las almas, va la ardiente española... [1]

Salvador Rueda (1857-1933) adoptó este alejandrino en el *Preludio* de *La procesión de la naturaleza*, hacia 1909:

Por mitad del París de artificio dorado
que, de tanta luz ciego, del abismo va en pos...

En este poema emplea también el alejandrino zorrillesco:

Un Niágara te cuelga de crines hechas rizos...
(*El caballo*)

Los árboles frenéticos de todas las ciudades...
(*La carrera de árboles*)

[1] El alejandrino clásico francés, el de Corneille y Racine, tendía de preferencia a este ritmo anapéstico, con cuatro acentos:

Mais tout dort, et l'armée, et les vents et Neptune...

Consúltese Maurice Grammont, *Le vers français*, 4ª edición, París, 1937, y la obra clásica de Beco de Fouquières, *Traité général de versification française*.

Nunca parece haber mezclado libremente el tipo yámbico y el anapéstico.

Después, Rubén Darío desarticuló completamente el alejandrino, haciendo alternar versos en que se mantiene la cesura con versos en que se suprime, y hasta versos de trece sílabas:

Y los moluscos reminiscencias de mujeres...
¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?...
Coronada con el laurel del rey del día...
Cuando surgen de su prisión los olvidados...
Y el duelo de mi corazón, triste de fiestas...
Significas en mi primavera pasada...
De ir a tientas, en intermitentes espantos...
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa...
Y por caso de cerebración inconsciente...

A veces se destacan tres acentos que dividen el verso en tres grupos rítmicos:

Y tú, paloma arrulladora y montañera...
En los instantes del silencio misterioso...
Todo lo que *hay* en la divina primavera...
Huérfano esquife, árbol insigne, oscuro nido...
Ojos de víboras, de luces fascinantes...
Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo...
Que el soñador imperial meditabundo...
Del ruiseñor primaveral y matinal...
Tarda en venir a este dolor adonde vienes...
Sueña, hijo *mío*, todavía, y cuando crezcas...
Cristalizamos en palabra y pensamiento... [1]

[1] El modelo de Darío para estos descoyuntamientos fué principalmente Verlaine:

Et le vieux tremble sa plainte sempiternelle...
Tu consoles et tu berces, et le chagrin...
Et tout le cirque des civilisations...
Et l'extase perpétuelle et la science...
De cette Science intruse dans la maison...
Oiseau sur ce pâle rosier fleuri jadis...
Et quelque responsabilité d'Empereur...
Depuis Eden pour jusqu'à Ce Jour Irrité

En Verlaine abundan, además, los alejandrinos tripartitos:

De mes ennuis, de mes dégoûts, de mes détresses...
De la douceur, de la douceur, de la douceur...
L'oubli qu'on cherche en des breuvages exécrés...
Je suis indigne, mais je suis votre clémence...
Regrets sans fin, ennuis profonds, poignants remords...
En composant des acrostiches indolents...

Sobre el alejandrino descoyuntado en Juan Ramón Jiménez («Menos puro que tu vestido blanco, el aire...»; «¡Qué nobleza la de tu palidez indolente!»), cf. ENRIQUE DÍEZ CANEDO, *Juan Ramón Jiménez en su obra*, México, 1944, págs. 46-47.

IV

Desde el siglo XVIII se intenta en castellano el llamado «alejandrino de trece sílabas», especie de alejandrino sin cesura: el primer hemistiquio debía terminar en palabra aguda o bien en palabra llana cuya sílaba final hiciese sinalefa con la inicial del hemistiquio siguiente:

En *cier*ta catedral una cam*pa*na había
que *sólo* se tocaba al*gún* solemne día...
Cuatro *gol*pes o tres so*lía dar* no más...
Cele*bra*da fué siempre en *to*da la comarca...

(Fábula VII, *La campana y el esquilón*)

Después lo emplea Leandro Fernández de Moratín (1760-1828):

La *be*lla que prendó con gra*cio*so reír
mi *tier*no corazón alte*ran*do su paz...

Todavía en 1842 lo ensayaba de nuevo, llamándolo *tredecasílabo*, el infatigable y poco afortunado experimentador Sinibaldo de Mas (1809-1868):

Fra*gan*te y rubicunda, entre sus *ho*jas bellas,
es la *ro*sa al nacer de *cé*lica figura...

Y hasta en 1894 reaparece en el opúsculo *Al lector*, del uruguayo Roberto de las Carreras:

¡*Vivir*! He *aquí* una cosa ex*traña* como el hombre,
que nos *causa*, lector, bas*tante* pesadumbre...

Andrés Bello, en su tratado de *Ortología y métrica* (1835), lo llama *alejandrino a la francesa* y lo distingue del normal: uno y otros eran raros todavía entonces [1]. Tratadistas posteriores le niegan el derecho a la vida [2]. En principio esta negativa es arbitraria y obedece a prejuicios retóricos; la intención de los poetas debe acatarse, y así lo hizo Bello. Pero la verdad es

[1] En su tratado de *Ortología y métrica*, Bello dice que el *alejandrino a la francesa* «consta de trece sílabas» y lo clasifica entre los versos yámbicos; pero agrega que «el número de sílabas de que consta... pudiera adaptarse lo mismo al ritmo anapéstico que al yámbico, y, en efecto, se le ve pasar algunas veces del yambo al anapesto» (así lo demuestran las sílabas que he subrayado en los versos citados en el texto).

Señala Bello después como verso distinto «el alejandrino de los antiguos poetas castellanos», es decir, los del mester de clerecía, y dice que «no era... simple, sino compuesto de dos versos heptasílabos de acentuación yámbica»: afirmación gratuita, la del ritmo yámbico, que sorprende en quien la hace. En ediciones de su tratado posteriores a 1835, Bello agregó ejemplos de alejandrinos de Salvador Bermúdez de Castro y Fernando Velarde.

[2] Cf. JULIO VICUÑA CIFUENTES, *Estudios de métrica española*, Santiago de Chile, 1929, págs. 13-176 y 151-156, y especialmente 35, nota.

que los versos citados resultan ambiguos: siempre pueden leerse como si tuvieran catorce sílabas, haciendo hincapié en la cesura cuando el primer hemistiquio es de terminación aguda y no haciendo sinalefa cuando la terminación es llana. El intento, pues, fracasó.

La Avellaneda sí acertó a escribir versos de trece sílabas que no podían confundirse con los de catorce, en dos estrofas de *La noche de insomnio y el alba*. Pueden leerse como de estructura similar a la del alejandrino:

> Yo palpito, tu gloria / mirando sublime,
> noble autor de los vivos / y varios colores...

Pero es probable que el ritmo concebido por la poetisa haya sido otro:

> Yo palpi/to tu glo/ria miran/do sublime,
> noble autor/ de los vi/vos y va/rios colores...

Igual metro usó Ventura Ruiz Aguilera en *El árbol de la libertad*:

> Aún vagaba en mi boca sonrisa de niño
> cuando cerca del árbol sagrado pasé...

Los poetas del movimiento modernista lo adoptaron después, y ya no evitaron, como la Avellaneda y Ruíz Aguilera, las formas ambiguas de Iriarte y Moratín: establecido el eje de trece sílabas, resulta obligatorio prescindir de la cesura en los hemistiquios de final agudo y de la sinalefa en los de final llano. Así en el boliviano Ricardo Jaime Freyre (1870-1933):

> Canta Lok en la oscura región desolada
> y hay vapores de sangre en el canto de Lok...

En Rubén Darío, soneto *Urna votiva*:

> Sobre el caro despojo esta urna cincelo...
> En la copa que guarda rocío del cielo...
> Una alondra fugaz sorprendida en su vuelo...
> Una estatua de Diana en la selva nativa...
> En el mármol divino que brinda Carrara...

Y en el chileno Pedro Antonio González (1863-1903):

> Yo mecí los embriones de todos los mundos...
> y la sombra de Dios en las aguas del caos...
> (*Occidentales*)

Enrique Díez Canedo (1879-1944) traduce a Francis Jammes en versos de trece sílabas que los acentos dividen en tres secciones.

> Dentro de *poco* nevará. Me acuerdo *bien*...
> ¿A qué pen*sar* y hablar, en*tonces*? ¡Qué gracioso!...
> ¿Y dónde es*tán* en este ins*tante* mis tris*tezas*?...

Igualmente el argentino Francisco Luis Bernárdez en su *Alabanza didáctica de un toro*:

> Para can*tarte*, dicta*dor* de la lla*nura*,
> hincha sus *lí*ricos pul*mones* cada *verso*...

En *La canción de la vida*, el mexicano Enrique González Martínez (n. 1871) combina el verso de trece sílabas tripartito con el de nueve, enlazándose rítmicamente con él:

> La vida está / cantando afuera...
> En el jardín / hay un olor / de primavera...

A pesar de la importancia de los poetas que lo emplean, el verso de trece sílabas no ha alcanzado popularidad.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

LAS CORRESPONDENCIAS ARÁBIGO-ESPAÑOLAS EN LOS SISTEMAS DE SIBILANTES

Este problema se me ha presentado en mi estudio de la pronunciación antigua del español, ya casi listo, y lo separo aquí por no agrandar demasiado el libro.

El español, hasta el siglo XVI, tenía una *ç* pronunciada *ŝ* (cuasi *ts*) y una *z* pronunciada *ẑ* (cuasi *dz*) : africadas ápicodentales, sorda y sonora. Los testimonios son muy numerosos e inequívocos [1] ; pero contra esta montaña de documentos concordes parece estar el hecho de que los españoles reproducían la *s* y la *z* árabes, seguramente fricativas, con su *ç* y su *z* respectivamente.

Sin embargo ya Adolf Zauner [2] llamó la atención sobre las complicadas relaciones que el español y el árabe guardaban en el canje de sibilantes, pues mientras para los cristianos el *sin* y el *zay* valían *ç* y *z*, para los árabes la *ç* y la *z* valían *ǰim* [3] : cuestión de equivalencias acústicas.

[1] Elijo algunos que no necesitan explicación. El muy competente caballero inglés Richard Percyvall, 1591 : *ça, ce, ci, ço, çu* « suena casi como la *z* italiana en *Senza, Anzi*, o su *t*, ante *ia* o *io*, como en *Prudentia, Congregatione*, o como el Hebreo צ [tsade], o, como nuestro *ts* en inglés, pero no del todo tan fuerte sobre la *t* : *Coreça Coratsa, Çarça Tsartsa* : y la *c* toma el mismo sonido que la cerilla, pero no la misma forma, delante de *e* y de *i*, como *Cerca Tserca, Cierto Tsierto* ». El latinista alemán Gaspar Schopp, que visitó España hacia 1614, « Hispani... *Cicero* sic pronunciant ac si esset *Dsidsero* ». El excelente gramático Juan de la Cuesta, 1584 : la *ç* « se pronuncia allegando la lengua a los dientes y apretando los dientes algo, porque al tiempo que tornamos a abrir los dientes, se hace de golpe el sonido della en la punta de la lengua y en los dientes ». Hay otras valiosas descripciones de la *ç* como africada. La *z* era la correspondiente sonora de la *ç* y son muchos los que las equiparan con las dos clases de *zz* italianas.

[2] En *Litteraturblatt f. germ. u. rom. Phil.*, 1923, XLIV, 267-270, reseñando el desdichado artículo de W. Meyer-Lübke, *La evolución de la « c » latina delante de « e » e « i » en la Península Ibérica*, en *RFE*, 1921, VIII, 225-251. Meyer-Lübke no había visto el conflicto por mala interpretación de sus materiales, especialmente del valor fonético de las letras árabes.

[3] Los arabistas españoles representan la palatal africada sonora rehilante con el signo ǧ ; los hispanistas con ẑ, según el sistema de la *RFE* ; los romanistas, y en general los lingüistas europeos, con ǰ ; aquí utilizaremos el signo de *ǰ*, en vez del de ẑ, para acomodarnos al material disponible en la imprenta ; el ǰ de los arabistas españoles no nos parece satisfactorio porque, en su representación, deja fuera el importante carácter del rehilamiento. Por razones de imprenta, asimismo, en vez del signo č usual entre los filólogos españoles para el sonido de *ch*, ponemos la č del alfabeto internacional. Tampoco hemos atendido regularmente, en la transcripción de las palabras árabes, a los puntos diacríticos, excepto para las sibilantes.

De esas interpretaciones árabes de los sonidos españoles, y también de las inversas, quiero tratar aquí, vistas como acomodaciones recíprocas de fonemas extraños al sistema propio. Un problema de fonología. El tema general ya fué tratado por los fonólogos de Praga : Evgeny Polivanov, *La perception des sons d'une langue étrangère*, en los *Travaux du Cercle Linguistique de Prague*, 1931, IV, pág. 79 y sigs., artículo lleno de sugestiones y de datos especialmente sacados del encuentro del ruso con lenguas asiáticas. La tesis de Polivanov es que la percepción de los sonidos tiene un carácter subjetivo, que la hace diferente en los representantes de lenguas diferentes (pág. 89), lo cual es válido como principio general. Polivanov lo desarrolla como que la actividad perceptiva y la articulación están tan estrechamente ligadas que hasta cuando oímos una lengua de sistema fonológico muy extraño nos inclinamos a descomponerla en las representaciones fonológicas de la lengua propia, le aplicamos nuestras propias leyes de agrupación y hasta oímos a nuestro modo el número de fonemas : si un ruso dice *tak*, con 3 fonemas, un japonés oye *taku*, con 4.

No creo correcta la interpretación de estos hechos como p e r c e p c i ó n p e c u l i a r, sino como a c o m o d a c i ó n. Sin duda también la percepción se halla en parte afectada, ya que, por no tener la correspondiente sensación motriz y ejecutora, no sentimos los sonidos extraños en su integridad ; pero no por eso percibimos en los fonemas ajenos los nuestros ; en los ajenos advertimos algo extraño, raro e irreproducible y, si adoptamos alguna de sus palabras, abandonamos en la operación aquella materia inasimilable y reajustamos la pronunciación según los modelos (fonemas ideales) de nuestro propio sistema. Y lo mismo vale para el número de fonemas : el cubano que oye a los norteamericanos decir *brake*, con cuatro sonidos en una sola sílaba, lo percibe así, y, si tratara de imitarlos una vez, lo podría hacer ; pero al naturalizar la palabra, la acomoda a sus propias leyes silábicas y la modifica en *breque*, añadiendo una vocal de apoyo que nunca percibió en el original. No es, pues, cuestión de percepción, o no lo es esencialmente, sino del juego de sustituciones por equivalencias acústicas. La ley de estas sustituciones es lo que hay que buscar, y sus condiciones de cumplimiento.

En cada idioma, sus sonidos materiales adquieren « forma » funcionante de fonemas gracias a la *validez intencional* que se concede a alguno o algunos de sus rasgos (sonoridad, punto y modo de articulación, cantidad, tono, etc.), en correspondencia y en oposición con los de otros fonemas. Cada fonema, pues, como signo, es una composición de rasgos intencionales, y la intención caracterizadora de cada rasgo se manifiesta y funciona por un juego permanente de referencias al sistema. Para un francés, un inglés, un alemán o un italiano, la presencia o ausencia de sonoridad en una *s* hace de ella dos signos ; para un español es un accidente material sin designio, y por lo tanto no atendido, y sólo da valor de signo a una *s* única. P u e s b i e n, l a o p e r a t o r i a d e l a s e q u i v a l e n c i a s a c ú s t i-

cas entre idiomas se rige por el sentimiento clasificador del idioma acogedor. Los hablantes del idioma deudor toman los sonidos extranjeros como materia y los reedifican en fonemas según su propio sistema de rasgos intencionales y según su propio juego de correlaciones, disyunciones, correspondencias y oposiciones funcionantes con validez de signo. En las equivalencias, el fonema extraño no se adopta [1], se adapta: el idioma nuevo tiene su propio casillero de moldes fónicos y el sonido visitante, para vivir en él, tiene que reamoldarse y ser reencasillado. Ésta es tarea de los hablantes, que, guiados por su sentimiento del sistema propio, acomodan el sonido advenedizo a este o a aquel fonema de los suyos, atendiendo a un rasgo caracterizador para ellos y quizá no para los del idioma originario, y desatendiendo en cambio a otros clasificadores e identificadores en el idioma de procedencia, pero que son en el suyo pura materia, porque no funcionan sistemáticamente ni en correspondencia ni en oposición en series de fonemas. En suma, las equivalencias son cuestión fonológica y no fonética. No vale, pues, examinarlas una a una, ni siquiera en su conjunto, sino que se necesita ver cómo cada fonema prestado es acogido en el sistema nuevo. Vamos a intentar este estudio, limitándonos al trasiego de sibilantes entre el árabe y el castellano.

CUADRO DE LAS SIBILANTES CASTELLANAS ANTIGUAS (ÉPOCA LITERARIA)

	Africadas		Fricativas	
	sorda	sonora	sorda	sonora
Ápicodentales	s̱ (ç)	ẕ (z)		
Ápicoalveolares			ṡ (s-, -ss-)	ż (-s-)
Predorsopalatales	č ch	ǰ (j, g)	š (x)	

La *ç*, escrita *c* ante *e, i, plaça, çapato, coraçón, cielo, rucio,* se pronunciaba cuasi *ts*, como la *z* o *zz* italiana de *zoppo, scherzo, pozzo;* la *z, pereza, dezir, dozientas, criazón, adelgazar, granizo,* se pronunciaba como la *z* o *zz* italiana de *zona, rozzo* (ver pág. 12). La *s-, -ss-* y tras consonante, *salir, tiesso, pulso, manso,* como la *ṡ* castellana moderna; la *-s-, casa, rosa, camisa,*

[1] Digo en las equivalencias. La presión de un idioma sobre otro, ya como superstrato (el español sobre el guaraní), ya como sustrato (el mozárabe sobre el árabe), puede ser tan sostenida y poderosa que los influídos lleguen a agrandar su sistema fonológico introduciendo fonemas de la lengua influyente: el guaraní naturalizó las laterales *l* y *ll*; el árabe de España, las sordas *ch* y *p*.

articulada en el mismo sitio, pero sonora. La *x, dixo, Quixote, madexa,* como *sh* inglesa, *ch* francesa, *sch* alemana, *sci* italiana; la *j, ge, gi, hijo, Borja, gente,* como la *gi* italiana de *gente, Borgia* [1]. La *ch* prácticamente como hoy, salvo matices fonéticos. Este cuadro corresponde a los últimos siglos de la Edad Media y al XVI. Para un estado anterior saldrán enseñanzas de nuestro estudio.

CUADRO DE LAS SIBILANTES ÁRABES

	Africadas		Fricativas		
	sorda	sonora	sorda	sonora	enfática sorda
Ápico(inter)dentales ceceantes			ث θ	ذ ð	
Ápicodentales siseantes			س s̱	ز ẕ	ص ṣ̱
(Pre)dorsopalatales		ج ǰ	ش š		

El ث lo llaman algunos arabistas europeos *tsa*, a falta de mejor grafía; pero su valor es prácticamente el de la *th* inglesa de *thing, z, c* actuales españolas de *caza, decir;* al ذ llaman *dzal*, pero es también fricativa, como el tsa y su correspondiente sonora (*th* inglesa de *then*). Hoy son interdentales, sacando el ápice entre los dientes; pero las magníficas descripciones de Avicena (980-1037) los muestran más bien articulados en el borde de los dientes superiores, pasando el aire con fuerza «entre los intersticios de los dientes» [2]. De todos modos, era fonema ceceante (de fricación alargada), y no siseante (de fricación redondeada).

[1] Esta africada, todavía mantenida en la primera mitad del siglo XVI, pudo ser fricativa desde antes, condicionadamente. Hoy mismo la conservan los judíos españoles en posición inicial y tras consonante (*General, ánjel, verjel*), pero la pronuncian fricativa entre vocales (*viežo, paža, oži*).

[2] AVICENA, *Canon de la producción de las letras*, fragmentos traducidos por MAXIMILIANO A. ALARCÓN, *Precedentes islámicos en la fonética moderna*, en el *HMP*, III, pág. 306. Alarcón resume, además, datos de dos diccionarios árabes, el *Tachcîarâs* y el *Alif Ba*. El autor del primero era de Arabia y casi moderno, 1732-1790; el otro, malagueño y antiguo (Abulhachach Ĭusuf ben Mohamed Elbaluí, 1132-1207), lo que le da un interés excepcional para nuestra investigación. Por desgracia, Alarcón resume conjuntamente a los dos. Del sin dice este resumen conjunto que se articula «en la parte media de la lengua tendiendo hacia el lado anterior». ¿Predorsal? No; al hablar del sad se aclara: «Recibe juntamente con el sin y el zay el nombre de *apical*, porque los tres se forman en lo más agudo de la punta de la lengua».

El sin س es la *s* árabe; pero muy particular, sin pareja en las lenguas europeas [1]. El gran Avicena, *l. c.*, pág. 303, al diferenciarlo del sad, ilustra: « Es como si sólo actuaran los músculos *de la punta de la lengua* y no por entero, sino únicamente en los extremos ». Yo traduciría « con los lados », pues entiendo que también los lados del ápice hacían contacto, dejando entre el mismo centro y los dientes superiores un estrecho escape [2]. El zay ز es la pareja sonora del sin.

Tanto el ذ como el ز, ðzal y zay, eran sonoros y rehilantes. Avicena describe el rehilamiento del ز con tanta pericia como el moderno Navarro Tomás [3], y al tratar del dzal insiste: « En el ذ hay un retemblor análogo al del ز ».

El ص, sad, es el fonema enfático correspondiente del sin [4].

[1] El orientalista W. H. T. Gairdner, de la Escuela de Estudios Orientales de El Cairo, advierte sobre la rareza del sin y de su correspondiente sonora el zay: « La más notable diferencia entre estas sibilantes árabes y las inglesas correspondientes es que en árabe el siseo es mucho más fuerte y más sibilante que en inglés. Tan débil e indeterminado parece nuestro siseo a los orientales que los profesores de pronunciación a menudo aburren a sus discípulos acusándolos de haber hecho *θ* en lugar de *s*. Análogamente, en la *z* el zumbido es más fuerte y claro en árabe que en inglés ». *The Phonetics of Arabic*. A phonetic inquire and practical manual for the pronunciation of classical Arabic and of one colloquial (the Egyptian). Oxford-London, 1925, págs. 19-20.

Gairdner no consigue describir a su satisfacción la articulación moderna del sin (« No es posible describir la exacta posición del ápice lingual al hacer el fuerte siseo », pág. 20); pero lo supone apical, y en el cuadro de la página 15 lo clasifica como « Dental. Articulated by the point of tongue with upper teeth. Fricative ». No me explico cómo el distinguido romanista y arabista Arnold Steiger pudo apoyarse en estos pasajes de Gairdner para suponer el sin « predorsal, formándose la estrechez, de la cual resulta la fricación, sobre los alvéolos o los dientes superiores ». *Contribución a la fonética del hispano-árabe y de los arabismos en el iberorrománico y en el siciliano*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1932, pág. 50. Y en la pág. 136, n. 2, al rozar nuestro tema, supone que el « sin predorsal » no halló correspondencia con la *s* castellana prealveolar y apical, y que, para representar el sin, la ç era la indicada por ser predorsodental. Lo comprobado es que tanto la ç como el sin eran ápicodentales, la ç africada, el sin fricativo. De ser el sin predorsodental, no hubiera tenido la s castellana dificultad alguna en corresponderle, como nunca la tuvo para corresponderse con la *s* francesa o la italiana (predorsodentales), ni en los siglos medios ni en los clásicos.

[2] Por eso los ingleses de Mr. Gairdner, al no establecer ese contacto con los lados del ápice, hacen la fricación alargada, tipo *θ*.

[3] Avicena, *l. c.*, pág. 304; Tomás Navarro Tomás, *Rehilamiento*, *RFE*, 1934, XXI, págs. 374-379.

[4] Gairdner clasifica hoy como « alveolars velarized » todas las enfáticas, y las individualiza por ser explosivos el ta y el dad (ط y ض), lateral el lam enfático (ل), y fricativos el sad y el da (ص, ظ). Pero Avicena las describe con otra diversificación. Dice del sad: « Resulta este sonido de una retención parcial más estrecha que la del س y más dura, verificada por una porción mayor de la lengua sobre un espacio más amplio por la parte de afuera y por la de adentro que el espacio donde tiene lugar la compresión del س. La lengua tapa casi dos terceras partes de la superficie que se extiende por bajo de la bóveda y velo del paladar, obligando al aire, que viene impulsado desde atrás, a pasar constreñido por aquel reducido espacio antes de llegar a salir por los intersticios de los dientes ». Ap. Alarcón, *l. c.*, pág. 303. La fonética moderna ha descubierto en las enfáticas o tapadas árabes abajamiento de la epiglotis y alzamiento de la laringe entera, con reducción del canal de la voz por contracción de los músculos constrictores de la faringe. Cfr. Meinhof, *Was sind emphatische Laute und wie sind sie entstanden?*, en *Zs. f. Eingeborenensprachen*, 1921, XI, págs. 81 y sigs.; G. Panconcelli-Calzia, *Experimental phonetische Untersuchungen*, *Zs. f. Exp.*, 1921, XI, págs. 182 y sigs. y *Die experimentelle Phonetik in ihrer Anwendung auf die Sprachwissenschaft*, Berlín, 1924, págs. 53 y 59. Los enfáticos ta, dad y da no entran en mi cuenta porque ni en el árabe literario ni en el de España eran de la familia de las sibilantes, sino de la de *t*, *d*; el ta desde luego; el dad en Avicena, sonoro predorsoprepalatal africado, y el da, en Avicena sonoro apicodental fricativo (ver ap. Alarcón, pág. 305, 302), por carecer de rehilamiento. Avicena dice que el dad ض era algo más delantero que el *jim*. Alfonso el Sabio, como los demás, lo transcribe *d*; *el hadeb*, *alhadió* (*passim*), *cabdat*, *arrouda*, *etdifdâ* (la primera *d*), *odifdâ* (*passim*), *alhidar*, *ahedar*; pero, si doble, vacila: *oziva*, *adafêra*, *addafera*, *açafera*. Estas vacilaciones parecerían indicar que los españoles podían oír cierto rehilamiento; pero el ser enfática y el ser gominada era bastante para que, descontentos de toda transcripción, buscaran varias.

[1] Debió ser más complicado, con contacto velar además de palatal, como conjeturé en *RLR*, 1925, I, pág. 338, examinando los reflejos romances, y como admite y corrobora A. Steiger, *ob. cit.*, pág. 180 y n. 3, examinando los dialectos árabes. Las descripciones árabes recogidas por Alarcón, pág. 301-2, confirman tanto lo de africada como lo de palatal y sonora (« resonante »); la de Avicena es admirable por su seguridad y precisión.

[2] Tema ya muy estudiado: R. Dozy et W. H. Engelmann, *Glossaire des mots Espagnols et Portugais dérivés de l'arabe*, Leyden, 1869, págs. 16-30; F. Diez, *Gramm. d. lang. rom.*, trad. fr. 1874, págs. 305-308; Christian Seybold, *Die arabische Sprache in der romanischen Ländern*, *Gr.* de Gröber, 1888, I, págs. 519-20; G. Baist, *Die arabischen Hauchlaute und Gutturalen in Spanischen*, Erlangen, 1889, Id., *Die arabische Laute in Spanischen*, *RF*, I, 106 sigs.; Leopoldo de Eguílaz y Yanguas, *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, Granada, 1886, págs. XVI-XX; R. Menéndez Pidal, *Sobre Almocavi y la elegía árabe de Valencia*, en el *Hom. a Codera*, Zaragoza, 1904, págs. 407-408; O. J. Tallgren, *Los nombres árabes de las estrellas y la transcripción alfonsina*, en *HMP*, 1925, II, 633-718; F. Janssen, *Estudios ortográficos sobre la astronomía del rei D. Alfonso X*, Santiago de Chile, 1895 (*Extracto de los Anales de la Universidad*, Santiago de Chile), pág. 29 y sigs.; A. Steiger, *ob. cit.*, la más completa. De la *Doctrina Christiana* cito de segunda mano, especialmente de Steiger. Las transcripciones inversas del español al árabe se han estudiado por F. J. Simonet, *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre*

El ش šin, fricativo predorsoprepalatal, se correspondía bastante bien con la antigua *x* castellana (cuasi ing. *sh*, fr. *ch*, al. *sch*, it. *sci*).

El ج ǰim, africado y sonoro palatal, cuasi ital. *gi* [1].

Veamos ahora cómo caían y se acomodaban en el casillero de un sistema los sonidos procedentes del otro.

TRANSCRIPCIONES Y ACOMODACIONES DEL ÁRABE AL ESPAÑOL

Las transcripciones españolas de sonidos árabes y los arabismos en español, por lo abundantes, nos ofrecen una rica fuente de conocimientos [2].

Consideramos principalmente las transcripciones tempranísimas (latinas) de la *Crónica mozárabe de 754* [1], la alfonsina [2] y la de la *Elegía árabe de Valencia*, ambas de la segunda mitad del siglo XIII, la de Pedro de Alcalá, 1501, y la de la *Doctrina Christiana*, 1566; además, los arabismos aclimatados en español, atendiendo sobre todo para su aceptación al Diccionario de Lokotsch [3], por más moderno y más beneficiado por la crítica que los de Dozy y Eguílaz.

§ 6. — La *Crónica de 754* transcribe *t*: *Toabam* (θawāba), *Cultum* (Kulθūm). La *Elegía* también *t*, *quetir*; Alfonso *t*, *th* y a veces *ç* [4]; *atoax lebet*, *atahlib*, *almatellet*, *almutalat*, *eteni*, *alatefi*; *alatha*, *athoraya* y *açoraya* (varias veces), *açarve*, *almuçeleç*, *aceni*, *eceni*, *algeci*, una vez *f*: *aforaya* (ap. Tallgren, 711) [5]. Este sonido es poco frecuente en los arabismos (que además en su mayoría son palabras raras), y se reproduce generalmente por *t*: *artamita*, *atifle*, *botor*, *marcasita*, *atafarra*, *ataharra*, *tripa*, *tibar*, *tomín*, *atomano*. Además, en Dozy, 20, *tagarino*, ant. *metcal*, *metical* o *mencal* (también *metzcal*) y el término astronómico de Alfonso X *atacir*; de Steiger, *atabe*. Con *d*, *aludel*, *alludel* (Lokotsch). La *ç*, con que

los mozárabes, Madrid, 1888; R. Menéndez Pidal, *Poema de Yúçuf*, *RABM*, 1902, pág. 282; J. D. M. Ford estudia también las equivalencias del Yúçuf en *The old Spanish sibilants*, en los *Studies and notes in Philologie and Literature*, Harvard University, 1900, págs. 158-170; W. Meyer-Lübke, *RFE*, 1921, VIII, 225 y sigs.; A. Zauner, *LGRPh*, 1923, XLIV, 267-270, y O. J. Tuulio, *Sur les passages en espagnol d'Ibn Gazman, Hispano-Arabe du XII^e siècle*, en *Neuphilologische Mitteilungen*, 1938, XXXIX, pág. 261 y sigs.

[1] También llamada *Pseudoisidoriana* o del *Pacense*. Utilizo la edición de Th. Mommsen, tomo II de los *Monumenta Germaniae Historica*, Berlín, 1894. Lo referente a los árabes está en las págs. 337-367. Las complemento con las transcripciones de palabras árabes hechas en documentos leoneses del siglo X, tal como las recoge Gómez Moreno, *Iglesias mozárabes*.

[2] Tallgren, *ob. cit.*, estudia principalmente el vocalismo; sobre el consonantismo hace sólo algunas observaciones en el § 65, págs. 710-712; pero gracias a él podemos aprovechar cómodamente las 312 formas árabes de las *Tablas*.

[3] Karl Lokotsch, *Etymologisches Wörterbuch der europäischen (germanischen, romanischen und slavischen) Wörter orientalischen Ursprungs*, Heidelberg, 1927. No he dejado fuera ninguna palabra referente a mi tema.

[4] Queda la posibilidad de que las variantes representen aquí variadas opiniones o impresiones personales. Los traductores fueron «al parecer, un judío y un español: Yehudá el Cohén y Guillén Arremón d'Aspa, tal vez dictando aquél y escribiendo éste; y parece que colaboraron además en la redacción definitiva de 1270 [la primera es de 1256] el maestro Joan de Mesina, el Maestre Joan de Cremona y el judío Samuel Halevi, consistiendo el trabajo del Rey sabio en la eliminación de lo superfluo y en la conservación de lo esencial, así como también de la corrección del lenguaje». Tallgren, *ob. cit.*, 837.

[5] Alcalá y la *Doctrina* no representan acomodaciones de idioma a idioma. Ambos — la *Doctrina* siguiendo muy de cerca a Alcalá — declaran el sonido árabe del θa inexistente entonces en español, y, para representarlo en su extraña peculiaridad, Alcalá acude convencionalmente a poner una *c* y encima los tres puntos de la letra árabe; la *Doctrina*, más cómodamente para la imprenta, pone *th*.

los ayudantes de Alfonso X la transcribían a veces, es muy rara en los hispanismos: Lokotsch incluye *mazapán*, esp. cat. fr. *salep*, *azumbre* (doblete de *tomín*), *zirbo* o *zerbo* (doblete de *tripa*); Dozy apunta el tardío *zegrí* (doblete de *tagarino*), y Steiger añade *celemín*. Pero hay que desechar la etimología *manθabān* > *mazapán* y su historia (Kluyver, en *Zs. f. deut. Wortschöpfung*, VI, 69, aceptada por el *REWb*, 5440 y por Lokotsch, 1452), porque un *maššipan* del cordobés Ben Quzmān, siglo XII, invalida con su fecha (y con su forma) el punto de partida; ver adelante. El esp., cat., fr., ingl., alem. *salep* 'fécula de orquídeas' viene del árabe vulgar *sahlep* (y al español, seguramente a través del francés); el raro *zirbo*, *zerbo*, doblete de *tripa*, deriva de *zirbus*, latinización medieval del persa *čārb*; *azumbre*, doblete de *tomín*, viene de la forma dialectal árabe-española *sámri* o *çumri* (con sin o con sad), registrada en Alcalá: «açumbre, *çúmri*», mientras que *tomín* deriva de θumn θumin (cat. *tomí*, sicil. *tummina*). Quedan *zegrí*, forma tardía granadina, y *celemín*, y añado en toponimia *Alarza* (Cáceres) [1].

Aunque, según explícita y reiterada declaración de Pedro de Alcalá, en 1501, los españoles no tenían el sonido interdental fricativo del θa, y, por lo tanto, tenían que reproducirlo con los ápicodentales más próximos, lo sorprendente es que se eligiera para ello de preferencia la oclusiva *t* y sólo por excepción la africada *ç*, que por lo menos en su final dejaba oír un sonido fricativo ápicodental. Esto nos permite entrever dos rasgos fonéticos de aquellas pronunciaciones:

1° que el θa hispanoárabe, en la época de los préstamos (*zegrí* es tardío), se pronunciaba más conforme a la descripción de Avicena (el ápice apretado contra los dientes superiores y el aire pasando con fuerza entre los intersticios de los dientes) que conforme a lo que era en 1500, según Alcalá: una ápicointerdental como la *z* española moderna (en Siria, p. ej., el θa se ha hecho *t* en unas partes, mientras que en otras se ha hecho *s*).

2° que la *ç* parece que tenía una fricación redondeada, siseante, no alargada como la del θa ceceante, lo que las desagrupaba en el sentimiento fonológico de los españoles, a pesar de las dos fricaciones; en cambio, como veremos, identificaron el sin, siseante y fricativo, con la fricación de su africada *ç*. Ambos caracteres fueron cediendo con el correr de los siglos, ablandándose sus articulaciones respectivas y evolucionando el θa hacia θ, y ensanchando la *ç* la abertura de su fricación hasta acercarse (y, en casi todo el territorio, llegar) a la fricación alargada de θ cuando de africada pasó a fricativa. A medida que se cumplían estos desarrollos paralelos, la

[1] El *θa* final se hizo *z* en topónimos: *Jaraíz* (Cáceres), *Alaraz* (Salamanca) y *Alfaraz* (Zamora), *Almaraz* (Các., Zam., Vallad.) y *Dorabalez* (Toledo), que entresaco de Asín, *Contribución*. Dentro del castellano es fonéticamente comprensible esta diferencia, pero, además, resulta que, menos el *Dorabalez* (una dehesa en Toledo), los otros pertenecen todos a la región leonesa, que hoy pronuncia *verdaz*, *ustez*.

reproducción del θa con la ç en los nuevos préstamos (*celemín, zegrí*) se improndría más claramente. Alcalá elige ya para representarlo una *c* con un signo diacrítico, y si la *Doctrina* vuelve a la *th*, es apoyado en la tradición, por comodidad de la imprenta.

ʒ ʾal. — Correlativa sonora de θa, fricativa interdental sonora. La *Elegía d : ede, alledi, heda* (final de sílaba *z : azcarahu*, y una vez inicial : *zunubac* [1]; Alfonso X, *d* : *eddebe, eldebe, det, alaadre*, etc.; Alcalá *d*, *Doctrina*, *d* y *dh*. Los arabismos son muy raros y siempre tienen *d : barda* y *albarda, almuédano, adive adiva*. En posición final hay tres casos, los tres con *e* paragógica, pero con tres soluciones diferentes para la consonante : *acemite* < *samiʒ*, que sería la esperada, *alfeñique* < *faniʒ*, con cambio de *-t* en *-k* y *turbiche* junto a *turbit* < ár. vulg. *turbiʒ*. (lat. med. *turpethum*, cat. port. *turbit*. fr. *turbith ;* una planta y un producto de farmacopea). No hallo esta consonante en los topónimos de Asín.

El ðal, y no sólo en los siglos primeros, sino también en los tiempos de Alcalá, debía tener muy escaso rehilamiento, mucho menos que la moderna *z* castellana sonora de *juzgar*, quizá algo así como el inglés *th* en *then ;* por eso lo interpretaban los españoles más de la familia de la *d*, que existía en el sistema español como fricativa sonora dental o dentointerdental.

ⵙ sin. — Ápicodental fricativa siseante. La *Crónica de 754* siempre *z*, con que reproduce indistintamente el sin, el sad y el zay, conforme con la primitiva tendencia española « a escribir *z* en todos los casos de *c* palatalizada por ir ante *e, i* o en la combinación *tia, tio*, etc. ». (Menéndez Pidal, *Orígenes*, § 91). Representa al sin en *Muze* (Musa), *Alozzam, Aloozam, Alhozan*, (Al-Ḥusām), *Zuleiman* (Sulaymān), *Zeme* (Al-Samḥ), *Ambiza* (ʿAnbasa), *Iuzzif, Iuzif* (Yūsuf), *Muzilima* (Maslama), *Zat* (Saʿd). En la *Elegía*, siempre *ç* a no ser final, pues entonces, como el castellano no escribe *-ç* sino *-z*, aparece representado por *-z* (Menéndez Pidal, *ob. cit.*, 407). Alfonso el Sabio [2], *ç ;* final *ç* o *z ; alaacet cerir, açuhe*, etc., *elfeverić, raç* y *raz*. Alcalá *ç* ; sólo ante consonante *z* [3].

Los arabismos españoles concuerdan : *acequia, açuçena, guadameçí, çumaque, Cid, çaga, çoco, açúcar, çalema, açote* [4], etc. Igual los topónimos : *Albacete, Aceca, Aceña, Murcia*, etc.

En posición final los hábitos gráficos castellanos igualaron en *z* tanto la *ç* como la *z* (que la pronunciación no diferenciaba más que en comienzo de sílaba) y así escribieron *albornoz, mezquita*, etc. ; una vez *-s : res* (en discrepancia con el port. *rez*, gall. *raz*), y en los topónimos *Albornós* (Ávila), *Argés* (Toledo), *Lacuás* (Murcia) ; también *-x : Alsodux* (Almería, grafía antigua), y el actual río *Guajarax*, ant. *Guadaxaras*. Éstos son cambios y vacilaciones tardías, dentro ya del español.

zay. Se transcribe en todas partes con *z :* La *Crónica de 754, Taric Abuzara* (Tarīf Abū Zaraʿ, confundido con Tarīq ben Ziyād), *Abdellaziz Abdilaziz* (ʿAbd-al-ʿAzīz), *Munnuz* (Munūsa), *Izit* (Yezīd). La *Elegía*, *huza* ; Alfonso X, *alguizlen, allauza, aljauze, aljeuze* (*passim*), *zebanay mirzen, almirzen*, y final *-z* o *-ç* : *alaannez* y *alaanaç* [5]. Alcalá siempre *z* [6] ; si final, no hace diferencia con el sin : *ç* en final de palabra, *z* ante consonante [7].

Los arabismos concuerdan : *alguazil, azémila, azeytuna, azul, azebuche, azulejo, azogue, zorzal, zarco, zambra*. En la toponimia *Albaizín, Albarrazín*, etc. hoy con *c*. Algunas vacilaciones *z-ç* (*açafrán, açufeifo*) tienen explicación particular ; sobre *açufeifo*, ver Ford, 27 ; otras *z-ǰ* (*girafa, gengibre, ginete, algerife, algeroz, aljarfa*) son alternancias internas del árabe; ver Dozy, *Suplem.*, I, 1876 ; Ford, 26-27 ; Steiger, 146, 179.

ⵚ sad. La enfática del sin. Se transcribe lo mismo que el sin : la *Crónica de 754* con *z*, los demás con *ç*. *Crónica : Zali* (Sālih ibn ʿAlī), *Izmael, Zmael* (Ismāʿīl) ; *Elegía* : *haçe, açafia* ; Alfonso X : *açogre, caçaat, çalib, alçalcb, açarfa, açdhadir, aaçat, algumeiça* (y *algumeiza*) ; si final, *ç* alterna con *z*, según el hábito gráfico castellano : *arraqueç* y *alraquez, alvaç* y *alvaz, alazgar* y *elaçgar*. Alcalá no hace distinción entre sin y sad ;

[1] Ap. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, 407, que observa para la *z* : « debe ser equivocación ». Lokotsch, 1485, junta *almacén* con *almuédano ;* pero *almacén*, sólo moderno en español, procede de la forma turca *muezzin (maʾaḏḏin)*, a través del árabe marroquí moderno y probablemente a través del francés. Sólo la forma *almuédano* es antigua.

[2] Tallgren se salta este punto al tratar la transcripción de las consonantes, § 65; Steiger, pág. 138, por leer indiscriminadamente las transcripciones de Tallgren, apunta : « en posición medial y final : *ç, z* o *s* indistintamente ». Pero las vacilaciones no son del ms. *C*, siglo XIII, sino del *H*1, siglo XV y de « texto corrompido », del *H*3, fines del siglo XVI, y del *N*, principios del XVI. Y probablemente los tres mss son aún más tardíos de lo que Tallgren concedió. El ms. *V*, traducción italiana del *C*, en el año 1341, emplea siempre *ç*.

[3] « *mezquino, mizquin, miçiquin* », « beso de enamorado, *beça beç* », « besar a la mujer, nibuç, beccat, *buç* », « antepuerta de casa, *iztignan* » « mezquita, *mezquit, meçeguit* », « dardo, *lazcona laçaquín* ». La *ç* y la *z* representan aquí lo mismo ; es convención gráfica.

[4] Cfr. Dozy, 18 ; Ford, 59 ; Steiger, 137-139 ; éste, que ha sometido a crítica los resultados menos ordenados de Eguílaz, desecha o justifica particularmente algunas vacilaciones : *safina* a través del francés ; *saudía*, tardío y meridional (¿no actuará aquí la falsa idea de un seseo andaluz anterior al siglo XVI?), a juzgar por el acento, frente a *acendría*. Pero esta palabra necesita todavía estudio especial. *Arriazes* es sorprendente, cfr. Menéndez Pidal, *Cid*, I, 194. Los dos casos de *x* (š) por sin, que trae Dozy, 18 (*xafarron xeima*), son portugueses.

[5] El zay con texdid se reproduce en la *Elegía* con *z* o con *ç* : *ezubra, açobre*. Alcalá también vacila alguna vez : « alforza, *huçza, huzzéç* » « alorza, *fuza* ». Las vacilaciones *z-ç-s* en otras circunstancias anotadas como normales por Steiger, 144 (*azabra, açabra ; asabra ; elaazel, alaasel, elgeuze, elgease, elaançi, allanz, alahanç*) son meras torpezas de copistas tardíos ; se comprueba en Tallgren, *ob. cit., Catálogo*, s. v.

[6] Steiger, 144, le apunta una sola excepción : *çantona* 'jarro con dos asas', andaluz *zalona*, basándose en el maltés *zennuna*, tunec. *zennúna*. Quizá esté en lo cierto, a pesar de Dozy, s. v. *zalona*.

[7] « avellana, *gilleuze, gilleuç* » « alerce, *erza, erç* », « bivos de toca, *jeuze, jeuç* », « azul, *azrag, zorq* », etc.

ç en comienzo de sílaba y en final de palabra, *z* ante consonante: *bozboç, hazde, bazca,* etc. Los arabismos concuerdan; cfr. Dozy, 18, Ford, 59-62, Steiger, 168 [1], y también los topónimos de Asín, *Contrib.*, con algunos casos de seseo moderno [2].

Gómez Moreno, *Iglesias mozárabes,* como prueba de la importante emigración mozárabe y de su influencia en los reinos cristianos, trae una nutrida lista de nombres árabes de personas y de lugar, usados y afianzados en las tierras cristianas de León (y algo en Castilla) en el siglo x y comienzos del xi (págs. 106-121), seguida de otra de arabismos documentados en la misma época y en las mismas regiones (págs. 122-129). Pues bien, en ellos se reproduce con la *z* toda dental árabe, conforme hemos visto en la *Crónica mozárabe de 754*, y algunas veces con la *c*. No recojo los casos de *z* por ser la escritura corriente; los de *c*, entre los de nombres de persona, son los siguientes: por el sin: *Citte,* 1029 Zamora y en otros documentos (*Ziti,* 1015 Zamora); Petrus prolix *Citis* o Petro *Citiz,* 1083 Zamora; Vincenti cognomento *Citiamone,* 987 Sahagún (que Gómez Moreno cree será el *Zitamón* Avolvaliti de otra escritura de 973); Ozmanus cognomento *Ceite,* 933 Sahagún (otras veces *Zeite, Zeit*), *Citi, Cide* (s. X, Sahagún, León), árabe Sīdī; *Hacen* Al-giab (s. X. Cardeña: ár. Ḥasan). Por el sad: « *Zithains* o *Citains* », 972 Zamora ('el sidonés'); *Mahacer* (Maʿāsir), y el geográfico *Alcocero,* 1068 Burgos. Entre los arabismos de los siglos x y xi: por el sin *alfarace,* 1063 'caballo albardón' (al-faras); *mocelemes, mozlemos,* 994 (muslimūn); *cithara* (sitāra 'cordina'). Un caso de *c* por el zay sonoro hallo en *cenne* 'latón o fuslera' 1025 [1].

De la reproducción castellana del sin, el zay y el sad, nace el punto batallón de la pronunciación antigua de *ç* y *z*: siendo los fricativos sin, sad y zay reproducidos con *ç* y *z* ¿no quitará esto autoridad a los testimonios que las dan por africadas? Aquí nos limitamos a replicar lo que al material ya estudiado atañe: 1° que el sistema iberorromance de sibilantes no tenía otras con que reproducirlos; el sistema castellano se componía de *ç, z, ss, s, ch, x* y *j*; dejamos sin considerar las tres últimas palatales porque no se alegan para el caso; quedan las dos parejas *ç-z,* que con certeza eran dentales, y *ss-s,* ápicoalveolares; éstas eran fricativas, como los fonemas árabes, pero su timbre palatal, grave, y su articulación floja, no eran aptos para reproducir el agudo y tenso siseo dental del sin, del sad y del zay, de articulación peculiarmente apretada (Avicena, Gairdner). Y si ésas no eran aptas, se debía precisamente a que los cristianos tenían a mano en su sistema los sonidos dentales *c* y *z*, también de timbre agudo, de frotamiento dental y de articulación tensa, aunque discreparan en ser ellas africadas y los otros fricativos; 2° se ha pasado por alto que estas correspondencias se cumplían antes del año 1000 (la *Crónica de 754* los transcribe con *z*; los documentos leoneses del siglo x generalmente con *z*, y ya muchas veces con *c*), en una época en que sin posible duda eran africadas la *ç* y la *z* de toda la Romania. Esto en cuanto a deshacer la objeción planteada; en el curso de este trabajo hallaremos que las correspondencias árabe-romances, estudiadas en su doble corriente y referidas a los sistemas respectivos, prueban inequívocamente por sí mismas que la *ç* y la *z* castellanas antiguas eran africadas.

ش šin. La *Crónica de 754, sc,* una de las grafías para el sonido románico *š* en el período primitivo (Menéndez Pidal, *Orígenes,* § 6₁): *Iscam* (Hišām) (*passim*), *Mammet Alascila,* el ms. matritense *Alascilia* (Muḥammad ben ʿAbd Allāh al-Ašǰaʿī), *Abdela Alasceml* (el primer califa ʿAbd Allāh al-hāšimī). Entre los arabismos de los siglos x y xi que Gómez Moreno, *l. c.*, recoge de documentos leoneses y castellanos, la transcripción es ya *x*: *xabe, almoxerif, alvexi* (šabu, al-mašarif, al-waxī), con algunos posibles casos de *sc* (que no he logrado identificar): el geográfico *Hadraysces,* y *amorcesce* 'labor metálica formando cadena'. La *Elegia* siempre *x*: *yexanco;* Alfonso X, a veces *x* (*arraxe, mahaxa, xeulet, axeva,* etc.), a veces *s, -ss-* (*elsemí, sollaca, barseus, assuja, suiah*); si final, *ys* (*Nays, annays*) y final tras consonante *s* (*ars,* como en interior). Alcalá, *x* normalmente (lo mismo que los mss. tardíos de Alfonso X): *maxarafa, arrexama, xorca, xicava,*

[1] De Lokotsch saco: *alficoz* o *alpicoz, alcazaba, alcázar, alcorza, almazara, arrecife, taracea, arrizafa, capazo, zahareño, zafariche, zaida, aceña* y *aceifa, azalá* y *azalate, (a)zanefa, atarazana, canacho, acibar, cifra* y *cero, cifaque, acicalar, azófar, zarrón* y *albacea.* (Muchas son obsoletas; algunas de rara documentación.) Lokotsch pone la ortografía moderna; estas palabras se escribían antiguamente con *ç*. En la etimología discutida de *alazán,* Lokotsch, 870, se inclina por árabe *ḥiṣān,* pero la *z* es antigua, sonora, lo que va en contra (port. *alazão*); para *choza* rechaza la base latina plutea por la *ch-* (aunque cfr. *chapo* < **plopo* < p o p u l u, *RFE,* III, 205), pero la base ár. *juss* que propone deja la *ch-* más enigmática; *muselina* vino a través del francés; *sándalo,* a través del griego; *saure* < *suqr* debe ser un catalanismo, a juzgar por la *s-* y por la sílaba final (cfr. *ṣufr* > *azófar, aledzar,* etc. Lokotsch ha olvidado *zafra.* Dozy, 18, agrega: « alguna vez, como el sin, *x* o *ch*: *chafariz* = *zafariche, xenabe* ». Pero *chafariche* es portugués y *jenabe, jenable* viene del latín s i n a p i s.

[2] *Alcocer* (Alicante, Valencia, Guadalajara), *Aledzar* (Alicante, Ciudad Real, Cuenca, Granada, Orense), y *Alcazarén* (Salamanca, Valladolid), *Alcazaba* (Almería, Badajoz), *Almanzor* (Sevilla) y *Almenzora* (Almería), *Almazán* (Soria), *Almazora* (Castellón) y *Almazarilla* (Almería). Con la respuestas *s* recojo: *Almansa* (Albacete) frente a *Almonza* (León), *Almásera* (Valencia) frente a *Almázara* (Navarra), *Ansola* (Granada), *Honsares* (Jaén) y *Castilansur* (Córdoba). Dejando a un lado el *Almásera* de la seseante Valencia, los otros cuatro casos tienen *ns*, pero no es determinación fonética operante, en vista de los *Almanzor, Almanza,* etc. Hay que descontar *Castilansur,* que además de deberse a seseo moderno, no tiene etimología árabe; ver *Castil Anzul* < A n g e l l u s, en Menéndez Pidal, *Manual* § 47,2. Tampoco cuenta el *Honsares* de Jaén, que es nombre de un cortijo y probablemente tomado del de un dueño.

[1] Algunas otras transcripciones de interés: Xaharices (geog.) *ṣaḥārīǰ* (con *x-* por sad inicial, y *c* por *j* final) y también *Xafarice* 'cisterna' como nombre común; *alisuve* 'borde' (*alasúb*), *saibi* 'rubio' (*aṣhabī*), rarísimas equivalencias de *s* por sin y sad respectivamente.

xebeque, etc. Los arabismos tienen *x* (*š*) antigua, *j* moderna: ver Dozy, 18, Ford, 123, Steiger, 197-198. En Lokotsch: *ajarafe* y *aljarafe*, ant. *axebe* (*enxebe, jebe, jepe*), *ajedrez, ajimez, ajorca, ajuar, alejija, almojarife, almojarra, almojatre, almoraduj, ataujia, batajo* y *bataja, carcaj, almarraja* (y *almarraza*), ant. *enxeco, jábega, jabeque, jalope, jambete, jaque, jaqueca, jáquima, jara, jareta, jarifo, jarope, jeque* y *ojalá*. Además Lokotsch olvidó *alfajor, jarabe, ajedrea*.

En seis arabismos el *šin* se reproduce con *ch*: *alca(r)chofa, marchamo* (la Academia trae, además, *marchamar, marchamador* y anticuado *marchamero*), *chueca* (?), *albérchigo, babucha* y *chifla* [1]. (Además, según Asín, el topónimo *Nechite*, Granada, <*Našit*).

De los seis, tres han hechos *rč* < *rš* y no hay otros casos de *rš*; pero no es bastante para establecerlo como condición. Este resultado acusa quizá una pronunciación del *šin* a oídos españoles algo más chicheante que la antigua *x* (algo más delantera la articulación y no tan redondeada, algo más delgado el timbre, lo cual concuerda también con los pocos casos de *s*).

[1] P. de Alcalá: «Alcarchofa *harxufa*» (en el árabe general *ḥaršuf*); «hierro para herrar *marxan, maraxin*», «señal de hierro con fuego *raxam, ruxum*», «señal de la planta, *raxam al caa*», «señalar con huego, *marxum, raxomi, arxum*», «notar *narxum, raxomi, arxum*», «plata marcada, *fidda marxuma*» (ár. maršam, del verbo *rašama* 'marcar' (Dozy, Lokotsch); *babucha* < ár. bābuš < persa *pāpuš* (Dozy, Lokotsch). *Albérchigo, -a*, nav. *albérchico* (no incluído por Dozy; mal referido por Lokotsch y sus fuentes a ár. *barkūk*, base de *albaricoque*, con sólo anticipar el acento !!), sin duda de (malum) persicum a través del árabe (cfr. *al-*, y la *b-*); pero la *ch* es enigmática; el francés también la tiene (*pêche* > inglés *peach*). No hallo *chifla* en Nebrija, Cristóbal de las Casas, 1570, Alonso Sánchez, 1587, ni Covarrubias, 1611. Alcalá trae dos veces *xifra* como palabra árabe (en «navaja de barbero» y en «trinchete de çapatero»), sin muestras de que la palabra estuviera ya en el español; pero la Academia lo trae desde sus primeras ediciones. Probablemente la *ch* no se debe a excepcional reproducción del *šin* en la operación de la adaptación; o bien ha obrado una asociación con *chifle, chifla, chiflar, rechifla*, o bien vino al español desde el portugués con su normal grafía *chifla* < ár. esp. *šifra*. Del portugués ha recibido con seguridad el español *chifarote* (por *chifrote*), rehecho luego en *chafarote* 'alfange corto y ancho' 'sable o espada ancha'; *chi-* > *cha-*, quizá por asociación con *chafar*. Lokotsch, 1941, añade *chueca* 'un lado cóncavo de la taba de juego' < *šukka* 'hendidura'; quizá, pero en el nº 434, persa *čōgān*, 'cancha de juego', incluye el port. *chueca* como nombre de un juego; no sé si habrá que considerar esta otra base también para *chueca*; de todos modos, el ambiente de juego, y más entre niños, es propicio para la aparición de la *č-* (*cha cheñor*, etc.). La *ch* de *achaque, achacar* no entra aquí en cuenta, porque el cambio se había cumplido dentro del árabe peninsular, según atestigua Alcalá: «acusar, *nachaqui, achaqueit, achaqui*», «demandador de juicio, *machequi*», «gritar con gemido, *nachaqui, achaqueit, achaqui*», «reclamar de agravio, *nachaqui, achaqueit, achaqui*». También el catalán dice *atzaque* y el italiano *aciacco*; en árabe general *šaqā*. Otros arabismos del español con *ch* por *š* son *chal* y *derviche* (Lokotsch), pero vienen a través del francés *châle, derviche* por vía visual. *Aciche* no viene de *haššā* o *haššīš* (Dozy) sino de aciculum.

En otros arabismos, según Dozy, 18, el *šin* está representado por una *ç* (antigua africada ápicodental *š*), lo que supone un extremamiento de la representación con *ch*; pero casi todos sus casos son objetables [1]; sólo quedan *acicate* < *šakat* y *albricia* < *bšara*, y ambos tienen circunstancias que impiden atribuirles especial significación fonética en la adaptación castellana; la etimología de *acicate* es dudosa (ver la discusión en Dozy, s. v. y A. Nascentes, *Dicc. etim. da lingua port.*, s. v.) y es significativo que ambas palabras ostenten *ç* (o *s*, por seseo) en las tres lenguas peninsulares. Quizá el cambio sin por *šin* ocurriera ya dentro del árabe español [2].

Algunos casos con *s* se explican por la antigua alternancia castellana *s-x* o por la minoritaria solución *s* que ya hemos visto en Alfonso X: *marcasita* junto a *marcaxita* 'pirita', *alesar* junto a *alaxor* (Dozy), aunque se ha de advertir que *alaxor, alexar* son las formas corrientes; Dozy lo apunta porque encontró «una vez» *alesor* en unos Fueros (Muñoz, I, 375) [3].

De atención preferente son las alternancias alfonsinas: *arraxe, elsemi, Nays, ars*, que se han de entender entre *š* y *ś*, la peculiar *s* castellana. Ellas denuncian (y más si les juntamos las otras alternancias ya apuntadas) que, aunque *x* era la consonante castellana más próxima al *šin*, no eran idénticas; y como a veces el sentimiento castellano se satisfacía con la *s* (o con la *ch*), y en posición final se vertía normalmente con *šš*, parece que el timbre del *šin* no sería entonces tan grave y grueso como el de la *x* [4], y sobre todo que el juego de variaciones fonéticas según la situación de la consonante no era el mismo. Más tarde Nebrija llega a hallar la *x* tan igual al *šin*, que

[1] *Aciche* viene de aciculum, como ya hemos dicho para *š* y *č*; *albuce*, de origen bereber, no lo encuentro en los Dicc. de la Acad., ni siquiera en el *Dicc. Hist.*; significa lo mismo que *arcaduz* (al-kadūs) y debió sufrir su influjo; *cetereque* (aducido por Steiger, 198 *šitrak*) 'doradilla', no se puede decir que pertenezca a nuestra lengua; la Acad. lo recoge sólo en su nuevo *Dicc. Hist.* (< persa *šitāraj*), con ejemplos de naturalistas del siglo XVI que lo llamaban también *ceterach*; parece venir a través del latín moderno de los naturalistas; no está en Lokotsch. La alteración de un *šerqui* en *borcequí* no tiene defensa; el *REWb*, con Diez, da la base *brosekin*; *zatara* < šajṭūra (Steiger) 'especie de balsa para transportes fluviales' (¿argentino *chata*?) tiene otras varias anormalidades.

[2] Dozy, 18, advierte que el cambio *s* por *x* se comprueba sobre todo *s* en la última *x* de nombres propios: *Xerez, Mojiz*; Cfr. Dozy, *Recherches*, II, p. LXXIII y sigs. Aquí incluyo los *Bajalance* y *Guadajoz* de Córdoba frente al *Alanje* de Badajoz, como casos de disimilación. Sin encuentro de dos *xx*, *Alatoz*, en Albacete. Para las etimologías, ver Asín, *Contrib.*; en *Algotacín*, Málaga, ha podido obrar un sentimiento de desinencia toponímica: *Albarracín, Albaicín, Castroserracín, Mazarracín, Serracín, Cacín*; y con seseo, *Beniasín, Benicasín*. Asín incluye como arabismos *Alarico*, Burgos, y *Ariza*, Zaragoza, que en doc. de 1175 se lee *Ferize*; no es convincente la etimología.

[3] No cuenta *asesino*, porque viene a través del francés, ni *secacul* 'cardo corredor' (Dozy), porque el préstamo parece inverso.

[4] «E la *x* al principio retrae el son de *s*, más face el son más lleno; e por eso, por decir *Setaf* escriben *Xetaf*». Enrique de Villena, *El arte de trobar*, en Mayans y Siscar, *Orígenes de la lengua española*, Madrid, 1873 (2ª edic.), pág. 281.

la da por pronunciación recibida de los árabes, y la equivalencia de ambas consonantes no tiene excepciones [1].

ج *ǰim*, africada sonora palatal. Primero en inicial de sílaba. La *Crónica de 754* *g* : *Belgi* (Balǰ) ; *Elegía*, *ge*, *gi*, *j* (escrita a veces *i* según los hábitos ortográficos de la época) : *geyte*, *hijar*, *aliaz* ; una vez *ch* : *buchamlate*. Lo mismo Alfonso : por el *ǰim* « suele salir una *g* (*j*, *i*) ante vocal » (Tallgren, 110). Como Tallgren no da ejemplos, he repasado todo su material para fijar el alcance de su « suele » y no hallo ninguna excepción. Alcalá transcribe también *j*, *ge*, *gi* ; la *Doctrina*, *j*, *g*, *gi* (Steiger, 188).

En los arabismos del castellano *j* es la respuesta corriente [2]. Hay algunos casos de *ch* : *alchup* (dial.), *chaleco* (de origen turco), *chamerluco* (turco), *charro* (Ver Baist, *ZRPh*, V, 242), *chupa*, *matachín*, *moharrache*, *truchimán* (var. de *trujamán*), *almarcha* (var. *marjal*, *almarjal*) ; murc. *charate* < *ǰarad* (*RFE*, XXI, 243), *chirivía* < ár. occ. *ǰirivía ǰiriwía*, ár. or. *karīwiya* (Alcalá lo testimonia : « chirivía, raiç conocida, *girivía* » ; en ár. marroquí *ǰiriwía*, P. Torres) [3]. En la toponimia, junto a la respuesta corriente *j* [4], hay también varios casos de *ch* : *La Mancha*, *Almarcha* (Cuenca [5], *Bechí* (Castellón, por *Bejí*, de *Béjar*), *Benichembla*, *Benitancha* ('los de Tánger') y *Benitachell* en (Alicante) ; *Purchil* (Granada) [6].

[1] No sé si el *šin* habría entre tanto variado un poco su timbre ; la *x* sin duda no lo adelgazó hacia *s*, pues a fines del siglo XVI su articulación se fué haciendo más y más retrasada hasta hacerse *j* moderna a principios del XVII. Probablemente la mayor uniformidad de las equivalencias tardías refleja una conciencia más disciplinada y escolar de los observadores.

[2] Evolución : *ǰ* > *ž* > *š* > *x* = *j* moderna. De Lokotsch extraigo : *abadeja*, *acige*, *adaraja*, *aguajaque*, *a(l)jonjolí*, *alfageme*, *alfaja*, *alfajía*, *alfange*, *alfarjía*, *alforja*, *almarjo*, *almarjal*, *ange*, *bardaja*, *bardaje*, *benjuí*, *berengena*, *borraja*, *bujeta*, *bujía*, *alfuja*, *alfujera*, *alfarje*, *álgebra*, *algema*, *algemifao* (ver Dozy), *algez*, *algibe*, *algimifrado*, *algib* (dial.), *aljaba*, *aljabera*, *aljama*, *aljamía*, *aljaraz*, *aljarges*, *aljófar*, *aljofifa(r)*, *aljorses*, *aljuba*, *almeja*, *enjaezar*, *garbasia*, *gerbo*, *gileco*, *girafa* (con *z* > *ǰ* ya árabe), *gingón*, *hegira*, *jabalí*, *jabato*, *jabalina*, *jaco*, *jaez*, *jaleco*, *jarra*, *jazmín*, *jazarina*, *jineta*, *jinete* (con *z* > *ǰ* ya árabe), *jorro*, *jubón*, *julepe*, *junco* (embarcación), *mudéjar*, *naranja*, *rejalgar*, *toronjil*, *toronja*, *trujamán*. Alguna etimología será objetable ; yo he eliminado varias.

[3] Algunas formas en que el *ǰim* se reproduce con una velar (*galanga*, *almagama*, *moganga*s, Dozy, 17) son raros testimonios de la peculiar articulación velar-palatal del *ǰim* primitivo ; añadir nav. *cofaina* 'jofaina'.

[4] Entresaco de Asín, *Contr.* : *Abengibre*, *Agés*, *Ajofrín*, *Alájar*, *Algeciras*, *Algibe*, *Algimia*, *Alijar* (etimología pleiteada), *Aljafería*, *Aljube*, *Aljucer*, *Aljafía*, *Almarjen*, *Benalijar*, *Benaoján*, *Berrajema*, *Berriaján*, *Borge*, *Borja*, *Borjabab*, *Borjas*, *Bujalaro*, *Bujaraloz*, *Bujarrabal*, *Calataraje*, *Cartágima*, *Farage*, *Gebelli*, *Generalife*, *Gibraleón*, *Gibralfaro*, *Gibraltar*, *Gimialcón*, *Gimeleo*, *Guadalajara*, *Guájar*, *Jabalambre*, *Jabalcol*, *Jabalcuz*, *Jabalí*, *Jándula*, *Jaud*, *Jémeda*, *Jun*, *Moagil*, *Pegalajar*.

[5] De *al-marja* 'el prado', de reproducción muy variada : *Almarza*, en Ávila, Logroño y Soria, *Almarjen* 'los dos prados', en Málaga : *Almorox* 'los prados', en Toledo. Quizá los *Almarza* tengan otro origen.

[6] Éste muy dudoso : Asín le supone la base *burǰ hilāl* 'torre de la luna', pero los muchos derivados españoles de *burǰ* siempre tienen *b-* (*Borge*, *Borja* — la Bursao iberorromana de las campañas de Sertorio — *Borjabab*, *Borjas*, *Borox*, *Alborache*, *Alborax*, *Alborge*). Puede ser el mozárabe *porchil*, que el mismo Asín trae en el *Glosario*. Recuérdese los *Porceles de Murcia*, comedia de Lope. En el *Anónimo de Sevilla*, *porjil*.

El ج final. Hay vacilación entre *j* (*ge*, *gi*), *x* (a veces *s*) y *ch*. La primera representa el sonido árabe reproducido con atención de fidelidad a lo extraño ; las otras, su versión española, ya que el español ensordecía las sonoras (excepto nasales y líquidas) en posición final. Ya hemos citado el *Belgi* < Balǰ de la *Crónica de 754*. En la *Elegía* : « como en castellano antiguo la *g* (*e*, *i*) no se podía pronunciar final sin convertirse en la sorda *x*, convirtiendo *barnage* en *barnax*, así hallamos ج final transcrito por *x* (*yartax*), otro por *s* (*yastamao*), y otros por la explosiva palatal sorda *ch* (*alabranch harach*) » Menéndez Pidal, 408. Alfonso también *x* (alguna vez *s*) y *ch* : *rexl*, *rixl* y *risl*, *annexm*, *mexhmara*, *masmara* y *alechmel*, *tech* y « con paragoge secundaria *ateche*, *alboroche* » (Tallgren, 711). La paragoge secundaria es abundante en los hispanismos [1] y en la toponimia [2], lo cual nos interesa por el tratamiento *-ǰ-* > *-ch* que supone. Pero los textos de Pedro de Alcalá son los más importantes, porque la alternancia *-j-* : *-ch* (medial : final) es lo bastante frecuente para darle significación fonética y fuerza comprobatoria [3]. Para Alcalá, ante consonante el *ǰim* (o la *ch*) se resuelven en la fricativa *x* (= *š*), y esto da también coherencia a los casos de *x* en la *Elegía* y en la transcripción alfonsina, casi todos ante consonante [4].

[1] *Aceche*, *alferiche*, *azabache*, *elche* (< *alǰ* ; pero ya en Alcalá *ailche*), *ponche*, *zafarache*, *escabeche*.

[2] *Alborache*, Valencia, frente a *Alborax*, Alicante, y *Alborge*, Zaragoza ; *Alcoruche*, Almería, y *Alcoroches*, Guadalajara, frente a *Alcoracén*, Córdoba ; *San Juan de Aznalfarache*, Sevilla, frente a *Farage*, Murcia (recuérdese, además, el Guzmán de *Alfarache*). Si queda final en español le corresponde *x* : *Borox*, *Almorox*, etc.

[3] « Alhaja, *haja* (plural), *haguech* » ; « azavaje, *zebeja*, *zebez* » ; « azulejo, *zuleija*, *zulaich* » ; « azebuche, *zambuja*, *zambuch* » ; « campo, *marge*, *moroch* » ; « capacho de molino de azeite, *çanach* » (*sanāǰ*) ; « capacho pequeño, *çunainach* » ; « cerro, *fegg*, *fujuch* » ; « elche o tornadizo, *ailch* » ; « enaziado o tornadizo, *ailch*, *uluch* » ; « escofina para limar madera, *izquirfich* » ; « rallo, *izquirfig* » (*-g* = *j* ; otros ejemplos : « prado para yerva, *marg*, *murux* », « espinaca, yerva conocida, *izpinag* » ; « lizo para texer o urdir, *mecex*, *minicig* ») ; « nota de formulario, *barnamach* » ; « nota assí, *barnamig* » ; « polido, yerva medicinal, *bizbaich* » ; « regañón, viento, *labach* » ; « rejalgar, *rahach* » ; « concejo, *concich* » ; « salamandra, *zemebrach* » ; « çanahoria silvestre, *biznach* » ; « madexa, *madeja*, *madeich* ».

[4] « Amentar, *nilachach*, *lechaxt*, *lachach* », « blanquear, lucir, *nilachach*, *lachaxt*, *lachach* » ; « enlazar, *nilachach*, *lachaxt*, *lachach* » ; « chupar, *nichuch*, *chuxt*, *chuch* » ; « enojar a otro, *niharrach*, *harraxt*, *harrach* » ; « grano de uvas, *rixmil*, *ragimil* ». Y no sólo ante consonante ; como el *yartax* solitario de la *Elegía*, encuentro en Pedro de Alcalá cinco casos de *-x* por *-j* en fin de palabra, dos de ellos alternando con *-j* (*-g*), y uno tercero con *-z* y *-ç* : « camisa de mujer, *camija*, plural *camaiz* » (y además, « alva, vestidura, *camiz mi maglá*, pl. *camaiç* » ; otro caso : « corneja, ave conocida, *corneja*, *caraniç* » ; no hallo más ; quizá *caraniç* sea errata por *caranix*) ; « toril para ganado vacuno, *cortix* » ; « lizo para texer o ordir, *mecex*, *minicig* » ; « prado para yerva, *marg*, *murux* » ; « prisco como durazno, *banaja*, *banux* ».

La alternancia más abundante, *-j-* : *-ch*, que presenta al *ǧim* hecho *ch* al ensordecerse por final, prueba que el *ǧim* siguió siendo africado hasta el siglo XVI (Pedro de Alcalá, 1501) [1]. Y puesto que el *-j* se hacía abundantemente *-ch(e)* y no la *-j* de otras procedencias (p. ej., no *reloch*, sino *relox*), y aun no pocas veces también se hacía *ch* en principio de sílaba, hemos de admitir en él una articulación más enérgica y dura que la *j* romance (las alternancias no se pueden achacar a deficiente sonoridad del *ǧim* respecto de la *j*, porque la sonoridad del fonema árabe es completa hasta el día de hoy). Ese plus de energía es el que llamaba la atención de los oídos españoles y, buscando el casillero adecuado dentro de su propio sistema, les hacía recaer en la *ch*, como la reproducción en ese punto más satisfactoria.

TRANSCRIPCIONES Y ACOMODACIONES DEL ESPAÑOL AL ÁRABE

Ahora las transcripciones y acomodaciones inversas, del romance al árabe. Buscando la homogeneidad geográfica y cronológica del sistema y su real funcionamiento, vamos a atender básicamente a tres fuentes principales, las más ricas de todas: dos antiguas y coetáneas, la una de Sevilla, la otra de Zaragoza (ambas de hacia 1100), y la tercera el *Vocabulista* de Pedro de Alcalá, 1501. Las noticias que Simonet [2] recoge de otros muchos autores las usaremos complementariamente [3].

[1] Sobre este punto y la significación de la otra alternancia *j-* : *-x* nos extenderemos en las conclusiones. Steiger, pág. 181, supone que ya sería fricativo en el árabe español, coincidiendo con los dialectos magrebíes modernos. Se apoya explícitamente en que la asimilación solar alcanzaba en el hispanoárabe al *ǧim*, y, al parecer, en la creencia de que la *j* antigua española, con que se transcribía el *ǧim*, era fricativa. Pero la asimilación de la *l* del artículo estaba condicionada por el carácter lingue-delantero de la consonante siguiente, ya fuera oclusiva o fricativa (ante *t*, como ante *ʾ* o *š*), y por otro lado, la *j* española era africada hasta el siglo XVI, como vecemos adelante (hoy mismo lo es en judeoespañol, excepto entre vocales); además, la asimilación de la *l* se cumple ante *ǧim* muy raras veces, según ya lo observa Bénichou, *RFH*, 1945, VII, págs. 226 sig., y por último en el árabe argelino el *ǧim* es todavía africado.

[2] Francisco Javier Simonet, *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*, Madrid, 1888.

[3] Algunas observaciones sobre los documentos mozárabes o hispanoárabes utilizados. Falta una crítica de los mss. y de sus filiaciones, y lo que en esto se tiene averiguado invita a mirar con mucha reserva por lo menos las formas apartadizas. Simples errores de copia son frecuentes. Los copistas podían modernizar, castellanizar o catalanizar las formas romances. Aprovecho los datos críticos de Codera (*Discursos de recepción en la R. A. E.*, 1910), Menéndez Pidal (*Orígenes*) y E. Lévi-Provençal (*Al-Andalus*, IX, 1944).

Ben Buclárix. Los tres códices son muy incorrectos en los nombres no árabes (Codera, 12). Ben al-Ŷazzār, tunecino, conocedor de España, del s. X. El ms. escurialense parece no ser copia exacta, sino refundición o compendio hecho en España, con formas modernizadas y castellanizadas (Menéndez Pidal, 406). El *Glossarium* de Leyden no debe ser de la España occidental, según la opinión de Seybold, sino de la oriental, lo mismo que el *Vocabulista in Arabico*

Nuestras tres obras principales son: 1ª) *Glosario de voces romances registradas por un botánico anónimo Hispanomusulmán* (siglos XI-XII), por Miguel Asín Palacios, Madrid-Granada, 1943, LVI-420 páginas; 2ª) las voces romances recogidas por el botánico y médico zaragozano *Ben Buclárix*, que escribió hacia 1106 su copioso diccionario de medicina *Almostaín* (registradas por Simonet); 3ª) *Arte para ligeramente aprender la lengua arábiga*, seguida del *Vocabulista arávigo en letra castellana*, por Fray Pedro de Alcalá, Granada, 1505 (escrito en 1501).

El sevillano nos da unas 750 voces romances; el zaragozano, unas 300. Ambos puntualizan con mucha frecuencia de qué comarca especial es la nominación, si de Sevilla o Zaragoza, si de Toledo, Córdoba, Valencia, Castilla o Cataluña [1], lo que resultará de capital importancia para nuestro tema.

(Codera 18-19; M. Pidal, 405; pero Corominas, *BDC*, 1936, XXIV, pág. 5, basándose en formas portuguesas como *zimbro* < iuniperum, apoya a Seybold). Los errores de copia son muchos y graves (Codera). El ms. del *Glossarium*, según pericias paleográficas, es del siglo IX, para Bertoni (*HMP*, I, 152), del X para el Padre Villada (*Paleografía esp.*, 102); no del XI como propuso Seybold (M. Pidal, 404). El *Vocabulista* no es de Fray Raimundo Martín, como se atribuyó sin causa; el ms. conservado es copia del siglo XIII (Codera, 16-17; M. Pidal, 406; Corominas, *l. c.*, sin insistir en Fray Raymundo, lo da por catalán).

Ben Quzmān. El único ms. conocido, el de San Petersburgo, es copia del siglo XIII en oriente. Reproducción fototípica de 1881 (Gunzburg). Que ni la transcripción de A. R. Nykl, ni la de O. J. Tallgren son de fiar; G. S. Colin, el mejor especialista, ha hecho «una transcripción racional de todos los zéjeles contenidos en el *unicum* de Ben Quzmān, que despeja casi todos los obstáculos»; se publicará con la traducción, en la que colaborará E. Lévi-Provençal (*E. I.-P.*, 347-51). A la espera de la transcripción anunciada, hemos utilizado las citas de Ben Quzmān con la máxima cautela.

[1] Ben Buclárix distingue: 1) la aljamía de Aragón (desde Zaragoza hasta Valencia), 2) la de Zaragoza, 3) la de Valencia) y 4) la de España Oriental o Levante. Ver Simonet, *Glosario*, págs. CXLVII y CXI.

El Anónimo sevillano puntualiza mucho. A su tierra se refiere de varios modos: «las mujares del campo entre nosotros la llaman...», «entre nosotros», «en la aljamía del campo entre nosotros», «nuestras gentes del campo», «los campesinos», «en la aljamía del campo», «en la aljamía de nuestro país», «el vulgo entre nosotros», «el habla de Sevilla»; además «en Al-Andalus» y precisando: «en la región de šaltiš» (Huelva), «en Aljarafe de los Olivos» (Sevilla), «en la región de Córdoba», «en Granada», «en la región de Granada», «en la región de Alcalá, distrito de Sevilla», «en la parte de Jaén», «en Niebla», etc. De especial importancia para nosotros son sus datos del norte: de Toledo, Galicia, Zaragoza, Francia, la Frontera y la Frontera Superior. Según estableció Codera, a quien sigue Asín, los historiadores árabes habían llamado «la Frontera» a sus propias regiones al sur del Duero, en el centro de la Península, y «la Frontera Superior» aproximadamente al Nordeste; Toledo era de la Frontera; Zaragoza, de la Frontera Superior. Pero el Anónimo de Sevilla — como otros muchos en su tiempo y después — no sólo sigue llamando «la Frontera» a aquellas tierras ya reconquistadas por los castellanos («en la parte de Toledo y en toda la Frontera», pág. 379; «en Toledo y en toda la Frontera», pág. 227), sino que para él es la Frontera Superior el riñón mismo de Castilla, nunca arabizado: «y en la Frontera Superior, cerca del nacimiento del Wadi Ebro, y es conocido este lugar por Río Ebro, en una aldea que se llama *Qanšū*», pág. 351; *Qanšū* es Campoo. También recoge especies y nombres de las tierras cristianas de Portu-

La ç y la z. — Hasta el siglo XVI, la ç y la z del castellano formaban una correlación de sonoridad: dos apicodentales africadas, la ç sorda, *ŝ* (cuasi *ts*), y la z sonora, *ẑ* (cuasi *dz*). En siglos remotos tuvieron que ser palatales, *ď* y *ǰ*, etapa fonéticamente necesaria (excepto en los casos de base *tj*) entre el sonido latino k y el dental. Sobre la cronología de estos cambios saldrán de nuestros datos importantes enseñanzas que expondremos en las conclusiones. Tanto la ç como la z, sin hacer entre ellas diferencia, se transcriben y se reproducen en árabe en primer lugar con la letra *ǰim*, y en segundo con las letras *sin* o *sad*. Estudiaremos primero las transcripciones con el *ǰim*, como lo regular, y aparte las otras con el *sin* o el *sad*, como excepciones abundantes.

1º, Con el ǰim. — La adaptación al *ǰim* se cumple lo mismo para la ç y la z del romance de Andalucía que para los de Aragón, Cataluña, Levante, León o Castilla, y ocurre en el *Glosario* llamado de Leyden, siglo X, en los cordobeses Ben Joljol (nac. 944), Ben Hayyām, Abū-l-Qāsī (m. 1014) y Ben Quzmān (m. 1159); en el tunecino Ben al-Ŷazzār, siglo X, que siguió de cerca a Ben Joljol; en el Anónimo de Sevilla que escribía hacia 1100 y en el sevillano Ben al-ʿAwwām, siglo XII; en el zaragozano Ben Buclárix, siglos XI-XII; en el toledano Ben Wāfid, siglo XI; en el malagueño Ben Albaytar (m. 1248); en el *Vocabulista in arabico*, siglo XIII (hecho en Levante); en el almeriense Ben Loyón, siglo XIV; en escrituras árabes de Toledo, Almería y Granada; etc.

El Anónimo de Sevilla trae más de cuarenta palabras con *ǰim* = ç y

gal. de Galicia y de León, que llama *J̌illiqaiya* (Galicia), y de Cataluña que llama *Franǰa* (y *afranǰi* al catalán), como era costumbre; así el gran geógrafo El Edrisí (coetáneo de nuestro Anónimo): « C'est a Barčiluna que réside le roi d'Ifranǰa: c'est la capitale du pays... Les Ifranǰ (Catalans) ont un esprit offensif »... *La Péninsule ibérique au Moyen-Âge, d'après le Kitāb Ar-Rawd... d'Ibn ʿAbd Al-Munʿim Al-Himyarī. Texte arabe... et traduction par* E. Lévi-Provençal, Leyden, 1938, s. v. *Barčiluna*. E. Saavedra, *La geografía de España del Edrisí*, Madrid, 1881, pág. 83, tradujo este pasaje así: « Barcelona es capital donde reside un rey franco... los francos tienen poderío invencible... La comarca de Barcelona abunda en trigo, legumbres y miel ». Menos categóricamente que Lévi-Provençal, pero ya se ve con quién está el acierto: el Edrisí habla de los catalanes como francos, no como hospedadores de un rey franco. Que el Anónimo de Sevilla da a *francés* la significación de 'catalán', se ve claramente en un pasaje de la pág. 64: una especie de laurcola « se llama en aljamía *cuntuela maore*, es decir grande... y en francés *pugá*, es decir que pica como el fuego ». Así pensó en un francés *pucas*, inadmisible, pero concediendo que se podía leer *fogá*, que sin duda es la lectura buena, en vista de la glosa « como el fuego ». Con mucha frecuencia el Anónimo da los nombres en plural: *fogá* o *foca* no puede ser más que catalán o provenzal. Los demás nombres « franceses » casan bien con las formas del catalán; por ej.: la zarza « en francés se llama *arǰa* » (dice en el nº 361), que concuerda con el *ars*, pl. *arsos* del Dicc. de Aguiló, aunque tenga en catalán cambio de género y seseo posterior. Es voz de origen ibérico. Otro: las almortas « se llaman en aljamía *arnilya*... y en francés *ǰejere* », que se corresponde con el provenzal *cézes* (Raynouard). En catalán ç se hizo *s* hacia 1400; en lengua de oc ya se había cumplido el cambio en el siglo XIII. Cfr. Coromines, *AILC*, III, 1945, pág. 148.

una decena con *ǰim* = *z*; *alǰamatriš*, *ǰibaira* (cibera), *calabaǰuela*, *ǰinco*, *ǰento* (ciento), *coraǰón*, *ǰeco* (ciego), *ǰeresia*, *ǰobolla*, *ǰorbuno* (cebolla, cervuno), etc. [1], *aǰetaira* (azedera), *cauliǰella* (dim. de *col*), *riǰino*, *radriǰeš*, *nuǰe*, *nuǰiella* (nuez), *mellijella* (mielga, herba medica + ĕlla), *preliǰella*, *filiǰo*, *filǰo* (< filicem, no filictum), *sdliǰo*, *šalǰo*, *paniǰo*, *carriǰo*, laiteǰino (< lacticina).

Del zaragozano Ben Buclárix recojo once palabras con *ǰim* = ç y ocho con *ǰim* = *z*: ar*ǰa* (çarça), *ǰervo*, *ǰento*, *ǰentauria*, *calabaǰuela*, *ǰirola* (ciruela), *oščorǰón* ('erizo', cfr. *escuerço*), *yunǰa* (juncia), *yerva coraǰonaira* [2], *ǰeco*, *ǰenišiella*; *elǰina* (ilicina), *félejo* (filice), *leiteǰino* (lacticina), *šorǰe* (sorice, ant. cast. *sorze* 'ratoncillo'), *veǰia* (*vicia*, especie de algarrobo, cast. *veza*), *aǰethiella*, *aǰetairaš*, *riǰino* [3].

Entre las voces dadas por mozárabes, algunas se habrían naturalizado en el árabe. Las que con certeza sabemos que se naturalizaron ostentan también *ǰim*, aunque en las naturalizadas la proporción de formas con *sin* o *sad* es mayor que en las meramente transcritas, como luego veremos. Con *ǰim* por ç: *capǰar* (*caçar*, captiare) y *jirǰ*, cierzo, en Ben Quzmān;

[1] No cuento los de base latina se que da en mozárabe *l*, como en leonés y aragonés; cfr. Menéndez Pidal, *Orígenes*, § 67. Además hay en el Anónimo un *šistra* < cista?, que representa variante fonética romance, pues hoy es *jistra*, y en cast. antiguo *xistra* y *sistra*; el *šensio* 'incienso', 'azafrán', del n. 52, parece cruce con *šenso* 'ajenjo' < absinthiu.

[2] Y explica Ben Buclárix: « Llámase en aljamía yerba *coraǰonaira* (variante *corǰonaira*), porque su fruto es rojo, semejante al del pino y en figura de corazón ». Simonet, 614.

[3] De otros autores árabes, en nombres romances; con *ǰim* = ç: *Yerba coraǰonella*, *coraǰonaira* (Ben Joljol, Ben al-Ŷazzār), *coriǰinera* (Ben Tharif, como nombre español del *hypericon* Dioscórides, cast. *corazoncillo*), *calabaǰuela* (Ben al-Ŷazzār), *ǰebollilla*, *ǰebollín* (Ben Tharif, Ben al-ʿAwwām), *ǰenišiella* (Ben al-Ŷazzār), *ǰenteno* (Glosas del cód. París de Dioscórides), *ǰento* (Ben al-Ŷazzar, Ben Wāfid), *ǰentu-pedes* (gl. Dioscórides), *ǰerasia* (El Edrisí, Ben Tharif, Ben Albaytar, Ben Loyón), *ǰicata*, *ǰicata* ('cigarra', gl. Dioscórides, Ben Albaytar), *ǰicueta* (Ben Joljol), *ǰinicuria* (varios), *ǰirco* (quercus por quercus, 'encina', Ben al-Ŷazzār, Ben Albaytar), *ǰithria* ('cidra', Ben al-Ŷazzār), *ǰitidonia* ('golondrina', como nombre romí usado en España, Ben Albaytar), *lapaǰa* (junto a *lapaça* con *sad*, como nombre esp. de una planta, Ben al-Ŷazzār; Ben Buclárix y Ben Tharif *lapaça*, con *sad*; del lat. lappaceu); *axcorǰón*, *uxcarǰón* (Ben al-Ŷazzār, recuérdese el *oščorǰón* de Ben Buclárix), *pega* ('pieça', Ben Albaytar), *yunǰa* (general). Un Códice Canónico Escurialense transcribe *comendathiǰio*, *comendathiǰo* (commendaticio), *conǰilio*, *ǰemitherio*, *ejšorǰišta*, *ǰentalio* (centón) y también *luǰerna* ('lámpara') que pertenece a la *-z-*. El poeta cordobés Yūçuf ben Harún, siglo X, tenía de sobrenombre árabe Al Ramadí y romance *Abu Ceniz* ('el cenizo' en ambas lenguas), cuya transcripción árabe era *Abu-ǰeniš*. (Menéndez Pidal, *Bull. Hisp.*, 1938, XL, 350-351). Con *ǰim* = *z*: *Dāǰanber* (general), *faǰaira* (faciem + uria 'cara', Ben Quzmān), *feǰa* (como nombre español en Ben Alhaxxá, africano del s. XIII), *feǰo*, *féleǰo*, *feǰón*, *féliǰ* (Ben al-Ŷazzūr, cód. par. Dioscórides, Ben Albaytar), *leteǰón* (Ben al-Ŷazzār, cfr. *leiteǰino*), *thamariǰe*, *thabariǰe* 'tamariz' (Cód. par. Dioscórides, Ben al-Ŷazzār como nombre español), *magarǰa*, *macarǰa* 'magarzuela' (Ben Albaytar, Ben Alhaxxá, como nombre latino y vulgar), *noǰilla* (nucella), *orǰella* (auricella, Ben Joljol), *orǰican(a)* (Ben Albaytar), *riǰino* (Ben Wāfid).

en el *Vocab.* siglo XIII, « *conblǯǯa* pellex » (cast. *combleza*), *barǯella, barǯila* [1] (parcella), *oščorǯón* 'erizo' (scortea, cfr. esp. *escorzuelo, escuerzo*) [2], « *ǯim ǯipesa* reptile » [3], *ǯicala* 'cigarra' (también en Ben Albaytar), « *ǯica* neblina » (caecus), « *murǯical* vespertilio » (muscaeculus); en Ben al-Ŷazzār *ǯilhria* 'cidra', *yunǯa* 'juncia' (también en Ben Loyón), *ǯento capitha* (también en Ben Wāfid y Ben Buclárix); en Ben Albaytar, además de los citados, *ǯiatho* 'peso de 10 mitzcales', cast. *ciato* [4], *ǯicutha* 'cicuta' (también en Com. par. Diosc.); en Ben Joljol *ǯicuta, peǯa* 'pieza' (junto a *peççа*, con sad, *peš, pieš*); en el Com. par. Diosc., *ǯenteno* 'centeno', en Ben al-ʿAwwām, *ǯebollin*, en escrituras ár. granadinas *ǯera* 'cera', en el Cód. can. escur., s. XII; *paraǯiša* 'preces', con nuevo plural árabe sobrepuesto; *Aben Coraǯón, Ibrahin Caraǯón*, apodos árabes del siglo XV. Con *ǯ* por *z* sonora: *laǯaǯ* 'enlazar', *laǯǯa* 'caer en un lazo', en Ben Jaldún y escr. ár. de Almería; « *raǯǯim* en el *Vocab.* del siglo XIII, « *raǯǯim* racimus », *vinaǯa* 'vinaza', *laǯaǯ, laǯǯaǯ, laǯleǯ* 'luzir', *faǯaira* (<facies + aria, también en Ben Quzmān); *orǯella* (auricella) en Ben Wāfid y Ben Joljol; *Fonteǯella* en Ben Hayyān, 'nombre de un castillo en Jaén', *riǯino* en Ben Wāfid y Ben Buclárix; en Ben Albaytar y otros *magāriǯa, magarǯa* 'magarza' (etim. incierta); *laǯ, laǯa* (<balecem) en El Edrisí y escrituras ár. granadinas [5]. Los hispanismos de Alcalá los estudiamos aparte.

El valor fonético que tenía este *ǯim* en la transcripción de los hispanismos no era el patrimonial (africada palatal *sonora*), sino el de č, africada *sorda* prepalatal, prestado del sustrato romance. En esto nos es de preciosa ayuda Pedro de Alcalá, con sus transcripciones del árabe en letra castellana. Alcalá, que no trueca signos árabes por signos castellanos, sino que transcribe sonidos, reserva la letra castellana *j* (que entonces valía *ǯ*) para el sonido *ǯim* patrimonial del árabe y para la *j* de los hispanismos; en cambio, donde reconocemos hispanismos con *ç* y *z* (y también con *ch*). Alcalá pone *ch*, salvo tres excepciones fonéticamente justificadas que luego veremos.

Ch por *ç*: « Barcelona, *Barcholona* », « barcelonés, *barchiloni* », « carrasco, árbol de bellotas, *chiricha* », « cepo, prisión, *chipp* », « cera, ungüento, *churrut* » (<cerote), « cernejas de bestias *chirr, churur* » (cirrus, cast. *cerro*), « cierço, ayre, *chirch* », « cierva hembra, *chirbal* » (quizá errata por *chirba*, pl. *chirab*), « cigarra, *chicala* », « chicharro o cigarra que canta, *chiquala* », « coscoja en que nace la grana, *chirich* », « cuenda para atar, *conchal* », « desván de casa, *bérchele* », « desván assí, *párchella* », « enzina de grana o coscoja, *chirque, chirq* », « gallego, viento, *chirch* », « guadaña, mengel *fauchil* », « hoce para heno, menjil *fauchel* », « juncia, *alboncha* » (al-oncha), « neblina o niebla, *chica* » (caec ca), « peçón de tela, *pechón* », « peçón de fruta, *puchón* » (en el *Vocab. in Arabico*, s. XIII, « *peǯǯin*, ficuum mota »), « merino, pescado, *chirnia* » (< acernia 'mero'), « mesto, árbol de bellotas, *chirqua, chirq* », « mesto, assi, *chirch* », « murciélago, ave de noche, *murchical* », « roble, árbol, *chirque* », « roble, árbol y madera, *chirque* », « torçuelo, ave conocida, *torchul* ».

Ch por *z*: « amianto para tirar, *lach, luchuch* », « boya, corcha de red, *corticha* », « carrizo, especie de caña, *carrich* », « carrizal, lugar de carrizos, *carrich* », « cozina, lugar, *cochina* », « enlazar, *nilachach, lachaxt, lachach* », « enlazadura, *talachuch* », « hilazas para heridas, *filach* », « pie de uvas pisadas, *vinacha* », « grumo de uvas, *rixmil, ragimil* (con *g, j*), « grumito de uvas, *rumeichel* » (con *ch*), « lazada, *lach* », « lazo, *lach* (pl.), *luchuch* », « enlazadura, *talachuch* », « enlazar, *nilachach* », « lumbrera, *lachaira* », « saetera o tronera, *lachaira* », « tronera, *lachaira* » (ár. marroquí *laǯaira*), « luziérnaga, *lurlux* » (léase *luxlux*), « blanquear, luzir, *nilachach* », « morezillos de los braços, *mulch* » (cfr. *pilch*), « témpano de corcho, *corticha* [1].

[1] Y en Ben Hayyān, escrituras árabes granadinas y almerienses, etc.

[2] También en Ben al-Ŷazzār y Ben Buclárix.

[3] *ǯinsipesa* como nombre vulgar en Abulcasis, cordobés muerto en 1013; « ciento pies, serpiente, *çubçipicha* », Pedro de Alcalá. Anónimo de Sevilla; *ǯentapedes*, coment. par. Dioscórides. Aunque notablemente interferida, la base es centum pedes.

[4] Cfr. San Isidoro, XVI, 25: « *Cyathi* pondus decem dragmis adpenditur ».

[5] Las formas esp. *alacha, alache, lacha*, han pasado por el árabe, como denuncia su *ch*. Nebrija, *Voc. lat. cast.*: « *Halex, cis*, piscis est. qui Lat. dicitur scombrus. El Haleche, pez », y en el *Cast. lat.*: « *Alache*, pece. Scombrus. Halec, cis » « Sardina, pece conocido, Halec, cis ». San Isidoro, XII, 6: « Halec, pisciculus ad liquorem salsamentorum idoneus, unde et nuncupatus ». Ap. Simonet.

[1] Hay en Alcalá tres excepciones en que la *ç* (una vez) y la *z* (dos veces) se representan con el sonido patrimonial sonoro *j*: « cerro de lana, *jarca, jar* (< cirrus), « grumo de uvas, *rixmil, ragimil* » « (< racimus), « diciembre, mes, *dujambir* » (december). En el árabe africano viven hoy las voces *jarra* y *dujambir* pronunciadas con *j*; además el topónimo *Beja* < Pace, hoy Beja, en Portugal. Estas formas son viejas en el árabe: el *Vocabulista* del siglo XII trae « *jarra*, linum », y « *raǯǯim, rigmel*, racimus »; *dujumber, dujumbir, dujombir* está muy documentado en Simonet desde el siglo XII. Es notable que el mismo romanismo *cerro* fijado en árabe granadino con *j-* se haya fijado otra vez con č: « cernejas de bestias, *chirr, churur* ». La etimología es el latín cirrum 'bucle' 'borla de plumas'. El significado de 'cerro de lino' (Alcalá) está también en normando y en gascón (A. Thomas, *Nouv. essais*, 200). En español el significado más extendido es el de 'colina', pero el original vive hasta hoy; ver Dicc. Academia. Alcalá trae además « cerro entre las espaldas » ('espinazo', ver Acad.) y « cerro de cabellos en las espaldas ».

¿Habrán entrado estas tres voces por distinto conducto que las otras? Bien puede ser que muchos romanismos del árabe español hayan entrado en el árabe antes de la invasión de España, sea por el románico de África, sea a través del griego de Asia y de África, invadidas antes. Un ejemplo seguro: « Francia, región, *Ifranja* » y « francés, nombre [léase *hombre*] de Francia, *yfranǯi* », dice Alcalá; *Al Yfranǯ* (o *Al-afranǯ*), *ifranǯi* (o *afranǯi*) escribe el Anónimo de Sevilla, 1100; *Afranja* el Cód. can. escurialense, siglo XII, y El Edrisí. No sé por qué Meyer-Lübke, *RFE*, VIII, 232, atribuyó el *Afranja* de El Edrisí a influencia italiana, mientras el *Yfranja* de Pedro de Alcalá le parece transcripción del griego Ἀφρικία; la vocal inicial nada dice, pues en El Edrisí se puede leer igualmente *Efranja*; la forma griega tiene que ser la base común.

Este mismo sonido de *č* que Alcalá transcribe con letras castellanas *ch* y nuestros autores árabes con ج, otros autores árabes, especialmente los geógrafos, lo transcriben con ش *šin* [1].

El nuevo sonido equidistaba fonéticamente del *ǰim* y del *šin*; era africado, como el *ǰīm*, pero no sonoro, y su articulación se hacía más adelante; era sordo y prepalatal o postdental, como el *šin*, pero no fricativo. Con cualquiera de los dos signos árabes se daba una representación sólo aproximada de la *ch*, y si con mucho dominó el uso del *ǰim* sobre el del *šin*, fué porque, siendo el *ǰīm* la única sibilante africada del sistema árabe, ese carácter se imponía entre todos los demás como el fisonómico y peculiar. Los mismos geógrafos que la transcriben con *šin* transcriben también con *ǰīm* en otras ocasiones [2].

2°, *La transcripción con sin*. — Junto a este trato casi general, la *ç* y la *z* se reproducen en una importante minoría de palabras con las ápicodentales sin y sad (enfática del sin), también sin atención a su sordez o sonoridad [3]: *cabessa* [4] (Anón. Sevilla), *cabeseiruela* (en el cordobés Ben Joljol, siglo x, ap. Simonet); *massanella* (Simonet), *mansana*, *mansanel* (Anón. Sevilla), *mansanella* en Toledo, y *mansanilla* en Toledo y Zaragoza (Id.) [5]; *šenso* <

[1] Edrisí (edic. Dozy): *Tošena* (Tucina), *Biṭrawš* (Pedroche), *Gališena* (*Caluchena*, en Sevilla, escrito *Galǰena* en el Anónimo de Sevilla y *Galichena* en el Repartimiento de Fernando III y Alfonso X), *Belušena* (Peluchena, cerca de Osuna), *Maršana* (Marchena), *Uršaduna* (Archidona), *Al-yušana* (Luchena), *Baršana* (Purchena), *Ilš* (Elche); y Al-Himyarí, en su citado diccionario geográfico editado por Lévi-Provençal: *Uršuduna* (Archidona), *Alš* (Elche), *Baršana* (Purchena), *Baršiluna* (en Pedro de Alcalá *Barchalona*), *Bitrawš* (Pedroche).

[2] En El Edrisí y recogidos por Al-Himyarí: Baǰana, *Baǰǰana* o *Beǰina* (Pechina, en Almería « una modesta aldea »), *Jibrana* (Chiprana), *šaǰena* (a 24 millas de Cartagena, p. 236), *Furnaǰuloš* (Hornachuelos, en Al-Himyarí, como en el Anónimo de Sevilla). Hasta hay una declaración indirecta de Al Himyarí sobre la equivalencia ocasional de ambas letras: « *Aniša* ou *Aniǰa* (ce nom *s'écrit* avec un *š* ou un *ǰ*) », según traduce Lévi-Provençal, s. v., que identifica el lugar con el moderno *El Puig*, no lejos de Peñíscola, Valencia. Además *Jinǰāla*, al-Jingalí 'chinchilla', 'el de Chinchilla', por ej., en El Edrisí. Al-Himyarí trae *šantagala* como otra forma del mismo nombre (para *ga* > *ǰi* cfr. *Jilliqiya* < Galicia); quizá, pues, no haya aquí *č* ni *z* en la base, pero vale igual para la alternancia de la representación.

[3] Dos solas discrepancias, en que la antigua sonora *z* se transcribe con el zay, la correlativa sonora del sin: *naiza*, repetido seis veces en el Anónimo de Sevilla (*naiza*, *nazino*, léase *nazāo*, por equivocación del punto, que sobre la letra hace *n* y bajo ella *b*; *naizaš mono*, *naiza muna*, nos 611, 612); *orzulla* (del malagueño Ben Albaytar, siglo XIII, ap. Simonet), variante de los *orǰello*, *orǰi-can*, *orǰobellita*, etc.; probablemente el vocalismo original era * *orzella* < a u r i c e l l a.

[4] Y *cabistarda*, *cabstardil*, *cabisitordel*, *cabsaira*, *cabsairola*, *cabsililla*, *cabsitiella*, *cabsotella* (varias veces), todos nombres de plantas, y en final *-š*: *cabeš*, *cabiš*, *cabš*. *Cabecilla*, *cabcil* se introdujo en el árabe andaluz, y también con sin, luego devuelto al español como arabismo: *alcaucil*. En Alcalá: « cardo arrecife, *cabcilla*, *cabcil* ».

[5] Y también con *š*: *El-Mašanetho*, un pago en Almería, *Al-Manšanel*, predio mencionado en escrituras mozárabes de Toledo. Ap. Simonet.

a b s i n t h i u, en el Anón. de Sevilla, que dice en otro lugar: el nombre de la cebada « en aljamía es *uaryo* y *uarso*... en latín *ordium* » (cfr. *orzuelo*; por el diptongo *ua* se ve que era forma aragonesa; quizá en *uaryo* hay que leer *uarǰo*); « el trigo en aljamía se llama *sibaira* y *ǰibaira* » (nº 525) < c i b a r i a < c i b u s; « los no árabes dicen para 5, *penta*, *ǰinco* y *sinco* » (nº 426). Y de Simonet: *baina de sirvo* 'cuerno de ciervo' en Ben Buclárix, como de la aljamía de Aragón y de Valencia (quizá obra de un copista: Ben Buclárix trae también *šero de çerbo*, con sad, cód. Nápoles; *šero de ǰerbo*, códs. de Nápoles y Leyden; *ševo ǰerbuno*, los tres códices); *calabasa*, con sin, y *calabaçola*, con sad, alternando con *calabaǰuela* en el tunecino Ben Aljazzar, siglo x, como nombre español; *serca* 'cercado' en escrituras mozárabes; *Marsial* en el Cód. can. escurialense; *Garsía* en doc. toledanos de 1211 (ap. Simonet, p. XXVI). Esto en formas dadas como romances; en los préstamos romances del árabe los casos de sin o sad son algo más numerosos (empleo *s* = sin y *ç* = sad, como hizo Simonet; en las citas de Alcalá, *ç* vale por ambas). Ya hemos citado el *cabsil* devuelto al español como *alcaucil*; *ġarsiya* en Al Himyarí; *Ben Garsía* se hizo árabe; *Massanith* 'manzaneda' en el granadino Ben-Aljatib, siglo XIV; *Mançanil*, pago en Granada; *Ib Goço*, se llamaba un escritor árabe valenciano, siglo XII (ant. esp. *gozo* más general que *goço*); « romaza, yerva conocida, *lepeçza*, *lepeç* » en Alcalá; *lapaçça* en Ben Tharif y Ben Buclárix, en oposición con un *lapaǰa* de Ben al-Yazzār « como nombre español de la acedera o romaza » (Simonet: esp. *lapaça*, *lampazo*, *-a* port. *lapaça* < *lappaceum*) [1]; *plaça* en escr. ár. de Almería y africanos; *peçça* 'pieça' en escr. ár. de Granada y Almería, en oposición al *(y)unepeǰa* 'junta pedazos' del malagueño Ben Albaytar, siglo XIII, como nombre romance; *possón* 'ponzoña' en el cordobés Ben Alcutía, siglo x (*pozón*, también sin la *n* anorgánica, en el *Alexandre*; < p o t i o n e m); « *calsa*, caliga », *Vocab.* siglo XIII, escr. ár. gran.; « calçada, cosa de calças, *mulebeç alcalçat* », « calças, *calça* », « calçetero que haze calças, *calçatair* », en Alcalá (también en escr. moz. Toledo); *calmusa* 'gamuza' *Glos.* Leyden, siglo x [2]; « acitara de silla, *cabarçón* » P. Alcalá [3]; *surriac*, *surriaca* 'angula', *Glos.* Leyden, siglo x, y 'funis' *Vocab.* siglo XIII (voz ibérica, cfr. vasco *zurriaga*); « haca, caballo pequeño, *roççín* [4]; « rucio, como caballo, *rucia* »; « fuerça fecha a muger, *força* » (en ár.

[1] Está en San Isidoro, *Lappaceus*, *lapathium*, lappa; cfr. J. Sofer, *Lat. und rom. aus den Etym. des Isidorus von Sevilla*, Göttingen, 1930, pág. 140.

[2] Plural *calamusat*; por la *l* anorgánica se podría agrupar esta forma del árabe español con el port. *camurça*, tirolés *kyamorts*, suponiéndole metátesis; la base admitida es c a m o c i a, c a m o x.

[3] Formas rom. en Galia e Iberia: port. *caparação*, esp. *caparazón*, cat. *caparsón*, prov. *caparaçoun* > fr. *caparaçon*), ingl. *caparison*; la base es c a p a.

[4] *Rocín*, con sin, en escrituras mozárabes toledanas, según Simonet. Etimología dudosa, pero seguro que al árabe pasó del romance. El *REW6* propone * r u n c i n u s > ant. fr. *roncin*

marroquí *força*, con sad), « adrede, *força* », « forçador de mugeres, *forçair* » (en ár. marr. con sad), « calumnia, *taparçón* » (esp. *trapaçón*, *trapaça*, *trapacero*, fr. *trappe*) ; « dança de espadas, *dançat axiguit* », « garça, ave, *garça* » [1], « *tiçón*, *tuçón* », « concejo, *concich* », « vencejo para atar, *mencejo* », « vencejo de lino, *mencejo* », todos en Pedro de Alcalá ; « *basés*, latrina, olla », *Vocab.* siglo XIII, « bacin o servidor, *baçiç* », « potro para orinar, *baçiç* » P. Alcalá [2], « *cors*, capra, cabirol » *Vocab.* siglo XIII, y *Gl. Leyden*, siglo X ; « corço o corça, *curç* », Alcalá ; « onça, animal peregrino, *unça* », Alcalá [3].

Aunque la etimología de algunas de estas voces es enigmática o dudosa (*caparazón*, *zarriaga*, *trapaza*, *rocín*, *calabaza*, *garza*, *corzo*), las he incluido porque al árabe entraron desde el romance y no al revés [4] ; desecho, en cambio, otros supuestos hispanismos del árabe que evidentemente han

(> ital. *ronzino*) y otras formas francesas con *s*, y supone el fr. mod. *roussin*, esp. *rocín*, port. *rossia* procedentes del prov. *rossi*, lo que no es aceptable, precisamente por la *c* castellana. Marchot, *Ro.* 1922, p. 115, lo deriva de caballus * ruccinus (< ant. alt. al. *rücki* 'dorso'), con la idea de caballo de carga ; A. Castro, *RFE*, 1923, X, 127, lo encuentra admisible.

[1] Engelmann, s. v. : « Yo no me atrevo a decidir si éste es un término árabe, o si no es más que la transcripción del término español cuyo origen habrá que buscar en otra parte ». Y Dozy, 381 : « sea cual sea su origen (cfr. Diez, I, 205), es seguro que no es palabra árabe ».

[2] *Baccen* (esp. *bacía*), está en San Isidoro, cfr. J. Sofer, *ob. cit.*, 165 ; con bibliografía; celta bacca. El *REWb*, s. v. baccinum, da el esp. *bacín* como préstamo del prov. cat. *baci* ; el parentesco de *bacín* con *bacía* no parece dudoso. Alcalá anota en otro lugar : « bacía, bacín, tanjiç », lo que, por otro lado, parece explicar el sin final de *basés*, *baçiç*, como contaminación con *tanjiç*.

[3] Si es que la base es realmente *(l)uncea < lynx como el *REWb*, 5192, acepta de Diez, 196.

[4] Meyer-Lübke, *REWb*, 1623, supone *calabaza* « probablemente de origen oriental », aunque no árabe, apoyándose para lo último distraídamente en Schuchardt, *ZRPh*, 1904, XXVIII, 149 n., quien, en verdad, cree que el árabe *qar'a* entra en el cat. *carabassa*, *carbassa*, esp. *calabaza*, port. *cabaça*, no como elemento originario, sino como alterador, y piensa en una base *(c u) c u r b a c e a. Lokotsch, 689, también le niega origen árabe, aunque basándose en Meyer-Lübke. El origen romance de esta voz parece estar asegurado por el testimonio de Ben al-Ŷazzār, siglo X, que da *calabaĵuela* como nombre español. Ben Al-Calabaĵĵa se apodaba un escritor toledano del s. XI y *calabaĵuela* se lee en Ben Buclárix. La forma misma con *ĵ* también certifica el origen romance, puesl a *ç* se reproducía en árabe con *ĵ*, mientras que, si el origen fuera árabe, la *ĵ* del original se habría reproducido en castellano (y demás romances) con *j*. Los mss. de Ben al-Yazzār alternan en esta palabra la *ĵ* una vez con el sad (*calabaçola*) y otra con el sin (*calabasa*), pero eso no quita palabra la *ĵ* una vez con el sad (*calabaçola*) y otra con el sin (*calabasa*), pero eso no quita valor al indicio, porque los árabes justamente transcribían la *ç* romance en primera frecuencia con *jim* y en segunda con *sin* o *sad* ; proporción que aquí también se guarda. Por otro lado, en Sicilia, la otra tierra romance ocupada por los árabes, la forma es *carbattsa*, concorde con las formas iberorrománicas, lo cual confirma la presunción de Schuchardt de que el árabe *qar'a* debió entrar como deformante.

recorrido el camino inverso, ya sean de origen árabe o llegados de Oriente a España a través del árabe [1].

Tampoco cuento los nombres de persona y geográficos incluídos por Pedro de Alcalá con la forma española de su tiempo, repitiendo la palabra, a veces con mínima variante [2].

Pero tenemos en los topónimos antiguos una fuente auxiliar muy importante : El Edrisí escribe con sin *Balansiya* (Valencia), *Galsana* (otros *Calsana*) « hoy Medina Sidonia » [3], *Sorita* (Zorita, Guadalajara), *Saratán* (Zaratán, Salamanca), *Calaça* (con sad, vocales inciertas, pueblo y río en Levante, quizá el ibérico *Egelasta*), *Saraqusta* (Zaragoza), Belisena (Torre de Melisena, a 20 millas de Odra, en el mar), *Al-musana* (Lucena), *Tasena* (Tacena), en otro ms. *Tašena* (Iptuciana, la antigua Iptuci, E. Saavedra, *La geogr. de Esp. del Edrisí*, *Faisena* (Faicena, una aldea). En Al-Himyarí (lectura de Lévi-Provençal), *Balansiya* (Valencia, general), *Baiyasa* (Baeza), *Tarasuna* (Tarazona), *Qalsāna* y *Qalšana* (hoy Calsena, junto a Arcos de la Frontera, muy repetido con *š*), Rusafa (con sad, Ruzafa, Córdoba, Valencia), *Saraqusta* (Zaragoza), *Sammura* (hasta la pág. 195,

[1] *Zaranda* (< ár. s a r a n d a) ; *zafiro* es de origen oriental, y aunque naturalizado en griego y en el latín medieval, la *ç-* española denuncia el camino árabe del préstamo ; antiguamente era *çafir* (y piedra çafira) « *çafir*, piedra preciosa, *çafir* » Alcalá) ; la *-o* perdida también es indicio de origen no castellano ; *ciclatón* (< ár. s i k l a t) ; *acetre* (< ár. s a t l), *zapato* (persa c h a b a t) ; *mezquita* (ár. m a ' s u r a + r o c c a, Dozy, 312, problemático, Meyer-Lübke, *RFE*, X, 396, y Spitzer, *RFE*, XII, 245-48, proponen combinaciones también problemáticas de elementos románicos) ; *zamarra* (ár. s a m m o r, turco z a m u r ; « pellico, vestido de pellejas, *çamarra* » Alcalá) ; *zanja*, ár. esp. *çanja* con sad (etimología enigmática ; no la hallo en Lokotsch ni en Dozy ; en el *Vocab.* s. XIII, « *çanja*, argamasa, bitumen » ; cfr. Covarrubias, *Tesoro*, I. 180 : « cimiento y çanja es toda una cosa » ; correspondencias romances sólo en Iberia ; port. *sanja*, cat. *çanxa* ; si no viene del árabe o a través del árabe, será voz ibérica y habría que restituirla a la lista anterior) ; por último *cendal*, cuyo origen árabe ya vió Cuervo, *Obras inéditas*, pág. 374 (se le supone por base el gr. s i n d a l e, pero, en realidad, la etimología es todavía dudosa ; el producto era oriental, fabricado más tarde también en occidente ; fonéticamente no es admisible que el esp. *cendal* venga del antiguo prov. o francés *sendal*, como propone el *REWb* ; históricamente sabemos que en el s. XIII España importaba cendales de Francia, ver A. Castro, *Unos aranceles de aduana del siglo XIII*, en *RFE*, 1921, VIII, 333 ; pero las relaciones hispanoárabes arrancan de principios del siglo VIII).

[2] Por ejemplo « Galizia, región, *Galizia* » (cuando la forma árabe era *jiliqiya*), « Cerdeña, isla, *Cerdeña* », y así *Cigüença*, *Constancia*, *Constança*, *Dacio*, *Escocia*, *Florencia*, *Francisco*, *Gonçalo*, *Niça*, *Nicea*, *Palencia*, etc. Añado a esta lista los nombres comunes « cizorcha, como garbanços, *cizercha* », que con su triple distinción *c-z-ch*, normalmente igualadas en *ch*, denuncia la no asimilación al sistema árabe, y « ruponce, *ruyponce* » (el *reuponticum sine reubarbarum* de San Isidoro, XVII, 9), que con su *y* denuncia importación de última hora.

[3] Según Dozy : pero « en la región de Medina Sidonia, y en las partes de Jerez, en una aldea llamada *Calcena* » (transcrito por Asín, escrito *Calsāna*). Anónimo de Sevilla, nº 353. « En otro pasaje de El Edrisí *Faisana* o *Caisana*, ms. A, que Dozy corrige *Calsena*, con sin. »

por falta de las restantes, fotocopias). Simonet aporta *Assibthath* 'la ciudad' del valenciano Ben Alabbar, y además del *Ifranǰa* registrado, *Afransa* y *Afransia*; el árabe granadino distinguía con la forma la significación: « Francia, región, Ifranja », « Francia, la Picardía, Ifrancia » (Alcalá).

Además, tengamos o no a mano comprobación escrita de ello, los árabes tuvieron que pronunciar con sin (quizá en algún caso con sad) los topónimos de tierras hispanomusulmanas que, teniendo *c'* en la época romana, hoy se pronuncian con *c* (los otros que se pronunciaban con *ch* hoy la conservan): el *Caparacena* granadino aparece escrito en Ben Aljatib *Carabassena*, y en las *Conclusiones* volveremos documentalmente sobre este punto con los *Marcena, Lucena, Caicena, Marzán, Carcelén, Parcent, Orce, Picacent, Cárcer, Cerda, Viciana, Cervero, Manzaneque, Ciruelos, Organz, Cervera, Barciles, Poçuelo, Cozera, Sacedón, Caracena, Caracenilla, Rozalén, Tragacete, Sigüenza, Cifuentes, Rocigano, Atienza, La Huerce, Zorita, Pozancos, Taracena, Tierzo, Luceni, Leciñena, Figueraza, Lécera, Calcena, Funcea, Marcén, Piracés, Quinzano, Quicena*, etc. Muchos de estos topónimos son bastante repetidos, y unas veces se fijaron con la *č* advenediza (*Marchena, Luchena, Carchena, Archena, Orche, Barchel*, etc.) y otras con el sin patrimonial, devuelto luego normalmente como *c* al castellano (*Marcena, Lucena, Carcena, Arcena, Orce, Barcilés*, etc.). Grafías dobles todavía tan tardíamente documentadas como la *Qalšāna*-*Qalsāna* de Al-Himyarí nos indican que una y otra pronunciación debieron convivir en muchos topónimos antes de vencer una u otra. Así, pues, la *c'* romance sorda o sonora (*ç* o *z*), que se adoptó en el sistema árabe con el fonema de préstamo *č* (escrito ǰim o šin), se adaptó también al sistema existente, equivaliéndose con el sin ápicodental, fricativo. Aunque en las *Conclusiones* trataremos de armonizar estos datos con otros, ya podemos adelantar algunas enseñanzas[1]: gran parte de estos nombres tienen *ti̯, rdi̯* (o *ci̯* asimilada en España a *ti̯*) en su base etimológica (*capitia, mattiana, absinthiu, ordiu (cu)curbacea, gaudiu, tappaceu*, en San Isidoro *lapathium, pettia, potione, calcea, camocia, fortia*, y alguno más entre los dudosos), otros reproducen una *z (ts)* ibérica, *zurriaga, García*. Pero quedan otros de los aquí registrados, sobre todo muchos topónimos, que tienen en la base *ce, ci*[2]. Los topónimos los tomo de El Edrisí, hacia 1100,

[1] El grupo *ci̯* se palatalizó muy pronto, mientras *c'* conservaba todavía su carácter velar; en parte de la Romania se igualó con *ti̯* en la dental fricativa *ŝ*, en parte quedó como palatal *č*. Recuérdense las transcripciones griegas de Procopio en el siglo VI: κελλαριακά (celler), Μαρκελλανά (Marcellus), pero Μουτζιανά καστέλλον (Muciani), Λουτζιόλο (Luciolum), y el famoso pasaje de Papirio, siglo V: « iustitia cum scribitur, tertia syllaba sic sonat quasi constet ex tribus litteris, *t, z* et *i* ».

[2] Una cuestión particular presenta este hecho de que las transcripciones con sin, raras en los nombres comunes, abunden en los geográficos. Pero repasada la lista, encuentro también que muchos tienen en la base *ti̯, ci̯* (*Valensiya, Tusena* < *Iptuciana, Marcena, Sigüenza*, etc.); aun así, queda un buen lote con la base *ce, ci*: *Lucena, Carcelén, Picacent*, etc.

o de posteriores; pero por ser nominación de lugares poseídos por los árabes, debemos concederles mucha mayor antigüedad. En efecto, si esos nombres se hubieran fijado de otro modo en siglos anteriores, los árabes no los habrían alterado en tan gran escala estadística ni por influjo de los mozárabes, ya muy decadentes al final del siglo XI, ni tampoco por evolución fonética propia de palatal a dental, que es ajena a la historia del árabe español. Pues pensar que ya en el siglo VIII el romance hubiera llegado en la *c* (ni siquiera parcialmente) a la articulación dental, tampoco es admisible. Lo que yo deduzco es que, sin duda ninguna, el romance del siglo VIII trataba de un modo las derivaciones de *ti̯, ci̯*, y cons. + *di̯*, que pronunciaba *ẑ, ŝ* (africadas dentales, sonora o sorda según la ley de la sonorización) y de otro las derivaciones de *ce, ci*, que eran las prepalatales correspondientes: sonora en *cocina*, sorda en *cinco*. Dos series opuestas que después se unificaron en dentales. Las prepalatales debieron evolucionar a dentales muy rápidamente, pues no se confundieron en romance con la *ǰ* de *gente, mujer*, etc., ni con la *č* de *leche, ocho*, etc. Los árabes, desde los primeros encuentros, reproducirían con sus dentales sin o sad las dentales, y con su *ch* advenediza las prepalatales; pero este reparto etimológico se vió trastornado abundantemente por la especial constitución, tan heterogénea, de los dos sistemas fonéticos, y porque los fonemas romances siguieron evolucionando hasta la identificación de las dos series, mientras que en árabe quedaron estancados. El árabe no tenía más africadas sibilantes que el ǰim patrimonial y la *č* de sustrato romance (escrita ǰim o šin), ambas palatales; por eso se tenían que identificar muchas veces a su oído las africadas palatales y las dentales del romance, pues actuaría como rasgo clasificador el peculiar carácter acústico de todas las africadas (el ser africadas). De ahí el gran predominio de las reproducciones árabes con ǰim para ambas series. Por otro lado, como sucede con la *ch* moderna, aquélla tendría su fricación chicheante ora más aguda y delgada, ora más grave y densa, según el avance de su evolución, y la pronunciación más aguda se prestaría especialmente al trueque por la dental, gracias a la mayor semejanza de las impresiones acústicas. Podemos sospechar que regiones y épocas diferentes mostrarían sus preferencias por una u otra reproducción. Los muchos nombres con doble forma abogan por esta explicación.

En posición final. — El Anónimo de Sevilla mantiene la *ǰ* las más veces (*iǰittilla* e *iǰtella, muǰe* y *muǰ, tardiǰe* y *tordiǰ, riǰan* y *riǰno, šaliǰe* y *šdliǰ, coloǰnaira, duraǰno*), pero algunas pone *š* (*cruš, matriš*); en *dols*, que alterna con *dolǰe*, puede haber olvido de los puntos y tener que leerse *dolš*.

Lo mismo los otros autores espigados por Simonet: *matriǰ*[1], *šáliǰ, abuǰ* (<abutium), *paniǰ* y *yunspeǰ* ('pieza', en Ben al-Ŷazzār, junto al *unspeǰa* de Ben Albaytar). En los hispanismos aclimatados en el árabe también

[1] En un ms. mozárabe de Toledo, 1138, en cuyo texto latino se lee « *matriz* ».

escrito *ch* en Alcalá (véase arriba), con algunos casos de *šin* y sin [1] : *šanta cruš* (topón.) en el cordobés Rabí ben Zaid, s. x, junto a *šanta cruǰ* en Al-Maqqarí. *ferriš* 'herriza'.

La *ch*. Ni en el alefato de nuestros autores ni en el alfabeto de Pedro de Alcalá se diferencia la *ch* de la *c* y la *z* : los árabes escriben las tres con *ǰim* (a veces *šin*) ; Alcalá con *ch*. En el Anónimo de Sevilla no hallo más que un caso seguro : « En la Frontera Superior gan*ǰǰ*lo » ('ganchuelo'), nº 115 [2]. El Ajbar Machmúa trae *šant aǰ'šǰ* (< Acisclus). *El Mauchil, El Mauchel, Ben Mauchuel* ('mocho', 'mochuelo') eran apodos o apellidos frecuentes entre mozárabes y árabes, documentados desde el siglo IX. Lo mismo en los hispanismos naturalizados en el árabe : Simonet trae *garnaǰa* (escr. ár. Zaragoza ; < germ. * warnjan ?) ; *haǰa* 'hachón' (escr. ár. Granada) ; « *ǰ ǰin* baburius, stultus, insanus » (*Vocab.*, s. XIII, chocho) ; « *fornaǰ*, fornax » (id., escr. ár. Granada) ; Fornaǰološ (Hornachuelos, Córdoba) en El Edrisí ; *Ahmed El Mauǰ* (escr. ár. de Granada), *El Mauǰel* (escr. ár. Almería), *Ibn Mauǰuel* (apodo de dos escritores valencianos del s. XII). En toponimia : *Río ǰico*, escr. 1514, *La Chapina* (un pago en Málaga), *Almochuel* (Zaragoza), *Mochón* (una sierra en Badajoz), *Almorchón* (dos montes en Málaga) ; *Conchar* (partido de Orgiva, prov. Granada) es *Conǰa* en Ben Aljatib, s. XIV. Este *ǰ*.m sonaba *č* : un hijo del célebre Almanzor, principios del siglo XI, se llamaba *Šanǰol* (escrito a veces *Šanšol*), en recuerdo de su abuelo materno Sancho de Navarra ; « pero los Anales Toledanos segundos, obra de un morisco bien enterado, escriben con letras latinas *Sanchol* » [3]. Este viejo testimonio se refuerza abundantemente en las postrimerías del reino árabe de Granada con las transcripciones de Pedro de Alcalá, que usa el alfabeto castellano : « atocha, *cauchil* », « esparto seco atocha, *cachil* » ; « hacho de esparto *xamaa micuchil* » [4] ; « bota de vino

[1] Las formas con *-s* son dudosas para nuestro objeto : *mars, març* es general, en árabe oriental *marθ-* ; no debió entrar al árabe desde España. *Pes*, pescado de río, en el granadino El-Arboli, siglo XV, debe de estar por *peš*, con olvido de los puntos, ya que se daba normalmente *š* en mozárabe. Alcalá tiene algunos más : « corço o corça, *curç* », « terliç, texido a tres lizos, *tiliç* », « rapaç de escudero, *rapaç* », « monazillo de monjes *rapaipaç* », « monazillo de clérigos, *rapaç* » (de procedencia dudosa). No cuentan los apellidos que Alcalá no hace más que repetir : « Gutierreç, *Gutierreç* », « Lopeç, sobrenombre, *Lópiç* », « Perez, sobrenombre *Perez* », « Rodriguez, sobrenombre *Rodriguez* ».

[2] La fecha, 1100, excluye la etimología turca Kanǰa, aceptada por Meyer-Lübke y Lokotsch ; Diez había propuesto gr. kámpylos.

[3] Menéndez Pidal, *Orig.*, pág. 155, que hace tal razonamiento para probar la falta efectiva de diptongo (*Sanchol* y no *Sanchuel*), difícil de ver en la inexacta grafía árabe de las vocales.

[4] Correspondiendo al castellano *atocha* tenemos *taaǰ* en escr. ár. Almería, *thaaǰa* 'spartum', y *thaaǰol* 'sagitta', en el *Vocab.* del siglo XIII ; un morisco granadino se llamaba Alonso el Thauchol, y *Al-Atochar* un mozárabe de Toledo. Con cambio en la inicial son las formas de Alcalá. Pero la etimología es desconocida, y la *a-* del castellano revela el artículo árabe : *at-tocha*.

bornacha », « buchete, por sonido, *chupaha* », « cabo de cuchillo, *calcha* » (cacha), « cayado, *gancho* », « calçada, cosa de alcorques, *mulebeç a chipín* », « calçado assí, *chanqua* » (chanca), « cardo generalmente, *cardacha* », « cuervo, ave conocida, *corbach* », « chapín de muger *chipín* », « chinela, calçado, *chanca* », « xastra de zapato, *chanca* », « empuñadura o cabo, *calcha* », « hasta la empuñadura, *hatti al calch* », « mango de cuchillo, *calcha* », « mochila, talega, *morchila* », « mochuelo, ave conocida, *mauch* », « morezillos de los braços, *mulch* » [1].

La j, g. — El mozárabe, como el aragonés y el leonés, el catalán y el portugués, pronunciaba *l* donde el castellano *j* (ant. *ǰ*, mod. x) < *li, e'l g'l* : cfr. Menéndez Pidal, *Orig.* § 50 : *cuallo* (coagulum), *conello, uell* (oculum), *follar* (foliatile). Pero los documentos arrojan gran número de formas con *ǰim* (= *j* cast. antigua), que Menéndez Pidal, pág. 288, estima ser neologismos advenedizos de Castilla. Sin embargo, son tantas estas formas, tan persistentes, tan viejas y tan mozárabes algunas en el resto de su cuerpo, que aun admitiendo la procedencia castellana de algunas de ellas, debemos reconocer el desarrollo propiamente mozárabe de este fonema. También en castellano la *j* de *conejo* es desarrollo de un prehistórico * *conelo*, pues los fonemas *l* y *ǰ* no son divergentes, sino sucesivos. La mezcla de ambos fonemas *(caulelya* y *coleǰa)* ha de verse principalmente como una lucha local de tendencias, la conservadora, tan típica del mozárabe, y la innovadora, no exclusivamente castellana, aunque en Castilla fué más temprana y de triunfo más completo. Nuestro Anónimo, por ejemplo, informa hacia 1100 sobre la región de Toledo : « En la aljamía de la Frontera se llama *orejǰa bellitha*, que significa oreja grande » (pág. 203). El mismo Menéndez Pidal nos ilustra sobre la tenaz resistencia de los mozárabes de Toledo a castellanizar su lenguaje, de modo que no se puede ver castellanización tan rápida (la reconquista fué en 1085) en la designación rural de una planta.

Hay, además, *j, g* de otros orígenes. Para nuestro objeto, esto es lo que vale : la *ǰ* mozárabe, la castellana y la de otros orígenes se transcribían siempre con el ج, *ǰim*, lo mismo (gráficamente) que la *c*, la *z* y la *ch*. No hay ningún intento de diferenciar entre *j* = *ǰ* y *ch* = *ǰǰ* (*ǰim* con *tešdid*) como hicieron siglos después los moriscos. Pero las retranscripciones del árabe en letra castellana debidas a Pedro de Alcalá nos prueban que ahora, para la *j*, el *ǰim* conserva su valor patrimonial de africada sonora palatal rehilante. Una misma letra ج ocultaba, pues, dos valores fonológicos dis-

[1] Y en hispanismos de última hora o que lo pueden ser : « Bachiller *Bachiller* », « bachillerazgo, *bachillerazgo* », « cizercha, como garbanços, *cizercha* », « Hornachos, en el Maestrazgo, *Hornachos* », « sacabuche, *sacabuche* », « Pacheco nombre antiguo de varón, *Pacheco* ». Además « echino, este pece, *echino* », que, aunque latinismo, debe de haber pasado directamente al árabe y del árabe al romance de Granada ; no está en Nebrija ni en la Academia. Añadirlo al nº 2825 del *REW*., con sus escasos derivados de echinus.

tintos (como el ˘ los de *b* y *p*) : el patrimonial de *ǰ* para las voces propias y para los hispanismos con *j*, *g*, y el advenedizo de *ǯ* para los hispanismos con *c*, *z*, *ch*.

En el Anónimo de Sevilla recojo *fonǰo* y *fonǰello* [1] ; *niǰǰilla* (<nigella, 'neguilla'), *acuǰilla*, *acuǰǰiella*, *ǰentianna*, *coluǰǰa* (caulucŭla), *arǰemonia*, *oreǰǰa* (« en la aljamia de la Frontera », variantes *oreǯa*, *oroǰǰa*, etc.), *šiǰilat*, sigilata, 'sellada', *xorgido*, etc.

El zaragozano Ben Buclárix trae como nombres españoles *aǰello* 'ajillo' *eśponǰa* (Cod. Nápoles ; Cods. Leyden y Toledo *eśponya*), *formaǰe* [2], *miǰuelo*, 'mijo', *neǰilla*. El malagueño Ben Albaytar : *acuǰilla* como nombre español de una planta ('aguja de pastor'), *coleǰa* (junto a *colelya*, *caulelya*), *esfunǰa*, *isfonǰa*, *isfinǰa* 'esponja' (también Ben al-ʿAwwām y otros) ; *ǰelidonia* 'golondrinera' como nombre usado en España. En otros autores (ap. Simonet), *maroǰ*, *meruǰ* o *meraǰ* ('marojo', viscum album L.), *monǰa* (apodo de dos mozárabes toledanos), *caśtel bieǰo* (escr. moz. Tol.), *maruǰin* o *moruǰin* (borujón) *senofeǰia* (Cód. Bibl. Matrit., al cap. VIII, V. 2, del Ev. sec. Joan) <scenopegia (la *s-* <*sc-* debe leerse *š*, con olvido de los puntos).

En los hispanismos (y algunos latinismos y helenismos) naturalizados en el árabe :

corliǰo y *conǰair* [3], escr. ár. Granada y Almería ; *Tanǰa*, nombre árabe de Tánger ; *thanǰar*, *thanǰer(e)* 'gaudere, ludere', *Vocab.* ; *tharbaǰa* (y *tharbáš*, *tharbaša*) 'facere' *Vocab.* [4] ; *ǰurafiya* 'geografía' *Vocab.*, Ben Jaldún y otros ; *ǰumétrica*, Ben Garsia. En Pedro de Alcalá : « agujeta, *gugita*, *gugitit* » « agugetero, *maalem al gugirit* », « boñuelo *isfanja* » (esponja ; en San Isidoro, ap. Sofer, 157. *sfangia* junto a *spungia*, *spongea*), « can, perro o perra, *conjayr* », « perro, *conjair* », « perra, *conjaira* », « podenco, especie de can, *conjair* », « Cartagena en España, *Cartajena* » (*Kartaǰanna* en Al-Himyarí), « Cartago en Africa, *Tanja* » (Tánger), « elada o yelo, *gélid* » (latinismo), « friera de pies, *porrojón* », « friera

[1] De fung'lum, dim. de fungum ; *fonǰello* tiene otro diminutivo superpuesto ; la *ǰ* aquí es indudablemente romance ; ng'l dió *nǰ*, *fanǰo* (aparte el resultado ũ : *añu*), como nc'l dió *ǯ*: *mancha*.

[2] Uno de los códices, el de Nápoles, trae en el pasaje correspondiente *kaiǰo*, lo que Menéndez Pidal, *Orig.* § 82, 2, aduce para mostrar hasta qué punto los sucesivos copistas variaban, modernizaban o acomodaban el texto a su región. Menéndez Pidal pone *-o* porque *formaǰo* es la forma que usa (mucho después) Correas en su *Vocab. de refranes*.

[3] « Perro conejero » (cfr. *lebrel*, *perdiguero*). El sustantivo no tiene *ǰ* sino ǰ : conelya, conelyo, conilya, o conil, cunil. (Anónimo de Sevilla, Gl. Leyden, Ben Buclárix, Ben al-Yazzār, *Vocabulista*, etc.) *Conjair* sólo se registra en Granada y Almería, y como hispanismo del árabe ; ¿podrá ser un castellanismo con acomodación mozárabe del sufijo ?

[4] Sin vocales en el *Vocabulista* ; probablemente era originariamente *ther-* y no *thar-* conforme al vocalismo más antiguo de *trebajar*, aunque en boca de los árabes el vocalismo era inestable.

assí, *poroyén* » (cat. *perelló*, val. *prunyó* < perna), « girón de vestidura, *jorón* », « Halcón, girifalte, *jarafan* », « Jacinto, piedra preciosa, *jacint* », « jacinto, flor, *nahuar e jacint* », « Gerona, cibdad, *Girona* », « Jaca, cibdad de Aragón, *Jaca* », « jaspe, piedra preciosa, *jaspe* », « Junciana, *ginliana* », « yelo o elada, *gélid* », « pegujal de siervo, *puǧjar* », « pegujal de hijo, *puǧjar* », « plato, plato o tajador, *tajadorit* », « Tanjar, cibdad de Africa, *Tanja* », « Teja, árbol conocido, *teja* » (< tilia, cast. *teja*, hoy *tilo*), « tejo, *tajula* », « Trogillo, cibdad de Castilla, *Trojillo* », « vencejo para atar, *mencejo* », « vencejo de lino, *mencejo* » (<*vincilia).

En los días de Alcalá, la *j* castellana y el *ǰim* árabe se equivalían fonéticamente, según declara al explicar el valor de las letras. Así lo comprueban también sus hispanismos de última hora : « calongia, dinidad, *calongia* », « corneja, ave conocida, *corneja* », « Cornejo, nombre de varón, *Cornejo* », « Jorge, nombre de varón, *Jorge* », « Juana, nombre de mujer, *Juana* », « julio, mes. *julio* », « Julián, nombre de varón, *Julián* », « junio, *junio* ». Los dos fonemas, el castellano y el árabe granadino, eran en 1500 africados, sonoros, palatales y rehilantes. Pero el estudio de este punto lo dejamos para las *Conclusiones*.

La x castellana, š. — En el siglo XVI la *x* castellana se equiparaba con el *sci* italiano, la *sh* inglesa, la *ch* francesa, la *sch* alemana y el *šin* árabe. Este sonido se transcribe y reproduce en nuestros textos con el *šin*. El grupo latino *sc* dió normalmente *x* (*š*) en mozárabe como en aragonés y leonés (en oposición al castellano *ç*) [1] y así el Anónimo de Sevilla transcribe *creše* (dos veces), *šintilya* (ocho veces), *meššita* (<miscere; « *meššita*, es decir mezclada », nº 357) ; en los autores espigados por Simonet : *parašefe* (« Quonian parasceve erant », S. Juan, XIX, 31), *šintella*, *Vocab.* siglo XIII, *mošolyón*, « un mosquito », apodo de un escritor valenciano, siglo XII, y de otro andaluz, siglo XIV, <muscio (o mejor *mustio*, como trae San Isidoro ; con otros sufijos cat. *moixó*, *moixeta*, prov. *moisó*, *moiseta*). Quizá hay que agregar « *cuxir*, natis », del *Vocab.* siglo XIII [2].

El Anónimo de Sevilla trae además, nº 52 *šenso* <absinthiu, que creo pertenece a este lugar, agrupándolo con los casos de *-ps-* > *š*. En Pedro de Alcalá « centella, *xintilla* », « centella de huego, *xintilla* », « pescada, *poxota* » [3], « puxavante de Albeithar, *puxabant* » (*puxar* < pulsiare), « xo,

[1] Cfr. Menéndez Pidal, *Orígenes*, § 57.

[2] En el *Arch. f. lat. Lexikographie*, de Wölfflin, 1883, I, 509, Gröber propone la base latina coxea para la forma italiana *coscia*, no explicable con coxa ; de ser la base coxalis, la forma esperada sería *cuhxil*, *cuhxir*, pero tampoco encontramos series de palabras con *xi* para sorprender tendencias fonéticas. Sólo vemos que si la forma mozárabe hubiera sido igual que la italiana *coscia*, más el sufijo, la forma arabizada normal sería la registrada por el *Vocabulista*. El otro *cuxir* del *Vocab.*, « fusus, torturus », es evidente errata o mala lectura por *fuxir*, con un punto de más sobre la letra.

[3] En un documento leonés de 1184 se lee « VI pixotas siccas » <*pisciottas, piscis, ap. Menéndez Pidal, *Orígenes*, § 57.

quedar el asno, *xo* » [1]. La escasez de ejemplos se debe a que no entran aquí las formas con *x* latina etimológica. En este caso, todos los autores traen transcripciones reveladoras de un estado fonético más antiguo, poniendo delante del *šin* una de las velares, alguna vez *k* o *g*, y generalmente *h* o *ḥ*. Del Anónimo de Sevilla: « en aljamía se llama *šahšafragno*, que quiere decir rompe piedras, y se le llama así por su dureza », nº 499; « y se llama entre nosotros *tahš* (nº 549; 'tejo'); « en aljamía se llama *freŝno* y *frdhšino* », « *frdhsino* y también se llama *freŝno* » (nº 251; por el vocalismo, *fresno* era la forma castellana [2]; el *šin* reproducía también a toda *s*); *mahšilla rubya*, nº 314 (bases saxum, taxus, fraxinus, maxilla) [3]. El « rompe piedras » es una de las tantas etimologías populares, aunque siempre significativas, que abundan en nuestros textos [4]: es la *šahšafraga* 'fresa de las rocas', de Ben Buclárix, *šahšifraga* de Ben Albaytar, *šahšafraǧa* del Códice parisino de Dioscórides. Además, « *thaths*, taxus », « *legšia, legšiya* lexivium », en el *Vocab.* siglo XIII; *legšia* en Ben Luyón y Ben al-ʿAwwām, *ohšina* 'acedera' en Ben Albaytar (base oxinus, *oxys* 'vinagre'; otra derivación más conocida es oxalis: cfr. Schuchardt, *ZRPh*, XXVI, 402); *ortodohšo, ortodohši, ehšilio, ehšorǰišta* (varias veces), en el Códice Canónico escurialense, siglo XII. Pedro de Alcalá, en 1501, nos revela cómo esta etapa de la evolución *x* (= *ks*) > *š* quedó paralizada en los hispanismos del árabe: « colada de paño, *lehxia* », « lexía, *lehxia* », « box, árbol, *baqça, baqç* » [5], « texo, árbol conocido, *tahxa* ». En vista de esto, el topónimo *šaǰas* (Sax, en Alicante), que Lévi-Provençal lee en Al-Himyarí, texto sin vocales, deberá leerse *šahs* o *šahs*, suprimiendo el punto a la letra o pasándolo arriba. En discordancia, *madexa* se arabizó con *ǰim* [6]; *madeja* en el

[1] Valga como mera correspondencia, sin suponer que el ár. *xa* proceda del esp. *xo*, ni al revés. Hoy mismo *ǰo* es en España la voz que se da para hacer a las bestias detenerse.

[2] Simonet registra *frášino* de Ben Buclárix, sin decir en cuál de los códices; como *frášino* escribe también un anónimo *Libro de Geografía* (Cód. arábigo occidental), y *El Frasno* se llama hoy un pueblo en la provincia de Zaragoza, el *frášino* de Ben Buclárix debe ser forma legítima aragonesa, con la sola enmienda de la vocal interna, ya perdida; *fraino* o *frasno*. El texto de Ben Buclárix no trae vocales.

[3] Sólo una excepción en el Anónimo: el *ojaina* 'acederilla', nº 386, tiene sin duda la misma base que el *ohšina* 'acedera' de Ben Albáithar y muestra una variante de pronunciación. El *ídesica* del nº 561 es transcripción del latín (adviértase la *s*, no *š*); también el *vinzethášicos*, de Ben Joljol, como nombre latino, resulta ser corrección de Simonet.

[4] Algunas podrán ser de cuenta de los autores árabes entendidos en lenguas, pero los nombres de plantas tienen efectivamente muchas variantes por la acción de la etimología popular, contaminaciones semánticas, etc.

[5] No está en Simonet como hispanismo, pero la correspondencia es evidente. Es posible que el árabe lo tomara del latín y no del español que, según los otros casos, habría producido **bahš*.

[6] Y al revés, la sonora *ǰ* se arabizó con *šin* en otro caso; « taja entre dos, *taxarita* » (Alcalá). Otros trueques análogos: « Consuelda menor, raiç, *ahipátu* » (Alcalá), mientras

Vocab. siglo XIII, « madeja, *madǰa*, pl. *madeich* » en Alcalá, *madiǰ* en árabe marroquí moderno. El *madeša*, pl. *madeš* de escrituras árabes de Granada (no dice Simonet de qué fecha) tiene que ser castellanismo renovado, a juzgar por el *šin*, que reproduce a una *x* etimológica [1], como castellanismo tardío será también en Alcalá « Rayo de rueda, *rixa* » [2].

La š sorda (ort. *s-, ss-, -s,* cons. *s, s* cons.). — Se transcribe regularmente con el *šin*, sin diferencia con la *x* romance (con la excepción estudiada para las derivaciones de *x* latina). En el Anónimo de Sevilla: *šalvia, šana, šanguinaira, šarta, šaušiella* 'salsilla', *šault* 'del soto' (hispanismo en árabe), *šeca* 'siega', *šet* 'siete', *šolair, šono* 'sueño', *šorbas* 'serba', *šordiellaš, šol; mešši* 'mies', *ušos* 'huesos'; *enšolvis, šolveššo*, etc. (« que dicen *enšolvis* para significar disolver », nº 539; la interpretación del Anónimo es clara, pero la etimología dudosa); también doble *šš* y etimología dudosa en *albiša, albešša* 'eléboro negro', nº 322 *cantošco, maurišca, moščaira, ašnoš*, etc., sin que el grupo *st* haga excepción: *acrešte, bištinaca, caštaniyaš, crešta, eštopaš, yenešta, eštepa*, etc. En posición final es también *-š*, y los ejemplos son especialmente numerosos, porque con mucha frecuencia el Anónimo da los nombres en plural. Algunos pocos casos de *-s* son sin duda olvido de los puntos, ya en el ms., ya en la impresión de Asín [3]. Sin embargo en un caso por lo menos la *-s* es intencional, y justamente ahí es donde el Anónimo sevillano nos da un testimonio de excepcional valor documental sobre la *s* mozárabe: en un pasaje del nº 372, que Asín deja sin traducir y sobre el cual me llama la atención el arabista argentino D. Osvaldo Machado, se aclara: « en aljamía se llama *murtaš*; se pronuncia también con *s* [sin] no aljamiada ». El Anónimo, pues, y sin duda sus connacionales todos, tenían conciencia de que la *s* romance era palatal,

los autores antiguos escriben *šipitha* y *šimpitho*, el *symphyton petreum* de Dioscórides; *ǰimenso*, pl. *ǰimensos* escr. moz. siglo XIII, junto a *šimensa*, pl. ár. « *šimens, šimensat* una medida agraria » < lat. sementis; *šimente* tiene siempre šim. Si *El šico*, un apodo en Almería, era 'el chico', reflejaría la pronunciación levantina con *x-*; el romanismo se arabizó con *eh*; *chequeam* en Argel; el topónimo hispanoárabe *Monǰique* es *Montechico* (C. F. Seybold, en *Hom. Codera*, 119, n. 2).

[1] Alcalá registra dos veces una *maišra* « columpio para columpiar » y « mecedero para mecer », pero ¿tendrá relación con matara?

[2] ¿*Rexa*? En español hay un *reja* 'querella' < rixa, y otro *reja* 'fístula lacrimal', de etimología desconocida; *riša*, en esta segunda acepción está como nombre vulgar en el toledano Ben Wāfid, siglo XI, en el africano Ben al-Ŷazzār, siglo X, en el granadino Ben Aljatib, siglo XIV, y en otros.

[3] Por ejemplo, en el nº 151 el texto árabe de Asín trae *colombares*, pero su transcripción latina *colombares*, lo que parece denunciar o que la mano de Asín había omitido los puntos sobre el س o que la imprenta puso س por ش y la errata pasó inadvertida. El olvido de los puntos era descuido frecuente. El ms. del Anónimo, p. e., escribe *moses* en el nº 366 y *moseaira* en el nº 369, pero *mošcon, mošcana, mošquino* en el 367; y al revés, en la única forma *mošquino*, nº 655, los tres puntos de la ša (ـشـ) eran, sin duda, los de un šin, con errata de la letra; en el nº 367 se escribe *mošquino* cuatro veces.

agrupada en su sentimiento lingüístico con el *šin*, y sentida como consonante diferente que el *sin* [1].

La equivalencia que los árabes hacían con la *ś* ibérica y su *šin* no se extendía a otras eses europeas, lo que le da mayor valor de enseñanza. Dice, p. e., el Anónimo en el nº 494: « en griego *saṭrūbion* ... en aljamía *šabonaira* y en árabe *ṣabuniyya* » (*ṣ* = *ṣad*); nºs 46, 47: « *āsārōn* en griego es *āsārōn*, en aljamía *ašpor* y *ašaro* »; nº 465: « y se llama en griego *ǰarasiya* [kerasia] y en aljamía *šorilyas* »; nº 215: « se llama en griego *asfáragos*, en aljamía *ešpárrago* y en árabe andalucí *isfāraǰ* ». La *σ*

[1] Esto nos permite volver sobre el grupo *st*. La *s* castellana, pron. *ś* ápicoalveolar, es dental ante dental (cfr. T. Navarro, *Pron. esp.*, § 105), y nada de la historia del español indica que antiguamente pudiera ocurrir de otro modo. No por eso se igualaba acústicamente la *s* romance dentalizada con el *sin* dental, pues su sonido es mucho más flojo, grueso y grave. Sin embargo, su timbre quedaba sin duda más alejado del *šin* que el de la *ś* alveolar. Quizá fonéticamente (materialmente) la *ṣ* dentalizada estuviera más próxima al *sin* que al *šin*, pero, al acomodarla en las reproducciones al sistema árabe, no se seguía una equivalencia fonética, sino fonológica. En el primer encuentro de los árabes con los españoles, más de carácter bélico, los nombres geográficos de la tierra invadida eran los que principalmente les interesaban y fueron los primeros hispanismos en el árabe. Como entonces todavía no entreveían los árabes lo sistemático de los sonidos romances (la identidad y oposición de los fonemas romances), tuvieron que atender a lo material; materialmente, la *s(t)* no era como su *sin*, aunque ambas eran dentales, pero menos todavía se la podía igualar con el *šin* palatal, aunque sonara un poco gorda, al estilo de las palatales. Así, pues, en un principio la reprodujeron con el *sin* y así se perpetuaron en árabe los topónimos de la tierra conquistada: en El Edrisí (ed. Dozy): *Estiǰa* (ant. Astigi), *Castella* (hoy Cacella, Portugal), *Isṭabba* (ant. Ostippo, Estepa), *Basta* (Baza); en Al-Himyarí (ed. Lévi-Provençal), *Istiǰa* (Astigi), *Isṭabba* (Estepa), *Basṭa*, *Saraḳusṭa*, Ḳa-ṭalla (C a s t e l l a, hoy Cazalla), etc., mientras transcribían con *šin* *šetúbar* (Setubal), *šan Mancaš* (falsa interpretación de Simancas), Arkuš (Arcos de la Frontera), *Ušuna* (Osuna), Išbiliya (Hispalis, Sevilla), Baškunaš (Vasconia), *šukar* (S u c a r, hoy Júcar), *šakura* (Segura), *šakubiya* (Segovia), *šulbaṭerra* (Salvatierra), *šalubiniya* (Salobreña), *šulair* (Solera, Sierra Nevada), *šant* Yakub (Santiago), etc. Más tarde, cuando por el bilingüismo largo e intensamente vivido, empezaron los vencedores a medio sentir lo que era sistemático en la pronunciación de los vencidos, y con ello a parar mientes en la peculiar « s aljamiada », como dice el Anónimo de Sevilla, comprendieron la identidad fonológica de la *s(t)* castellana con toda otra *s*, y la reprodujeron también con el *šin*, aunque conservando el *sin* en los hispanismos de la primera hornada. En las transcripciones del mozárabe el *šin* es la regla, y también en muchos hispanismos del árabe, lo mismo en el Anónimo sevillano que en los demás: *agušto*, *cašṭor*, *rištra*, *bištinaca*, *calauštro*, *yenešte*, *caštaniya*, *eštopa*, *fištula*, *maeštro*, *rúštico*, etc. Como hispanismos del árabe: *agošt*, *icrišta* (cresta), *tašṭan* (tostar), *teštany* (t e s t a n e a, 'casco'), *muštela*, *eštrani*, *coštra*, *canašto*, etc. *Mostar* (« Mosthar, mustum », *Vocab.*, siglo XIII, « mosto, *moztar* », P. Alcalá) es del árabe general y debió entrar antes del año 711. Existían dobles formas: *eštip* (Ben al-Ŷazzār, siglo X, hoy en Marruecos *ešteppa*, quizá recastellanización), y *estip* (varios, cfr. Simonet); Alcalá, con su alfabeto castellano: « jara, mata conocida, *iztipa* ». *Castella* y *Caštelli* (El Edrisí), *Kasṭallat*, *Kasṭalla* y *Kaštūla*, etc. (Al-Himyarí), aunque es significativo que los antiguos *Castella* meridionales se escriban con *sin*, y en cambio el nombre más tardío de *Castilla* se escriba siempre con *š*: *Qaštala*, *Qaštalla*, *Qaštilla*, *Qaštiliya*, etc. (Al-Himyarí).

de las palabras griegas siempre se trascribe con el *sin*, no con el *šin*.

Los testimonios juntados por Simonet no ofrecen a primera vista tanta uniformidad, aunque el *šin* es muy general [1]; pero el desorden no es más que aparente. Hay que descontar las formas que Simonet no encuentra más que en apeos del siglo XVI y en topónimos modernizados en el marroquí de hoy; algún caso como el *Saluti*, nombre de un mozárabe, escrito con caracteres latinos en una frase latina [2], y las voces que su celo de recolector incluía indebidamente entre los hispanismos o que son de procedencia dudosa [3].

Una cantidad grande de casos de *s* (y aun muchos más de los que Simonet espigó de él) son de Pedro de Alcalá, quien — ya lo hemos visto —, en muchos hispanismos granadinos de última hora, sobre todo en nombres propios, no hace más que repetir la ortografía española como si ya no tuviera más intención que la de informar sobre la identidad de la palabra en uno y otro idioma, indicando que se puede pronunciar a la española [4].

[1] En Simonet la *x* vale *š*: *xirón* 'serón', *xaluia*, *xano*, *xarta*, *borxa*, *noxa*, *pexux*, *paxamda*, *perrixin* 'peresil', *tornaxol*, etc. Las transcripciones del latín o de palabras eclesiásticas hechas por mozárabes toledanos tienen también *šin* por *s*. En el Códice canónico escurialense se lee *Xacrario*, *mixo* y *mixxa*, *xacrixtheria*, *xalmixthe*, *xaltheriux*, *cerponxario*, *ximbolo*, *ximbolux*, *xinodo*, *xantuario*, *matixterio* (por *ba-*), *ejxorjixta*, *epixtholio*, *eucarixtia*, *expeculathor*, *fixco*, *infixto*, *Pentecoxten*, *xecrethario*, *xubdiacono*. No separo aquí las formas romances de los hispanismos arabizados (*xirón*, etc.); el tratamiento es idéntico.

[2] « Ego Saluti presbitero, cognomento Meliki », escr. de 939. Con caracteres árabes está escrito *šaluṭ*, escr. moz. Toledo. En caracteres latinos y en latín también 'sayones muzlomiti » de Samsón.

[3] Por ejemplo Ben Joljol escribe *samen* con *sin*, pero como nombre latino de una planta, no español; *sarada* 'un pescado' está sólo en Al-Arbolí, finales del siglo XV, y Simonet lo relaciona con la sarda o caballa, que a su vez registra en el árabe, pero sólo en el africano; el *sardel* de Ben Quzmān, *sardia* de varios autores, *çardina* de Alcalá debió entrar en el árabe antes del período español o desde otra región, pues es palabra que está también en el árabe oriental, en turco y en griego moderno; *musica*, que está en el árabe de todas partes, no es hispanismo y tiene desarrollo semántico peculiar (« órgano, instrumento musical, *música* », en Alcalá); el topónimico *As-Seca*, escr. moz., hoy *Aceca*, es palabra árabe, 'el camino', no nuestro adj. *seco*, *-a* (cfr. Asín, *Contribución a la toponimia árabe de España*, 41); *séris* (Ben Albaytar), *seris* (Buclárix y otros) es un helenismo: « genus intubi quod *σερίν* Graeci appellant » (Varron); el *siriquia* de Ben al-ʿAwwām 'especie de judía muy negra y del tamaño de una aceituna', viene del nombre geográfico *Siria* y sin duda no pasó al árabe desde el español; *Jerasia* o *Jeresia*, *corasia*, *queraçi-* (con *ṣad*), *querasia* son formas de origen no peninsular, como se ve por la inicial (excepto en la primera) y por el vocalismo; cfr. el Anónimo de Sevilla, nº 465: « Qeresia: ... y se llama en griego *charāsirā* y en aljamía *šorilyaš* (o *šorolyaš*, falta la segunda vocal).

[4] « Cosma, nombre de varón *Cosma* », y así *escofina*, *Escocia*, *Escoto*, *escritista*, *espelta*, *Francisco*, *Gascueña*, *obispalía*, *obispo*, *pastel*, *Sabina*, *sacabuche*, *sacristán*, *Salamanca*, *salsa*, *Sánchez*, *Sécona*, *Segre*, *Sicilia* (la forma vieja árabe era *šichilla*, también en Alcalá), *Sido*, *sirga*, *sollo*, *Soria*. En algunos arabismos más viejos, la *s* por *x* es puro descuido de la mano, puesto que no se le confiere representación alguna: « escala o escalera, *escalaira* », « escoria generalmente, *escauria* », « salmona, *salmón* » (*šalmōh* en escr. ár). En un solo

Todos estos casos hay que excluirlos sin excepción, pues en este sistema de transcripciones la *s* no representa a sonido alguno del árabe (sin y sad = ç; ver los dos cuadros en *Arte*, fol. C IIII, y *Vocabulista*, fol A III v°). En Alcalá, como en los demás autores, la respuesta árabe normal a la *s* española es *š*, que él escribe *x* [1]. Unos cuantos casos antiguos de sin por *šin* se deben a mero olvido de los puntos, accidente muy común en todos los escritos árabes [2].

La -s- sonora. — La *-s-* era en antiguo castellano sonora, pero las transcripciones árabes no hacen diferencia alguna con la *s* sorda. El Anónimo sevillano transcribe con *šin*: «*foliáš* ... así llamado por la abundancia de sus hojas», 242; «en aljamía se llama *ventuša*, o sea el marrubio montés», 617 (*montoso*, pues); *yerva cacušša* (cuatro veces) «es la hiedra saludable y purgante», 644; «en francés [= en catalán] se llama *cabilyoša* y *cabelyoša*, es decir, provista de cabello», 132, *babáx* 'babosa', *beleša* [3], o *beliša* (germ.), *ǰenišella*, *ǰ·nišiella* (<cenisia), *fušelo* 'husillo', *pancaišo*, *rešina*, *roša*, *ašinina*, *bašilisco*, *bašilišco*, *ašaro* [4]; las formas *rošell* y

caso hay duda, pero débil: «orégano serpol, *zahtar serpol*», que luego es «serpol, yerva, *gnaur* o *serpol*».

[4] «Astorga, *Axturga*», «bolsa, *borxa*», «destral, o segur de hierro, *xacur*», «escama de cobre, *excama*»; «escamonea, medicina, *ixcamonia*», «espada, *xiga*» (<sica), «espada, *xega*», «fiestas de Baco, *fuxia*», «Lucas, *Lucax*», «marqués, *marquéx*», «Ossuna, villa del Andaluzía, *Oxuna*», «sayal de lana grosera, *xérica*» (serica, jerga), «saya de muger, *xaya*», «salero para tener sal, *xalero*», «sargo, pescado, *xurgo*», «Sevastián, nombre de varón, *Xisastian*», «sedadera para asedar, *xita*», «Segovia, cibdad, *Xecouia*», «sera de esparto, *xuera*» «Sevilla, cibdad de España, *Ixbilia*» (Hispalis, con *p* > *b* e imela), «sobrecarga, *xobrecarga*», «Tomás, nombre de varón, *Tomáx*», «xibia, pescado conocido, *xibia*» (sepia), «sorvo, *xurba*», «solo, *xaut*», «suelda, yerva, *xuada*». Algunos de estos nombres están repetidos varias veces, p. e. *xacur* s. v. *hacha de armas, hacha que corta de dos partes, hacha para cortar leña, segure o segurón, segur para cortar*. Algunos nombres extranjeros Alcalá los transcribe también con *x* como si los granadinos los hubieran tomado de los españoles: «Marsella, cibdad, Marxilla», *Oxtia*, *Parix*, «Saona cerca de Génova, *Xaona*», «Sardinia o Cerdeña, *Xardina*».

[1] En todos los códices de Ben Buclárix se lee regularmente *šebo*, pero una vez *sebo* en el códice de Nápoles, errata que Simonet registra como variante; también en Ben Buclárix al *sorǰe* del Códice de Leyden se opone el regular *šorǰe* de los otros códices, y el *suber* 'especie de encina', que registra una vez (a través de Dozy), está corregido por la transcripción regular *šuber* en los otros autores. Mero olvido de los puntos tiene que haber también en el único *sibia* de Ben Albaytar (excepción en la uniforme escritura *šibia* de éste y los demás autores), en el único *salij* de Ben al-Ŷazzār, citado por Ben al-ʿAwwām, frente a los muchos *šalij* del mismo Ben al-ʿAwwām y de otros, y en el *xemthair* transcrito «alguna vez», junto al *šemthair* frecuente en escrituras mozárabes de Toledo (Simonet), donde se transcribe la *s* romance normalmente con *šin*.

[2] *Belesa* (de donde *embelesar*, cf. García de Diego, *RFE*, XVIII, págs. 12-13) < * *bilisa* 'beleño', provenzal *belsa* (Gamillscheg, *RFE*, XIX, pág. 229).

[3] Este helenismo se difundió por la Romania (Plinio trae *asarum* y *asaron*), pero los árabes lo tomaron del griego. Nuestro Anónimo n. 46, dice: «*Asaron* en árabe... su nombre en griego es *asaron*, en aljamía *ašpar* y *ášaro*», oponiendo ambas pronunciaciones, con *šin* y *šin*. Un *ásaro* en Ben Buclárix como nombre español (de qué códice?) o se debe a descuido de la mano (omisión de los puntos) o el escriba siguió a su memoria idiomática y no a sus ojos y transcribió con *šin* porque así le era familiar la palabra en árabe.

rošello quizá sean diminutivas de *rosa* (hoy se llama esa planta *rosa montés* y *rosa de pastor*), aunque el Anónimo, 487, las relacionaba con *rosso* 'rojo': «y se llama el *rosell* rojo por el color de su flor», pues añade: «es de dos especies blanco y rojo». Esto revela que los oídos árabes no daban valor a la diferencia romance *-ss-* y *-s-*. Los autores de Simonet lo confirman también abundantemente:

ventošo (s. v. *anuša*, quizá por *montošo*), *beliša*, *bašélica*, *bašilica*, *canthušo*, *cašal*, *cašar*, *cašaleš* (y *Cajaleš*, topón.), *El Cašar*, *Cašarej*, *cašulla*, *ǰenišella*, *ǰ·nišiella*, *ǰerašia* (Ben Buclárix, otros varían con sin y sad), *eclešia*, *fušiel*, *fušsel* 'husillo', *Gašalian* (siglo XII) [1], *lauša* 'lapis', *muišón* (y *maiǰín*), *mašilicariš* (por *ba-*), yerva *nuquiša* (sobre val. *nuch*), *omušión* (lat. eclesiástico *homusion*, con antecedentes españoles), *pošata* (siglo XVI, junto a *panjata*, Alcalá), *pišóth*, *pišsoth* (Ben Buclárix, < pisum), *puntošo* o *ventošo*, *rešina* (junto a *reǰina* en varios), *rošetha*, *Tološa*, *Yerušalem* (en docs. moz.), *Kirieleišon*, etc.

No hay que deducir, sin embargo, que los mozárabes no harían la distinción iberorrománica *-s-* y *-ss-*, sino que los transcriptores árabes no la recogieron en la acomodación a su sistema, como tampoco recogieron la de *z* y *ç* ni en las transcripciones ni en los préstamos. Muchas de estas formas con *-š-* por *-s-* son aragonesas, catalanas, castellanas y toledanas, regiones que con certeza pronunciaban sonora la *-s-*. Los mozárabes andaluces sonorizaron las sordas intervocálicas (ver la discusión en Menéndez Pidal, *Orig.*, § 46), y la otra fricativa sorda, la *-f-*, se sonorizó, con especial generalización y difusión. Por último, un lote de variantes y de formas disidentes, mozárabes y arabizadas, sólo se explican por la distinción mozárabe de *s* y *ss* como sonora y sorda:

El Anónimo de Sevilla, entre tantos *foliáš*, *babáš*, *ventošo*, *cabilyošo*, *cacušša*, etc., transcribe este sufijo en dos palabras con la sonora *zay* (ápicodental fricativa, correlativa del *sin*): *ešpinoza* y *montozo* [2]. En los autores de Simonet las variantes y disidencias aparecen con la sonora palatal africada *ǰ·m*:

[1] Cosera, *Disc.*, págs. 26-27 y n. 41, comentando este *gašaliyan* de Simonet, recuerda los Benigasalián de Zaragoza, siglo XI, y la documentación cristiana de *gasalianes* en el Cartulario de Liébana, años 795, 826, 829, 837 y 861. Del gótico *gasalya* «compañero», de donde hoy dura *agasajo*, *agasajar*.

[2] «En el campo se le conoce por la *ešpinoza* y por la *ešpina alba*, que quiere decir espina blanca», n. 139; «fico *montozo*, es decir montés» n. 233; «en aljamía se llama *trišceira montoza*, es decir trigo montés», n. 582; «en aljamía se llama *zambaca montoza*, es decir jazmín espinoso montés», n. 683.

« *camǰón*, camisia », *Vocab.* siglo XIII ; *camiǰa*, escr. ár. gran. ; « camisa de muger, *camija*, *camaix* », Alcalá [1].

« *puǰún*, clava », *Vocab.* « pisón, *pujún* », « pisar con pisón, *pajan* », Alcalá (pinsare). El árabe marroquí de hoy, *beǰuna* 'pisón', *baǰǰan* 'pisar con pisón'. No hay formas con *š*.

Paño de *friǰa* o *ifriǰa* 'frisa', en escr. ár. Almería (no dice Simonet la fecha, aunque debe de ser tardía) [2].

« faisa, por la faxa, *fayja* », « faxa o faisa, fayja » P. de Alcalá, arabización de la forma toledana *faisa* [3]. (La forma *faxa* también se arabizó en *faxxa*, *Vocab.* ; en el deficiente códice único de Ben Quzmān se lee *fassa*, con sin, quizá con olvido de los puntos, y un *faǰador* que Simonet se inclina a leer *baǰador* 'vaciador', aunque podría relacionarse — dice — con el cat. *faxador*).

Éstas son la disidencias ; ahora las variantes : *maiǰon* junto a *maixón* en escr. moz. de Toledo, siglo XII, *roǰul* (aunque lectura corregida), junto a *rosal* y *roçal* (sin y sad) en el sevillano Ben al ʿAwwām, siglo XII, que compiló a otro sevillano del XI ; el Anónimo de Sevilla, hacia 1100, escribe *roša*, y Ben Buclárix da *roša* como nombre español. Quizá este único *roǰul* es apoyo demasiado débil para ninguna suposición ; pero la serie no necesita su apoyo.

reǰina, como nombre español, en Ben Buclárix, como vulgar en Ben al Ŷazzār, Ben Albaytar y Ben Loyón ; « *reǰina*, resina », *Vocab.*, y en P. de Alcalá : « resina de pino, *rigina* o *ragina* ». « tea de pino, *regina* », « tea de cedro alerze, *regina* açagula o *regina* allarç », « pez blanca, *regina* baida ». Hay que tener en cuenta que *reǰina* es forma no sólo del árabe africano, sino también del oriental, para la posibilidad de que el árabe español

[1] Sin casos de -x-, aunque este hispanismo (creo) adoptó en otra significación la pronunciación con sin final : « alva, vestidura, *camix*, *mimayta*, *camaiç* », Alcalá.

[2] Para el galicismo antiguo en español *frise*, tela importada de Francia, ver A. Steiger, *RFE*, 1920, VII, 381, y A. Castro, *RFE*, 1922, IX, 267.

[3] Nebrija, a quien Alcalá tomó de guía, dice s. v. *faxa* : « o faysa, como en Toledo ». La base fa s c i a no es suficiente para explicar el *faisa* toledano. Tienen i las continuaciones provenzal *faissa*, francesa *faisse*, y catalana y portuguesa *faixa* (en portugués junto a *faxa* ; cfr. *vaixel* ant. *vaxela* ; *peixe*, ant. *pexe* ; *feixe* < *fasce* ; *mexer* y *meixer* ; no parece necesario sospechar provenzalismo, como hace J. J. Nunes, *Gram. hist. port.*, Lisboa, 1919, pág. 128). La *faisa* toledana podría ser préstamo ; pero del portugués es difícil admitirlo, porque el toledano habría mantenido la *x* común ; del francés o del provenzal es poco probable históricamente, por ser *faisa* regionalismo. Era, pues, un mozarabismo regional, aunque esto no hace más que trasladar la cuestión etimológica. La ortografía dada por Nebrija prueba que la *s* del toledano *faisa* (contra port., cat., prov. y fr.) era sonora, pues Nebrija se había impuesto como ortógrafo la tarea de distinguir sistemáticamente entre la *s* sonora y la sorda, hasta entonces diferenciadas en la pronunciación y no bien en la escritura ; la *s* era sonora tras los diptongos (*causa*, *paisano*), y la arabización lo confirma.

lo tomara de otra parte. Verdad que Ben Buclárix trae *reǰina* como nombre español del terebinto, pero en otra parte trae *rešina* también nombre español, y *rešina* traen Ben al-Ŷazzār y Ben Albaytar.

queǰo o *queiǰo* 'queso' en Ben Buclárix como nombre español (Cód. Nápoles, escrito en Almería, 1482, copiando otro de Córdoba, 1265 ; los otros códices dicen aquí *formaǰe* o *formaǰo*) ; « *benni keǰa*, *mastela* », *Vocab.* ('paniquesa') y en Al-Himyarí el topónimo *Kaiǰata*, Quesada (¿o *Quessada* con *ǰ* por *š*? ; sería rarísimo), en Murcia. En cambio el Anónimo de Sevilla *pancaišo*.

Paužata : « posada donde albergamos, *paujata* », « posada pequeña, *poayjata* », Alcalá ; en el árabe marroquí es *bozada*, con la sonora dental zay ; más tarde se rearabizó con *šin*, a juzgar por el testimonio tardío de *La Poxata* (ya sin el diptongo antiguo) en apeos del siglo XVI, y nombre de un pago de Granada.

Añadiremos al citado *Kaiǰata*, los topónimos *Caǰella* (Granada), escr. ár. Gran., « quizá la Cašella de Ben Aljatib (granadino, siglo XIV), *Cáǰalas* escr. ár. Gran. de 1491, hoy *Cásulas* ; una vez *Caǰales* junto a *Cašaleš* en el valenciano Ben Alabbar, siglo XIII ; *Callicaǰaǰ* junto a *Gallicašaš* escr. ár. Gran. y Ben Aljatib ; *Al-laužar*, escr. ár. de Almería y Granada. Como nombres no topográficos sólo hallo formas con *š*, y como topónimos muchas veces. En la bula de erección del Arzobispado de Granada se escribe *Galicasas* (su nombre actual) y *Alauxar de Andarax* ; *El Laušar* en escr. moz. Toledo, nombre de un terreno, *El Lauxar*, pago en Granada, apeos del siglo XVI ; *Lauxa* (Loja, Murcia), en *Al-Himyarí*. Del prelatino [a] *lausa*. Un escritor árabe español del siglo XI al XII se llamaba *Ibn Forcašaš*, igual que los mozárabes *Foracasas Recaredez* y *Furacasas Ibn Tajón* que mencionan documentos cristianos de Sahagún del siglo X.

En resumen, aceptando como normal la transcripción y reproducción árabe con *šin* de la *-s-* romance sonora, son disidencias *camiǰa*, *pauǰata*, *faiǰa*, *puǰin* y el galicismo *friǰa*, y son solamente variantes *maiǰón* (en el mismo documento *maišón*), *roǰul* (único y lectura corregida frente a tantos *roša*, *rošel*), *reǰina* (en los mismos autores *rešina*), *queiǰo*, y los topónimos *Caǰella*, *Cáǰalas*, *Gallicaǰaǰ* y *Al-Laužar* (en minoría éstos frente a las formas con *š*).

Las disidencias *camiǰa*, *puǰún*, *faiǰa*, *friǰa* y *pauǰata* sólo las conocemos como hispanismos en el árabe, no como transcripciones del romance, y lo mismo vale para los tardíos topónimos granadinos *Caǰella*, *Cáǰula*, *Caǰales* y *Gallicaǰaǰ* ; *reǰina*, aunque dada una vez como nombre español en un ms. del zaragozano Ben Buclárix (y como vulgar en un ms. del africano Ben al-Ŷazzār, y en otro del malagueño Ben Albaytar), era forma general al árabe de Oriente y de Occidente y pudo influir su *ǰim* en las transcripciones del mozárabe : *rešina* está también en los tres autores que traen *reǰina* como nombre español o como vulgar. En cambio, sólo como ro-

manees se transcriben *queiǰa* y *roǰal*, cada uno con documentación única (el último dudoso, por ser lectura corregida y que además se opone a los muchos *roša* y *rošel* citados). Por último, de nuestras dos principales minas de hispanismos en árabe, el *Vocabulista in arábico*, del siglo XIII (levantino) que trae *camǰin, puǰin, reǰina* y *benniqueǰa*, sólo registra un caso de *-s-* (« *lauxa*, lapis ») con la *š* normal del mozárabe (ap. Simonet; no dispongo de la edición de Schiapparelli), y Pedro de Alcalá, que recoge *camija, fayja, pujún, paujata* y *regina*, sólo trae con *x* < *-s-* « marquesa, *marquexa* » y « Tortosa, cibdad de Aragón, *Tortoxa* » [1]. Esta cuidadosa discriminación nos permite concluir que las gentes árabes, en los préstamos romances, acomodaban normalmente la *-ż-* (*s* sonora) a su *ǰim*, y por excepción a su *šin*; mientras que los autores árabes, al informar de la pronunciación romance, la transcribían al revés normalmente con su *šin*, y sólo por excepción con su *ǰim* o su *zay* [2].

Esto se convierte en una prueba autónoma de que el mozárabe, de donde los hispanismos del árabe procedían en su mayoría, diferenciaba *s* sonora y *ss* sorda como los otros romances peninsulares [3].

Al parecer, los conscientes transcriptores musulmanes de la pronunciación romance, informados de las hablas cristianas como del latín y del griego, gente de pluma que quería imitar lo extraño y lo peculiar de los sonidos ajenos, se dejaban impresionar sobre todo por el timbre palatal de la fricativa *-s-* y la transcribían con el *šin* lo mismo que la *-ss-*; lo que querían

[1] No cuento los casos en que Alcalá no hace más que repetir la ortografía española para indicar que los árabes usaban la misma palabra: « faysán, ave preciosa, *faysán* », « faisán pequeño, pollo, fuaysán » (dimin), « fisonomía, ciencia, fisonomía » (sin duda préstamo tardío del español), « Ysabel, nombre de mujer, *Ysabel* », « Pisa, cibdad de Arcadia, *Pisa* », « Tolosa, cibdad de Francia, *Tolosa* ». Como advertimos en la página 48, la *s* no tiene valor alguno representativo en el sistema de transcripción de P. de Alcalá.

[2] W. Meyer-Lübke, *RFE*, 1921, VIII, 243, entresacó de Simonet *Cažella, Cažula, camiša, camižón, friža, Gallicažaz, maižón y režina*, y olvidando tantos ejemplos de *š*, dedujo que la *-s-* sonora se representaba normalmente con el *žim*, la sorda con el *šin*. La interpretación del africado *ǰim* como fricativo *žim*, no justificada en la lingüística árabe, fué para Meyer-Lübke motivo de descarrío en todo su estudio.

[3] Los cambios entre *-ż-* (ort. *-s-*) y *ǰ* (ort. *j, g*) fueron también frecuentes dentro del castellano antiguo: *tijeras y tiseras* < *tonsaria (por tonsoria), *cogecha* (en Berceo) y *cosecha, relisión* y *religión, igreja* e *iglesia* (*Grijalba, Grijoto* < ecclesia alba, alta); en el siglo XVI convivían *celogía y celosía, vigitar* y *visitar, registir y resistir, quise* y *quije*. Estos casos parecen condicionados por la inmediación de una vocal de la serie palatal, lo que no se observa tanto en posición inicial. Menéndez Pidal, *Manual gram. hist.*, 6ª ed. § 72.2. ¿Reproducirán los *paujata, camija, pujún*, etc., variantes romances? En algún caso aislado podría ser (y aun muy difícil), pero no en conjunto. En el castellano, son casos esporádicos; en el árabe series; en el castellano la vocal palatal favorece o condiciona el cambio, en el árabe es indiferente. Nuestros casos de *ǰ* < *ż* son, pues, fenómenos de acomodación de sistema a sistema.

reproducir sistemáticamente era la « s aljamiada »; la correlación de sonoridad no era para ellos significativa en las palatales, y por eso no la recogieron. En cambio, las gentes que en el cotidiano vivir de una sociedad bilingüe (sobre todo en los cuatro siglos primeros) oían en el habla romance el sonido *-ż-* (sonora), tenían el sentimiento de su oposición fonológica con *-s-* (sorda), dentro del sistema, y la practicaban ellos mismos como hispanohablantes; y cuando, como árabehablantes, trasegaban un romanismo con *-ż-* a su otro idioma, sentían el prurito de salvar en la adaptación su carácter diferencial (la sonoridad). Para acoger en el sistema fonológico árabe de sibilantes una *ż* como sonora, no había más remedio que sacrificar uno de los otros dos caracteres componentes: o se abandonaba su timbre palatal haciéndola dental (*espinoza, montozo*) o preferentemente, conservándole el carácter palatal como el más fisonómico, se abandonaba el de fricativa y se le asimilaba a la africada sonora *ǰ*. Estas dos soluciones (*-ż-* > *-š-*, o *-ż-* > *ǰ*, *ž*), así repartidas, aparecen como corrientes en la doble circunstancia, pero la inversa era siempre posible; no coincidiendo los sistemas, el momento de la adaptación siempre es momento de elección, porque los distintos rasgos que conjuntamente forman la fisonomía acústica de un fonema en el sistema A se ofrecen en el sistema B (los que no le son del todo ajenos) distribuídos en composiciones o conjuntos diferentes, desde los cuales reclaman con oscilante instancia la atención preferente de los adaptadores. La urdimbre de acomodaciones interindividuales—lado social del lenguaje — que ya trabaja por orientar la elección ocasional, establece luego colectivamente las series y sus excepciones.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

El estudiar con criterio fonológico (es decir, con atención al sistema de signos intencionalmente diferentes, opuestos y correlacionados) el trasiego de préstamos y las transcripciones recíprocas del romance y del árabe de España, nos ha permitido llegar a ciertos conocimientos contrastados tanto sobre los *modi operandi* de los trasiegos como sobre la constitución de los sistemas mismos, de los cuales destaco y confirmo con nuevas consideraciones los siguientes:

1. Los sistemas semítico y romance son tan heterogéneos, que sólo por excepción se asemejaban sonidos de una y otra lengua en su composición material (ج *-ǰ* y ش *-š*) y nunca en su disposición y conducta fonológica. En los préstamos, el sonido forastero se ofrecía a la conciencia lingüística de los adaptadores como una materia parcialmente adaptable a su propio sistema de formas, y por eso tenían que elegir y rechazar entre los rasgos que componían su fisonomía. La elección atendía a un rasgo del sonido adaptado que fuera característico en el sistema adaptador. En general, más de

un rasgo de cada sonido resultaba característico según la sección del sistema desde donde se le tomaba perspectiva [1]; por eso, cada sonido tiene generalmente más de una reproducción en el otro sistema, y casi diríamos que en principio la diversidad es lo natural, con justificación individual y ocasional de cada adaptación. No obstante, las acomodaciones recíprocas de los individuos, base de la constitución y mantenimiento de las lenguas y dialectos, y las cohesivas tendencias a los agrupamientos de las formas (la tendencia a construir en sistema) deciden la preferencia colectiva por una de las reproducciones, que resulta la dominante; las otras son excepciones. La contrastación de las segundas y terceras soluciones con la dominante es lo que nos permite asomarnos a los sistemas fonológicos y sorprender la relación y oposición de los fonemas que componen cada uno de ellos.

2. El intenso bilingüismo de los siglos primeros dió ocasión a que los árabes, insatisfechos con las soluciones que su sistema ofrecía para las más extrañas de las sibilantes romances (*c, z, ch*), adoptaran un sonido nuevo con que reproducirlas: el de *š* [2] (no diferenciado en la escritura del ج *ǧim* y en algunos del ش *šin* tradicionales). Pero hasta en este hecho de la adopción de un nuevo fonema para reproducir sonidos extranjeros se ve también la acción del sistema propio: de las cuatro africadas romances, *c, z, ch* [3], *ǧ*, solamente la *ǧ* era bastante afín a su única africada ج; la satisfacción provocada por la reproducción de la *ǧ* con el ج acentuaría la insatisfacción provocada por la reproducción de las otras, tan distintas. Pero ¿en qué se sentían distintas? ¿Qué rasgos se sintieron como opuestos a los del ج -*ǧ*, y se quisieron guardar como diferenciales y significativos? No el ser sordas, frente al ج sonoro, puesto que en el *č* de importación se igualaron la *z* sonora con la *ç* sorda. Para la condición de africada no hacía falta novedad alguna, pues que el *ǧim* patrimonial ya era africado. Sólo queda como peculiaridad determinante el especial efecto acústico causado por el especial punto de articulación, y quizá también un distinto grado de energía

[1] Fischer (ap. Steiger, *Contr.*, 153-154) observa la tendencia de los árabes a sustituir en los préstamos las oclusivas por (oclusivas) enfáticas para semitizarlos. Ver también Brockelmann, *Grundriss*, I, 120. Pidiendo excusas por la intromisión, me permito sugerir que quizá las correspondientes oclusivas del árabe no son en tales casos tan duras y enérgicas como las de los préstamos, y que las enfáticas proporcionan una compensación equivalente.

[2] No tenemos medios para precisar si los mozárabes harían por su parte otro tanto (con las enfáticas, por ejemplo, o con las velares o con las geminadas), pero sería demasiado sorprendente que, en una situación de bilingüismo, sólo sufriera contaminación fonética la lengua de los vencedores, que, además, era la de cultura mayor y la que acabó por imponerse eliminando a la otra. Véase ahora sobre la influencia árabe en el consonantismo del judeo-español de Marruecos el excelente artículo de Paul Bénichou: *Observaciones sobre el judeo-español de Marruecos*, en *RFH*, 1945, especialmente págs. 224-234.

[3] En los días de la invasión árabe, el romance no tenía todavía la *ch* actual de *noche, mucho*, pero la tenía de la base latina: *c'*, frente a las dentales *z, c*, de la base latina *ti, ci*.

articulatoria. La *c* y la *z* romances eran más delanteras que la *ǧ*, quizá prepalatales (quizá más delanteras todavía y ya coronales, como luego veremos); de cualquier modo, prepalatal y predorsal fué el sonido de préstamos: *š*. Y si, al unificar *z* y *ç*, eligieron la sorda, eso fué no tanto porque la *ç* era mucho más frecuente que la *z*, sino por el juego de valores: por un lado se subrayaba con la *š* la diferencia con el *ǧim* sonoro patrimonial; por otro, lo que sin duda les impresionaba acústicamente en *c* y *z* como oposición a *ǧ*- *ǧim*, era su mayor energía articulatoria: pues, por más cercanas al ápice, *z* y *c* eran «fuertes», en oposición a *ǧ*- *ǧim*, que eran blandas», y como ese carácter fisonómico resaltaba más en la sorda, ésta fué la atendida. Como ya hemos dicho, ni los árabes españoles ni los mozárabes usaron *teŝdid* ni otro signo diacrítico para diferenciar en la escritura estos dos valores fonológicos del *ǧim*, como tampoco para diferenciar los dos valores de su *ba* (*b* y *p*), según hicieron los textos aljamiados desde el siglo XIV en adelante [1]; sólo la transcripción de Pedro de Alcalá en letras castellanas nos lo revela y la toponimia lo confirma, pues en uno y en otra tienen *ǧ* (por lo general) las palabras que tenían *ǧim* árabe o *ǧ* romance, y tienen *ch* otras que tenían *z, c* o *ch* romance.

El árabe debió adoptar temprano la *ch* de sustrato en los hispanismos, y el reparto fonológico *ǧim* sonoro *ǧim* sordo (*ǧ*-*č*, *ǧ*- *ch* en Alcalá) tuvo que ser muy antiguo en su conjunto, pues, de haberse igualado primero todos los casos en el *ǧim* sonoro patrimonial, no se habrían podido repartir siglos después las palabras conforme a la etimología olvidada. Algunos casos como *ǧarr* < cirrus, *Beǧa* < Pace (hoy *Beja* en Portugal), *raǧimil* < racimus, *duǧambir* < december, donde la *c* latina se reprodujo y se mantuvo con el *ǧim* patrimonial sonoro, pueden representar el sustrato más antiguo [2]. En los siglos siguientes, desde el XI según nuestros documentos, el árabe reproducía normalmente con esa *č* de sustrato tanto la *ch* romance prepalatal como las ya ápicodentales *c* y *z* de los nuevos hispanismos, y en las transcripciones, con *ǧim* se representaban *c* y *z*, lo mismo las del aragonés, catalán y castellano que las mozárabes.

3. Además, los árabes reproducían la *c* y la *z* con su sin, y no esporádicamente sino con importante frecuencia. Nuestro Anónimo sevillano de hacia 1100 trae *Cabesa* [3] (y variantes), *masana* (y variantes), etc., y de los otros autores hemos recogido un lote (ver arriba, págs. 34 y sigs.). Pero la toponimia es la más instructiva: los topónimos andaluces con *c* moderna

[1] Los moriscos, para marcar la sorda, usaron luego el teŝdid; en árabe marroquí, tres puntos suscritos. Para el uso del teŝdid en los textos aljamiados ver Schiaffini, *Rom. Forsch.*, XI, 340, y W. Meyer-Lübke, *RFE*, VIII, 244.

[2] El guaraní, que ha adquirido el fonema *ǧ* del superstrato español, tiene algunos hispanismos (*caǧayá, mbuziá, seǧói*, caballo, morcilla, cebolla) con la primitiva acomodación. Ver Marcos A. Morínigo, *Hispanismos en el guaraní*, págs. 11, 55 y sigs.

[3] Entiéndase esta *s* por el sin.

(*Lucena, Caicena, Carcelén, Facinas, Recena, Faucena,* etc.), conservados desde la época romana, se pronunciaban y se escribían entre los árabes con *sin*, que, como todo otro *sin*, fué reproducido por los castellanos con su *ç*. En el Repartimiento de tierras que Fernando III y Alfonso X hacen a los conquistadores y repobladores de Andalucía, figuran las alquerías de *Parcina, Valencia, Riançuela, Pezina, Escacena, Geuzena, Bizcena, Cerraja*, etc. [1]. El famoso geógrafo El Edrisí, nacido a principios del siglo XII, transcribía con *sin* la *c* y la *z* romance de muchos topónimos: *Faicena* (aldea), *Tacena, Çoly* (quizá el *Castel Azol*, junto a Barbastro), *Zaragusta, Calcena, Melisena* por *Belicena*. Y el geógrafo Al-Himyarí, *Balansiya* (Valencia), *Tarasana* (Tarazona), *Calsana* (Calsena), *Saraqusta* [2].

Junto a estos nombres con *sin*, El Edrisí y Al-Himyarí escriben en otros la continuación de la *c* etimológica con *šin* y a veces con *jim*, dos hábitos ortográficos de representar el sonido de préstamo *č*: *Tošana* Tuchena, *Gališana* hoy cortijo de Galuchena, Sevilla (escrito *Galichena* en el Repartimiento), *B.lušana*, sitio llamado hoy *Peluchena*, cerca de Osuna, *Toršalla* 'Torrecilla', en las Alpujarras, *Nošeda*, en el curso del Guadalquivir, noceda (y no el pago de *Nauche* en la junta de los ríos Orce y Huescar, como identifica Saavedra; se habría conservado el diptongo), *Uršuluna* Archidona, *Alš* Elche, *Baršana* Purchena, *Baršiluna* Barcelona (en P. de Alcalá *Barcholona*), *Bitrawš* Pedroche, *jibrana* Chiprana, *Bajjana* Pechina, *Furnajaluš* Hornachuelos.

Muchos de estos nombres, por ser de toponimia menor (alquerías, riachos, puentes, etc.), los tomaron los castellanos de boca de los musulmanes no antes de la reconquista de Andalucía (s. XIII), de modo que se tiene que descartar la sospecha de que en las formas con *c* haya intromisión castellana. Y a su vez los árabes los recibieron de los hispanogodos a comienzos del siglo VIII, como los hispanogodos los habían recibido de los hispanorromanos. Por consiguiente, la documentación de estos nombres en autores del siglo XII, y anteriores, prueba que los árabes habían fijado fonéticamente la *c* y la *z* romance unas veces con *č* y otras con *sin* desde un principio.

4. *Las fricativas romances x, ss* y *s*. Los árabes reproducían indistintamente con su *šin* las tres fricativas romances *x, s, ss*, la $x = š$ y las eses de timbre palatal. Las dentales *sin, sad* y *zay*, aunque fricativas, no les resultaban adecuadas: el delgado y tenso silbido dental del *sin* (y el de la enfática *sad* aún era más peculiar) no se prestaba a la equivalencia con el grave y más flojo de la *s* romance, y esto precisamente porque, junto al *sin* los árabes tenían el *šin* como signos diferentes, y el *šin* era el que tenía caracteres más próximos; en suma, porque para los árabes el ser *dental* la fricativa sibilante era rasgo clasificador y agrupador frente al ser palatal: *s* frente a *ṣ* y *š*.

La *-s-* sonora (*casa, mesa*), también alveolar, fué acomodada sin diferencia con la *s* sorda y con la $x = š$ en las transcripciones, pero en los préstamos, junto a esta misma adaptación, tendía a salvarse la sonoridad. Los árabes no sentían correlación de sonoridad en las palatales (sólo sonora la africada y sólo sorda la fricativa), y lo que era individualizador y opositor en español (la sonoridad) no tenía para los árabes intención de signo. Sin embargo, los árabes tenían correlación de sonoridad en dos parejas de sibilantes fricativas: las interdentales [1] ceceantes (de fricación alargada), *θa* y *ðal*, y las ápicodentales siseantes (de fricación redondeada), *sin* y *zay*, y eso les hizo atender algunas veces a la correlación romance *s-ss*: entonces reproducían la *-s-* con el *zay*, sacrificando el carácter palatal, o las más veces con el *jim*, sacrificando el carácter fricativo. Diferencias de fecha — más tempranos los préstamos que las transcripciones — y el peculiar espíritu de atención de los doctos, explican en parte este doble trato, que no pierde del todo su misterio.

5. Los árabes no reproducían con sus dos interdentales *θa* y *ðal* (*th* inglesa sorda de *thing* y *th* sonora de *then*) ningún sonido español. El castellano reproduce la sonora con *d* y la sorda con *t*, a veces con *ç*, con la vacilación normal ante los sonidos extraños. Unos preciosos pasajes de Pedro de Alcalá, explicando a los castellanos estas articulaciones interdentales, nos dan la completa seguridad de que la pronunciación interdental de *c, z* que tiene el castellano moderno no era conocida todavía en 1501 más que como anormalidad fisiológica individual: la « suena a manera de *c*, poniendo el pico de la lengua entre los dientes altos y baxos, de manera que suena como pronuncian la *c* los ceceosos, y en lugar della se porná en el Vocabulista ċ, con tres puntos encima para denotar que aquella *c* sirve por *ç* y no por *ç*. Exemplo. Tres en arabia dezimos ċalaċa y no çalaça. Lo qual esso mesmo se entiende del *dil*. Ejemplo, Aquel *ḍiq*, y no diq, que quiere dezir gallo » [2].

6. La *j, g* romance tenía que ser africada, *ǰ* y no *ž*, según se desprende del conjunto de sus correspondencias. En primer lugar, de entre todas las sibilantes españolas la *j* fué la única que se identificó fonológicamente con el

[1] Los saco del resumen que hizo Alonso Morgado en su *Historia de Sevilla*, Sevilla, 1587, pág. 112 y sigs. No dispongo del *Repartimiento*.

[2] Ed. de Dozy, cuyo examen debo a la gentileza de mi ilustre colega don Claudio Sánchez Albornoz. Cf. también Eduardo Saavedra, *La geografía de España del Edrisí*, Madrid, 1881.

[1] O, posiblemente, en los primeros tiempos todavía dentales; cfr. C. Brockelmann, *Semitische Sprachwissenschaft*, Berlín, 1916, págs. 53, 62 y 64.

[2] *Arte*, fol. c. IIII, v. Y en el *Vocabulista*, fol. a. IIII, después de repetir lo de ث y ç, explica mejor del ḍil: « La quarta letra consonante es *dil*, que es *d* pero muy blanda, de manera que en lugar della ponemos *d* con un punto encima, porque conosca el lector que aquella sirve por *ḍ* y no por *d*, y su pronunciación es entre los dientes altos y baxos, poniendo el pico de la lengua como fué dicho de la ċ. Exemplo. Aquel en arabia dezimos *ḍiq* y no *diq* ». (Nosotros ponemos el punto debajo para mayor facilidad.)

ǰim sonoro. Es verdad que en los préstamos romances los árabes reproducían de preferencia la *-s-* sonora con el *ǰim*, sin que ello nos invite a considerarla africada en vista de las otras informaciones. Pero era sólo de preferencia, vacilando el sentimiento fonológico de los árabes entre el sonoro *ǰim*, aunque africado, y el fricativo *šin*, aunque sordo; y, sobre todo, en la transcripción consciente de las palabras romances (mozárabes, aragonesas, castellanas, catalanas), los letrados ponían casi uniformemente *šin* por *-s-*, igualándola con la *ss* y la *x*. En cambio, la *j* se reproducía sin excepción con el *ǰim* tanto en los préstamos populares como en las transcripciones de los letrados, sin que ningún otro fonema del sistema árabe compartiera con el *ǰim* la alternativa de reproducirla. De ser su pronunciación *ž*, la *j* se habría acomodado al *šin*, con uniformidad en las transcripciones y alternando con el *ǰim* en los préstamos; pues, si a pesar de su sonoridad, identificaron con el *šin* predorsoprepalatal la *ṣ* (*-s-*), que era sólo ápicoalveolar, con mayor razón tendrían que identificar una *ž*, homorgánica con el *šin*. El *ǰim*, a su vez, se acomodaba en las transcripciones españolas, y sobre todo en los préstamos, casi siempre a la *j* y bastantes veces a las *ch* (*narja* y *almarcha*, etc.); pero esta vacilación del sentimiento romance no puede interpretarse, en vista del conjunto de nuestros datos, como una alternativa entre una *j* fricativa, si se quería salvar la sonoridad, y una sorda *ch*, si se quería salvar lo de africada, sino que el *ǰim* debía ser una articulación más enérgica y dura, la *j* más blanda y floja, aunque ambas sonoras y africadas, y los españoles echaron mano algunas veces de su otra africada, más dura y enérgica (por sorda), la *ch*, para reproducir el *ǰim*, cuando se les imponía como fisonómica y diferencial esa modalidad. Pues nuestras correspondencias comprueban también que el *ǰim* hispano-árabe era africado, como concordemente se admite para el árabe literario [1]: 1° cuando los árabes españoles adoptaron el sonido de préstamo *č*, todavía escrito *ch* por Pedro de Alcalá, la letra empleada para escribirlo fué el *ǰim*, lo que no habría ocurrido de no ser africado el fonema *ǰim*; de ser fricativo, habría sido vencido en la representación por el *šin*, que tendría todas las condiciones del *ǰim* más la de ser sordo como la *č*. Mirando sólo a las trancripciones más frecuentes y dejando ahora las excepciones, de las siete sibilantes españolas, cuatro (*z*, *ç*, *ch* y *j*) eran reproducidas en las transcripciones árabes con la letra *ǰim*; y tres

[1] Me impongo el destacar y estudiar los indicios probatorios de ello en consideración a mi distinguido colega Arnald Steiger, que, partiendo de la identidad documentada *ǰim* = *ǰ*, y en la creencia de que la *j* española era fricativa, *ž*, pensó que el *ǰim* hispanoárabe era también *ž*. El carácter africado de la antigua *j* española está asegurado hasta el siglo XVI, por testimonio explícito de Juan de Valdés, Francisco Delicado, etc., que la equiparan al *gi* italiano, aunque con su estilo propio. Christóbal de las Casas, 1570, nos enseña que « *jardín, jornal, jurar*, suenan casi como *giardino, giornale, giurare*, encorvando la lengua un poco más adentro que en la pronunciación Toscana » (Ap. *La Viñaza, Bibl. Filol.*, col. 1462).

(*s*, *ss* y *x*) con la letra *šin*. El único rasgo común a la dental sorda *ç*, a la dental sonora *z*, a la prepalatal sorda *ch* y a la palatal sonora *j* era la fricación; el único rasgo común a la ápicoalveolar sorda *ss*, a la ápicoalveolar sonora *-s-*, y a la prepalatal sorda *x* era la fricación. Por consiguiente, el *ǰim* era africado y el *šin* fricativo; 2° Teniendo los romances peninsulares una *x* (=*š*), nunca habrían podido los cristianos reproducir el *ǰim* con su *ch*, como tantas veces hicieron, de no ser africado; 3° El tratamiento del *ǰim* final en las transcripciones españolas es en esto revelador y convincente. La alternancia *marge-moroch*, *zambaja-zambuch*, *zuleija-zuleich*, etc., es en Pedro de Alcalá casi regular [1]. Pero esto ocurría, no en el árabe mismo, que mantiene la *ǰ* en cualquier posición, sino en el sentimiento fonológico del transcriptor español en cuyo sistema propio las sonoras que quedaban finales (excepto líquidas y nasales) se hacían sordas [2]. Solamente siendo el *ǰim* africado, podían los oídos españoles interpretarlo como *ch* al quedar final. Y todavía esto era una acomodación a medias, un compromiso entre los hábitos del sistema propio y el deseo de reproducir la peculiaridad ajena; la acomodación total al castellano consistía en hacer el *-ǰ* no sólo sordo, sino también fricativo: *x* (=*š*) [3], ya que desde el siglo XII el sistema fonológico español había abandonado la pronunciación de la africada predorsal *ch* en posición final. La causa de este hecho era puramente fonética: estaba en la peculiar estructura de las africadas (oclusión deshecha con fricación) y en la nueva dificultad que para su pronunciación acarreó el debilitamiento idiomático (quiero decir fisonómico del romance de entonces) de la implosión silábica. Cuando este debilitamiento se produjo (hacia 1200), ya no fueron pronunciables formas como *anoch*, *much* [4], o *nuef*, *mont*, *fuert*, *puent*, *sim* ('si me') *mintist*, etc., usuales en el siglo XI. Es que la realización de las articulaciones o de ciertos agrupamientos requieren una

[1] Ante consonante, *ǰ* o *č* se hacen *x*: *jubb-axbab*, *milachach-lachaxt-lachach*; ver pág. 27.

[2] Tendencia fonética general. En realidad el juego fonológico era otro: la correlación de sonoridad *(b-p, d-t, g-k, z-ç, s-ss)* funcionante con designio de signo en principio de sílaba, deja de ser elemento intencional en final, y la sonoridad está o no está como mera materia, por motivos de mecánica articulatoria. Además de la sonoridad, otros elementos están en el mismo caso. Véase AMADO ALONSO, *Una ley fonológica del español. Variabilidad de los consonantes en la tensión y distensión de la sílaba*, en *HR*, 1945, XIII, págs. 91 y sigs.

[3] Era también solución practicada, aunque menos: « prado, *mary*, *marux* », « prisco, *banŋja*, *banux* », etc., en Alcalá.

[4] Téngase en cuenta que lo que es dificultad de ejecución para el predorso (o para los labios) puede no serlo para el ápice: la *-ç* (generalmente escrita *-z*), aunque africada, se mantuvo por ser apical, como se mantuvieron las apicales *s*, *n*, *d*, *l*, *r*, y la fricativa predorsal *x*. Para casos análogos cfr. M. GRAMMONT, *L'assimilation*, págs. 19-20, y A. ALONSO, *Problemas de dialectología hispanoamericana*, Buenos Aires, 1930, pág. 72. Aparte esto, por la mecánica articulatoria, la *ç* o *z* finales, sobre todo ante consonante, tuvieron que hacerse fricativas antes que en principio de sílaba.

equilibrada proporción entre el trabajo articulatorio y la energía silábica, y cuando la distensión o implosión silábica se debilitó idiomáticamente, la *-ch* quedó en equilibrio inestable, como diría Saussure: el equilibrio se repuso en nuestro caso, o agregando una vocal de apoyo a la *-ch* (*ch* resultante del ensordecimiento romance de un *-ǰim*), *ateche, alboroche*, etc., o, en algunas transcripciones, haciendo fricativa la consonante: *yariaǰ* > *yartax* [1]. Ambas soluciones son manifestaciones diferentes de lo que algunos fonéticos llaman proceso de degradación, término articulatoriamente muy adecuado para significar la conducta de nuestras consonantes al quedar finales. Dentro de tal proceso, se justifica tanto *ǰ* > *ch*, como *ǰ* > *x* = *š* al pasar el *ǰim* del principio al fin de la sílaba; en cambio, si el *ǰim* hispanoárabe fuera *ž* fricativo, su trueque en *č* africado no sería fonéticamente explicable, porque estaría en contradicción con el sistema fonológico (el español) desde el que se hicieron las acomodaciones. Ahora bien, como la alternancia *-ǰ-* : *-ch* es la más abundante, y es Alcalá, 1501, quien la documenta, llegamos a la certeza de que el *ǰim* del árabe español era africado, como el oriental, hasta los días de la toma de Granada.

7. La *j* romance no era, pues, mera correlativa de la *x* (*š*), por ser africada; tampoco lo era de la africada sorda *ch*, porque no eran homorgánicas. La *j* era mediopalatal; la *ch* castellana procedente de c t y u l t (*noche, macho*) empezó siendo una *t* mojada, por lo tanto dental o postdental. Hoy es prepalatal, y en algunas comarcas alveolar [2] (siempre predorsal); en el siglo XV debía ser más delantera, y más aun en el siglo XII, cuando todavía la etapa it resistía en algunas partes al neologismo que fusionó el grupo en una africada. La *ch* adoptada por los árabes tampoco era correlativa de la *j* [3]; los árabes no se habrían sentido movidos a introducir un fonema nuevo por salvar la correlación de sonoridad, puesto que la desatendían en *z-c*; sólo una diferencia significativa de energía, condicionada fonéticamente por el punto de articulación, pudo provocar el préstamo; la *ch* era una africada más enérgica, más delantera en el paladar y más próxima al ápice que la *j*.

8. Puesto que el *sin* y el *zay* son fricativos, se ha visto el hecho de que los españoles los reprodujeran (lo mismo que el *sad*) con su *ç* y su *z*, como una contradicción con los muchos testimonios que en el siglo XVI dan por africadas estas dentales castellanas [4]. Sin embargo, al inscribir el hecho en

[1] Dentro del castellano también: la *-ch* repuso su vocal final, nunca del todo olvidada: *noche, mucho, leche*; la *j, g*, como sonora, era ya dulce (o «floja», según la terminología de nuestros clásicos) en su plenitud de comienzo de sílaba, y al quedar final, el abandono de la sonoridad iba acompañado de una relajación articulatoria que la hizo fricativa: *relox*.

[2] Véase el palatograma de T. Navarro, *Pron. esp.*, § 118, y Samuel Gili Gaya, *Observaciones sobre la č*, en *RFE*, X, 182, donde anuncia un estudio de estas diferencias.

[3] Adoptada cuando la continuación de la base latina *ce, ci*, estaba en la etapa *č* romance.

[4] Ver arriba, pág. 12.

los sistemas fonológicos respectivos, resulta confirmar, no contradecir, a los demás testimonios. Primero, el que las transcripciones árabes reproduzcan las *c, z*, con su *ǰ.m*, que era africado, y el que en los hispanismos con *c, z*, aparezcan estas consonantes como un fonema único naturalizado con *ch* (*church* 'çierço', *chipp* 'cepo', *cochina* 'cozina', etc.) ya exige la aceptación de que el fonema romance copiado era africado. Después, las transcripciones y préstamos inversos del árabe al español; sólo con tener presente cuál es el sistema castellano de sibilantes se advierte que la *ç* y la *z* (ts y dz), aunque africadas, eran las únicas (no la *s*) que podían reproducir a las ápicodentales *sin, zay* y *sad*, porque el timbre de estas sibilantes árabes es agudo y apretado, muy diferente del grave, flojo y palatal de la *š*, y más aún del de la *x* (*š*); la *ç* y la *z* eran en cambio de siseo más agudo, apretado y dental, y daban mejor pie para la acomodación. Esta acomodación del *sin* árabe a la *ç* se cumplió también en mozárabe, y sobre el carácter africado de la *c* mozárabe no hay duda posible, puesto que el árabe nos la ha conservado como *ch*. Y aparece ya cumplida en la *Crónica mozárabe de 754*, donde el *sin* y el *sad* se transcriben con *z*. Se cumplió también en leonés y en castellano desde el siglo IX, según documentos fechados, y con certeza desde el siglo VIII, que fué el de la invasión árabe [1], y para esa época tampoco cabe dudar del carácter africado de la *c*, recientemente palatalizada y sin duda todavía palatal (*č*, como hasta hoy en italiano). Por último, no se ha reparado, para la solución del problema, en la extraña catadura que las dentales semíticas tienen para los oídos románicos [2], ni, lo que es más comprobable, en la correspondencia que les han dado otros idiomas romances. Y resulta que esa extraña energía articulatoria del *sin* fricativo y su delgado siseo ápicodental son interpretados y acomodados por los románicos como propios de sus africadas ápicodentales; y no sólo lo hacen los castellanos y los catalanes, cuya *ś* tiene un timbre tan lejano de una *s* dental, sino también el italiano y el siciliano, a pesar de sus eses dentales. He aquí una lista de arabismos con *sin, sad* o *zay*, sacados de Lokotsch, Steiger y el *REWb*, en donde a la *ç* castellana corresponde *tz* en catalán, *z, zz* en italiano, *z, zz, dz, ts*, en siciliano, *ts* en otros dialectos:

FARSAT > esp. *frazada*, sicil. *frattsata*; PALZÁHR (persa) > esp. port. cat. *bezoar*, ital. *bezzoar, bezoane, belzoar*; BAZZA > esp. *baza*, ital. *bazza*, cat. *basa*; BIZZAF > ital. *abizzefe*, sicil. *abizzeffi*, mallorq. *betzef*; ZAHR > esp.

[1] Remito a los ejemplos recogidos por Gómez Moreno, *Iglesias mozárabes*, ver arriba, págs. 92-93. Francisco Codera, en su *Discurso de recepción en la Academia Española*, pág. 36, n. 6, trae también una lista de palabras de origen árabe empleadas antes del año 1000 en documentos castellanos y leoneses publicados en distintos tomos de la *España Sagrada*: *Alfoz*, año 804, *acitaras*, 812, *panno tiraz*, 934, *panno tiraze*, 998, *almazallas*, 901, *azenias*, 951, *marahezes cárdenas*, 951.

[2] Recordamos el pasaje acotado de Gairdner, *l. c.*, sobre el contraste entre el *sin* y el *zay* árabes y la *s* y *z* inglesas.

azar, cat. *atzar*, ant. ital. *zara*, *zaro*, ital. *zaro*, *zara*, *zaroso*, *azzardo*, sicil. *azzardu*; ZAHR > esp. *azahar*, ital. *zâghera*, sicil. *zágara*, *dzágara*, y topón. *'a Zagaria* y otros con *z*; GAZA'IR > ant. esp. *jazarina*, ant. ital. *ghiazzerino*; KAFIZ > esp. *cahiz*, calabr. *kavittsu* [1]; MAHZAN, pl. MAHAZIN > esp. *almazén*, cat. *almagatzén*, ital. *magazzino*, sicil. *mayadzé* (*ZRPh*, 39, 735, bajo el influjo del esp. *almacén*), logudorés *kamazinu*; SAMMUR > esp. *çamarra*, ital. *zimarra*, *cimarra*; ṢANIFA > esp. *(a)çanefa*, *cenefa*, sicil. *tsinefra*, *zinefra*; SAFIR (hebr. SAPPIR, lat. SAPHIRUS, gr. SAPHIROS, del sánscrito SANIPRIJA) > fr. *saphire*, esp. *zafiro*, ital. *zaffiro*; SARAND (persa, a través del árabe) > ant. cat. *atsará*, esp. *çaranda* (> cat. *saranda*); SAUT > esp. *açote* (> sicil. *zotta*, *tsotta*, log. *atsota*), cat. *assot*, y derivados: esp. *açotar* (ant. ital. *ciottare*, corso *čattá*, Guarnerio, *RLR*, 48, 612) [2]; SAKANA > sic. *zaccana*; SINDON (de origen griego) > esp. *cendal*, ital. *zendale*, *zendano* [3]; SAḲ (pl. SUḲ) > esp. *zoco*, cat. *soca*, sic. *zucca*, ital. *zocco*; SIKKA > esp. *ceca*, ital. *zecca*, esp. *cequí*, ital. *zecchino*; SILḲA > esp. *acelga*, sicil. *dzarka*, *secla*, *sécali*, *ségali*; ZA'FARĀN > esp. *azafrán*, ital. *zafferano*, sicil. *zafarana*, regg. *dzáɣaru*, *dzáfara* (Rohlfs, *Etym. Wört. der unteritl. Gräzität*, Halle, 1930, nº 729), bov. *dzáɣara* (Steiger); SUKKAR > esp. *açúcar*, ital. *zucchero*, sicil. *zuccaru*, alem. *Zucker*; TASSA > esp. *taça*, ital. *tazza* (> log. *tatsa*), sardo *taza*, francés *tasse*, alem. *Tasse*, en Baviera *Tatse*; VARS > ital. *verzino*, venec. *verdzelá*; WAZIR > esp. *alguazil*, cat. ant. *algutzir*, *alguatzir*, *algotzir*, *agosil*, *agotzil*, *esgotzi*, etc. (ver *ALC*, nº 32), ital. *aguzzino*, ant. sicil. *algoziru*, sicil. *aguzzinu*; ZANCA (de origen persa) > esp. *zanca*, ant. ital. *zanca* 'pierna', comasc. *tsanč*, con muy variados derivados en toda Italia; SABAD > ital. *zibetto*; ZARḲA' > esp. *zarco*, sicil. *dzarka*; ZA'RŪR(A) > esp. *acerola* (> ital. *lazzer(u)ola*, piazz. *gatsarola*, milanés *latsarin*), sicil. *azzalora*, cat. *atserola*; ZEBIB > esp. *azebibe*, sicil. *zibibbo*, lipariense *tsubbibbu*; LAZWARDI (del persa LĀǯWĀRD) > ital. *azzurro*, *azzado*, esp. *azul*; DAR-SINA'A > esp. *atarazana*, *arsenal*, ital. *dársena*, sic. *tirzaná*, *arzaná*, *arsenale*, *terzana*; ZABAT > sic. *zammató*; ZIR > ital. *ciro*; ZIDWAR > esp. *zedoaria*, fr. *zédoaire*, ant. cat. *sitoual*, ant. esp. *cetoal*, ital. *zettovario*, alem. *zitwer*, bulg. *citwar*; ZINGIBER > ant. ital. *zenzavero*, *zenzovero*, *zenzavo*, etc., ital. mod. *zenzero*; DAZZ > sicil. *abračča* (con cambio de africadas); ṢIBAR > esp. *acibar*, ant. cat. *cever*, cat. *aciber*, sicil. *tsabarra*, *zabarra*; SULHAM > ant. cat. *atzarena*, *atzerena*, *atsarena* (Aguiló, ap. Steiger);

[1] Raro en posición final; sicil. *cafisu*, y lo mismo *reici* < ra'is (esp. *arráez*), *kúskusa* < kuskus, etc. Un caso siciliano de *-z* árabe hecha africada al quedar intervocálica es *zizzu* < *'aziz.

[2] Los casos de africada italiana que se supone vienen a través del español son igualmente probatorios de que la *ç* y la *z* antiguas eran africadas.

[3] La presentación del *REW* es insatisfactoria: justamente por la inicial, ni el esp. *cendal* ni el ital. *zendale* pueden venir del ant. fr., prov. *sendal*. El árabe ha debido de ser el mediador.

ant. port. (Lokotsch ant. esp.) *çulame*, *zurame*; ZARBA(A) > murc. *azarve*, cat. *açarp*, sicil. *zarba*, *zarbata*, *dzárbu*; ZAMILA > esp. *azémila*, ant. cat. *atzembla*, sicil. *zimmili*; ZAMMARA, ZUMMARA > ant. cat. *atzemara*, regg. *tsommára*, *dzámmara*, bov. *zámbara*, *dzámbara*; ZAKA(T) > ant. esp. *azaque*, ant. cat. *atzaque*; *'AZIZ > sicil. *zizza*; AL-ǰAZĪRA (topón.) > esp. *Algeziras*, en ant. cat. *Aljacira*, *Aljazira*, *Algetzira* (Alcover); SAMT, pl. SUMŪT > esp. *cimut*, ital. *azimut*, *azimutto*, fr., alem. *azimut*; SIKKIN > sic. *zicchinetta*, SATḤ > sicil. *saddacca*, regg., bov. *dzaddakka*, regg. *suddakka*, *dzirakka*, esp. *azotea* (del dimin. as-soteiha, Dozy); SIFR > esp. *cifra*, *cero*, cat. *xifra*, *atzero*, ital. *zero*, alem. *ziffer*; ṢABBARA > murc. *acibara*, cat. *atzavara*, sicil. *zabbara*, calabr. *dzambára*; S-QIYA > esp. *acequia*, sicil. dec. *dzákya*; SAQQĀṬ > esp. *zacatín*, sicil. *zágatu*; ḤIZĀNA > esp. *alhazena*, calab. *ɣattsana*, sicil. ant. *gazana*, *zana*, sicil. mod. *gasena*, *gazzana*; ṢAḤRA > sicil. (topón.) *'a Saccaru*, *'a Zaccanazzu*, *i Zaccani*, *'a Zaccarda*; ĠAZAL > esp. *gazela*, ital. *gazzela*; ĠAZARA > esp. *algazara*, sicil. *gazzare*, ital. *gazzarra*, *gazzurro*; GADAMESI > esp. *guadalmeci*, cat. ant. *guadmacil*, *guadamasil*; ZAGAL > esp. *zagal*, sicil. ant. *zafali*; MA'ṢARA > esp. *almaçara*, sicil. *mázzara*, bov. *mádzara*, regg. *mádzara*, *mádzira*, *madza*; ZAITUNA > esp. *aceituna*, sicil. *zaituni*, ital. *zetanino*; ZAGAYA > esp. *azagaya*, cat. *atzagaya*, ital. *zagaglia*; ḤANZIR > sic. *canzirri*, *ganzirri*; ḤASIRA > sic. *cassara* (*fari cassara* 'despilfarrar'); KANZ, KANZIYA > esp. *alcancía*, *alcanzar*, sic. *accanzari*, ital. *scansia* (Lokotsch), alem. *Schanze*; RA'S > esp. *raza*, ital. *razza*, fr. *race*; ZARBAṬANA > esp. *zarbatana*, *cerbatana*, ital. *cerbotana*.

El siciliano (no el italiano) tiene algunos ejemplos de *s* < ـس (*cassara* < hasara, ant. *casira* < basira, etc.), y el catalán bastantes (*sequia*, *sinia* o *cenia* 'aceña', *senall* 'cenacho', *tassa*, ant. *sitoual*, *(ax)safata*, *safrá*), además de los casos de *ç* que por sí no deciden; pero mucho menos que *tz*. Los casos de seseo se han de explicar como excepciones; los catalanes, o como préstamos del castellano (ya que el catalán sesea la *c*, *z* castellana) o quizá algunos como arabismos tempranos cuya *tz* se haría fricativa cuando la *ç*. A los catalanistas toca dilucidarlo [1]. De lo que no es posible dudar es de que las grafías *tz*, *ts*, ital. *zz*, *z*, representan la impresión acústica original que en los románicos hacían el sin, el sad y el zay.

9. Tiene que someterse a crítica la opinión, hasta ahora no puesta en duda, de que los mozárabes pronunciaban *ch* la *c*, como hoy en italiano, en el rumano de la orilla izquierda del Danubio, en rético, normando, picardo y valón [2]. Desde luego, toda la península ibérica, sin excluir Castilla, tuvo

[1] Según Corominas, *BDC*, 1936, 11, el catalán reproduce con *tz* la dental árabe geminada; y en efecto, casi todos los ejemplos guardan esta condición; pero no todos: *almagatzen*, *algutzir*, *alguatzir*, *Algetzira*; y al revés: *assot*, *aciber*, *açarp*.

[2] MENÉNDEZ PIDAL, *Discurso de contestación a F. Codera*, 1910, y *Orígenes*, § 90, donde enumera los rasgos fonéticos de los dialectos mozárabes, no alude a este punto; tampoco

que pronunciar *č* la *ce, ci* en una época remota ; es etapa requerida entre la pronunciación latina *ke, ki*, y la del siglo XVI *ts*, moderna θ. Lo razonable es admitir que (juntando ahora en *č* todas sus posibles variantes) *č* pronunciaba toda la Península a la invasión de los árabes, año 711, ya que la palatalización del *ce, ci* latino era en España muy reciente [1], y la cuestión se plantea entonces así: ¿se estancó la pronunciación *č* en los mozárabes, mientras seguía

en su *Gram. hist.*, § 35 bis, al tratar de la pronunciación antigua, ni en el § $37_{,9}$, *c*, al hablar del frecuente trueque *c-ch* en español ; pero al tratar de *-c'-*, § $42_{,9}$, da el cambio *c'* > *ch* como regular en mozárabe, con cita de los topónimos *Turruchel* (C. Real, Jaén) 'torrecilla', Lacippo> *Alechipe* (Málaga); y en el § $47_{,21}$, *c'* tras cons., que en castellano da *ç* (*torcer, dulce*, etc.) y esporádicamente *ch* (*marchitar* < marciditare), añade : «los dialectos mozárabes ofrecen regularmente *ch*, estado primitivo africado de c : conciliu > *Conchel* (Albacete, Huesca), *Alconchel* (Toledo, Cuenca, Zaragoza, Portugal), *Carabanchel* (Madrid), diminutivo = 'carabancillo', Arucci > *Aroche* (Huelva) ; *cauchil* 'atargea' en Granada, diminutivo de *cauce* ». Meyer-Lübke, *La evolución de la c latina delante de « e » e « i » en la Península Ibérica*, en *RFE*, VIII, pág. 251, da moz. *ch* < ce, ci, como lo más usual, y en *Das Katalanische*, pág. 160, « *Escariche* (Guadalajara), *Escriche* (Teruel) de *Ascarici*, ambos con *ch* mozárabe de c latina ».

[1] La palatalización románica se fecha entre finales del siglo II, Guarnerio, *L'intreco latino della gutturale ce, ci*, en *Arch. Glot. Ital.*, Supl. IV, 1897, págs. 21-51, y principios del siglo VII, Gaston Paris, *L'altération romane du ce latin*, en *Ann. École prat. des haut ét.*, Paris, 1893, págs. 7-37: H. Schuchardt la supone a principios del siglo V, *Lit. f. rom. u. germ. Phil.*, 1893, pág. 303. W. Meyer-Lübke, *RFE*, VIII, 227, deduce que en Iberia « la palatalización no aconteció hasta después de la época visigoda » por lo menos dentro de aquélla ; es decir, que es más moderna que en Italia y en una parte de Francia ». También en *Intr. ling. rom.* § 145. E. Gamillscheg, *Hist. ling. de los visigodos*, en *RFE*, 1932, XIX, 256, la enmarca entre 500 y 650. G. Sachs, *Die germ. Ortsnamen in Spanien und Portugal* (*Berliner Beitr. z. rom. Phil.*, II, 19), haciendo hincapié en los topónimos españoles que mantienen hoy *gu* < germ. *k*, mezclados con otros que la evolucionaron a *ce, ci*, apoya la idea de Meyer-Lübke de que la palatalización de *ke, ki* lat. se estaba cumpliendo « después de la invasión germánica », pero aplicándolo a otra « invasión » posterior, cuando los visigodos del sur, huyendo de los árabes después de 711, se acogieron a las tierras libres del N. O. de la Península. (A la Galicia romanovi-sigoda, mucho más amplia que la de hoy, que abarcaba además el norte de Portugal, Asturias, León y la antigua Castilla. Sobre los nobles godos refugiados en Galicia después del desastre de Guadalete, véase C. Sánchez Albornoz, *Cuadernos de Hist. de España*, III, Buenos Aires, 1945, págs. 15 y 50). Pero es muy probable que los casos de *k* germ. mantenida se debieran a una especial tradición de los godos, circunscrita además a los nombres propios, que se pudieron pronunciar a la goda después de romanizarse ellos mismos (todavía bilingües en las clases altas en el siglo VI, y en las bajas en el siguiente. Cfr. E. Gamillscheg, *ob. cit.*, págs. 125, 143). Algunos vascos de habla castellana gustan hoy de escribir y pronunciar ciertos nombres propios a la vasca. Ya advierte Gamillscheg, *ob. cit.*, 255, que la velar (*qu*) sólo se conservó en nombres de lugar = nombres de personas, y que las formas dobles con *qu* y *ce, ci* se deben interpretar, la una como conservada en boca de los godos, la otra como evolucionada en boca de los románicos (pág. 256). Los topónimos visigóticos recogidos por Sachs se amontonan precisamente en la región de la antigua Galicia, donde se refugiaron los godos fugitivos después del 711, y que había sido el único territorio peninsular no visigótico, independiente bajo los suevos hasta 585.

su marcha hacia *ç*=*ts* en los cristianos libres? Los mozárabes demuestran ser en su lenguaje muy conservadores hasta su extinción, apegados a viejos arcaísmos de pronunciación dejados muy atrás en el norte : diptongos *ai, au* conservados (*conjair* 'conejero', *xaut* 'soto'), conservación del elemento velar en los grupos de velar + dental (*truhta, lahtayra*) [1]. Sin embargo, la evolución no se detuvo entre los mozárabes, y un autor más tardío (o sus copistas posteriores), Ben Buclárix, trae *leyteǰinos, leyte, leytuca*, etc. En los diptongos, en cambio, se detuvo (o casi), y los mozárabes toledanos, p. e., decían hasta después de su liberación *xemtair* 'sendero', *çapatair* (topón. *Capileira, Junqueira, Beila*, etc., en Granada, Málaga y Almería), mientras otros lo detuvieron en el grado siguiente *ei*. Entonces ¿como cuál de estos dos materiales fonéticos se comportó la *č* < *c'* mozárabe, como el grupo *ht*, que siguió evolucionando, o como los diptongos *ai, au*, que se estancaron?

Para simplificar el problema, planteemos una cuestión previa : los mozárabes de todas las comarcas ¿pronunciaban *ch* por *c*? Si admitiéramos que esta *ch* era uno de sus tantos arcaísmos y que su conservadorismo lingüístico se justifica por su aferramiento a la cultura cristiana heredada, en peligro de absorción árabe, todos los mozárabes estarían en las mismas condiciones, y supondríamos que los mozárabes de cualquier región, por el hecho de ser cristianos sometidos, conservaron la pronunciación *č*, cuando ya los cristianos libres la habían evolucionado a *ts*. Sin embargo, no es defendible. Hasta hoy continúa su dialecto mozárabe la región al norte del Duero y del Tormes hasta Zamora ; Miranda de Duero, en Portugal, conserva también su lenguaje originario (muy emparentado con el de Astorga, no portugués), y en el Oriente la comarca catalano-aragonesa de Benavarre, reconquistada en 1058 (Menéndez Pidal, *Orig.* § 91). Estas antiguas regiones mozárabes no muestran discrepancia con Castilla, Asturias y Aragón en el desarrollo de ce, ci. Tampoco Zaragoza : el aragonés actual *lechacino*, navarro *lechocino*, desconocido en Castilla, tiene que ser en su *c* continuación autóctona del *leytheǰino* de Ben Buclárix, *laythaǰino* del Anónimo de Sevilla [2].

[1] El arcaísmo general del mozárabe podría no ser más que falta de participación en el ímpetu neologista de Castilla, como es el caso del leonés ; pero como también está muy rezagado respecto del catalán y del aragonés, aun al mozárabe de Granada y de Valencia, probablemente hay en el tradicionalismo lingüístico de los mozárabes un motivo psicológico provocado por su condición de sometidos al Islam, una especie de conservatismo extremado, manifestación del esfuerzo por sobrevivir, aferrándose consciente y subconscientemente a su patrimonio cultural heredado, en contraste tan patente con el medio cultural de los dominadores. Los judíos españoles de Oriente ofrecen un ejemplo paralelo.

[2] Aunque la *ch* sí es castellanizada : *-at-* daba en navarro-aragonés *ʒt* (en Navarra *Cadreita* < Cataracta), pero la primera parte de la palabra era analizable y reconocible como *leche*, lo que haría cambiar su pronunciación cuando el *ʒt* patrimonial fué sustituído por el *č* de Castilla.

Tampoco la región de Toledo, reconquistada en 1085; Menéndez Pidal, *Orígenes*, § 91, enumera los rasgos lingüísticos del mozárabe toledano (que durante dos siglos siguió en uso) y no recoge la pronunciación *ch* para *c*, *z*. Es más, entre las formas subrayadas por Menéndez Pidal como mozárabes, encontramos la *c* y *z* coincidentes con las castellanas: *morancia, Arbarez, Guniz* [1]. Un repaso de los *Documentos lingüísticos* publicados por Menéndez Pidal nos lleva a la misma convicción. De los documentos toledanos (nos 259-304, que van del año 1146 al 1424) es mozárabe el 261 del año 1191, y en él se oponen, como en Castilla, la *ch* de *barbecho* a la *z* de *dizen*, *Domínguez*, etc., y a la *c* de *morancia*, *Arcicolla* (hoy Arcicóllar) [2]. También podemos destacar el nº 272, año 1215 (Ego donna Maria, mulier que fuj de Tamen, filia de Ave Cerhan...), con firmas en letra árabe y en letra latina: de un lado *ochavo, Torremocha*, de otro, *precio, tercio, pertinentias, recebí*. En los otros documentos toledanos no hay tampoco rastro de confusión *ch-c*, cosa incomprensible si los mozárabes de la región las igualaran, pues algunas de sus formas se hubieran impuesto a los reconquistadores en voces locales [3]. En la pág. 350, Menéndez Pidal recoge algunas firmas en letras latinas que aparecen en las escrituras mozárabes (desde 1135): la misma comprobación. Podremos leer *Martinix, Laurens, Pedrex, Albares*, con seseo de la *-z*, y hasta un caso de *Gonsalvez;* pero ninguna confusión *ch-c*, *z* [4]: *Albariz, Arbarez* (2 veces), *Guniz, fizo, Petric, Vincent, Lopiz*, Martin a *Zaragoze, Gonzalvo*, Martin *Zapatero, Laurencius, Petriz, Vincencias, concedo* (2 veces), *preceutor* (la grafía castellana *ch* era la que los toledanos usaban para tal sonido: *barvecho, ducha*, etc.). Por consiguiente, el mozárabe de Toledo desarrolló una evolución de c e, c i latino pareja con la castellana. El examen de los documentos de los antiguos obispados de Cuenca y Uclés [1] y de la diócesis de Plasencia [2] da los mismos resultados [3].

[1] La ausencia de igualaciones *c* = *ch* tiene aquí fuerza probatoria, si tenemos en cuenta el predominio del elemento mozárabe en el Toledo reconquistado y su despreocupación por castellanizarse: «Los mozárabes toledanos, en el mismo siglo XIII y en medio de los castellanos reconquistadores, seguían diciendo *vaiga* de mejor gana que *vega*, y *aemtair*, *febrair*, como los moros levantinos», dice Menéndez Pidal en su *Discurso de contestación a Codera*, pág. 73. En sus *Doc. ling.* 348-49, Menéndez Pidal dice que «el elemento mozárabe parece que se sobrepuso al castellano: al menos el Fuero Juzgo, legislación de los mozárabes, rechazado al principio por los castellanos, se fué generalizando para todos».

[2] El otorgante es un don Pedro *Apolechén*, con *ch* cuyo origen ignoro; otras formas *Apoliche*, 1123, *alpolicheni*, 1140 y 1193.

[3] En el doc. 266, por ejemplo, leemos *janero*, forma semi-mozárabe, por *enero*, pero ninguna confusión *c-ch*.

[4] Aparte grafías convencionales como *Michael, Archidiagno*, que en otros documentos alterna con *arcidiagno*; *archi-* es grafía latinizante que acabó por provocar una pronunciación castellana *archidiácono, archipreste*, junto a *arcediano, arcipreste*, y creó la forma superlativa *archisabido, archipobre*, etc.

También distingue con entera seguridad *ch* y *c* el Cantar de Mio Cid, compuesto hacia 1140 en la región de Medinaceli (Soria), reconquistada definitivamente algo antes de 1129, tras ganarse y perderse varias veces desde 1090; es probatorio, porque su lenguaje no es propiamente el de Castilla, sino castellano con fuerte influencia regional [4]. En suma, ni los

[1] En las provincias actuales de Cuenca, Toledo y Ciudad Real, nº 305 y sigs., desde 1184. Uclés, reconquistada en 1085, perdida luego y reconquistada definitivamente en 1139; Cuenca, en 1177.

[2] Desde Béjar, en Salamanca, hasta Medellín, en Badajoz, nº 327 y sigs., desde 1218. Coria, reconquistada en 1077, pero Alcántara mucho más tarde, 1167, Montanchez en 1229, Trujillo en 1232.

[3] Tampoco denuncian confusión *ch-c* los documentos andaluces, pero esto no cuenta, porque en Andalucía se habían extinguido los mozárabes antes de su reconquista (como también en gran parte de la diócesis de Plasencia). Menéndez Pidal, *Orig.*, mapa tras la pág. 516, incluye parte de esta diócesis entre los «dialectos mozárabes extinguidos o moribundos a partir del siglo XII». Los documentos son de principios del XIII. Los almorávides persiguieron, mataron y deportaron en masa a los mozárabes desde 1090; los almohades completaron la obra desde 1146. Todos los mozárabes de Valencia emigraron a Castilla, con doña Jimena en 1102, cuando la viuda del Cid tuvo que entregar la ciudad a los almorávides. De los 12.000 mozárabes granadinos, 10.000 se fueron con el rey aragonés Alfonso el Batallador en 1126, tras un intento fallido de rebelión. El resto y sus hijos fueron casi exterminados en una revuelta del año 1164. Hay noticias de varias deportaciones al África, y muchos miles huyeron a tierras cristianas. «El Sultán almohade Abdelmumen decretó la expulsión de todos los cristianos y judíos que no quisieran islamizarse, y su segundo sucesor Yácub, el vencedor de Alarcos (1195), se jactaba de que los almohades no habían dejado en todo el occidente musulmán ninguna sinagoga ni iglesia» (Menéndez Pidal, *Orig.*, § 89). Zaragoza, reconquistada en 1118, todavía tenía entonces un barrio de mozárabes: «En modo diverso, las ciudades reconquistadas en el siglo XIII, como Córdoba y Sevilla, conservarían tan sólo algunos mozárabes y ésos faltos de importancia social, sin obispos, sin organización y sin vida colectiva, de la cual ya no tenemos noticias apenas». «No obstante, la lengua románica se conservaba en el sur hasta el siglo XIII, como testimonian el poeta cordobés Ben Quzmán, muerto en 1159, y el botánico malagueño Ben Albaytar, muerto en 1248. Granada no parece haber conservado en los siglos XIV y XV ni mozárabes ni aljamía, aunque la mayor parte de sus habitantes eran de origen español, hijos o nietos de cristianos» (In., *ib.*).

[4] Por ejemplo, en cosa tan grave como el vocalismo acentuado. El Cantar tiene *uo* (quizá *ó*) para la *ŏ* latina, frente al *ue* castellano: *fó* o *fuó* rima con *Campeador, Huesca* con *Saragoça*. El copista Per Abat, que respetó el vocalismo a pesar de la fácil enmienda, sobre todo fuera de rima (y no faltan rimas falseadas), no puede ser sospechoso de haber impuesto por su cuenta una distinción *ch-c* que en varias ocasiones le habría engañado y denunciado. Menéndez Pidal, *Doc. ling.*, 335, nos dice que en esta región debían quedar muy pocos mozárabes en los días de la reconquista, o por lo menos poco importantes, pues apenas se habla de ellos en los documentos; pero, de todos modos, el lenguaje del *Cantar* tiene regionalismos importantes, entre los que no figura *ch* por *c*. Por ejemplo, aparte el vocalismo del *Cantar*, el documento 251, de Molina, año 1225, trae *pejte, feyta, sejelar, sejelo*, evidentes huellas mozárabes; pero *Gonzalvo, Perez, perteneçen, mercet*.

mozárabes de la región occidental del Duero, ni los de Zaragoza y de la región catalonoaragonesa de Benabarre, ni, más al sur, los extremeños, por lo menos hasta Coria, y los toledanos, ni los de Sigüenza, igualaban *ch* y *c* en la pronunciación, según prueban las continuaciones de su romance, aunque las transcripciones árabes las igualaban en la escritura.

Esto ya aligera el problema, pues en adelante no podremos decir que « los dialectos mozárabes » tenían un resultado *č* concordante con el italiano y discrepante con el castellano *ts*, sino a lo más que esto sucedió « en algunas regiones mozárabes », que tendrían que ser las del sur [1].

Una vez limitado geográficamente el problema, volvamos al punto en que lo dejamos: los arcaísmos *truhta*, *lahtayra*, *xauto*, etc., están documentados; ¿lo está también la pronunciacion mozárabe *č* para *ce*, *ci*? ¿O tenemos de ella indicios poderosos y contrastados? Los árabes la transcribían con su *ǧim*; Alcalá la retranscribe con *ch*; la toponimia de tierras mozárabes muestra hoy mismo muchos casos de *ch* por *ce*, *ci*. Éstos han sido los tres apoyos y son los que necesitan crítica.

1° Los árabes transcribían con *ǧim* lo mismo la palatal *j*, que la (entonces) dentoprepalatal *ch* castellana o la dental cast., arag., cat. *ç*; y para el mozárabe lo mismo las continuaciones de *c'* latino (que aquí tenemos en litigio) que las t̲i̲, c̲i̲, que con certeza presentaban una dental, como aún hoy sucede en italiano (*giustezza* < justitia, *vezzo* < vitiu, en contraste con *č* de *dice* < dicit, *minaccia* < minacia). Los textos mozárabes, que abundan en castellanismos fonéticos, nunca intentan transcribir la *c* castellana de otro modo que la del resto de la Península. Algunos casos declarados de *ǧim* por *c* en palabras del « francés » (= catalán) confirman que con el *ǧim* se transcribía intencionalmente la africada dental de la aljamía. Por consiguiente, la transcripción árabe con *ǧim* es prueba solamente de

[1] Meyer-Lübke, *ob. cit.*, pág. 249, aventura una distribución geográfica peninsular de *ch-ts* < c e, c i: « Refiriendo lo que nos enseñan los dialectos vivos [de otras partes de la Romania] a la época antigua del iberorrománico, llegamos a este resultado: en iberorrománico también convivieron *ts* y *č*; *č* pertenecía no solo al Sur, sino verosímilmente también al Centro, en tanto que al Norte, Portugal, y al Oriente, Cataluña, tenían *ts* ». Pero no es posible tomarlo en cuenta. Meyer-Lübke se basaba en dos errores: que el ث valía *ts* (todo porque los arabistas europeos, que no tienen letra para el sonido *θ* en sus lenguas, lo transcriben *ts*), y que el ڒ valía *ž*: « Ts habría sido reproducido en escritura árabe por ث, para *č* no tenían ninguna correspondencia exacta, pues ش carecía de la oclusión inicial de *č*, y ڒ (*ž*) era además sonoro. Pero no sabemos por qué se consideró que ڒ (*ž*) era el sonido más próximo al que se intentaba reproducir » (pág. 244). El problema tiene solución fonológica y no puramente fonética, eso desde luego; pero ni fonética ni fonológicamente se podría nunca resolver con interpretación tan despistada de los datos ofrecidos. El *ǧim* era africado, la única sibilante africada del árabe, y ése era su carácter agrupador; el ث no valía *ts*, sino *θ*, y justamente el no usarlo para transcribir la *c* antigua (ni castellana ni mozárabe) prueba que la *c* castellana no era entonces interdental, como Meyer-Lübke daba por supuesto. El pasaje citado de Pedro de Alcalá (fol. C IIII v°) lo documenta explícitamente.

que las continuaciones mozárabes del lat. ce, c̲i̲ t̲i̲, ci eran fonemas africados, sin valor como indicio de si la tal africada era igual o distinta que en Castilla, León, Galicia, Aragón y Cataluña, ni de si ce, c̲i̲ y t̲i̲ tenían en mozárabe continuaciones diferentes (como en italiano *č* y *ŝ*: minacia > *minaccia*, pero justitia > *giustezza*) o unificadas (como en iberorrománico *ŝ*: *amenaça* como *cabeça*). Los árabes transcribían con su *ǧim toda africada romance*, porque era el signo de la única africada sibilante en su sistema fonológico. Los mozárabes (o los de algunas regiones) bien podían pronunciar *ch* en vez de *ts*, pero el que los árabes transcribieran *ǧim* no es testimonio de ello. Por último, en las transcripciones del mozárabe, y mucho más en los préstamos, el sin dental alterna con el *ǧim* palatal en importante minoría y le anula su pretensión de indicio: como única africada del sistema árabe, el *ǧim* se puede emplear para representar una *ç* mozárabe africada dental (como de hecho representaba las dentales norteñas), mientras que el sin, por no ser africado, sólo podía reproducir a la *ç* si los oídos árabes reconocían en ella un timbre dental.

2° Las transcripciones de los hispanismos en árabe que debemos a Pedro de Alcalá demuestran con certeza que la pronunciación era *č* y no *ts*; pero en la pronunciación que le daban los árabes, no los mozárabes. Éste era sonido no patrimonial, sino advenedizo del sustrato romance, y adoptado muy temprano, como arriba hemos advertido. Los árabes, naturalmente, lo mantuvieron al margen de la evolución románica, pero no es ello indicio de que así lo hicieran también los mozárabes. No es preciso para esto admitir que todos los préstamos que muestran *ch* en Alcalá sean tempranos; una vez dueños del fonema de sustrato, reproducirían con él la *ç* mozárabe, aunque se fuera alejando de su punto primero de articulación (pero no de su modo africado), como de hecho sabemos que reproducían la *ç* dental de castellanos, aragoneses y catalanes.

3° Invalidadas la transcripción árabe con *ǧim* y la de Alcalá con *ch* como indicios de que los mozárabes pronunciaran *č* frente a la *ŝ* dental de los otros romances peninsulares, el único criterio que queda todavía es el de la toponimia. Y nuestra primera tarea es determinar qué regiones muestran la pronunciación *ch* y cuáles otras la *c* (o *s*, si con seseo). No tengo los medios para hacer un recuento completo de la toponimia, y buscando imparcialidad en la recolección del material fragmentario, voy a tomar como base un artículo de toponimia de Menéndez Pidal [1], el que más y mejor material me ofrece, y lo completaré con otros estudios [2]. Atenderemos especial-

[1] *El sufijo « -ena »*, *su difusión en la onomástica hispana*. Tirada aparte de *Emerita*, 1941, IX, cuadernos 1° y 2°.

[2] Menéndez Pidal, *Documentos lingüísticos*; Id., *Orígenes del español*; Jungfer, *Ueber Personennamen in den Ortsnamen Spaniens und Portugal*, Berlín, 1902. M. Gómez Moreno, *Sobre los iberos y su lengua*, *HMP*, III, 475-500; Simonet, *Glosario*; W. Meyer-Lübke, *Zur Kenntnis der vorrömischen Ortsnamen*, *HMP*, I, 63-84; Id., *Introd. ling. rom.*

mente a las regiones del sur y del centro, que son las que atañen particularmente a nuestra cuestión:

Almería: *Marchena* (Martius), *Marcena, Purchena* (Porcius), *Zurgena, Aljariz (Algeriz).*

Córdoba: *Lucena* (Lucianus), *Caicena, Carchena, Çuferos, Çuferet,* (hoy *Zuheros,* 1348), *Marzán* (Martius), *Hornachuelos.*

Cádiz: *Chipiona* (de Servilius Caepi), *Aciscar, Fascinas.*

Jaén: *Marchena, Pachena* (Paccius), *Valdepurchena, Raçena, Razena,* mod. *Recena* (Ratius), *Torrichella* (un castillo), *Turruchal.* El Cristo de los *Chircales* (un santuario).

Granada: *Maracena* (Martius), *Marchán, Caparacena* (*Carcbassena,* con sin y šeddid, en el granadino Ben Aljathib, 1374), *Laurucena,* hoy *Abrucena, Faucena* (Faucius), *La Faucilla* (de Falce, hoy *Fousilla*), *Orce* (Urci), *Catocena* (quizá de Cattacius), *Lucena, El Chircal* ('encinar', un pago).

Málaga: *Montechile, Lucena, Alechipe* (Lacippo), *La Chirca* (pago, en Simonet).

Huelva: *Aroche* (Arucci), *Aracena* (Aretius o quizá de *Arcena,* como también se llamó según Madoz), *Escacena* (Scatius), *Lucena.*

Sevilla: *Marchena, Characena, Caseriche* (Simonet). Jaime Oliver Asín [1] ha ampliado para Sevilla el estudio de estos topónimos formados por un nombre iberorromano y el sufijo *-en-* de propiedad, y ha encontrado más de cincuenta nuevos, casi todos en la toponimia menor, solamente en Sevilla y sus territorios vecinos. Recojo los que tienen *c-ch*: *Calichena, Barbacena* (un caserío), *Bicena* (quizá Ibn Sina), *Bulchena, Galichena, Carachena, Charanchena, Zebena, Escacena* (debe ser el de Huelva). Todos en documentos del siglo XIII; y añade de otras fuentes: *Chucena* (un pueblo entre Sevilla y Huelva), *Archena* (fuente en Albayda), *Laicena* (una vereda, al N. de Osuna), *Ruchena* (finca de labor en Utrera), y *Characena,* cortijo en Huévar.

Badajoz: *Alconchel, Buzalén.*

Murcia: *Archena* (cfr. en moz. *archa* 'zarza'; *Arcena* en Braga y Lisboa, y en Álava *Arcena* o *Aracena,* unos montes), *Luchena, Tarache, Entença.*

368-400: «Nombres de lugar» (no dispongo de sus *Romanische Namenstudien,* pero están aprovechados en la *Introducción,* que apenas presta atención al territorio español); R. Lapesa, *Hist. de la lengua española,* Madrid, 1942. G. Sachs, *Die germ. Ortsnamen in Spanien und Portugal* (*Berliner Beiträge zur Romanische Philologie,* II), apenas nos da alguno que otro nombre aprovechable, porque el estudio se dedica especialmente al NO de la Península, lo mismo que el de Antonio Blázquez, *La persistencia de los nombres geográficos a través del tiempo,* en *HMP,* III, 269-279. He aprovechado también la sección geográfica del *Dicc.* de Nebrija, con la ayuda de la señora Nelly Iturriaga de Devaux, a quien agradezco aquí el servicio.

[1] *Maŷšar = cortijo,* en *Al-Andalus,* 1945, X, pág. 109 y sigs.

Albacete: *Marchena, Conchel* (Concilium), *Mingogarcía, Carcelén,* (Carcilius).

Alicante: *Machenas* (Macius, Maccius, o Mattius), *Marchena, Parcent* [1], *Orchela* (cfr. *Orce* en Granada, *Orche* en la Alcarria), *Elche* (Illice), *Lezuza, Urci.*

Valencia: *Picacén* (así en la dotación de la Catedral de Valencia por el Cid, año 1099), hoy *Picasent* (Picatius), *Luchente, Barchel, Chirel* [2], *Cárcer, Cerda, Valencia.*

Castellón: *Viciana, Gozendo, Lucena, Cervera.*

Toledo: *Ciruelos* (año 1181), *Arganz* (1206, hoy *Argance*), *Arcicollar* (hoy *Arcicóllar*), *Montichel, Manzaneque, Cervera, Alconchel, Los Cerralbos, Barciles.*

Ciudad Real: *Turruchel, Poçuelo de don Gil* (nombre primitivo de Ciudad Real).

Cuenca: *Enego de Cozera, Sacedón, Salhelices, Alconchel, Garcinarro, Caracena, Caracenilla, Rozalén, Tragacete, Cervera, Alconchel.*

Guadalajara: *Sigüenza, Cifuentes, Rocígano, Atienza, La Huerce, El Bocígano, Molino de Pozancos, Taracena* (Taracius), *Sahelices, Escariche, Archilla* (de *archa* 'zarza'), *Tierzo* (Tertiu), *Aranzueque* (Arantzocco), *Alocén* (Alucius, celtíbero), *Uzeda.*

Madrid: *Pozuelos, Sahelices, Carabanchel* (cfr. *Carabanzo,* Asturias), *Araŋuex,* hoy Aranjuez, *[Cerro del Aire, Cerro de los Ángeles, Varcil* o *Varciles* (en Nebrija: *Barcilés,* Barcile, es), *Cervera.*

Teruel: *Escriche* (*Ascarizi,* en doc. del año 985), *Pozuel del Campo* (en tierras de mozárabes, con pérdida moz. de *-o*), *Los Cerritos, Cervera.*

Zaragoza: *Lucena, Luceni, Alconchel, Chiprana, Pozuel de Ariza, Conchillos* (Concilium), *Figueraza, Cervera, Leciñena* (Licianus), *Lucena, Lécera, Foncea, Calcena* (Calcius).

Huesca: *Conchel* (Concilium), *Marcén* (Martianus), *Vicién* (Vettius, Vetius), *Terç, Terço* (en doc. 1089), hoy Tierz, *Piracés, Quinzano* (Quintius), *Quincena, Santa Lecina* (Licinia).

Cataluña: No he recogido casos de *ch* y no apunto por eso los de *c*: en Mallorca *Conchel* (Menéndez Pidal, *Orig.* 454).

Salamanca, Valladolid, Segovia, Palencia, Soria: no tengo casos de *ch.*

Ávila: *Sanchidrian;* los demás *c.*

Pontevedra: *Carchena;* los demás *c.*

En Portugal también andan mezcladas formas como *Alconchel, Alcabri-*

[1] Con falsa terminación *-ent* asociativa, como en «*Ontenient(e), Mojent, Crevillent, Bocairent(e)* y otros tantos, que en los autores árabes aparecen escritos sin *-t* final: *Ontiñén, Moxén,* etc. Todavía en los documentos medievales cristianos aparecen estos nombres sin la moderna *-t* final». Menéndez Pidal, *RFE,* V, 7.

[2] *Barchel* y *Chirel,* en Menéndez Pidal, *Orig.,* § 36, sin la etimología.

chel, Alcorochel, Montinchol, Espichel (cfr. Espiche) con *Barcel, Purcel, Azevel* (en el norte), nombres que en la pérdida de *-o* ostentan conjuntamente las huellas de la pronunciación árabe o mozárabe; *Caramonchel* (en el sur, cfr. Caramona), *Escariz* [1]; *Barbacena* (Barbatius, uno en Lisboa y otro en Portalegre); *Barchiena* y *Aljariz* (*Algeriz*) en Aveiro; *Tariz, Ancede*, en Viana do Castelo; *Ancião* en Leiria; *Ancide, Arcena, Ancede, Gondramaz, Azurem, Laboriz* en Braga; *Ancede, Lucim, Mozende, Laboriz* en Porto. De Nebrija saco: «*Aronches*, Villa de Portugal (Arunci, -orum)», Barcelos, Villa (Barcellum, -i).

Sin duda hay más casos, tanto de *ch* como de *c*, y algunos de los apuntados por mí se tendrán que eliminar o por representar la *ch* un trueque interno del castellano, como en *marchitar* < marciditare, o por ser nombres con *c, z* impuestos tardíamente por los reconquistadores castellanos, o, en fin, por ser nombres cuya etimología árabe se descubra luego (p. e. no sé qué origen tiene el ant. *Arcicolla*, hoy *Arcicóllar*, de Toledo). Pero aunque una investigación exhaustiva descubriera muchos más casos de *c* y unos pocos más de *ch*, o al revés, o muchos más de *c* y *ch*, eso no alteraría el valor de este lote, porque su enseñanza no depende de la proporción estadística, sino de la igual legitimidad fonética de ambos resultados: las pronunciaciones con *c* en tierras mozárabes aparecen tan patrimoniales y naturales como las otras con *ch*. Al explicar la pérdida de *-o* entre los mozárabes, Menéndez Pidal, *Orig.*, § 36, la documenta indistintamente con nombres de una y otra pronunciación: *Caramonchel* (Portugal), *Barchel, Chirel* (Valencia), *Alconchel* (Badajoz, Cuenca, Portugal), *Conchel* (Huesca, Albacete), *Pozuel de Ariza* (Zaragoza), *Pozuel del Campo* (Teruel), *El Turruchel* (Ciudad Real), *Turruchel* (Jaén), *Carabanchel* (Madrid), *Arciel* (2, Soria), *Bercimiel* (Segovia), *Villamarciel* (< Marcellus, Valladolid), *Zapardiel* (Ávila), *Mazodiel* (3, Salamanca), *Carcediel* (Asturias), *Aconchel, Azevel, Barcel, Purcel, Alcabrichel, Alcorochel* (N. Portugal). En la página 203 llama la atención Menéndez Pidal sobre la mayor abundancia antigua de la *-o* perdida, luego repuesta por castellanización porterior; pero la castellanización respetó el reparto *c-ch* en los topónimos tal como se pronunciaban antes de la reconquista: el moderno *Cubillo del César* era antiguamente *Cobiel de la Cesa*. Nadie puede sospechar, ni menos probar, obra de recastellanización en la *c* de *Faucena, La Faucilla, Catacena, Maracena, Caparacena, Abrucena*, etc., en Granada. Si el *Luchena* de Murcia y el *Luchent* de Valencia son mozárabes legítimos, también lo son, y no posteriormente castellanizados, los *Lucena* de Córdoba, Málaga, Huelva, Granada, Castellón, Zaragoza y Évora; *Luceni* y *Lucientes* de Zaragoza, *Lucer* de Cuenca, *Luciana* de Ciudad Real, *Lucillos* de Toledo; el *Archena* de Murcia tiene su contraparte en el antiguo

[1] Sachs, pág. 33: *Escariz* (Pontevedra, Portugal), *Escaris* (Coruña), *Escariche* (Guadalajara), *Eseriche* (Teruel), de ɣasks 'Esche'. *Villa Ascarizi*, en doc. de 985.

Arcena de Huelva, hoy *Aracena*, el *Marzán* de Córdoba en el *Marchán* de Granada. En Córdoba, tan solariego es el *Carchena* como el *Caicena*, en Huelva *Escacena* (< Scatius) o *Ar(a)cena* lo mismo que *Aroche*, en Jaén *Recena* tanto como *Pachena*. En suma, que ambas soluciones aparecen como igualmente patrimoniales en las regiones mozárabes [1]. Si hasta ahora se ha considerado la típica del mozárabe una sola de las dos, ha sido la que hacía contraste con el castellano, y por lo tanto desde fuera, sin la correcta perspectiva que pide estudiar los elementos componentes de un sistema en su juego de relaciones dentro del propio sistema. Una vez admitido lo mozárabe de ambos tratamientos, *ch* y *c*, no cabe para la toponimia más que una de estas dos explicaciones: 1ª, como ya hemos señalado en la primera parte, los mozárabes, como todos los españoles, tenían todavía separadas en 711 las dos series que luego igualó el iberorromance: t̪i, c̪i, coos. d̪i por un lado, con pronunciación dental t̪; c' por otro, con pronunciación palatal, č. Y los árabes, que como regla reproducirían con el sin la dental y con el «chim» de sustrato la palatal, harían frecuentes trasiegos entre una y otra reproducción; hasta el castellano ha cumplido bastantes de estos trueques fonéticos *c-ch* [2], pero el árabe tenía un motivo fonológico peculiar: el que por no tener patrimonialmente más que una africada sibilante, el *jim*, tendían a tratar conjuntamente todos los fonemas que tuvieran tal carácter. Con esta primera explicación, la distribución y alternancia de los casos de *ch* y de los de *c* queda exclusivamente a cuenta de los árabes, que, como vencedores y organizadores de la vida oficial, fijarían la nomenclatura geográfica la mayor parte de las veces. Por consiguiente, los casos de *Marchena, Luchena*, etc., como los de *Marcén, Lucena*, etc., sólo reflejan, salvo los trasiegos, el estado fonético de los mozárabes en el siglo VIII, que no se vislumbra pudiera ser otro que el de los españoles todos. Desde entonces, la toponimia de Al-Andalus, ya fuera de origen románico, celta, ibérico o árabe, entra en la órbita de la evolución fonética del árabe, de manera que si se conservan tantos nombres con *ch* es sólo porque el árabe no evolucionó la palatal a dental, como lo hizo el romance. En la cuenta del árabe, pues, no del mozárabe, se tiene que poner esa *ch*.

2º Aunque fueran los árabes quienes fijaran de ordinario y desde un principio la nomenclatura geográfica oficial, algunas veces (muchas, en la toponimia menor) y en el correr de las generaciones, debió imponerse la pronunciación aljamiada de los pobladores sometidos. Como una segunda

[1] Muchas veces los reconquistadores o sus descendientes han recastellanizado un topónimo o parte de él; pero no en esto, porque el castellano tenía en su sistema fonológico la *ch* y la *c* como unidades diferentes.

[2] *Chico, chicharo, marchitar, chicoria, chistera*, y las parejas *zampar-champar, torcina-torchina, despanzurrar-despanchurrar, capazo-capacho, zamarra-chamarra, zanca-chanqueta* (mod. *chanclesta*), *zanco-chanco, cisma-chisme, cinco-chinche, cecina-chacina, zapuzar-chapuzar, azuzar-achuchar*, etc.

explicación, más que alternante, complementaria de la primera, podemos suponer que los casos de *ch* representan el tratamiento árabe, que estancó la evolución en la etapa recibida, y que los casos de *c* (aparte los de base *ti*, *ci*, com. *di*, que tenían dental ya en 711) representan el tratamiento mozárabe, que continuó la evolución propia del iberorromance. De hecho ya hemos visto, por documentos literarios y notariales, que los mozárabes del norte y del centro, tierras reconquistadas en los siglos XI y XII, con seguridad dieron a la base latina *c'* el mismo tratamiento que los cristianos libres, sin detenerlo en la etapa *ch*. No hay asidero, fuera de la toponimia que estamos ahora considerando, para pensar otra cosa de los mozárabes del sur, reconquistados después (siglo XIII, Andalucía, menos el reino de Granada, siglo XV). Con ambas explicaciones, pues, la *ch* de los *Marchena, Luchena, Elche*, etc., es un arabismo fonético, no un mozarabismo. Ya hemos visto cómo adoptaron los árabes españoles el fonema *č* de los románicos, un fonema de simplificación en el cual sumieron la sorda y la sonora del romonce, *c* y *z*, y la *ch* de otras procedencias. A la llegada de los árabes, siglo VIII, la *c'* romance debía ser todavía *č*; de hecho, como *č* la reprodujeron y adoptaron los árabes [1]. Como el árabe no participó de la evolución romance *č* > *ts* > θ, *s*, los topónimos como *Marchena* y *Luchena*, lo mismo que las muchas palabras naturalizadas en el árabe que presentan *ch* por *c*, *z*, hasta 1500 (*cochina* 'cozina', *chirbal* 'cierva', etc., en Pedro de Alcalá), se salieron de la órbita del romance y no siguieron ya sufriendo sus transformaciones fonéticas [2]. Así también los latinismos con *ce, ci* que penetraron temprano en el vasco, como se salieron de la órbita latinorrománica, han guardado hasta hoy el sonido velar primitivo: kipula<caepulla, pakia<pacem.

Algunos ejemplos de *ch* encontramos no sólo en el Centro de España, sino en Zaragoza y Huesca [3]; pero grupos importantes sólo hay en Andalucía y en el Levante meridional, y muy especialmente en el último reino moro de Granada, es decir, en las tierras donde no había ya mozárabes mucho antes de su reconquista: un poderoso indicio histórico de que no fueron los mozárabes, sino los árabes, quienes inmovilizaron la *c* en la etapa *č*.

[1] La *ce, ci* estaría sin duda en variados grados de evolución en las distintas regiones españolas. Pero, de todos modos, en la Bética la evolución pudo estar mucho más adelantada. Galicia, Asturias y Cantabria fueron conquistadas por César y Augusto, y su romanización fué tardía; la Bética fué conquistada en el siglo II antes de Cristo y pronto e intensamente romanizada.

[2] Puesto que con tanto provecho he utilizado el artículo de Menéndez Pidal sobre el sufijo *-en-*, permítaseme esta retribución: Meyer-Lübke, *HMP*, I, 76, y *Das Katalanische*, 178, supuso en la *e* (*Marcén, Marchena*, por *Marzán, Marchana*, sobre el sufijo latino *-anu, -ana*, Martianus, Martiana) acción de la imela árabe (*á* > *é*); Menéndez Pidal, *ob. cit.*, no lo cree aceptable porque la *e* aparece ya en la antigüedad; a pesar de que la geografía de las formas con *é* coincide con las tierras más largamente arabizadas, yo también me inclino a descartar la acción de la imela, salvo en casos aislados (Menéndez Pidal, pág. 2), primero porque la *e* aparece no sólo en las formas de fonética arabizada (*Marchena, Luchena, Archena*), sino en las mantenidas romances (*Arcena, Lucena, Marcén*), y segundo porque la imela suele fijar la vocal también en *i* (Hispalis > *Sevilla*) y en nuestra nomenclatura no hay caso alguno de *i* < *a*.

[3] Hasta en la lejana Pontevedra hay un *Carchena*, que sin duda tiene otra explicación. Trueques esporádicos de fonemas hay en todas partes, y también migraciones de los topónimos.

A su vez, la toponimia andaluza con *c* (*Lucena, Marzán*) también remonta a la pronunciación de los árabes. Los mozárabes usarían entre sí muchas veces nombres y pronunciaciones peculiares, pero no desde el siglo XII, época de su exterminio. Los casos de toponimia menor son concluyentes: para concentrar la atención recordemos los cortijos andaluces repartidos en el siglo XIII por Fernando III y Alfonso X. Sus nombres denuncian un propietario primitivo hispano-romano, que les dió su nombre (*Characena* 'el fundo de Cerasius', *Escacena* 'el fundo de Scatius'). Los visigodos que se repartieron estas fincas en el siglo V les conservaron muchísimas veces sus nombres, y los árabes [1], que se las volvieron a repartir en el siglo VIII, se los conservaron también. Por último, cuando Fernando III y Alfonso X hicieron el Repartimiento de Andalucía entre los conquistadores y repobladores, tomaron los nombres distintivos de boca de los árabes desposeídos, no de unos entonces inexistentes mozárabes [2]. Muchos de estos pequeños fundos o massarias o machares o cortijos crecieron hasta hacerse pueblos importantes; muchos también han cambiado de nombre una o varias veces; pero quedan bastantes de los nombres primitivos en toponimia menor para darnos su lección: que quienes hasta el siglo XIII pronunciaban *Barbacena* o *Ruchena* eran los árabes propietarios, sus servidores y sus vecinos también árabes, y que, con la finca, de los árabes tomaron el nombre los castellanos reconquistadores. Así, pues, lo que por de pronto parecía decirnos esta toponimia, que tanto la *c* como la *ch* eran legítimos fonemas mozárabes, ahora aparece rectificado así: ni los nombres con *c* ni los otros con *ch* remontan directamente al mozárabe, sino que ambas series son continuaciones de formas arabizadas muy temprano.

La toponimia andaluza de origen romano o prerromano no ha seguido, pues, una tradición ininterrumpidamente románica, sino de lanzadera: durante un tiempo los visigodos la hicieron entrar en la corriente germánica, sólo que los visigodos se romanizaron luego, y el medio demográfico en que siempre vivieron en Andalucía siguió siendo intensamente románico, con lo cual la toponimia volvió también a su paso románico. Desde

[1] Es sabido que los árabes aristócratas prefirieron establecerse, no en las ciudades, sino en estos minúsculos feudos rurales.

[2] Sobre la continuidad del tipo de propiedad rural que hoy llamamos cortijo, véase Oliveira Asís, *ob. cit.*, págs. 123-126. A este lado del mar se ha prolongado con las *estancias* sudamericanas y los *ranchos* de México y sur de los Estados Unidos.

el siglo VIII, los árabes la empezaron a sacar [1] de su cauce patrimonial, y durante varios siglos siguió la suerte arábiga, no románica, de los demás nombres. Por fin, los guerreros de Fernando III volvieron en el siglo XIII a incorporarlos a la tradición romance, y desde entonces, sólo desde entonces, sus sonidos volvieron a participar de la evolución castellana: los nombres que los árabes fijaron con sin fueron reproducidos con la *c* castellana (*ts*), que siguió evolucionando hasta θ o *s*; los que reprodujeron con *ĉ* siguieron en eso la suerte de la *ch* castellana, hasta hoy conservada, salvo matices menores.

En suma, la idea que hasta ahora hemos tenido sobre la pronunciación mozárabe de la *c* como *ch* era una opinión, pero no un conocimiento, porque no se había hecho crítica alguna de las bases.

Hecha la crítica, hemos de admitir que los casos de *ch* por *c* en la toponimia son arabismos fonéticos, la adaptación árabe del nombre, luego adoptada por los españoles, y que los dialectos mozárabes, aparte las pequeñas diferencias cronológicas que son de suponer para toda España, desarrollaron la *c* latina hacia la articulación dental (*ts*) en armonía con los demás dialectos de Iberia y de las Galias, y en oposición con los del Oriente de la Romania.

AMADO ALONSO.

[1] El traspaso de propiedades no supuso un cambio repentino de lenguas, y la tradición románica siguió actuando, acá sí y allá no, durante dos o más siglos. En los siglos VIII y IX, árabes y mozárabes eran bilingües; hasta se documentan casos notables de musulmanes que no hablaban más que aljamía. Muchos de los nuevos propietarios de los machares (cortijos) eran muladíes (españoles conversos), y, como sus servidores, latinados. Pero ya en 891 los cristianos y muladíes de Sevilla fueron exterminados por los árabes, y en el siglo siguiente, sobre todo bajo el gobierno de Abderrahman III, los muladíes y mozárabes perdieron en todas partes sus ventajas. Ver MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes*, §§ 86-89; reproduzco este pasaje ilustrativo de la pág. 440: «En resumen: durante más de los dos siglos primeros de islamismo predomina la aljamía en la España musulmana. A esto contribuía mucho el hecho de que los principales centros de población, como Sevilla, estaban llenos casi totalmente por los romano-godos; los árabes no gustaban de las ciudades, preferían establecerse en la campiña, en las heredades de los fugitivos o de los despojados». Siguió un período de postramiento, hasta 1100, en que todavía hay bilinguismo, pero ya sin el poder de la época anterior por el lado romance. «El tercer período es de emigración y gran mengua de los mozárabes por efecto de las formidables invasiones de dos razas africanas, la de los almorávides, sobre todo a partir del año 1090, y la de los almohades, desde 1146» (pág. 445).

EL AMANECER MITOLÓGICO EN LA POESÍA NARRATIVA ESPAÑOLA

Es éste un ejemplo más de continuidad en el cultivo de un pequeño tema poético, desde su primera aparición, como expresión mítica de un hecho natural, hasta su ocaso como requisito convencional para un género literario. Lo valioso de tan larga biografía no está, por supuesto, en la mera perduración a través de un tiempo estático, sino en la tenacidad casi patética con que este hilillo de tradición enlaza tanta vieja y nueva cultura, encerrando su increíble diversidad dentro del cerco áureo de la tutela grecorromana.

El motivo arranca de los poemas homéricos; basta recordar algunos ejemplos característicos:

> Cuando apareció la Aurora, hija de la mañana, de dedos de rosa... (*Ilíada*, I, 477 = *Odisea*, II, 1; VII, 1; IX, 170, 560; X, 187: XII, 8; XV, 189.)
>
> Pero cuando por décima vez apareció la Aurora de dedos de rosa... (*Ilíada*, VI, 175.)
>
> La Aurora de peplo azafranado se esparció sobre toda la tierra. (*Ilíada*, VIII, 1.)
>
> De pie, junto a los carros, aguardaban a la Aurora de hermoso sitial. (*Ilíada*, VIII, 565 = *Odisea*, VI, 48.)
>
> La Aurora se levantó del lecho del noble Titón para traer la luz a mortales e inmortales. (*Ilíada*, XI, 1-2 = *Odisea*, V, 1-2.)
>
> La Aurora de peplo azafranado se levantó de las corrientes del Océano para traer luz a mortales e inmortales. (*Ilíada*, XIX, 1-2.)
>
> El sol abandonó el mar hermosísimo y se lanzó al cielo, guarnecido de bronce, para alumbrar a los inmortales, y también a los mortales, en sus campos que regalan trigo. (*Odisea*, III, 1-3.)
>
> Pero cuando la Aurora de hermosos rizos dió cumplimiento al tercer día... (*Odisea*, IX, 76 = X, 144.)
>
> Y allí, vencidos del sueño, aguardamos a la divina Aurora. (*Odisea*, IX, 151, 436.)
>
> Y enseguida llegó la Aurora de áureo sitial. (*Odisea*, XX, 91.)

Enseguida Atena hizo levantar del Océano a la Hija de la mañana, de áureo sitial, parar que trajese luz a los hombres. (*Odisea*, XXIII, 347-348.)

Homero mitifica también otros momentos del día, pero ninguno con tanta insistencia como el amanecer, y hasta prefiere para su opuesto, admirables fórmulas de visión realista:

Cuando se hundió el sol y sobrevino la tiniebla... (*Ilíada*, I, 475 = *Odisea*, IX, 558; X, 185.)

Hasta que... se hunda el sol y sobrevenga la sagrada tiniebla. (*Ilíada*, XI, 193-194, 208-209.)

Hasta llegar la noche, que tarde se hunde, y llenar de sombras los campos de rica gleba. (*Ilíada*, XXI, 231-232.)

Se hundió el sol, y se llenaron de sombras todas las calles. (*Odisea*, II, 388 = III, 487, 497; XI, 12; XV, 185, 296, 471.)

Como poesía popular, la *Ilíada* y la *Odisea* compartieron con todo su auditorio, por lo menos al principio, la concepción mítica de la naturaleza. En cambio, tal concepción no puede postularse para Virgilio, cuya meditación sobre el mundo (la cosmogonía epicúrea de la *Égloga VI*, el animismo estoico de las *Geórgicas*, IV, 220 y sigs., de la *Eneida*, VI, 724 y sigs.) se muestra impregnado de los dos sistemas más importantes de la filosofía helenística. En la epopeya virgiliana, el amanecer mitológico va en camino de reducirse a una personificación artística, impuesta por la imitación de Homero. Y a la vez la imitación de Homero, esencial en la *Eneida*, reduce la acción de su arte al sector culto del pueblo, no ya a todo el pueblo:

Iamque rubescebat stellis Aurora fugatis...

Eneida, III, 521

Postera iamque dies primo surgebat Eoo
umentemque Aurora polo dimouerat umbram...

III, 588-589.

Postera Phoebea lustrabat lampade terras
umentemque Aurora polo dimouerat umbram...

IV, 6-7.

Oceanum interea surgens Aurora reliquit

IV, 129.

Et iam prima nouo spargebat lumine terras
Tithoni croceum linquens Aurora cubile...

IV, 584-585 = IX, 459-460.

Exspectata dies aderat nonamque serena
Auroram Phaethontis equi iam luce uehebant

V, 104-105.

... roseis Aurora quadrigis
iam medium aetherio cursu traieceral axem...

VI, 535-536.

Iamque rubescebat radiis mare, et aethere ab alto
Aurora in roseis fulgebat lutea bigis...

VII, 25-26 [1].

La instrucción retórica vigente en la Roma imperial contribuye a restringir el campo de lo imitable y a fijar la norma artística para todos los géneros literarios, entre ellos para el épico, que se convierte, cada vez más decididamente, en exquisito solaz de letrados. La fortuna de la *Eneida* como texto escolar, y el afecto que por Virgilio sintieron Estacio o Silio Itálico, bien pudieron favorecer la repetición de motivos secundarios, tales como el amanecer mitológico:

... altera lucem
cum croceis inuecta rotis Aurora reducet...

Ovidio, *Metamorfosis*, III, 149-150.

Postera depulerant Aurorae lumina noctem

Ovidio, *Ibidem*, VII, 835.

... cum spargere primis
incipiet radiis Gargana cacumina Phoebus...

Silio Itálico, *Segunda guerra púnica*, IX, 33-34.

Septima iam surgens trepidis Aurora iacentes
auersatur equis

Estacio, *Tebaida*, XIII, 563-564.

Oceani summo circumfluus aequore lucus
trans Indos Eurumque uiret, qui primus anhelis
sollicitatur equis, uicinaque uerbera sentit
humida roranti resonant quum limina curru
unde rubet uentura dies.

Claudiano, *El ave fénix*, 1 y sigs [2].

[1] Y ya habían huído las estrellas y se sonrojaba la Aurora... Ya el siguiente día surgía con el temprano lucero, y la Aurora había alejado del polo la húmeda sombra... La siguiente Aurora recorría las tierras con la lámpara febea, y había alejado del polo la húmeda sombra... Entretanto se levantó la Aurora y abandonó el Océano. Y ya la temprana Aurora rociaba las tierras con nueva luz, abandonando el lecho azafranado de Titón... Había llegado el día esperado, y los caballos de Faetón ya llevaban con serena luz a la novena Aurora... Ya la Aurora, con su róseo cuadriga había atravesado la mitad del cielo en su curso por el éter... Ya se sonrojaba el mar con los rayos, y desde el alto éter la Aurora anaranjada resplandecía en su carro de rosa...

[2] Cuando la nueva Aurora, llevada en sus ruedas azafranadas vuelva a traer la luz... Las luces de la siguiente Aurora habían arrojado la noche... Cuando Febo comience a rociar las

La llegada del cristianismo en modo alguno significó ruptura con los antiguos moldes del pensamiento o del arte. Para no buscar ejemplos oscuros, es el español Prudencio, el más fervoroso y brillante de los poetas latinocristianos de la Antigüedad (tan duro con el paganismo derrotado como perito en el manejo de la lengua poética de Virgilio y de Horacio), quien desliza un amanecer mitológico cabalmente en el himno *Ad galli cantum*, que adopta la sencilla métrica introducida por San Ambrosio como reacción a la complicación formal del arte pagano :

Ut cum coruscis flatibus
Aurora caelum sparserit...

Cathemerinon, I, 22-23 [1].

Ya es habitual zaherir por su « atavío ultrarretórico » (E. K. Rand, *Founders of the Middle Ages*, Harvard, 1941, pág. 196) a Juvenco, el iniciador del género literario de la *Vita Christi*, citando como muestra elocuente su versión de tres palabras del Evangelio :

Mane autem facto...

San Mateo, XXVII, 1.

Fuderat in terras roseum iubar ignicomus sol.

Euangeliorum III, 1 [2].

Pero la visión mítica con que Juvenco traduce el dato de San Mateo no merece reproche. El problema poético de Juvenco, cristiano culto (imbuído en la tradición retórica) que escribe para cristianos de su misma educación, es precisamente verter al estilo convencional de la epopeya la lengua de la Vulgata, que no era lengua de belleza para el lector del siglo IV.

Boecio, el teólogo que en su testamento filosófico olvidó la teología, entre mil otras reliquias de la Antigüedad lega a los tiempos futuros la primitiva visión mítica :

cum polo Phoebus roseis quadrigis
lucem spargere coeperit...

De consolatione philosophiae, II, 3, 1 [3].

cumbres del Gargano con sus primeros rayos... Al surgir ya la séptima Aurora, se aparta de los postrados [cadáveres] con sus briosos caballos... Hay más allá de la India y del Euro un verde bosque rodeado por la corriente extrema del Océano ; es el primero que se estremece con los jadeantes caballos y que siente el vecino látigo cuando, con el carro cubierto de rocío, resuenan los umbrales desde donde rojea el día que está por nacer.

[1] Para que, cuando la Aurora haya rociado el cielo con sus inflamados soplos...

[2] Y venida la mañana... El sol, de áurea cabellera, había derramado sobre la tierra su rosada crin.

[3] Cuando Febo, en su cuadriga de rosa, empezó a esparcir la luz en el cielo...

La tradición antigua llega a su máxima tenuidad en el aula de retórica medieval. Allí la educación artística se reduce al aprendizaje de un bien conocido canon de autores, heredado en su mayor parte de la escuela romana. Virgilio y Ovidio presiden ese canon, que integran nombres cuya difusión en la enseñanza extraña al hombre moderno — Lucano, Estacio, Juvenal, Prudencio, Juvenco, Sedulio, Sidonio Apolinar —, y en el que falta toda la poesía griega. Pues, aparte las imitaciones contenidas en los poetas latinos, lo que la Edad Media conoce de la poesía griega apenas si rebasa la *Ilias latina*, el desproporcionado compendio de la *Ilíada* que los lectores de la Edad Media atribuyeron fantásticamente a « Píndaro Tebano » y que los críticos modernos, a base de un discutible acróstico, atribuyen a un presunto « *Italicus* ». Por su parte, la *Ilias latina*, cuyo estilo remeda infatigablemente al de Virgilio y Ovidio, acumula con predilección el motivo del amanecer mitológico :

cum crastina primum
extulerit Titana dies noctemque fugarit...

I, 117-118.

cum primum Titan emerserit undis

II, 126.

Postera lux tacitas ut primum dispulit umbras
et nitidum Titan radiis caput extulit undis...

II, 157-158.

Postera cum primum stellas Aurora fugarat...

VIII, 650.

Ut nitidum Titan radiis patefecerat orbem...

VIII, 650 [1].

El ámbito reducido del aula medieval vió nacer no pocas epopeyas, versificadas al arrimo de los venerados modelos, y sólo destinadas a la estrecha cofradía de los doctos que las podían fabricar y paladear. A todas esas epopeyas sobrepasó en mérito y en éxito la *Alexandreis* de Gautier de Châtillon, gran esfuerzo de la brillante poesía del siglo XII [2]. Un libro en

[1] Cuando el día siguiente hizo aparecer al temprano Titán y ahuyentó la noche... Así que el Titán comenzó a emerger de las ondas... Así que la siguiente luz comenzó a dispersar las calladas sombras y el Titán alzó de las ondas su cabeza resplandeciente de rayos... Así que la siguiente Aurora había ahuyentado las estrellas... Cuando el Titán había descubierto con sus rayos el brillante globo...

[2] La Edad Media puede presentar pocas páginas de crítica literaria tan acertadas como las que inserta la *General Estoria* de Alfonso el Sabio a propósito de la *Alexandreis* : « Maestre Galter, natural de Francia fue muy buen clérigo en gramática e en los otros saberes, e grand uersificador ; e ueyendo como auía y razones de Hércules en latín que se leyen en las escuelas, en fabló Ouidio de Hércules enel so Libro Mayor e enel delas Duennas e tanxo dél en otros lugares de sus libros muchos que fizo, e otros auctores que

latín para que se leyese en las escuelas debía presentarse en la lengua poética prescrita; es lógico, pues, que entre otras respetadas convenciones menudee en la *Alexandreis* la del amanecer mitológico:

Septimus accenso Phoebea lampade mundo
presserat astra dies.

III, 274-275.

Memnonis aeterno deplorans funera luctu
tertia luciferos terras Aurora per omnes
spargebat radios...

VIII, 1 y sigs. [1].

Desde el siglo XII, marcadamente, la reorganización de la sociedad medieval, la naciente prosperidad de las ciudades, la asociación de todas las clases sociales en empresas colectivas que, como las Cruzadas, dan conciencia de sí al pueblo entero, crean público para la recitación literaria. La épica romance medieval atiende al gusto del pueblo, mucho más atraído por el ir y venir de sus héroes que por el goce desinteresado del escenario. Así, la *Chanson de Roland* señala puntualmente los crepúsculos que recortan la acción heroica, pero siempre con la misma prisa por reanudar el hilo de la narración activa:

Bels fut li vespres e li soleilz fut cler
Tresvait le jur, la noit est aserie
Tresvait la noit e apert la clere albe
Clere est la noit et la lune luisant
Clers est li jurz et li soleilz luisant
Passet li jurz, la noit est aserie
Clere est la lune e les esteiles flambient
Passet la noit, si apert le cler jor

Versos 157, 717, 737, 2512, 2646, 3658, 3659, 3675, etc.

Ni aun cuando el Emperador pide a Dios que detenga el día, y cuando el ángel baja a comunicarle que su ruego ha sido oído, aparece descripción

tanxieron otrossí dél; e la estoria de Achilles uersificada otrossí de Omero [= «Itálico», como observa el editor] e de Stacio, e libros fechos della en griego e en latín; e otrossí la estoria de los reys de Thebas uersificada de Stacio, e otrossí la estoria de Julio César e de Pompeyo el grand, de que fizo so libro grand e bueno Lucano, natural de la cibdad de Córdoua, que es enell Andaluzía en Espanna; e la estoria de Alexandre, que fué tan grand princep e tan bueno en armas, andar assí, sin todo beneficio de latín e de se leer en escuelas, seyendo razones de tan alta materia non lo touo por bien; e por bondad de sí quissose meter a trabaio por fazer ende obra que se leyesse en las escuelas, e fizo lo, e compuso ende un libro grand, e bueno e bien uersificado por latín, en que a diez libros, en que fabla él de Alexandre quando fué de dobze annos e de los fechos que fizo fasta que murió». *General Estoria*, Cuarta Parte, ms. U. fol 288 r. Citado por Antonio G. Solalinde en su edición de la Primera Parte, Madrid, 1930, pág. XIV-XV.

[1] Ya iluminado el mundo, el séptimo día había hecho bajar los astros con la lámpara febea. La Aurora, llorando con eterno duelo la muerte de Memnón, esparcía por tercera vez sus luminosos rayos por todas las tierras...

alguna del milagroso crepúsculo. Aunque el poeta del *Roland* sabe de Homero y de Virgilio (v. 2615-2616: Ço est l'amiraill, le viel d'antiquitet, Tut sur vesquiet e Virgilie et Omer) no accede a detenerse e imitar sus auroras y noches míticas: actitud bien explicable si se repara en que la noción de guerra santa contra el infiel domina la epopeya romance medieval y cristaliza particularmente en el *Roland*. Aún más escueta es la indicación de la hora en el *Cantar de Mio Cid*:

Otro día mañana pienssan de cavalgar
Aún era de día, non era puesto el sol
De noch passan la sierra, vinida es la man
Otro día mañana, el sol querie apuntar
Passada es la noche, venida es la mañana

Versos 413 (= 645 = 2870), 416, 425, 682, 1540, etc.

Alguna mayor atención estética apunta en la fórmula «quebrar albores» (de origen francés: *quand l'aube fut crevée*), que acompaña a veces atisbos de descripción (v. 235):

Apriessa cantan los gallos e quieren crebar albores

El poeta, de ordinario tan sobrio desdeñador de lo pintoresco, se detiene no obstante al referir la primera batalla, para señalar la hermosura del día — siempre es hermoso, en la epopeya, el día de la batalla — y para retratar el único quehacer pacífico que aparece en el poema, el de los labradores moriscos (v. 456 y sigs.):

Ya crieban los albores e vinie la mañana,
ixie el sol, Dios, qué fermoso apuntava!
En Castejón todos se levantavan,
abren las puertas, de fuera salto davan,
por ver sus lavores e todas sus heredanças.

Tan vivo es el sentido popular que el Romancero hereda de la épica medieval que, contra la avasalladora corriente renacentista, tampoco se aviene a contemplar lentamente el crepúsculo a través del mito antiguo, y limita a una brevísima mención inicial la hora poética:

A la que el sol se ponía en una playa desierta...
La mañana de Sant Joan, al tiempo que alboreaba... [1].

[1] Las versiones contemporáneas presentan algunas variantes:

Mañanita de San Juan el sol al cielo se eleva...
Mañanita de San Juan anda el agua de alborada...

Juan Menéndez Pidal, *Poesía popular. Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos...*, Madrid, 1885, nos 18 y 72.

Excepcional es la fresca impresión del romance que comienza:

Mañanita de San Juan, mañanita linda y clara,
cuando las perlas preciosas, saltan y bailan en agua...

Menéndez Pelayo, *Romances tradicionales de Asturias*, nº 61.

En el siglo XIII la iniciativa de la Iglesia, tras sofocar el pensamiento que se apartaba de la vía de Roma —las herejías del mediodía de Francia —, inicia un activo movimiento de vulgarización de cultura; lejos de atesorar en el fondo de los *scriptoria* conventuales la ciencia de los manuscritos, la ofrece deliberadamente al lego « en romanz, que la pueda saber toda la gent ». Por eso el romance vulgar recoge ahora las historias que antes sólo habían entretenido a los doctos, y junto con las historias, los motivos antiguos de ornamentación, hasta el punto de que Juan Lorenzo de Astorga agrega de su cuenta el motivo del amanecer mitológico, al adoptar un pasaje en que Gautier se había contentado con hablar del lucero de la mañana y del canto de las aves:

Iamque sub auroram volucrum garrire solebat
et lucem tenui praecedere lingua susurro.
Lucifer emeritae confinia noctis agebat... [1].

Alexandreis, I, 427 y sigs.

Ia yua aguisando don Avrora sus claues,
tollía a los cauallos don Febo los dogales...

Libro de Alexandre, 298 *a b*.

Reducido desvío de la literatura latina, en sus orígenes, la literatura en lengua vulgar se ensancha prodigiosamente hasta invertir los papeles en el Renacimiento, cuando se cumple la secularización poco menos que absoluta del pensamiento, que sólo fluía antes por el angosto cauce de la clerecía medieval. Las letras del Prerrenacimiento y Renacimiento, fieles a su docto origen — el aula latina de la Edad Media —, y encendidas en el amor de la belleza antigua, se complacen en recrear la visión mítica de la naturaleza:

Già era il sole all'orizzonte giunto...
sì che le bianche e le vermiglie guance
là dove io era, della bella Aurora
per troppa etate divenivan rance.

DANTE, *Purgatorio*, II, 1 y sig.

La concubina di Titone antico
già s' imbiancava al balco d'oriente,
fuor delle braccia del suo dolce amico:
di gemme la sua fronte era lucente...

DANTE, *Purgatorio*, IX, 1 y sigs.

... e la fanciulla di Titone
correa gelata al suo antico soggiorno

PETRARCA, *Trionfo d'Amore*, I.

[1] Y ya al acercarse la Aurora la lengua de las aves solía gorjear y adelantarse a la luz con tenue susurro. El lucero apartaba los límites de la noche pasada...

Vedi l'Aurora dell' aurato letto
rimenar a' mortali il giorno, e'l sole
già fuor dell' oceano infin al petto.

PETRARCA, *Trionfo della Morte*, II.

Dell' aureo albergo con l' Aurora innanzi
sì ratto usciva 'l Sol cinto di raggi...

PETRARCA, *Trionfo del Tempo*.

También Boccaccio adopta ese motivo ornamental en sus novelas de tono poético:

Che sai, che quanto Febo surgente co' chiari raggi di Gange infino all' ora che nell' onde d' Esperia si tuffa, con le lasse carra per dare alle sue fatiche requie... Fiammetta, I, § 69.

En Castilla es Juan de Mena el poeta más representativo del tránsito de Edad Media a Renacimiento. Y Juan de Mena no sólo domina el canon medieval de autores: en su *Omero romançado* traduce la *Ilias latina*, y sabe ya que no es ésa « la santa y seráphica obra », « la omeria Illiada » (que también conoce, y se ofrece a traducir de la versión latina completa) sino unas « muestras a los que quisieren en finos paños acertar ». Cuatro ejemplos de amanecer mitológico presenta la obra de Mena, los cuatro bien expresivos de la escisión íntima, de la frustrada unidad, de la entrevista y no lograda belleza que es la nota esencial de este poeta de transición. Frente a la perfecta recreación del motivo en Dante y en Petrarca, Mena oscila entre el concepto escolástico y la intuición poética tradicional. Una veces predomina la recóndita alusión que sólo pueden descifrar los que tienen bien hojeadas las *Metamorphoses* o la *Genealogia deorum*:

Al tiempo surgí penoso
que Clicie voluía temprano
la cara contra su esposo
que salía muy hermoso
del hemisferio jusano.

La Coronación, 25 *a-c*.

El lúcido Febo ya nos demostraua
el dón que no pudo negar a Fetonte.

El Laberinto, 268, *a*5.

Otras, en lugar del acertijo mitológico, el poeta acumula nombres antiguos sin intento de recrear visión mítica, como magia suficiente para ennoblecer el verso:

La lumbre se recogía
de la ymagen de Diana
contra la mar Oceana
saluo Venus que traya
mensaje de la mañana.

Cancionero castellano del siglo XV, Ed. R. Foulché-Delbosc, Madrid, 1912, nº 25.

El sol aclaraua los montes Achayos
los valles de Greta y torres de Baco...

Claro escuro, Ibidem, nº 16, [1].

No escasea la hora mitológica en la poesía narrativa del Marqués de Santillana ; su nota peculiar es preferir la acumulación de alusiones eruditas a las imágenes mitológicas mismas :

La madre de Alecto las nuestras regiones
dexara ya claras al alba lumbrosa

La Comedieta de Ponça, Cancionero..., nº 163, 85.

e ya mitigada la flama apolea,
al tiempo que sale la gentil Ydea
e fuerça los rayos el aire noturno

Defunción de don Enrique de Villena, Cancionero..., nº 168, 1.

A la hora que Medea
su çiençia proferia
a Jasón, quando quería
assayar la rica prea,
e quando de grado en grado
las tiniebras han robado
toda la claror febea...

El planto de la reyna doña Margarida, Cancionero..., nº 172, 1.

[1] También entre los modernos, como ya en Homero, hay otras horas mitológicas, fuera del amanecer. Así Boccaccio :

Già aveva Febo nascosi i suoi raggi nelle marine onde...,

Filocolo, II.

Quizá particularmente sugerido por el ejemplo de Boccaccio hallamos uno que otro caso de anochecer mitológico en la prosa poética de Juan Rodríguez del Padrón :

> Feria Apollo al occidental orizonte con el carro de la luz, llegado al punto que ya sus caualos, cansados del celestial afán bañaban en las marinas ondas, un dia del qual Mercurio la primera hora auía señoreado.
>
> Un día, el tiempo e la ora seyendo que Febo del Cerco meridiano ya declinaba, e las aves, estadas callando en la estaçión lagrimosa, con dulces verbos ferían el ayre, yo me secreté a un logar solitario...
>
> *Siervo libre de amor.*

Con un anochecer mitológico comienza también la composición de Mena que hace juego con el *Claro escuro* :

El hijo muy claro de Hyperión
auía su gesto fulgente, oportuno
puesto enla última fuiste ['Oesta', según el Brocense] mansión
fondón de la suerte que cupo a Neptuno,
quando se juntan las sombras en vno...

Cancionero..., nº 19.

A diferencia de Mena, Santillana no desdeña la alusión a las historias bíblicas :

Al tiempo que al pasto salen de guarida
las fieras silvestres, e humanidad
descansa e reposa e la fembra ardida
libró de Oloferne la sacra çibdad...

La Comedieta de Ponça, 4.

Santillana, tan deseoso de ostentar todas las marcas de la poesía erudita, introduce la hora mitológica aun en los más inadecuados contextos ; por ejemplo, al poetizar la canonización de fray Vicente Ferrer y de fray Pedro de Villacreces,

a la sazón que Adriana
fué dexada en la ribera,
e la noturnal lumbrera
se nos faze más çercana.

Cancionero..., nº 216.

Otras veces, en un contexto de tono delicadamente irreal, como la alegoría amorosa de *El sueño*, la hora está expresada no con recuerdos mitológicos, que al fin siempre retienen destellos de su antigua belleza, sino con una prosaica coyuntura de la *Farsalia* :

En el mi lecho yazía
una noche, a la sazón
que Bruto al sabio Catón
demandó cómo faría
en las guerras que volvía
el suegro contra Pompeo,
segund lo canta el Anneo
en su gentil poesía.

Cancionero..., nº 222.

Un amanecer mitológico normal es el que inicia la *Visión* :

Al tiempo que va trençando
Apolo sus crines de oro
e recoje su thesoro,
fazia el horizonte andando,
e Diana va mostrando
su cara resplandesciente,
me fallé cabo una fuente
do vi tres dueñas llorando.

Cancionero..., nº 226.

Tras los dos poetas máximos del reinado de don Juan II, la grey de imitadores repite dócilmente la formulación tradicional de la hora :

Avía recogido sus crines doradas
Apolo faziendo lugar a Diana ;

Diego del Castillo, *Visión sobre la muerte del rey don Alfonso*. Foulché-Delbosc, *Cancionero...*, nº 458, 1.

Tornado era Febo a ver el tesoro
que ouo Jasón en Colcos ganado ;
su carro fulgente de fuego y de oro
al dulçe equinoccio ya era llegado :
la luz radiante de que es alumbrado
el orbe terreno tanto duraua
en nuestro emisferio, quanto moraua
la madre de Aleto por punto y por grado.

Diego de Burgos, *Triunfo del Marqués*, Foulché, Delbosc, *Cancionero...*, nº 951, 1.

Los cuatro caballos de Febo cirreo
andando y cumpliendo sus cursos y anfratos
Latonia volviendo sus riendas a ratos,
yo siempre muy firme con firme deseo.

Juan del Encina, *A don Gutierre de Tolado, maestrescuela de Salamanca.*

vimos a Febo que ya trasponía
la última Tile del mar occidente

Juan de Padilla, El Cartujano, *Los doce triunfos*, V, 5, copla 19.

Ya reguardaba después de subido
como subía por el orizonte
el cándido carro que tuvo Faetonte
quando del cielo se vido caído.

Juan de Padilla, *Ibidem*, VI, 1, copla 1.

Ya comenzaba la seña diurna,
por el oriente mostrarse dorada ;
teniendo Titonia primero privada
toda la fusca tiniebla noturna.

Juan de Padilla, *Ibidem*, XI, 1, copla 1.

Los dos últimos ejemplos están seguidos en su texto por abundantes pormenores astronómicos que, en varios otros pasajes del mismo poema, tienden a desplazar lo propiamente mitológico :

El carro Latonio del todo salido,
entre los brazos del Cancro dorado
mostraba su curso, muy más elevado
puesto en el auge, muy esclarecido
con la presencia del sol radiado.
El círculo alto que dicen Estío
nos dividía con sus Azeninas
el célico Cancro... etc. [1].

Juan de Padilla, *Ibidem*, IV, 1, coplas 2-5.

El sol radiaba su vasta figura
entrado que hobo su grado primero:
Philiro tenía por su compañero,
y más la Corona se muestra muy pura;
deciende Cepheo con cara segura,
y toca las aguas del fresco tridente;
Andrómeda cae por el occidente;
y Casiopeya, no menos escura,
deciende con ellos allí juntamente.
Y vimos al Toro que ya declinaba
sus rígidos cuernos al mar oceano;
y el gran Orión que le iba cercano,
y viendo el Escorpio, su rostro velaba

Juan de Padilla, *Ibidem*, VIII, 1, coplas 2 y 3 [2].

En este respecto (y no es el único) Mena se nos aparece más moderno que sus discípulos, ya que la figuración mitológica, heredada ininterrumpidamente de la Antigüedad, es por su valor decorativo un ornamento favorito del hombre moderno, en tanto que el cúmulo de noticias incrustadas en una composición artística, es reflejo típico del didacticismo medieval.

Fija la fortuna del motivo para el Siglo de Oro español su inclusión profusa en la epopeya de Ariosto :

[1] Los detalles astronómicos llenan toda esta copla, la inmediata y el comienzo de la siguiente.

[2] La abundancia característica del Cartujano permite hallar, junto a estas dos presentaciones, la visión naturalista, excepcional en la poesía elevada de su siglo :

Ya comenzaba la parte del oto (?)
a colorarse con el arrebol,
que se refleja del rayo del sol
del orizonte no mucho remoto.

Ibidem, VII, 1, copla 1.

Ma poi che 'l sol con l'auree chiome sparte
del ricco albergo di Titone uscio
e fe 'l' ombra fuggire umida e nera...

Orlando furioso, VIII, 86.

Y tras Ariosto, la más alta epopeya hispánica :

Mas assí como a Aurora marchetada
os fermosos cabellos espalhou
no ceo sereno, abriudo a roxa entrada
ao claro Hiperionio que acordou...

Os lusíadas, I, 59 [1].

Su prestigio antiguo y su presencia en las bellas obras del Renacimiento que guían la poesía narrativa española, explican que los poetas adopten a porfía aquella primitiva concepción, por alejada que esté no sólo de la realidad psicológica del hombre moderno, sino también de su sistema de referencias, ensanchado con el conocimiento de un nuevo mundo y de un desconocido universo. Basten los siguientes entre la muchedumbre de ejemplos que suministra una lectura sumaria de la poesía narrativa española :

Del carro, pues, febeo
el luminoso tiro,
mordiendo oro, el eclíptico zafiro
pisar quería, cuando...

Góngora, *Soledad* I, 709 y sigs.

[1] En contraste con Homero, Camoens prefiere el anochecer al amanecer como hora mitológica :

Nisto Febo nas aguas encerrou
co carro de cristal o claro dia,
dando logar a Irmã, que alumiasse
o largo mundo, em quanto repousasse

Os lusíadas, I, 56.

Já neste tempo o lacido planeta
que as horas vai do dia distinguindo
chegava a desejada e lenta meta,
a luz celeste as gentes encobrindo,
e da casa maritima secreta
lhe estava o Deos Nocturno a porta abrindo

Ibidem, II, 1.

Já se hia o Sol ardente recolhendo
para a casa de Tethis...

Ibidem, III, 113.

Muchos ha dulces días
que cisnes me recuerdan a la hora
que huyendo la Aurora
las canas de Titón...

Góngora, *Soledad II*, 891 y sigs. [1].

Ya sonrojaba la bermeja Aurora
las mejillas de pálidas manzanas,
que a los rayos auríferos colora
que salen por las árticas ventanas...

Lope, *Jerusalem conquistada*, III, 74.

y cuando el Alba con los pies de rosa
borraba estrellas y pintaba flores...

Lope, *Ibidem*, VIII, 80.

Cuando la blanca Aurora las peinadas
madejas dilataba al mar de Oriente,
alzándose las aguas encrespadas
al vivo rayo de su limpia frente...

Lope, *Ibidem*, XIV, 1.

Ya la clara mañana
recamaba de telas de colores
el cielo, el aire, el mar, y de oro y grana
sembraba por la tierra varias flores.

Lope, *Laurel de Apolo*, Silva VI, 1 y sigs.

[1] También presenta Góngora el anochecer concebido en términos mitológicos :

Invidia convocaba, si no celo,
al balcón de zafiro
las claras, aunque otiopes, estrellas
y las Osas dos bellas,
sediento siempre tiro
del carro perezoso, honor del cielo.

Soledad II, 612 y sigs.

Curioso es que el panorama geográfico del hombre moderno permite a Góngora indicar el anochecer de un hemisferio con el amanecer del otro :

cual de aves se caló turba canora
a robusto nogal que acequia lava
en cercado vecino,
cuando a nuestros antípodas la Aurora
las rosas gozar deja de su frente...

Soledad I, 633 y sigs.

Ya por la inmensa cumbre titanea,
ilustrísimo príncipe, esmaltaba
entre las mismas perlas que lloraba,
despierta el Alba de la luz febea,
la palestra florida,
la copia tan unida
de distintas colores
que era sola una flor todas las flores.

Lope, *Ibidem*, Silva IX, 1 y sigs.

que apenas de Titón la amada esposa
salió otra vez...

Lope, *La Circe*, II, 50.

Coronada de flores la mañana
asomó por un monte la cabeza,
teñido el puro rostro en nieve y grana

Lope, *Ibidem*, II, 80.

que bajando otra vez la blanca Aurora,
purpúrea comenzaba a sonrojarse

Lope, *La Filomena*, Segunda parte, 683-684.

Ya el rojo y claro padre de Faetonte
los caballos con ágil movimiento
sacaba, a discurrir nuestro horizonte
vertiendo espuma de oro y luz de aliento.

Lope, *La Dragontea*, VI, 402.

Dejaba ya el Aurora el Occano,
los rotantes cabellos descogiendo
y del Ida frondoso, a lo más llano
iba el lucero fúlgido saliendo...

Lope, *Ibidem*, VII, 464.

Ya se mostraba Hiperión Titano
con su rosada boca al nuevo mundo,
dorando el sesgo mar cerúleo y cano,
y el vientre al suelo próspero y fecundo.

Lope, *Ibidem*, X, 711.

Característico del goce parejo de Lope en la realidad y en el mito, es la frecuencia con que motiva o recombina la antigua presentación mitológica, con pintoresca originalidad, partiendo de las situaciones de la narración o bien fantaseando a su albedrío:

Ya de heliotropo la cabeza hermosa,
la frente de jazmín serena y lisa,
las dos mejillas de purpúrea rosa
la boca de clavel bañada en risa;
el cuerpo de azucenas vergonzosa,
esmaltaba de roja manutisa
la Aurora, huyendo tras la noche muda,
porque ya la miraba el Sol desnuda...

Lope, *Jerusalem conquistada*, I, 16.

Antes que el Alba, con su dulce risa
en el campo las flores provocase
a abrir los ojos, porque el Sol aprisa
sus lágrimas de perlas enjugase,
abrióse el cielo...

Lope, *Ibidem*, III, 97.

La Noche apresuró, de lastimada,
su carro helado, anticipada un hora,
y fué a llamar llorando a la rosada
ventana de la luz madrugadora;
Salió por sus balcones destocada
a despertar al Sol la blanca Aurora...

Lope, *Ibidem*, V, 84.

Salía el Alba a despertar las flores
dormidas en las camas de sus hojas

Lope, *Ibidem*, V, 57.

y el Sol también por el rosado Oriente
el tálamo dejaba de la Aurora.

Lope, *Ibidem*, VIII, 58.

Corrió el Aurora la cortina a Febo,
y salió de su puerta al teatro humano,
y dándole la Tierra aplauso nuevo,
representóle un acto soberano:
no coronado de silvestre acebo
como de Admeto en el florido llano
sino de rayos que el cambiante velo
bordaban de la luz y blanco cielo.

Lope, *Ibidem*, XVI, 43.

Abría el Sol las puertas del Aurora,
los pimpollos de plantas y de flores
enjugando las lágrimas que llora,
que paran siempre en agua los dolores...

Lope, *La Dragontea*, IX, 645.

Menos frecuente, aunque no rara, es en Lope la presentación mitológica de otros momentos, el anochecer, o el mediodía ; en cambio es peculiar de la riqueza de su genio, la visión simultánea de varios momentos del día :

Íbase el sol, y la triforme luna
mayores sombras desplegaba al suelo...
y cuando...
quitaba el sol al Alba pura el velo
que cubre honesta sus divinas luces...

Lope, *Jerusalem conquistada*, II, 36.

Al alba, aunque de Apolo se escondía
con sus hermanas la Vergilia Eudora,
en la boca del Toro aparecía,
con cuyo llanto se bañó el Aurora,
la noche igual se comparaba al día
viendo que el Sol la octava parte dora
del Vellocino de oro...

Lope, *Ibidem*, XVI, 1.

Aquí Laura llegaba
cuando, porque bajaba
y se mostró la rutilante Osa
vestida de diamentes,
se fueron por las sombras circunstantes,
para volver cuando la blanca Aurora
pintase alfombras en el prado a Flora.

Lope, *Laurel de Apolo*, Silva V, final.

cuando la noche sobre el manto frío
peina la oscuridad de sus cabellos ;
y al tiempo que el aljófar del rocío
el sol deshace con los suyos bellos...

Lope, *La Dragontea*, I, 5o.

En el *Isidro*, Lope se complace en exornar la indicación de la hora con opulencia de nombres e imágenes que se destacan sobre el fondo deliciosamente rústico del poema :

Cuando en medio está Creseo
del cielo en nuestro horizonte,
pasaba del campo al monte,
o dando el sol Didimeo
ambrosia a Janto y a Etonte.

Isidro, I.

Ya de Titón que la adora,
dejando los brazos bellos,
para verter perlas dellos,
sacaba la blanca Aurora
los aurígeros cabellos.
Y con la boca de rosa
Cintio de su luz hermosa
bañaba los montes altos,
huyendo la noche a saltos,
descubierta y vergonzosa.

Isidro, VIII.

Valbuena — en cierto modo un Lope, más abundante todavía en la ornamentación y más vacilante en la arquitectura —, siembra a manos llenas por la intrincada trama de su *Bernardo* la expresión mitológica de las principales horas del día, aunque siempre con predominio del amanecer :

Al tiempo que en las puertas del Oriente
de azucenas y rosas coronada,
la Aurora rompe el velo transparente
que la luz de oro en sí tiene guardada...

Valbuena, *El Bernardo*, VI, 13a.

La noche toda navegando fuimos
a vela y remo, y cuando el Alba abría
en el Oriente de oro los racimos
de que se cuaja y se enguirnalda el día...

Valbuena, *Ibidem*, VII, 8a.

Restituyendo al mundo las colores
que la ausencia del Sol llevó robadas,
la Aurora entre argentados resplandores
sale, siguiendo a Apolo sus pisadas.

Ibidem, XI, 7a.

Salía sembrando aljófares y plata
la blanca Aurora por el crespo río

Ibidem, XVIII, 8g.

Al tiempo que el rey pérsico y Morgante,
de Plutón vomitados en la playa,
salir la Aurora vieron rutilante,
de aljófar llena su florida saya.

Ibidem, XXI, 24a.

cuando el Alba,
de blanco aljófar los escarches fríos
se viste, con que al sol hace la salva

Ibidem, XXIII, 7b.

Ya entre los cuernos del caliente Toro
el rubio dios que tuvo cuna en Delo,
abriendo al mundo el celestial tesoro
de nueva y tierna luz bordaba el suelo.

Ibidem, XXIV, 1.

No presenta novedad en el tratamiento la *Nápoles recuperada* del Príncipe de Esquilache, donde pese a lo histórico y reciente del tema central, se ocupa más que en armas y audaces empresas, en damas y amores como genuino secuaz de Ariosto:

El campo Febo del Oriente deja
y en los frondosos valles y sombríos
tendiendo de pinceles la madeja,
pintó las selvas y doró los ríos.

ESQUILACHE, *Nápoles recuperada*, I, 42.

La negra Noche, desigual autora
de gustos, pesadumbres y reposo,
recogió las tinieblas a deshora,
que huyendo parte del planeta hermoso;
el dulce lecho despreció la Aurora
cansada de los brazos de su esposo,
y tienden por los aires a porfía
el alba perlas, y su luz el día.

Ibidem, I, 51.

Apenas los umbrales de la puerta
pisó de Oriente la lumbrera de oro,
y al blanco día sin parar despierta
de fuentes y aves el alegre coro...

Ibidem, II, 1.

El blando soplo de su aliento frío
sobre las blancas perlas desataba
la fresca Aurora, y con sutil rocío
las soñolientas flores despertaba.

Ibidem, III, 97.

Apenas a los montes la mañana
que el sol recuerda con su llanto avisa
y el argentado rostro de Diana
ni el mar retrata ni su luz divisa

Ibidem, VI, 1.

Bajaba por los montes la mañana
que el sol envía a sosegar las aves,
por ver si templa su perfil de grana
los dulces gritos y lamentos graves.

Ibidem, VII, 50.

Con más risueña frente, a los collados
salió tras ella [la Noche] la divina Aurora,
bajando a ver por los vecinos prados
la muda selva que su lumbre dora.

Ibidem, VIII, 1.

Siguiendo el Sol a la mañana fría,
pisaba del Oriente los umbrales,
entrando alegre por su puerta el día
a verse en los espejos celestiales.

Ibidem, XII, 1.

Dos tipos de epopeya muy cultivados en España, el sagrado y el histórico, parecerían reacios por esencia a la mitificación inactual de la naturaleza que es, en la Edad Moderna, la hora mitológica. Pero es tal la presión de las normas culturales de cada momento, que estos poetas, más originales en la elección de sus asuntos, no pueden renunciar a los elementos obligados en la expresión literaria de la época, so pena de renunciar a expresarse. La imperiosa ornamentación mitológica en la poesía del Siglo de Oro, ilustra así el caso paralelo, en la poesía latina, de Lucano y Silio Itálico con sus epopeyas históricas, y de Prudencio, Juvenco, Draconcio, Avito, con sus epopeyas cristianas, todos tributarios de la convención mitológica. También aquí basta una selección de ejemplos:

Mira salir por el bordado Oriente
del mundo triste el general consuelo,
vertiendo luces la rosada Aurora,
que esparce perlas y que aljófar llora.

VALDIVIELSO, *Vida y Muerte del patriarca San Josef*, I, 42.

Al tiempo llega que deshecha en lloro
sale de entre las aguas cristalinas
la Aurora, que esparciendo su tesoro
aljófar rico vierte y perlas finas;
que descogiendo su cabello de oro
con sus hebras hermosas y divinas,
los astros celestiales escurece
y las ligeras nubes enriquece.

Ibidem, II, 71.

De entre los brazos de la noche escura
sale, el cabello de oro suelto al viento,
aquella cuya luz serena y pura
los astros de oro roba al firmamento,
privando del favor de su hermosura
al celoso troyano mal contento,
y en la cama de rosas y azahares
sentóse renovando sus pesares
Y por entre cortinas de brocado,
entretejidas de olorosas flores,
el rostro saca de color rosado
volviendo a cada cosa sus colores,

Ibidem, V, 1-2.

Desea [la Virgen] que salga el padre de Faetonte
y que esparciendo su benigna lumbre,
vuelva de plata el río, de oro el monte,
y que el desierto y el poblado alumbre;
desea que salga el cándido horizonte
para subir por la soberbia cumbre...

Ibidem VIII, 75.

Llegan [los ángeles] a los palacios del Aurora
en su cama de rosas acostada,
y viendo la beldad que la enamora,
con su música alegre y concertada,
los ricos cofres abre, en que atesora
la librea del campo deseada,
esparciendo gozosa a manos llenas
lirios, jazmines, rosas y azucenas.
Quita de los cabellos de su frente
diamantes bellos y de aljófar granos,
abre de par en par el rico Oriente,
vertiendo sus tesoros soberanos.

Ibidem, XIV, 12-13 [1].

[1] Las franjas rosadas del cielo al amanecer, que han inspirado la imagen homérica de los dedos de rosa, y la del lecho o carro azafranado de los poetas latinos, sugiere a Valdivielso, muy aficionado a poetizar lo humilde y cotidiano, una casera imagen que contrasta risueñamente con la acostumbrada pompa del tópico:

Y antes que el Alba con su rubia escoba
del cielo hermoso las estrellas barra,
y con la luz que al rojo Apolo roba
al mundo afeite cándida y bizarra.

Ibidem, XX, 42.

La blanca Aurora con su rojo paso
en nubes escondida caminaba,
y los celajes del oriente raso,
de oro confuso y turbia luz bordaba

HOZNAYO, *La Cristiada*, V, 1.

El Alba entonces bordará de flores
el prado, y de arreboles el Oriente.

Ibidem, XI, 134.

El cielo entonces no resplandecía,
ni por los campos del rosado Oriente
Apolo, origen de la luz, vertía
los dorados arroyos de su fuente.

ACEVEDO, *De la creación del mundo*, Día primero, 8.

Cuando el Alba, del día anunciadora
al grande Olimpo sube fatigada,
y de cansancio tiernas perlas llora
bajas tú [la Noche] alegre a la región salada

Ibidem, Día primero, 63.

y cuando del Océano sacando
los fogosos caballos voladores
vas de oro en alto el carro levantando
encendido con vivos resplandores...

Ibidem, Día cuarto, 82.

mientras el Alba hermosa resplandece
vertiendo aljófar del rosado manto

Ibidem, Día quinto, 75.

Muestra el Aurora la rociada frente,
llenos de blancas perlas los regazos

Ibidem, Día quinto, 79.

Cuando con la rosada vestidura
vierte aljófar del cándido semblante
y dorados cabellos el Aurora,
del rubio Febo fiel anunciadora...

Ibidem, Día quinto, 117.

Los cultores de la epopeya histórica, de estilo forzosamente menos florido, remontan gustosamente el tono para anunciar el amanecer o el anochecer:

Ya la cándida Aurora cristalina
nuestro rico horizonte regalaba,
y aunque bañada alzó la faz divina
las rosas en belleza atrás dejaba...

Ruiz, *Austriada*, II, 49.

No fué posible detenelle un hora,
más de las que tardó la noche fría
a dar lugar que la siguiente Aurora
con claros rayos llenos de alegría
mostrase el rostro que ilumina y dora
cuanto en la fértil madre el cielo cría,
y abriese al rubio Febo radiante
las clarísimas puertas de Levante.

Virués, *Monserrate*, XII, 20.

Ya la rosada Aurora comenzaba
las nubes a bordar de mil labores

Ercilla, *Araucana*, I, II, 50.

Por entre dos altísimos ejidos
la esposa de Titón ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos
que de la fresca helada sacudía.

Ercilla, *Araucana*, I, II, 54.

El carro de Faetón sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado.

Ercilla, *Araucana*, I, II, 55.

Apolo en seguimiento de su amiga
tendido había los rayos de su lumbre,

Ercilla, *Araucana*, I, II, 57.

Los pasajes citados de Ercilla pertenecen todos a su página feliz, la prueba de Caupolicán, a cuya belleza contribuyen eficazmente subrayando con la lenta y suntuosa pintura tradicional la duración increíble de la prueba. Otros ejemplos tomados de las epopeyas de América:

Era llegada al mundo aquella hora
que la escura tiniebla, no pudiendo
sufrir la clara vista de la Aurora,
se va en el Occidente retrayendo;
cuando la mustia Clicie se mejora
el rostro al rojo Oriente revolviendo,
mirando tras las sombras ir la estrella,
y al rubio Apolo Délfico tras ella.

Ercilla, *Araucana*, I, XIV, 7.

Al tiempo que su padre de Faetonte
en continuación de su carrera
quería ya salir del horizonte
seyendo Venus ya a la mensajera,
sus rayos extendiendo por el monte,
de la sierra que estaba más afuera...

Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, I parte, elegía XI, Canto VI, 18.

Y al tiempo ya que la nevada cumbre
sus cándidos colores descubría,
tocados y heridos de la lumbre
que el hijo de Latona les envía

Ibidem, II parte, *Historia y relación de las cosas acontecidas en Santa Marta*, Canto II.

Hasta se despedir febea lumbre
y volver las tinieblas a su juro,
vistiendo como tienen de costumbre
todas las cosas de color oscuro.

Ibidem.

En el tiempo que ya la lumbre pura
del radiante hijo de Latona
iba restituyendo su blancura
a la nevada cumbre de Tairona.

Ibidem, II parte, Elegía IV, Canto I.

Cuando llegaron, ya la bella dama
del antiguo Titón mostró la cara,
e ya salía de la dulce cama
adonde del cansancio se repara,
y en la misma sazón febea llama
volvía las tinieblas en luz clara

Ibidem, II parte, Canto III.

Febeo resplandor en esta hora
apartando se va del hemisferio
donde la belicosa gente mora,
y con oscuridad en el imperio
la noche se quedó por sucesora.

Ibidem, II parte, Elegía IV, Canto III, 55.

Mas al tiempo que de la parte Eoa
Apolo sus cabellos esparcía.

Ibidem.

Porque ya descubriendo por Oriente
la dulce Venus su real corona,
anunciadora de la roja frente
del rutilante hijo de Latona...

Ibidem, III parte, *Historia de Popayán*, Canto VI, 3.

La roja Aurora sus purpúreas puertas
abría ya sobre dorado quicio

Ibidem, 76.

Quando la dulce Venus descubría
del rútilo cabello la corona,
dándoles certidumbre que venía
el más claro del hijo de Latona

Ibidem, III parte. Discurso del capitán Francisco Draque. Canto I.

Ya la de nombres tres y tres lugares
sus argentadas trenzas descogía

Oña, *Arauco domado*, VII, 34.

El tiempo que gastó la batería
fué desde que asomando retoñece
aquella que los campos humedece
vistiéndolos de gracia y alegría;
hasta que ya la blanca flor del día
de todo punto abierta resplandece,
y el coronado rey de Creta y Delo
quiere quemar con ellas la del suelo.

Oña, *Ibidem*, VIII, 43.

cuando llega
huyendo el Sol de la cretense cuna,
donde al tartesio mar su carro entrega...

Oña, *Ibidem*, VIII, 45.

El padre de Faetón por entre arenas
a visitar a Doris iba, cuando...

Oña, *Ibidem*, III, 92.

Después cuando ya Febo caminando
volvía con su carro presuroso,
los campos con sus rayos matizando
de rojo, verde, blanco luminoso...

Barco Centenera, *Argentina*, XII, 52.

A priesa viene ya aquella doncella
que a Titón dió su queja siendo bella.

Ibidem, XXIV, 43.

Armas antárticas, la epopeya inconclusa del desconocido Miramontes Zuázola, es quizá entre las de asunto americano, la que con más felicidad maneja el repertorio de tópicos anejos a la épica del Siglo de Oro; y entre ellos reaparecen profusamente la fecha astronómica (II, 144; IV, 313 y 315; VI, 477; VII, 549, 582, 585 y 595; IX, 771, 784; X, 928, etc.) y la hora mitológica. Los dos momentos favoritos son lógicamente los extremos, amanecer y anochecer (cf. para este último VII, 580; X, 928; XIV, 1219; XVI, 1352), sobre todo el primero, concebido como acción mítica de Apolo o de Aurora:

Del palacio de Tetis, do reposa
el que su resplandor nos manifiesta,
saca la crespa frente luminosa
y pónela en cenit de una floresta

IV, 313. Ed. J. Jijón y Caamaño. Quito, 1921.

Así entre su congoja y pesadumbre
se estuvo vacilando hasta la hora
que bordando las cimas de la cumbre,
se ve el risueño rostro de la Aurora

VII, 585.

Notifica la estrella matutina [4]
la venida del sol resplandeciente,
desplegando la Aurora la cortina
por los balcones del rosado Oriente

VII, 595.

[4] El lucero no es ingrediente obligado del amanecer épico convencional (el verso de Ausonio, *Ephemeris*, 39: *dum redeat roseo mihi lucifer aureus ortu* es excepcional), antes parecería una nota personal del poeta quien, más adelante, lo convierte en signo único de la hora expresada, bien que dignificándolo con un docto circunloquio:

Por el bajo horizonte se mostraba
de la amiga de Adonis el lucero

XVI, 1373.

Justo es recordar que, una que otra rara vez, Miramontes ha osado describir un amanecer no sin retórica, pero, a lo menos, sin los consabidos mitos:

Rayaba ya la luz por los oteros,
vistiendo de arreboles al Oriente,
llamando a trabajar los jornaleros,
cada cual a su oficio diferente...

IX, 809.

en tanto que luciente sol dorado
ilustre las frescuras de la vega,
con cuya clara aurora vengan luego...

XI, 981.

Con varios tornasoles matizadas
del luciente esplendor que Febo envía,
daban las pardas nubes retocadas
risueña muestra del alegre día

XV, 1329.

Del regazo de Tetis la cabeza
de resplandor vistiendo la alta cumbre,
levanta aquel por quien naturaleza
en la virtud opera de su lumbre

XVI, 1355.

Rayaba la diáfana techumbre,
con sus iluminados resplandores
Febo, vistiendo la eminente cumbre
de luz risueña y de fragantes flores.

XVI, 1397.

Ya por el oriental rubio horizonte
daba señales la rosada Aurora
del resplandor del padre de Faetonte,
que el mustio suelo, el mar y el aire dora,
vistiendo sierra, llano, valle y monte
de los colores de Amaltea y Flora,
verde, morado, azul, blanco, escarlata...

XX, 1671.

Estas muestras (a las que pueden agregarse otras, menos desarrolladas pero de idéntico sentido: II, 151; III, 235; VI, 471; VIII, 672; IX, 784; XIX, 1634) revelan el agrado del virtuoso en la variación retórica de un motivo dado. El ejemplo siguiente, en que el autor ha equiparado implícitamente la acción del mito con su lugar, muestra cómo ha palidecido, a fuerza de repetición, la visión mítica del amanecer, al punto de que siguiendo una trayectoria familiar (cf. la evolución semántica de « orto » y « ocaso », « Oriente » y « Occidente », « Levante » y « Poniente »), ha venido a trasmutar en estado y lugar su antigua esencia de tiempo y movimiento:

Adonde nace la rosada Aurora,
rosas suaves esparciendo y flores,
. . . . . .
y a do fenece el sol, la postrer hora
alumbrando al antípoda...

VIII, 718.

Todavía los últimos representantes del neoclasicismo — los últimos representantes de una tradición unitaria de cultura grecorromana que en los

países hispánicos casi se ha desvanecido a partir del romanticismo —, repiten el decorativo lugar común:

Nace después la rutilante Aurora
trayendo el nuevo día en sus albores,
y los puros aljófares que llora
vierte en el seno a las dormidas flores.

Lista, *La inocencia perdida*, 28.

No en tierno brillo la rosada Aurora
de oriámbar pintando el vago cielo,
alza el cabello de la mar sonora,
lloviendo perlas al florido suelo.

Romero, *La inocencia perdida*, II, 2.

Paralelamente al éxito con que los poetas recrean el motivo, a lo largo de tan duradera historia, los críticos apuntan a la inactualidad de la expresión épica. Horacio introduce malignamente la vieja visión, medio intuitiva, medio personificada, del anochecer y de la media noche en contextos humorísticos, al describir la batahola de un embarcadero:

Iam nox inducere terris
umbras et caelo diffundere signa parabat:
tum pueri nautis, pueris convicia nautae
ingerere.

Sátiras, I, V 9 y sigs.

o al pintar el viaje de los dos ratones del campo a la ciudad.

Iamque tenebat
nox medium caeli spatium, cum ponit uterque
in locupleti domo vestigia.

Sátiras, II, VI, 99 y sigs. [1].

[1] Ya la noche se disponía a traer a la tierra las sombras y a esparcir por el cielo las constelaciones; entonces los mozos llenan de insultos a los marineros y los marineros a los mozos. — Y ya la noche ocupaba el centro del ámbito del cielo, cuando ambos ponen los pies en la rica casa. A propósito del poema sobre la guerra de las Galias del obeso poeta Marco Furio Bibáculo (*turgidus Alpinus: Sátiras* I, X, 36), también satiriza Horacio la perífrasis, entre astronómica y mitológica, para designar las estaciones del año. Bibáculo se había referido al invierno con el verso *Iuppiter hibernas cana nive conspuit Alpes* ['Júpiter escupe cana nieve sobre los Alpes invernales'], y Horacio no lo olvida cuando habla de invierno y verano en su sabrosa parodia de la *Odisea*:

Persta atque obdura, seu rubra Canicula findet
infantes statuas: seu pingui tentus omaso
Furius hibernas cana nive conspuet Alpes

Sátiras, II, V, 40 y sigs.

O sea: 'Firme, no cejes; ya la roja Canícula hienda las mudas estatuas; ya Furio, atestado de tripa gorda, escupa cana nieve sobre los Alpes invernales'.

También Séneca, el de la *Apocolocyntosis* (metamorfosis ovidiana del emperador Claudio en calabaza) ríe a su sabor de tan trasnochados circunloquios. Después de acumular en seis hexámetros toda suerte de información astronómica y agrícola, aclara: « Pienso que se entenderá mejor si digo: « era el día trece del mes de octubre », y continúa con un precioso comentario acerca de la hora:

> *Horam non possum certam tibi dicere, facilius inter philosophos quam inter horologia conueniet, tamen inter sextam et septimam erat. « Nimis rustice » inquies: « cum omnes poetae, non contenti ortus et occasus describere, ut etiam medium diem inquietent, tu sic transibis horam tam bonam? »*
>
> *Iam medium curru Phoebus diuiserat orbem*
> *et propior nocti fessas quatiebat habenas*
> *obliquo flexam deducens tramite lucem...*
>
> *Apocolocyntosis*, 2 [1].

Tal crítica presupone un refinado sentido de la forma que en la Edad Media no existe. Pero cuando en el Renacimiento los artistas han vertido una y otra vez a la lenga vulgar aquella perífrasis épica, también surge, a su lado, la sonrisa ante el viejo artificio. Conocida es la reacción de Sempronio ante el arrebato retórico de su amo (bastante análogo a la prosa de las narraciones sentimentales de Juan Rodríguez del Padrón):

> *Calisto.* — Ni comeré hasta entonce; aunque primero sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin a su jornada.
>
> *Sempronio.* — Deja, señor, esos rodeos, deja esas poesías, que no es habla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden. Dí « aunque se ponga el sol », e sabrán todos lo que dices.
>
> *Celestina*, auctо VIII.

No hay que buscar muy lejos el blanco de la sátira: no es sino la lengua exornada con que en la *Glosa* a la *Coronación*, Juan de Mena vierte libremente algunas fábulas de las *Metamorfosis*, en una deliberada tentativa de narración poética que le lleva a rebasar el estricto fin explicativo de la *Glosa*. En el comento de la copla 25 la fábula narrada es la de Clicie, y en ella se destacan por su textura altamente decorativa las líneas que Mena introduce con cita expresa de su autor:

[1] No te puedo decir la hora exacta — es más fácil que se pongan de acuerdo los filósofos que los relojes —; sin embargo, era entre las doce y la una. « ¡ Qué grosero! — dirás — cuando todos los poetas, no contentos con describir la salida y la puesta del sol molestan también al mediodía ¿ tú dejarás pasar así tan buena hora? »

Ya Febo había dividido con su carro la mitad del globo y, más cercano a la noche, agitaba las fatigadas riendas, haciendo bajar en oblicuo trayecto la desviada luz...

> Y dize Ouidio que como Febo descendía en ocidente, en aquel dorado carro de quatro ruedas que tirauan los sus cauallos, e como Febo los dexasse en los suelos de España, que son los sus postrimeros pastos, recreando sus miembros, e apacentándose por aquella yerua ambrosia llamada, en este tiempo, Febo dexando allí los sus cauallos... [1].

Más directamente, Torres Naharro burla de la perífrasis mitológica destinada a expresar la hora, insertándola para mayor contraste en el habla ruda de Galterio, el hortelano de la *Comedia Aquilana*, II:

> Hao, collaço dormilón,
> apaña tus arrapieços,
> que su padre de Fetón
> va ya por essos cabeços.

Lope, tan aficionado a la hora mitológica, no deja de prodigarla humorísticamente en la *Gatomaquia*, junto con otros requisitos impuestos por la preceptiva del género épico:

> Al tiempo que el Aurora fugitiva
> de su cansado esposo
> arrojaba la luz a los mortales,
> y el Sol infante en líquidos pañales
> de celajes azules,
> mandaba recoger en sus baúles,
> para poder abrir los de oro y rosa,
> el manto de la noche temerosa...
>
> *Gatomaquia*, II.

> cuando Febo dorado
> asomaba la frente
> por las ventanas del rosado Oriente,
> como si azúcar fuera y de colores,
> en campo verde iluminó las flores.
>
> *Gatomaquia*, III.

> cuando del Sol el carro
> que Etontes y Flegón amanecieron
> atrás iba dejando el mediodía...
>
> *Gatomaquia*, VII.

[1] Pág. 69o de la edición de Juan Steelsio, Amberes, 1552, ejemplar gentilmente facilitado por el profesor Arturo Marasso. El pasaje correspondiente de las *Metamorfosis*, IV, 215-217, dice así:

> *Axe sub Hesperio sunt pascua Solis equorum:*
> *ambrosiam pro gramine habent; ea fessa diurnis*
> *membra ministeriis nutrit reparatque labori.*
> *Dumque ibi quadripedes coelestia pabula carpunt*

Como, según hemos visto, la tradición popular del romance veda el tópico de la hora mitológica, Góngora lo presenta sólo y con intención satírica en romances burlescos :

Cuando la rosada Aurora
o violada si es mejor
(escojan los epítetos,
que ambos de botica son),
las alboradas de abril
vierte desde su balcón,
como en posesión del día
perlas que desata el Sol...

Ed. Millé y Giménez, nº 54.

A un tiempo dejaba el Sol
los colchones de las ondas
. . . . . .
y ella porque sus corderos,
en tanto que el Alba llora,
se longanicen las tripas
de esmeraldas y de aljófar.

Ibidem, nº 56.

Las octavas de Quevedo, tituladas *De las necedades y locuras de Orlando el enamorado*, áspera caricatura de la epopeya caballeresca a modo del *Bernardo*, presentan por tres veces la parodia de la hora mitológica :

cuando detrás inmensa luz se vía ;
tal al nacer le apunta el bozo al día.
Empezó a chorrear amaneceres
y prólogos de luz que el cielo dora.

I, 54-55.

Ya el Madrugón del cielo amodorrido
daba en el horizonte cabezadas,
y pide el tocador medio dormido
a Tetis, un jergón y dos frazadas.

II, 6.

Ya las chafarrinadas de la aurora
burrajeaban nubes y collados,
y el platero del mundo que le dora
asomaba buriles esmaltados.

II, 20.

Un repetido recurso cómico de la *Mosquea* de Villaviciosa consiste, cabalmente, en circunscribir horas y fechas acumulando desmesuradamente alusiones astronómicas y mitológicas :

Aran las bestias dos el curso entero
que tarde el Sol mientras su luz divina
a los mortales muestra y va ligero
a la estación de Tetis cristalina.

Mosquea, I, 17.

Al són del arma despertó la Aurora,
temerosa dejando sus umbrales,
vertiendo en vez de lágrimas que llora
las perlas de sus ojos orientales ;
la santa luz del Sol que el mundo adora
anunciaba a los míseros mortales,
renovando a sus cuerpos el quebranto,
y ella a sí misma por Memnón el llanto.
A la cuadra del Sol las Horas bellas
fueron con lento y perezoso paso,
quitándoles la luz a las estrellas,
o haciéndosela dar con rayo escaso ;
y despertando a Febo la una dellas,
Eunomia, diputada para el caso,
contando la salida de la Aurora,
hizo salir al Sol la bella Hora.

Ibidem, XII, 1-2.

Cf. también canto IV, octavas 1-7 ; XI, 96-99 y en especial el canto II que describe en no menos de 135 endecasílabos las diferentes posiciones del sol en el zodíaco.

Don Quijote se sitúa, pues, en una convención retórica muchas veces secular cuando imagina que su historiador ha de iniciar con ese tópico el relato de su primera salida :

> Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada Aurora que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando...

Quijote, I, 2.

La parodia es perfecta, y no uno sino muchos elementos entran en su perfección : aparte el motivo del amanecer, la línea sinuosa del período, el adjetivo obligatorio y obligatoriamente antepuesto, los nombres y los acertijos mitológicos (no sólo « el rubicundo Apolo » y « la rosada Aurora » sino « el celoso marido » = Titón), y el chiste doble a expensas de la manida retórica al uso. En efecto : la asociación « puertas y *balcones* del horizonte » pone en ridículo las « puertas » que con bastante frecuencia figuran en el

amanecer mitológico (cf. más arriba: *Os lusíadas*, II, 1; *Jerusalén conquistada*, XVI, 43; *El Bernardo*, VI, 134; *Nápoles recuperada*, II, 1 y XII, 1; *Monserrate*, XII, 20; *Elegías de los varones ilustres de Indias*, III; parte *Historia de Popayán*, canto VI, 76), así como en *Rinconete y Cortadillo* la mención de «una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos», deshace en risa el prestigio clásico de las Tebas beocia y egipcia. Pero además, es posible que Cervantes satirizara también el uso de «balcones» en esa pintura celeste que, en verdad, parece bastante extendido (cf. más arriba *Purgatorio*, IX, 2; *Soledad II*, 613; *Jerusalén conquistada*, V, 34; cf. además, la *Dragontea*, I, 28; *Vida y muerte del patriarca San Josef*, XIV, 1; *El Vasauro*, VIII, 78; *Armas Antárticas*, VII, 595).

La obligatoriedad de esa vieja presentación retórica parecía tan amablemente risible a Cervantes que la vuelve a incluir en su relato directo, en la deliciosa aventura del Caballero de los Espejos, con mayor detalle y no menos hábil técnica de parodia:

> En esto ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca Aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófar; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando...
>
> *Quijote*, II, 18 [1].

Lo primero que la luz de esa vetusta Aurora presenta a la vista de Sancho Panza es la espantable nariz, demasiadamente grande, corva, llena de verrugas y amoratada como berenjena, de Tomé Cecial, el otro escudero. La nariz de Tomé Cecial pertenece a toda una categoría de la realidad que ni la epopeya clásica ni su imitación renacentista admite, y se convierte, a la inexorable luz de la ironía de Cervantes, en el grotesco símbolo de un nuevo criterio artístico, que no necesita esquematizar bellamente la variedad real, y que refleja, a su vez, la multiplicidad de experiencia esencial en el hombre moderno.

MARÍA ROSA LIDA.

[1] Con respecto a la anterior, ofrece esta parodia un fina variante de estilo retórico; en lugar del período de largo dibujo, la descripción remata con una sucesión de breves miembros de ritmo paralelo encuadradas entre dos oraciones algo más extensas: «los sauces... con su venida».

NOTAS

HUELLA DE LA TRADICIÓN GRECOLATINA EN EL POEMA DE JUAN DE CASTELLANOS

Esta mínima contribución al estudio de América y de la tradición clásica — surgida en un coloquio con don Pedro Henríquez Ureña —, quiere dar testimonio de una perfección suya que, por no poderse atesorar en libros, ya no conocerán los que no alcanzaron a oírle. Me refiero a la exquisita calidad de su conversación, siempre juvenilmente ávida y magistralmente sugestiva, que le convertía en el interlocutor ideal de cada interlocutor.

Recordaba don Pedro Henríquez Ureña, una de las últimas veces que le oí conversar, cómo continuaba todavía en América el pleito, caducado ya en la Península, entre el verso castizo y el verso italianizante (cuyo ritmo no percibían aún el capitán Lorenzo Martín ni el mismo Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá) por los años que Juan de Castellanos compilaba sus pacientes *Elegías de varones ilustres de Indias*:

> el cual [Martín] bebió también en Hipocrene
> aquel sacro licor que manar hizo
> la uña del alígero Pegaso,
> con tan sonora y abundante vena,
> que nunca yo vi cosa semejante,
> según antiguos modos de españoles [1],
> porque composición italïana,
> hurtada de los metros que se dicen
> endecasílabos entre latinos,
> *aún no corría por aquestas partes;*
> antes cuando leía los poemas
> vestidos desta nueva compostura
> dejaban tan mal són en sus oídos,
> que juzgaba ser prosa que tenía
> al beneplácito las consonancias
> . . . . . .

[1] Estas mismas gentes que prefieren los metros breves de los romances y canciones viejas son las que, para la poesía grave, aún cultivan la estrofa prestigiada por Juan de Mena: así lo demuestra el más antiguo poema, anónimo, sobre la conquista del Perú, escrito hacia 1548 en sus coplas de arte mayor. V. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Literary Currents in Hispanic America*. Harvard University Press, 1946, págs. 52-53.

Y esta dificultad hallaba siempre
Jiménez de Quesada, licenciado,
que es el Adelantado de este reino,
de quien puedo decir no ser ayuno
del poético gusto y ejercicio.
Y él porfió conmigo muchas veces
ser los metros antiguos castellanos
los propios y adaptados a su lengua,
por ser hijos nascidos de su vientre,
y éstos advenedizos, adoptivos
de diferente madre y extranjera.
Mas no tuvo razón, pues que sabía
haber versos latinos que son varios
en la composición y cuantidades,
y aunque con diferentes pies se mueven
son legítimos hijos de una madre
y en sus entrañas propias engendrados;
como los son también de nuestra lengua.

Parte IV, canto XIII (*Obras* de Juan de Castellanos Edición de Parra León, Caracas, 1932).

Esa tardía polémica que no corresponde a la fecha de composición de las *Elegías* sino, patéticamente, a la adolescencia de estos conquistadores, prueba que Juan de Castellanos había conservado interés bastante vivo en las cosas del arte literario. Y en verdad, debió de ser hombre de varia, si no de honda lectura, y nada reacio a enhebrarla en sus versos, como lo demuestra, para empezar, el debate cosmográfico que abre, a bordo de la carabela de Colón, uno de sus soldados rebeldes:

Leemos cerca desto maravillas
en Plinio y Estrabón, varón anciano,
y niégalo también a pie juntillas
la pluma de Latancio Firmiano;
pues tales opiniones encubrillas
sería de malísimo cristiano,
y cosa de poetas, San Isidro
las tiene por más flacas que de vidro.
Pues dicen ser antípodas novela
compuesta como muchos desatinos,
ajenos del sentido del escuela
de los peritos griegos y latinos;
y entre ellos Aristótiles y Mela,
Escoto y con Durando sus vecinos:
Pues ¿quién me negará no ser errores
el no querer creer estos dotores?

Parte Primera. Elegía I, canto II.

A lo que responde el Almirante tras largo exordio moral:

Que no me dan a mí gloria ni pena
los muchos a quien tengo de mi mano
como son Averrois y Avicena

y el ínclito dotor Alberto Mano,
pues autoridad sacra, que es la buena,
dice no hacer Dios tierras en vano
. . . . . .
y anduve hartas horas a rastreo
de las pisadas viejas y opiniones:
como Platón en Crícias y Timeo
y el otro de las trágicas ficiones,

o sea, Séneca en la tragedia *Medea*, cuyos versos 375-379 (fin del acto II), citados por Colón en el *Libro de la profecías* [1], se convirtieron en un lugar común de la historia del Descubrimiento de América.

Tampoco falta en Castellanos el juego asiduo de alusiones a la mitología, historia y literatura grecorromanas, que constituye para el hombre moderno, a partir del Renacimiento, como la contraseña de la cultura. Algunos ejemplos de alusión mitológica, fuera de los recogidos en la pág. 101 y sig.:

Porque también Polimnia y Erato
con la conversación del duro Marte
de número sonoro y verso grato
tenían deste tiempo buena parte.

Parte I. Elegía XIV, canto I.

No vuelve las espaldas uno solo
a muchos, y en el tiro de saeta
nada [¿es?] superior el gran Apolo,
y muy inferior el diestro geta:
es cifra lo mejor del pueblo etolo
y sueño los coos y el de Creta.
no tuvo Panopés certeza tanta,
Aretusa, Calisto ni Atalanta.

Parte I. Elegía XI, canto VI.

deshízose la lumbre de Diana,
sobrepujó lo claro del Aurora:
dijeras en el alma más reclusa
obrarse los efetos de Medusa.

Parte I. Elegía XIV, canto III.

[1] El *Libro de las profecías* (edición *Bibl. clásica*) cita dichos versos de este modo:

Venient annis
saecula seris quibus Oceanus
vincula rerum laxet et ingens
pateat tellus Tiphysque novos
detegat orbes nec sit terris
ultima Thile.

La escansión y el texto difieren de los que fijan los editores modernos. Colón traduce así: «Vernán [¿con?] los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojará los atamientos de las cosas y se abrirá una grande tierra; y un nuevo marinero, como aquel que fué guía de Jasón que hobo nombre Tiphis, descobrirá nuevo mundo; ya entonces no será la isla Tille la postrera de las tierras».

Por lo demás, la mitología no se reduce siempre a la alusión más o menos fugaz; a veces acompaña en todo su desarrollo la relación de un suceso contemporáneo. Así, en la *Historia de Santa Marta*, canto I, Castellanos cuenta cómo al vadear un río, desaparece el capitán Rodrigo Palomino, víctima de los caimanes; y contrapone las voces de sus compañeros al llanto de Hércules por la pérdida de Hilas, y el destino del valiente capitán, desaparecido en el río tropical, a la suerte del adolescente mitológico, acogido por las náyades enamoradas:

No voz hercúlea por el alto cielo,
ni grito por los aires esparcido,
sonó tanto llamando su mozuelo
Hylas, en fondas aguas sumergido
cuanto sonó la voz y desconsuelo
de los que lo llamaban sin sentido,
pues con ser una cosa tan creíble
no podían creer fuese posible.
De Hylas cuentan las antigüedades,
según tienen poetas por estilo,
que dél enamoradas las Nayades
lo recogieron en profundo silo:
de Palomino son ciertas verdades
sumergillo caimán o cocodrilo...

No menos frecuentes y por momentos bastante oscuras son las alusiones a la historia clásica:

quinto día justo
del mes que nos nombró César Augusto.

Parte I. Elegía III, canto I.

A Próculo dotó [Fortuna] de gran imperio
a Mauricio y a Tito Coruncano,
y de pastor de vacas a Galerio
para subir a él le dió la mano;
puso también en grande vituperio
a Polícrates y a Valeriano

Parte II. Elegía I, canto III.

el cual con muertes, como Marco Antonio
con la de Tulio, piensa tener vida

Parte II. Elegía III, canto II.

y no sé yo si César el antigo
con Petreyo y Afranio hizo tanto

Parte III, *Historia de Cartagena*, canto V.

El poderoso Xerjes tuvo mano,
según dicen autores, tan potente,
que no se lee que poder humano
tuviese de guerreros tanta gente,

y fué vencido por el espartano
con cuatro mil soldados solamente;
donde tuvo más fuerza la destreza
que la numerosísima grandeza.

Parte IV, *Historia del nuevo reino de Granada*, canto II.

Entre las alusiones literarias pueden añadirse, aparte la ya señalada cita del teatro de Séneca, las siguientes:

o ellas, aquellas ninfas de Aristeo

Parte I. Elegía I, canto IV,

alusión al episodio de Aristeo en las *Geórgicas*, IV, 315 y sigs. con su musical enumeración de nereidas, 334-345. Para pintar a una «persona mal sabida, recatada», surge el recuerdo de Davo, el esclavo que urde la intriga en la primera de las seis comedias de Terencio:

en todas sus astucias otro Davo.

Parte I. Elegía V, canto II.

El traidor se identifica con el griego encargado de persuadir a los troyanos, en la *Eneida*, II, 57 y sigs., a que introduzcan en sus muros el mentido caballo:

vía la perdición que se seguía,
y el maldito Sinón nada decía.

Parte I. Elegía XIV, canto V.

El huracán en la selva tropical evoca los prodigios ya no increíbles de Plinio:

Según el gran ruído y alboroto
parece de demonios ser dominio,
terrible huracán, nada remoto
de los portentos que nos cuenta Plinio.

Parte II. Elegía III, canto I.

Las exequias de las víctimas de Juan de Caravajal recuerdan la historia de Polidoro en la playa tracia (*Eneida*, III, 23):

Conclusa ya la obra de clemencia
entre mirtos, según a Polidoro...

Parte II. Elegía III, canto II.

Una graciosa fábula de los *Fastos* II, 599 y sigs., de Ovidio proporciona un término de elación:

En las astucias fué como Cetego,
en la locuacidad, la ninfa Lara.

Parte II. Elegía III, canto II.

Si un anciano se niega a seguir la penosa travesía de la selva, y su hijo ejemplar le lleva en hombros, inmediatamente el caso se sitúa dentro del dechado por excelencia de piedad filial, el de la *Eneida*, II, 634 y sigs.:

sobre sus pïadosos hombros carga
la presea mejor de sus presas,
ocupados más tiempo con la carga
que con Anquises fueron los de Eneas,

Parte II. Elegia IV, canto III.

Los indios de Cincorona, como Medea enamorada (según el verso más famoso de las *Metamorfosis*, VII, 20-21):

saben cuál es lo malo cuál lo bueno,
y siguen lo peor a la contina.

Parte II. *Elogio de don Luis de Rojas*, canto I.

El lebrel Amadís se lanza, tras el indio que desafía a los españoles, más veloz que la jauría de Acteón tras su señor (*Metamorfosis*, III, 206 y sigs.):

No Melampo, Harpago ni Dorsco [1],
con tanta furia van por el ejido
con Dramas, Harpolos y Melanco [1]
tras el señor en ciervo convertido,
cuanta fué la soltura y el deseo
del Amadís después que el indio vido

Parte II. *Elogio de don Luis de Rojas*, canto I.

Todos estos conocimientos le permiten rastrear la fuente antigua de la poesía contemporánea, en los curiosos versos siguientes, que vierten unos del poeta latino Helio Eobano de Hesse (1488-1550), uno de los «varones oscuros» del círculo humanista de Hutten y Reuchlin, recordado también por Quevedo en las *Zahurdas de Plutón*:

como son unos versos de Euboano
aunque tomados del poeta Ennio:
«No me dois honras con llorosos modos,
pues me celebran ya bocas de todos» [2].

Que todas estas lecturas no están asimiladas de veras, como lo están en un Garcilaso o en un Camoens, no hay ni para qué advertirlo: la cultura antigua es tan superior al poder de recreación de Castellanos, que a lo sumo puede entretejerla, prosaicamente romanceada, en su propia trama; y aun muchas veces elude esta primera elaboración, contentándose con incrustar sin modificaciones tal o cual brizna de griego o de latín; así, al rematar la descripción del pez gimnoto que con sus descargas eléctricas entumece el brazo de los pescadores:

[1] Conforme al original, debieran ser: Dorceo (de δορκάς 'gacela'), Dromas (de δρομάς 'corredor') y Hárpalo (de ἁρπαλέος 'voraz, apresador').

[2] El epitafio de Ennio dice así:

Nemo me lacrimis decoret nec funera fletu
faxit. Cur? volito vivos per ora virum.

Parte IV. *Elegía a la muerte del capitán Hierónimo Hurtado de Mendoza*, canto II.

y este peje se dice, *quantum credo*,
en griego *narce* y en latín *torpedo*.

Parte I. Elegia XI, canto II.

También puede echarse mano del latín para un juego de palabras, nada sutil, en honor de fray Francisco Montesinos, quien se proponía conquistar la Guayana, y no se dejó engañar por las promesas del tirano Lope de Aguirre:

mas no fué *mentis inops* Montesinos.

Parte I. Elegia XIV, canto V.

O sencillamente para expresar con cómodas frases hechas lo que más personalmente pudiera decirse en romance, como en las palabras de don Alonso de Lugo, poco amigo de compartir el oro con los compañeros de trabajos:

Pero, ¿*quid inter* tantos, por tu vida,
siendo breve la copia de dineros?
Es algo para mí, mas repartida
por tantas vías y desaguaderos,
los tesoros no bastarán de Juno [1]
at modicum accipiat cada uno.

Parte II. Elegia IV, canto II.

Pero sin duda el mayor atractivo de los latines lo posee la cita — la formulación ya consagrada del pensamiento necesario. Por dos veces transcribe Castellanos el amargo comentario sobre reyes y súbditos que sugiere a Horacio la lectura de la *Ilíada* (*Epístolas*, I, II, verso 14):

Puesto caso que cuantos golpes tiran
descargan en los míseros pacientes,
por que se diga bien *reges delirant*
y pagan miserables inocentes.

Parte III. *Historia de Cartagena*, canto III.

Y más apegado aún al texto latino:

En cuya consecuencia me parece
que viene bien aquí *delirant reges*
et plectuntur Achivi

Parte III. *Elogio de Gaspar de Rodas*, canto II.

El buen humor del capitán Lorenzo Martín, que sostiene el ánimo de una pequeña compañía desfallecida de hambre, con sus «donaires y torrentes / de coplas redondillas repentinas» confirma al autor en el antiguo parecer, atribuído a Publilio Siro, v. 116 de que en un viaje, tan importante como el carruaje es la buena compañía: *Comes facundus in via pro vehiculo est:*

[1] Alusión al templo de Juno Moneta (sobre este dictado véase Cicerón, *De divinatione*, I, 45) en el que se acuñaba moneda en la antigua Roma.

porque, como se ve por experiencia
vehículo no poco provechoso
est comes iucundissimus in uita.

Parte IV, canto XVII.

Nada hay en esto que salga de lo común en los tiempos de Juan de Castellanos; sorprende en cambio cierta curiosidad por cosas exclusivamente griegas, excepcional, como es sabido, entre los hombres de letras del Siglo de Oro español. Así, dice Castellanos al ponderar a una dama:

Doña Luisa, otra Castianira,
a quien Homero pinta soberana.

Parte I. Elegía V, canto I,

recordando un personaje femenino enteramente episódico de la *Ilíada* VIII, 305, y mencionado en solo un verso formular: «la hermosa Castianira, en cuerpo semejante a las diosas». La octava que describe las costumbres licenciosas de las indias de Venezuela concluye así:

pues apenas veréis do no se tope
el ardiente lascivia de Sinope

Parte II. Introducción.

Es clara la alusión a Diógenes el cínico, nacido en Sinope, quien escandalizaba a los atenienses realizando en público actos que, según él, eran inocentes por ser naturales (Diógenes Laercio VI, § 69). En otra ocasión se excusa de abreviar el relato en estos términos:

dejando de contar varios sucesos
por no hacer acervos de Crisipo

Parte IV, canto XIV.

Aquí Castellanos emplea con el sentido general de acumulación, el sofisma usado por los estoicos (representados por Crisipo, el más insigne de los lógicos del estoicismo) para demostrar su dogma de la igualdad de todos los delitos, y más conocido por su nombre griego de *sorites* [1].

Quizá el caso más digno de nota, por ser una de las rarísimas muestras de imitación de un escritor griego no realizada a través de la literatura latina (a diferencia de Homero y Teócrito, por ejemplo, imitados muy principalmente a través de la *Eneida* y de las *Bucólicas*), es el que ofrece la Parte IV de las *Elegías*, canto XVII:

Mas un cierto soldado de buen brío
que se decía Juan de Castellanos,
viendo su sinsabor y descontento
dijo...

[1] Las lógicas modernas llaman también «sorites» a un tipo de silogismo compuesto. Como ejemplo del sorites antiguo, sofisma por acumulación, o recuérdese a Horacio, *Epístolas*, II, I, v. 35 y sigs. sobre cuántos años confieren dignidad de antiguo a un escritor, Marco Aurelio, XI, 2, para desvanecer el placer de la música, la danza y la lucha.

El modelo seguido es evidentemente el famoso pasaje de la *Retirada de los diez mil* en que, después de dos lances dramáticos, la batalla de Cunaxa y el asesinato de los generales griegos, Jenofonte vuelve a introducirse para pasar al primer plano del relato: «Había en el ejército un tal Jenofonte de Atenas...» (III, I, 4). Esta tercera persona de Tucídides y de Jenofonte, característica de la objetividad científica con que el griego puede considerar aun su propia biografía, está remedada en los versos con que prosigue el pasaje de Castellanos, y contrasta cómicamente con el tono de confidencia familiar que con tanta naturalidad fluye de las *Elegías*: véanse, entre infinitos casos, los citados recuerdos de los coloquios literarios habidos con Jiménez de Quesada y con Lorenzo Martín, y el verso (Parte I. Elegía VI, canto II): «Y un hombre de Alanís, natural mío», que han dado a conocer el lugar de nacimiento del autor.

Con esta curiosidad por la migaja griega (que no arguye al helenista, antes bien al apasionado profano), se enlaza la presencia de dos voces griegas insertas en las *Elegías*, no porque Castellanos las leyese en su contexto original, sino porque las recogió de uno de los autores latinos más gustados, imitados y traducidos en el Siglo de Oro, el bilbilitano Marcial [1], unido por tan varios e inexplicables hilos — patriotismo, ingenio, galantería, realismo — a la más genuina fisonomía literaria española. En efecto, entre las delicias de la isla Margarita, pondera Castellanos la excelencia de las carnes:

Allí las carnes vencen en sabores
a las más escelentes y mejores.
No la Calabria ni armentaria Tracia
mejor carnero ni tan buena vaca,
cabritos muy mejores que en Ambracia:
y por atagen y ave fasiaca [2],
otra de más sabor y mejor gracia
que por allí se llama guacharaca,
domésticas y bravas muchas aves,
ningunas más gustosas ni suaves.
El índico pavón allí se halla,
capones sobre todos escelentes,
con otra grande copia que se calla
de caxas en sabor no diferentes,
otro *mistillo* y otro *taratalla*,
que guisaban con varios adherentes
con tal primor y tanta pulicia
cuanto cabal concierto requería.

Parte I. Elegía XIV, canto I

[1] Véase Anthony A. Gillian, *Martial and the Epigram in Spain in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. University of Pennsylvania. Publication of the Series in Romanic Languages and Literatures, nº 22. Philadelphia, 1930. Esta meritoria tesis no menciona a Juan de Castellanos.

[2] O sea: 'francolín', lat. *attagen*, transcripción del griego ἀττακήν, y 'faisán' etimológicamente *Phasianus ales*, traducción de Φασιανὸς ὄρνις, o sea 'el ave fasiana', indígena de la comarca del río Fasis en la Cólquide. Castellanos emplea en su verso otro derivado del nombre del río, *Phasiacus*, que existe en latín, aunque no especializado en la adjetivación del ave.

Las dos insólitas voces, *mistillo* y *taratalla* se encuentran en el siguiente epigrama de Marcial, I, 51:

> *Si tibi* Mistyllus *cocus, Aemiliane, uocatur,*
> *dicatur quare non* Taratalla *mihi?*

Un tal Emiliano (si ya no es nombre fingido para designar un tipo social, como es el caso en muchos otros de los *Epigramas*) había dado a su cocinero el nombre de *Mistyllus*, tomado del verbo con que comienza un verso formular, varias veces repetido en los poemas homéricos (*Ilíada*, I, 465; II, 428; *Odisea*, III, 462, etc.) al describir la cocina épica:

> μίστυλλόν τ' ἄρα τἄλλα καὶ ἀμφ' ὀβελοῖσιν ἔπειραν [1].

La imposición de tal nombre nos lleva a la novela de Petronio, en la que Trimalción (el nuevo rico también disparatadamente aficionado a la poesía homérica, cf. §§ 52 y 59) llama a su trinchador *Carpus*, para permitirse con idéntico equivoquillo, llamarle y ordenarle a la vez la ejecución de su ministerio, ya que el vocativo singular del nombre fingido coincide con el imperativo del verbo verdadero: *carpe* y μίστυλλε vocativos de * *carpus* y * Μίστυλλος e imperativos de *carpo* y μιστύλλω, como lo explica un comensal enterado:

> *Vides illum, inquit, qui obsonium carpit: Carpus uocatur. Itaque quotiescunque dicit « Carpe », eodem uerbo et uocat et imperat* (*Satyricon*, 36).

Marcial pregunta en broma por qué no puede llamar a su cocinero con las palabras que siguen en el verso homérico τ' ἄρα τἄλλα 'pues, lo demás', y éstos son los nombres que en la acepción general de 'cocineros' inserta Castellanos en medio de las delicias gastronomicas de la isla Margarita. Sin duda, la alusión al epigrama latino no sería arcana en los días del autor, lo cual confirma la popularidad de Marcial en el Siglo de Oro, aun en la remota América durante sus primeros años de civilización española. Y a su vez, el hecho de que las dos palabras homéricas aparezcan impresas con inicial minúscula en las ediciones modernas (la anónima de la *Colección Rivadeneyra*, pág. 152 b, y la de los hermanos Parra León, tomo I, pág. 223 *a*) atestigua el eclipse de la tradición humanística en la cultura hispánica. Verdad es que la desaliñada sintaxis de Castellanos habrá contribuído a que las palabras griegas injertas en sus octavas sonaran como un par más de productos exóticos, del mismo modo que a la vieja Gerarda las « hipérboles y energías », grecismos retóricos del indiano enamorado, le parecían « frutas de las Indias, como plátanos y aguacates ». (*La Dorotea*, II, 1).

María Rosa Lida.

[1] 'Dividieron, pues, lo demás, y lo pasaron de parte a parte con asadores'.

LA HIPÉRBOLE SAGRADA EN LA POESÍA CASTELLANA DEL SIGLO XV

Una nota específica de la cultura medieval es el enlace íntimo y frecuente entre la poesía sagrada y la profana. Entre los infinitos testimonios que ofrecen las bellas artes y la literatura, baste recordar el Milagro de Gautier de Coincy en que la Virgen se aparece, deslumbradora de fastuosidad y belleza, al caballero que la ha implorado para obtener el amor de su dama; le interroga:

> *biau douz amis,*
> *est ele plus bele que moi?* [1]

y le conmina a elegir entre las dos. Tal intimidad es natural, ya que para la Edad Media la esfera de lo sagrado representa casi toda la esfera de lo espiritual, casi todo el conjunto de valores ideales obligados. La intimidad con esos valores, la constante apelación a ellos es esencial como no lo es para la Edad Moderna, poseedora ya de otros términos ideales.

A fines de la Edad Media, en la crisis en que caducan sus instituciones frente a la jerarquizada ordenación de valores de los siglos previos, el estado de pugna confusa en todos los sectores socava y confunde valores tradicionales. En ese desquicio general de la sociedad todo encarecimiento pierde fuerza y, para mantener viva la elación, el intelectualismo de los hombres de la época acude a la esfera elevada más familiar: la religiosa. Particularmente, la larga familiaridad ha acabado por mecanizar y rebajar el valor del símbolo cuando el engrandecimiento del poder secular suscita formas de homenaje tomadas del repertorio ya hecho de la adoración religiosa, como lo ha demostrado Huizinga en *El otoño de la Edad Media*, cap. XII (*Revista de Occidente*, Madrid, 1945, pág. 225):

> Tan pronto como la veneración por la majestad temporal se apodera del hombre medieval, sírvele el lenguaje de la adoración religiosa como medio de expresar su sentimiento. Los servidores de los príncipes del siglo XV no retroceden en este punto ante ninguna profanación. En su discurso sobre el asesinato de Luis de Orléans hace el defensor que el espíritu del príncipe asesinado hable así a su hijo: « contempla mis heridas, cinco de las cuales han sido particularmente crueles y mortales ». Compara, pues, al asesinado con Cristo. El obispo de Châlons no se atemoriza, por su parte, de comparar a Juan sin Miedo, caído por obra de los vengadores de Orléans, con el cordero de Dios. Molinet compara al emperador Federico que envía a los Países Bajos a su hijo Maximiliano para casarse con María de Borgoña, con Dios Padre, que envió su hijo a la tierra, y no se ahorra expresiones piadosas para exornar este viaje del novio. Cuando

[1] Narra el mismo milagro la cantiga XVI de Alfonso el Sabio. A diferencia del poeta francés, el castellano omite la nota suntuosa en la aparición de la Virgen. Las palabras que ésta dirige al caballero son asimismo menos dramáticas:

> *Toll' as mãos d' ante ta faz*
> *et pára-mi mientes, ca eu non tenno anfaz;*
> *de mí et da outra dona, a que te máis praz*
> *filla qual quiseres, segundo t'eu semellar'.*

más tarde entran en Bruselas Federico y Maximiliano con el pequeño Felipe el Hermoso, hace Molinet decir a los bruselenses entre lágrimas: « *Veez-ci figure de la Trinité, le Père, le Fils et Sainct Esprit* ». O bien dedica su corona de flores a María de Borgoña como digna imagen de Nuestra Amada Señora, « sin perjuicio de la Virginidad ».

En España, tan indeleblemente moldeada por su lapso medieval, la intimidad con lo divino es uno de sus más nítidos rasgos, igualmente notable en su literatura y en su lengua. Como casos extremos, el *Libro de buen amor* y los conceptos de Ledesma y de Bonilla son los que más han sobresaltado a la crítica extranjera. Pero tal encarecimiento como « ámovos más que a Dios » (*Buen amor*, 661 *c*) que suena a arriesgada profanación a F. Weisser (*Sprachliche Kunstmittel des Erzpriesters von Hita*, *VKR*, VII, 1934, pág. 185), no sorprende en el español de nuestros días más que giros tan triviales como el cumplido « linda como una Virgencita », « más bueno que Dios » o la fórmula peyorativa « todo el santo día ».

En España el « Otoño de la Edad Media » tiene como nota diferencial el papel de conversos y cristianos nuevos en su cultura y economía. Por su número e importancia debieron de contribuir de modo específico al desorden íntimo y a la confusión de jerarquías espirituales, de suyo existente en toda la sociedad de la tardía Edad Media. Además, la conmoción sufrida por los conversos debió de hacer el conflicto mucho más intenso en ellos mismos. Testigo explícito, Antón de Montoro, el Ropero de Córdoba, quien con su curiosa postura entre bufón y poeta, puede revelar su intimidad en una confesión directa y concreta, que nada tiene de común con el monótono rastreo introspectivo, al modo trovadoresco, de los poetas encumbrados de la época. Aparte sus orígenes, hacen inevitable el cotejo con Heine el dón epigramático, la ternura, el cinismo y cierta nobleza de condición que se vislumbran tras ellos. Montoro, raro ejemplo entre conversos, tuvo el valor de alzar la voz en protesta contra los desmanes cometidos contra los cristianos nuevos en Carmona y en Córdoba (*Cancionero de Antón de Montoro*, ed. E. Cotarelo y Mori. Madrid, 1900. N^os^ 32 y 33), pero tuvo también el valor de pintar en versos desenvueltos, que dejan bien percibir el desgarramiento interior, la dolorosa situación del converso, su sacrificio — brutalmente rechazado por los cristianos viejos — de renunciar a la antigua tradición, tenaz y grata, y de adoptar con sinceridad los nuevos modos de vida:

¡ Oh Ropero amargo, triste,
que no sientes tu dolor !
Setenta años que naciste
y en todos siempre dixiste,
« inviolata permansiste »
y nunca juré al Criador.
Hice el Credo y adorar
ollas de tocino grueso,
torreznos a medio asar,
oír misas y rezar,
santiguar y persignar,
y nunca pude matar
este rastro de confeso.

Cancionero..., n. 36.

Pues Montoro es quien con mayor asiduidad echa mano de la hipérbole devota para halagar a los grandes de la tierra. El ejemplo más conocido es la *Canción a la Reina Isabel* que para los contemporáneos presentaría quizá el atractivo adicional de la parodia [1]:

Alta Reina soberana:
si fuérades antes vos
que la hija de Sant' Ana,
de vos el hijo de Dios
recibiera carne humana.
Que bella, santa, discreta,
por espiriencia se pruebe;
aquella Virgen perfeta,
la divinidad ecepta,
eso ['lo mismo'] le debéis que os debe.
Y pues que por vos se gana
la vida y gloria de nos,
si no pariera Sant' Ana
hasta ser nascida vos,
de vos el Hijo de Dios
recibiera carne humana.

Cancionero..., n. 35

Pero no le va en zaga, en punto a osadía, la felicitación enviada al Duque de Medinasidonia, por su reciente cargo de virrey:

Algunos que vos endonan
de amigos a buena ley
muy gozosos apregonan
que vos facen Visorrey;
yo digo luego por vos
cuyos honores me placen:
que lo fagan viso-Dios
no le medio satisfacen.

Cancionero..., n. 34

En boca de un servidor del mismo magnate, cuya lealtad encarece, pone esta optación:

[1] Presumía don Rafael Mitjana que la *Canción* de Montoro fuese intencionada variante del villancico XL del *Cancionero de Upsala* (El Colegio de México, 1944):

Alta Reyna soberana,
sólo merecistes nos,
que en nos el hijo de Dios,
recibiesse carne humana.
Anto sécula creada
fuistes del eterno Padre,
para que fuésseles madre
de Dios y nuestra aduogada.
Fuente do nuestro bien mana,
sólo merecistes nos,
que en nos el hijo de Dios,
recibiesse carne humana.

que el Duque viva,
y no me curo de Dios.

Cancionero..., n. 86

A don Pedro de Aguilar, predilecto entre sus protectores, declara :

mas por acortar conseja
que prolixidad posee,
creo en vos como quien cree
en la Santa Madre Igleja.

Cancionero..., n. 53.

Montoro no tiene empacho en prodigar tales exageraciones a personajes de menor lustre social, como en la queja que endereza « al mayordomo del rey que le mandó dar tres varas de carmesí y no gelas dió » :

imposible es sino a Dios,
al Rey, al Duque y a vos,
sacarme de fadas malas.

Cancionero..., n. 119.

En la copla siguiente que, por el título *Montoro al portero de Santa Cruz delante de la Reina*, parece improvisación, el parangón divino está tomado de su antigua fe :

Reprehensor de prudentes,
de los discretos espanto,
temido de los valientes,
como cuando mis parientes
entran en el templo santo
a adorar su Criador ;
yo con mis simplas fechos *(sic)*
ante vos hiero mis pechos
diciendo « yo pecador ».

Cancionero..., n. 130.

Ya no en lisonja, sino en pura broma, buen índice de familiaridad entre el mundo sagrado y el profano, interroga el Ropero *a Múzica, rey d' armas del rey don Juan, porque le sabía bien el vino :*

Declaradme por compás
una dubda que no sé :
¿ Cuál querríades vos más
que se perdiesse la fe
o la planta de Noé ?

Cancionero..., n. 136.

No menos importante que el uso de esta elación en la lisonja cortesana es su uso en la poesía amatoria. Sirva de ejemplo una canción del mismo Montoro *A una dama fermosa*, que acaba con este concepto :

que vos veo tan benina
y vos fallo tan lozana
que no sé tomar dotrina
si vos ore por divina
o vos ame por humana.

Cancionero..., n. 50.

Con texto falto y trastrocado, esta misma poesía se atribuye también a Juan de Mena (*Cancionero castellano del siglo XV* ordenado por R. Foulché-Delbosc. Madrid, 1912, tomo I, n. 47). Como quiera que sea, Mena, también cristiano nuevo [1], cuenta en poesías indudablemente suyas con el empleo cortesano y amatorio de la hipérbole sagrada. Así, nada menos que en el *Laberinto*, copla 156, el poeta compara a don Juan II, que recibe en Medina del Campo la pleitesía de los nobles levantiscos, con Jesús en la escena del Prendimiento :

Bien como quando respuso en el huerto
el Sumo Maestro de nuestras merçedes
aquel mote santo de « ¿ A quién queredes ? »
a fijos de los que libró del desierto,
e como aquel pueblo cayó casi muerto,
assí en Medina, siguiendo tal ley,
vista la cara de nuestro grand rey,
le fué todo llano e allí descubierto.

Como encarecimiento erótico Mena prefiere el concepto teológico más bien que el parangón con las personas divinas :

De quanto hize por vos
si lo medio trabajara,
creo que harto bastara,
si lo hiziera por Dios
o qué corona ganara.

Cancionero..., n. 25.

Oyga tu merced y crea,
ay de quien nunca te vido,
hombre que tu gesto vea,
nunca puede ser perdido.

Cancionero..., n. 41.

El perderse de que habla el poeta es, claro está, la máxima pérdida, la del alma, del mismo modo que Dante dice de Beatriz en la canción *Donne ch'avete intelletto d'amore* de la *Vita nuova :*

Ancor l' ha Dio per maggior grazia dato
che non po mai finir chi l' ha parlato.

[1] Ver *RFH*, III, 1941, pág. 150 y sigs.

Lo curioso es que para un devoto del siglo XIX, como lo era el Conde de Puymaigre este « perderse » de un madrigal no puede ser sino un mero *s'égarer*, sin ninguna asociación supraterrena : *une chanson dont le refrain est que quiconque aperçoit celle qu'il aime ne peut s'égarer* (*La cour littéraire de don Juan II*. París, 1873, tomo II, pág. 62). Para un español del siglo XV el « perderse » es tan inequívocamente teológico que le lleva a reinterpretar toda la canción como una alabanza a la Virgen, a pesar de que Mena, en elocuente contraste con sus contemporáneos, no ha compuesto versos en loor de la Virgen. En efecto : en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, n. 41, Tapia glosa en este sentido la canción de Mena. Para mayor claridad, el glosador ha antepuesto una explicación dirigida al Duque de Medinaceli :

> .....
> Mandó vuestra señoría
> que glossase esta canción
> hecha a la Virgen María
> a quien ternés cada día
> por amparo y defensión
> por vuestra gran deuoción.
> La canción dize :
> Oyga tu merced y crea, etc.

Es significativo que la más exquisita composición erótica de Mena sea la que más densamente entreteje los conceptos teológicos que siempre rondan su inspiración :

> En el coro angelical
> donde biue Sant Miguel,
> notan por muy especial
> aqueste rayno real
> porque nasciste en él.
> .....
> Y los ángeles del cielo
> a quien Dios mesmo formó,
> truecan lo blanco por duelo,
> porque no son en el suelo
> a miraros como yo.
> Biuo poco temeroso,
> pues que hablo la verdad :
> digo que Dios glorioso
> se falla muy poderoso
> en hazer vuestra beldad.
> .....
> E los defuntos passados
> por mucho santos que fuessen,
> en la gloria son penados,
> descontentos, no pagados,
> por morir sin que vos viessen.

A decir verdad, se impone señalar que estas exageraciones no son precisamente blasfemias de gentes no entregadas totalmente a su nueva fe, sino que resultan del estado de crisis general de la sociedad, al que los conversos llevan su propio

desasosiego. O dicho en otros términos : Montoro y Mena « blasfeman » no en tanto que cristianos nuevos sino en tanto que hombres de la Castilla del siglo XV. Así, la ocurrencia señalada más arriba, de comparar con Jesús a un típico « rey holgazán » como don Juan II, no puede achacarse a ligereza irrespetuosa propia de una conversión incompleta, ya que la *Crónica de don Álvaro de Luna* atribuida a « aquel noble caballero Gonçalo Chacón », presenta el mismo desaforado símil (cap. CXXVIII) :

> Escribe el apóstol e evangelista Sant Juan en su Evangelio, e dize « que como Jesu-Christo oviese amado a los suyos quando andovo por el mundo, que los amó en la fin ». Pudiese cierto bien con razón dezir por semejante del nuestro bienaventurado Maestre...

En la España del siglo XV menudean los poetas aficionados a la hipérbole sagrada anteriores a Mena y Montoro y sobre los que no puede recaer sospecha de conversos ; entre ellos, Alfonso Álvarez de Villasandino, quien en el más feliz de sus decires, el que celebra sus amores con una linda rosa agarena, llega a este clímax :

> Por auer tal gasajado
> yo pornía en condición
> la mi alma pecadora.
>
> *Cancionero de Baena*, ed. P. J. Pidal.
> Madrid, 1851, n. 31 bis.

El mismo don Juan II en el más logrado de sus escarceos poéticos :

> Amor, yo nunca pensé
> aunque poderoso eras,
> que podrías tener maneras
> para trastornar la fe,
> fastagora que lo sé.
>
> *Ibidem*, pág. XXXXI.

Don Álvaro de Luna, siempre más resuelto que su regio patrono, va más allá, desdeñando el equívoco :

> Si Dios nuestro salvador,
> ovier de tomar amiga,
> fuera mi competidor.
>
> *Ibidem*, pág. XXXXII.

El aclamado decir de Francisco Imperial « por amor e loores de una fermosa muger de Sevilla que llamó él Estrella Diana » (Baena, n. 231), contiene entre cumplidos trovadorescos y parangones con griegas y troyanas, el siguiente paralelo :

> El su graçioso e onesto ryssо,
> ssemblante amorosso e viso ssuave,
> propio me paresce al que dixo *Ave*,
> quando enbiado fué del parayso.

Si Imperial se contenta con equiparar el rostro de su amada al del arcángel Gabriel, Santillana en su obvia imitación de estos versos (*Dezir... en loor de la reina de Castilla. Cancionero...* de Foulché-Delbosc, n. 229), tras una ristra de comparaciones con diosas y heroínas de la mitología clásica, acaba con estas equívocas palabras, que tanto pueden introducir como término de comparación al Arcángel como a la misma Virgen :

El vuestro angélico viso
por çierto non deve nada
al que la santa embaxada
desçendió del parayso.

O sea : « vuestro rostro nada debe al que trajo del paraíso a la tierra (« descendió » usado transitivamente) la santa embajada », o bien : « vuestro rostro nada debe [a aquel] al que descendió la santa embajada ». Vale la pena recordar que este cumplido no parece haber levantado en la corte de Juan II e Isabel de Portugal el escándalo que levantó la *Canción* de Montoro a Isabel, hija de aquéllos [1], porque en la sociedad férreamente ordenada de los Reyes Católicos (cualquiera sea el juicio que merezca la justicia de ese orden), ya no era tan espontáneo e indiferente el brinco de lo galante a lo divino.

Según queda dicho al comienzo, el empleo de la Virgen o de Dios como término elativo ha arraigado a tal punto en la lengua castellana, que nadie que la hable lo puede sentir como creación individual, como expresión personal de religiosidad y de audacia. Pero Santillana no repite mecánicamente la comparación sugerida por la lengua, sino que se esfuerza por restituirle su valor teológico, para hacer sentir la audacia de la aplicación, acumulando precisos detalles. Por eso mismo, quizá, para alejarse de giros normales en la lengua, se vale en otros casos, para sus hipérboles, de momentos del relato evangélico esmeradamente puntualizados. Así, en el soneto « Quando yo so delante aquella donna... »

[1] Testigo la composición cortés y sermoneadora de Francisco Vaca en el *Cancionero* de Juan Fernández de Constantina, n. 28, y los enconados reproches del portugués Álvaro Brito en el *Cancionero de Resende*.

Muestra del decoro isabelino es la hábil copla inicial del *Dechado del Regimiento de Príncipes, fecho a la señora reyna de Castilla y Aragón*, del frey Íñigo de Mendoza (*Cancionero...*, n. 5) :

Alta reyna esclarecida,
guarnecida
de grandezas muy reales,
a remediar nuestros males,
designales,
por gracia de Dios venida ;
como quando fué perdida
nuestra vida
por culpa de vna muger,
nos quiere Dios guarnecer
e rehacer
por aquel modo y medida
que fizó nuestra cayda.

El fraile palaciego elude la equiparación desembozada con la Virgen, a la vez que la insinúa inequívocamente al presentar a la Reina como remediadora de los males, en el sentido en que la Iglesia ha opuesto tradicionalmente María a Eva.

(*Cancionero...*, n. 187), identifica su reacción ante la presencia de la amada con la de los Apóstoles ante la Transfiguración :

Quando yo so delante aquella donna,
a cuyo mando me sojudgó Amor,
cuydo ser uno de los que en Tabor
vieron la gran claror que se razona.

En otro soneto (*Cancionero...*, n. 201), Santillana se compara a sí mismo, alejado de su dama, con los Apóstoles abandonados por el Maestro :

Adivinativos foeron los varones
de Galilea, quando los dexó
nuestro Maestro ; mas sus coraçones
non se turbaron punto más que yo,
por mí sabidas vuestras estaciones,
vuestro camino, el qual me mató ;
.....
Fazed agora como comedida ;
non me matedes : mostradvos piadosa :
fazed agora como fizo Dios...

Gómez Manrique no repara en emplear la hipérbole teológica hasta para encarecer su ternura conyugal en las *Estrenas a doña Juana de Mendoça, su mujer* (*Cancionero...*, n. 336) : « Amada tanto de mí, / e más que mi saluación ».

A fines de la Edad Media española esta hipérbole presente, según vemos, en los poetas mas insignes, se extendió probablemente como moda cortesana, hasta constituír un modo típico de Castilla para los demás pueblos de la Península. Así se desprende de la *Farsa chamada Auto da India*, compuesta en 1509 por Gil Vicente, en la cual dice el castellano enamorado a la portugnesa cuyo marido se ha embarcado para las Indias :

Mas como evangelio es esto :
que la India hizo Dios,
sólo porque yo con vos
pudiese pasar aquesto.
Y sólo por dicha mía,
por gozar esta alegría,
la hizo Dios descobrir :
y no ha más que decir
¡ por la sagrada María !

La hipérbole sacroprofana no es un azar literario presente sólo en la lengua y en la literatura, sino un rasgo de todas las formas artísticas de la vida. Buen testimonio es la descripción de la fiesta — un torneo, no una procesión ni una representación sagrada — con que honró don Juan II las bodas de su prima doña Leonor, y que un testigo presencial describe así :

E luego salió el señor Rey a la tela, él e otros doze cavalleros, él como Dios Padre, e los otros, todos con sus diademas, cada vno con su título del santo que era, e con su señal en la mano cada vno del martirio que avía passado por Nuestro Señor Dios.

Pedro Carrillo de Huete, *Crónica del alcaraz de Juan II*, Ed. Juan de M. Carriazo, Madrid, 1946, pág. 25.

Y como esta hipérbole sagrada no es, en las postrimerías del siglo xv español, accidente de decadencia — como lo es en el resto de Europa —, sino elemento dos veces castizo, por su antigua raíz medieval y por su entronque con la irrupción de los conversos en la sociedad cristiana, nada tiene de extraño que la veamos abrir con arco espléndido la dual *Tragicomedia:* «En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios». La prueba cosmológica que compendia en la belleza de la amada las excelencias todas de la creación, así como los extremos de bienaventuranza y condenación contra los que se estrella el mancebo Calisto en la soledad de su cámara son, ciertamente, arte puro — el dramatismo más tenso y poético que jamás se escribió en lengua castellana —, pero lo que a esa altura de arte los ha elevado es el empuje de vida que hay tras ellos: la confiada intimidad entre lo humano y lo divino que sustentó tantos siglos de cristiandad, y el amargo desconcierto que desgarró oscuramente el alma de las últimas generaciones de conversos.

María Rosa Lida.

SALMANTINO *EN ÍTELES* Y *VÉNTILES*

El *Romanisches etymologisches Wörterbuch* de Meyer-Lübke había mencionado esta locución que Lamano, *El dialecto vulgar salmantino*, s. v. *ire*, documenta en el sentido de 'ires y venires' en una frase del tipo: «*en íteles* (variante *íteres*) y *véntiles* se le ha ido toda la mañana». Por el contrario, yo había creído ver (*ZRPh*, LIII, 1933, págs. 298-299) que en esta expresión se inmiscuía secundariamente la idea 'ires y venires' y pensaba en un étymon primario consistente en una palabra latina, deformada por etimología popular, el lat. *iter* 'camino', por ejemplo, que transformada en *ítel* (como *carcer* > cárcel), habría sugerido por una especie de «derivación sinonímica», un *vén-til* fantasista, formado con el seudosufijo *-til*, extraído de *í-tel*. Hoy me inclino a mantener la idea de alteración de una palabra latina y de la derivación sinonímica, pero a cambiar el punto de partida particular y a admitir otra palabra latina como base última: porque lat. *iter* no es, que yo sepa, palabra capaz de grabarse en la memoria popular; me parece que no lo contiene ningún texto litúrgico o jurídico *conocido por el pueblo*.

Creo, en efecto, que se trata en última instancia del lat. *item* 'de nuevo', palabra empleada en la lengua de la cancillería medieval particularmente como introducción de un nuevo párrafo en testamentos o contratos; de ahí el sentido del inglés *item* 'cláusula de testamento; artículo, capítulo; detalle, elemento particular; alusión, etc.'; *to itemize* 'proceder por enumeración de detalles, circunstanciar'. *Item* usado en el comienzo de un párrafo («Item lego...», cf. los *Testaments* de Villon, el testamento del Cid en el romance «La que a nadie no perdona...», y el de don Quijote en el *Quijote*, II, 74) podía identificarse fácilmente con 'párrafo, cláusula de un testamento' y con la estipulación de detalle contenida en semejante párrafo, cf. el proverbio toscano *due* item *fanno l'uomo beato*: item *ti dono*, item *ti lascio*.

El sentido 'cláusula testamentaria' surge claramente de un pasaje español como el de Pereda, citado por García Lomas en su *Estadio del dialecto popular montañés*, s. v, *ite*: «Bastián resulta por estos *ites* y consonantes [1], hijo del finado y su heredero único». Encuentro otro reflejo de *item*, soldado a otro término de cancillería, en la forma *itimenejes*, no mencionada por García Lomas, que se encuentra en *Tipos y paisajes* de Pereda (*Obras completas*, t. VI, pág. 160). Una mujer dice al cura que le ha preguntado los «motivos particulares» que tiene para acusar de bruja a otra mujer: «¡María Santísima! Si yo fuera a retaporcionarle [2] a usté tóos los itimenejes que esa endina trae contra mí!». El sentido de *itimenejes* es 'crímenes particulares', derivado de la idea de 'detalle particular' y veo en esta palabra un compuesto de las voces latinas *item et nexim*; este último, glosado por el francés *conjointement*, se encuentra en Du Cange. García Lomas da como sentido de *ite* (<*item*) 'hito, quid', es decir el nudo o, como se diría en francés, *le hic de l'affaire*. Así, pues, el centro de gravedad de la palabra ha cambiado enteramente hacia el contenido, no hacia la forma de un artículo de procedimiento legal.

Se habrá observado que en *ite*<*item*, así como en *-neje*<*nexim*, la *-m* final ha caído; cf. además el salmantino *inter*, *inte* 'interim' (Lamano) que parece poder perder tanto su *-m* como su *-r* final. Quizá la *-m* pasó primero a ser *-n* (*Adam*> *Adán*, y el mismo *interim*>*interin*, etc.), antes de desaparecer. Cuando estas consonantes finales en sílaba no acentuada se relajaban (lo que quizá ha sucedido también con *-l*: *cárcel*>**carce* y con *-n*: *crimen*>**crime*), debían de producirse restituciones hipercorrectas: así se deberá explicar *flemen* por *fleme* < *phlebotomum*, consignado por García Lomas; y de igual modo podía producirse intercambio entre los finales de palabra *-il* y *-en*: García Lomas registra *simen* 'símil' (*cosas al simen*), que me explico por la falsa restitución de *-n* en lugar de la *-* relajada. A la inversa, un **iten* (de *item* latino) se habrá reconstruído falsamente como **itel* (o **iter*, si esta forma que se encuentra en la variante de Lamano *íteres* no es error de imprenta; cf. *inte* de *inte-r-im*, más arriba).

Ahora bien: en una frase como **en varios íteles se le ha ido toda la mañana*, la conciencia popular ha percibido la idea de *ir*: lo que sería paralelo a la transformación semántica que, como he demostrado en los *AILC*, II, 10, se ha realizado en *andulencias* < lat. *indulgentiae*; en una frase como *¿qué andulencias traerás?* (Lamano), que en su origen quería decir '¿qué perdones traes, qué provecho espiritual has ganado?', el pueblo percibía «andar» y el resultado final es «He andado esas andulencias», donde el sustantivo está sentido como sinónimo de «andanzas». Una vez que el radical de *ir* había penetrado en *í-teles*, se ofrecía un opuesto fantasista extraído por derivación popular, *vén-tiles*, conforme a la pareja «ires y venires». Encuentro todavía válido el paralelo que yo alegaba en el pasaje citado: en *Juan Minería*, de

[1] *Consonantes* es sinónimo de 'estipulaciones'. Cf. lat. medieval *scripta consonantia* 'contrato' en Habel, *Mittellateinisches Glossar*, y *consonantia* 'consensus, pactio' en Bartal. Hállase aquí el eco del concepto de la «armonía del mundo» que he tratado en *Tradición*, II, 194: *consonantia-consensus-harmonia*. El citado *Estadio* de García Lomas, s. v. *consonante*, sugiere la equivalencia de las locuciones *ante al consonante* y *ante a lo estipulao* 'a propósito de lo que se está hablando'.

[2] El verbo *retaporcionar* es otro término de cancillería. Evidentemente deriva de *recta proportio*>**reta*[*pro*]*porción*, paralelo de *recta hila*>retahíla.

Coloma, la palabra de origen francés «comité», mal comprendida, sugiere al alma popular la idea de «comer» (la idea de «banquetes» se asocia fácilmente con la de «sesión de comité», como la idea de «andar» con la de «ganar perdones», como la idea de «ir» con la de detalles inútiles) y esta etimología popular provoca a su vez el derivado sinonímico «beber»: «¡qué comite ni qué bebite!».

Leo Spitzer.

¡DIOS, QUÉ BUEN VASSALLO SI OVIESSE BUEN SEÑOR!

Mi estimado colega Amado Alonso ha intentado una nueva explicación del célebre verso 20 del *Cantar de Mio Cid* en la *RFH*, VI, 187: fundándose en estadísticas de los *si* y *sí*, en el poema prefiere colocar *sí* (=así, ojalá). Efectivamente, en la interpretación tradicional con *si*, habría que interpretar: '¡Dios qué buen vassallo *fuera* (o *sería*) si...!', contra la cual Alonso opone lo que sigue: «Pero esta idea de la frustración del héroe como buen vasallo por no tener buen señor es contraria al pensamiento poético y también al histórico del *Cantar*». Según su teoría, «el juglar afirma con énfasis simpatético *¡Dios, qué buen vasallo (es el Cid Campeador)!*, y su pensamiento no se presenta atado a ninguna condición. El hemistiquio siguiente es otra exclamación independiente como la del primero, y en ella no se expresa una condición de negación implícita sino un deseo contrariado de correspondencia: *¡Dios, qué buen vassallo! ¡Si oviesse buen señor!*».

Debo confesar que no me convence del todo el razonamiento de mi erudito colega y que me inclino en favor de la lectura tradicional, con una pequeña modificación.

Creo que la hipótesis de Amado Alonso destruye un tipo de «patrón épico» (*epic pattern*) medieval, sobre el cual quisiera extenderme algo más. Es sabido, por ejemplo, que en la *Chanson de Roland* tenemos, frente al héroe legendario y casi divinamente perfecto Carlomagno, dos héroes más humanos, Roldán y Ganelón, ambos valientes y hermosos, pero faltos de aquella «mesura», cualidad indispensable para que el héroe se aproxime al ideal: Roldán es temerario, Ganelón envidioso; en consecuencia, uno morirá víctima de su «locura» o *legerie*, el otro como traidor. El *pathos* de ambos héroes, que se han quedado en la mitad del camino que lleva a la perfección ideal, es lo que el antiguo autor francés, apasionado de ideal, debe de haber sentido agudamente: ¡esos héroes tan hermosos, tan valientes, no cumplieron el ideal! Luego en la escena del juicio al fin del poema (v. 3764) vemos a Ganelón de pie ante el Rey Carlomagno en Aix-la-Chapelle:

Cors ad gaillard, el vis gente color;
S'il furst leals, ben resembiat barun.

(Bédier traduce el último verso: 'si fuera leal, uno creería ver en él un caballero'). Este par de versos nos permite penetrar en la idea del poeta: ser un *barun*, caballero ideal, significa ser a la vez hermoso y leal, es decir la καλοκαγαθία medieval: el poeta lamenta la falta de lealtad en un ser tan excepcionalmente hermoso. (El ideal de la καλοκαγαθία se expresa, por otra parte, en muchos lugares; por

ejemplo, esto es lo que se dice a Pinabel, el defensor de Ganelón, v. 3899: «Pinabel, mult ies *ber, / Granz ies e forz* e tis cors ben mollez; De *vasselage* te conoissent ti *per*»: el barón es físicamente hermoso y fuerte, y tiene lealtad, *vasselage*). En los versos de la *Chanson* citados más arriba no hay nada ilógico desde el punto de vista sintáctico, pero advertimos el giro hipotético en la frase donde se liga el *barnage*, el hecho de ser *barun*, a la condición de leal, y el encadenamiento de ideas que consiste en *esperar* lealtad de un ser hermoso. Se ve la decepción en el pensamiento del autor, que lamenta la falta de lealtad en un ser que lleva el sello divino de la belleza: «cuius pulchrum corpus est et deformis animus, *magis dolendus est* quam si deforme haberet et corpus», dice San Agustín, *De doctr. christ.* IV, ch. 28. Ganelón es un *pulcher*, desfigurado por un *deformis animus* [1].

Pasemos ahora a un texto latino de la Edad Media, muy anterior al *Poema* y a la *Chanson*, el *Waltharius manu fortis*, del monje Ekkehard I, de Saint Gall (siglo X): en el verso 1410 Waltharius caracteriza al traidor, el Ganelón del poema, Hagano (=Hagen) con la siguiente frase: *Est athleta bonus, fidei si jura servaret* (traducida por Raby, *History of Secular Latin Poetry in the Middle Ages*, I, 268: «he is a good fighter, *if only* he had kept his faith»; y también el comentario de J. W. Beck, Groninga, pág. 91, explica si=*si modo* [2]). Aquí encontramos, evidentemente, el encadenamiento de ideas y la forma sintáctica «ilógica» peculiar de nuestro verso *¡Dios, que buen vassallo...!* El *si* no es lógico, salvo que se admita el siguiente encadenamiento de ideas: «es un excelente luchador [y, así, deberíamos pensar que es el ideal del héroe, o estaríamos en presencia del ideal del héroe], si hubiera sido leal». La frase que suplimos es la que podría encontrar natural el alma del hombre de la Edad Media: la vimos explícita en el pasaje de la *Chanson*, la hallamos implícita en el *Waltharius*. En la *Chanson*, dentro de la concepción del poeta era la belleza la que autorizaba a suponer la presencia de la lealtad; en el *Waltharius*, es el valor el que permite prever la presencia de la lealtad. La elipsis de frase que ha ocurrido en el último pasaje es de las más naturales en este pensamiento medieval que ahorra camino lanzándose hacia el ideal: de tal modo está presente ese ideal en el espíritu del poeta que no advierte el salto lógico. Las abreviaciones lógicas recaen siempre sobre lo que a nuestros ojos puede prescindir de la lógica — sobre lo que nos parece evidente — sobre lo que es verídico por su verdad interna, sobre lo que constituye un dato simple en una civilización dada.

Así encontramos en latín una frase hipotética con sentido restrictivo que sólo se explica por una idea sobreentendida de perfección, que queda sin expresarse (porque es muy evidente para el que habla), en la cual pone su restricción la frase hipotética: «[sería perfecto, no le faltaría nada] si»... El esquema se encuentra muy a menudo en antiguo francés, pero no con *si*: se usan otras conjunciones. El Erec de Chrétien de Troyes presenta en la corte a Enide, su prometida, her-

[1] Bien entendido que la καλοκαγαθία del héroe secular cede al ideal de la belleza espiritual que prevalece sobre la belleza corporal en la literatura hagiográfica: Santa Eulalia «*bel* auret *cors, bellezour anima*».

[2] Evidentemente, el tipo clásico con *si modo*: «contudi animum et fortasse vici si modo permansero» (Cicerón) está muy cerca de nuestra construcción: «J'ai vaincu, tout sera bien, si toutefois»...

mosa y noble pero pobre: en ese momento la dosea pobre, porque sus dotes espirituales la hacen incomparable; la reina Genievre proporcionará la dote material. Erec en su discurso de presentación insiste en el brillo de nobleza que ilustra a los padres de la joven, brillo que de ningún modo ha podido apagar la pobreza (v. 1561):

Ses peres est frans et cortois,
Mes que d'avoir a petit pois.
Et jantis dame est mout sa mere,
Qu'ele a un riche conte a frere.

Frente a la madre noble, y que por lo menos tiene un hermano rico, el padre es noble y cortés, pero pobre: de nuevo *frans et cortois* nos llevaría a pensar en el ideal, para el cual sólo falta el « tener »: *mais que* es, según la traducción de Tobler, V. B. III, 95 'nur dass', es decir 'sólo que', y equivale a *si modo*: la prótasis sólo se explica con una apódosis suprimida 'todo es perfecto' o 'nada falta'[1].

Pasando ahora al verso del *Poema* que tratábamos, creo que surge de los ejemplos anteriores que el *si* (semejante al *si* del *Waltharius*, no a *sic*) de la prótasis está relacionado con una apódosis suprimida: « ¡qué gran caballero el Cid [todo sería perfecto] si tuviese buen rey! ». El Cid es por sí solo un héroe ideal (en lo cual difiere de Roldán, Ganelón y Hagano), pero tiene la desgracia (en lo cual se parece al padre de Enide) de que la fortuna no premie sus buenas cualidades: ese caballero no tiene soberano que le iguale en virtudes y le colme de favores. El poeta lamenta el desequilibrio entre los bienes interiores y exteriores de su protagonista, y el objeto de su poema es mostrarnos cómo se restablece el equilibrio: primero el Cid recobrará la gracia real; después, hacia el fin del poema, y ya vengada la afrenta del robledo de Corpes, el Cid se encontrará en el apogeo de su gloria y de su felicidad (« Hoy los reyes de España sus parientes son »)[2]. Quizá podría prescindirse de la elipsis si se admitiera una especie de relación necesaria o de correspondencia correlativa entre *vasallo* y *señor*: la idea expresada por el verso sería entonces '¡qué buen caballero sería el Cid, si tuviera buen soberano!' (porque: 'sin buen soberano no puede haber buen caballero'), pero

[1] Esta construcción es conocida en antiguo francés, cf. K. Ettmayer, *Wiener Sitzungsberichte* 205 (1934), pág. 48: « A tant cissid li reis de Jerusalem od tute sa grient, *mais que* il i laissat 'XX' de ses suignantes pur guarder le palais » (hay que suplir « y todo el castillo estaba desierto, sólo que... », y Lerch, *Hist. franz. Syntax* II, 309 (*Cour. Louis*): « Oncles, fait il, estes sains et haitiez? » — / « Oil, fait il, la merci Diu del ciel, / Mais que non nes ai un poi acorcié ». Lerch explica como yo el pasaje de *Erec* (y por eso del *Cour. Louis*): « Ihr Vater ist höfisch und es fehlt ihn nichts ausser dass er arm ist', y compara el alemán *nur* (en su origen = *en ware* = 'n'était que...') en *sie ist hübsch, nur würde sie etwas schlanker sein* = 'sie ist hübsch und es fehlt ihr nichts, würe nicht dass sie etwas schlanker sein würde'. La misma elipsis se encuentra en frases restrictivas como la que se atribuye a la madre de Napoleón I: *Pourvou que ça doure* = 'pourvu que ça dure'.

[2] Está entonces en la situación ideal: la de la virtud recompensada por el honor. Cito las palabras de Santo Tomás (que Américo Castro ha recordado por otras razones en su estudio sobre el concepto del honor *RFE*, III, 47): « non est sufficiens *virtutis* premium... nihil potest esse in humanis rebus et corporalibus majus *honore* »; « alia vero quae sunt infra virtutem, honorantur, inquantum coadjuvant ad *opera virtutis*; sicut *nobilitas, potentia* et *divitiae* ».

aquí estoy de acuerdo con Amado Alonso, que considera la exclamación ¡*qué buen vasallo*! no como un hecho hipotético ('sería') sino como un hecho afirmado ('es'); la idea de hacer depender las cualidades caballerescas del Cid (incontestables) de la moralidad del Rey me parece contraria, ciertamente, al espíritu del *Poema*. Prefiero, pues, ver en el primer hemistiquio la enunciación de un hecho, a la cual seguiría una frase hipotético con *si* relacionada con la frase elíptica « todo estaría bien », callada como en el *Waltharius*[1]. Nuestro verso es una frase-clave del *Poema*: resume la situación penosa del *buen rebelde* y expresa el problema que se resuelve al fin del *Cantar*; este fin es lo que el poeta nos hace desear; la satisfacción innata del pensamiento humano, que quiere que la virtud sea recompensada con la felicidad.

Leo Spitzer

Johns Hopkins University

Muy brillante habla aquí Leo Spitzer del ideal medieval de perfección caballeresca; sólo que a mi entender, ese ideal se expresa cabalmente sin necesidad de suplemento alguno con la lectura « ¡si oviesse buen señore! » que yo he propuesto. Pero la verdad es que no lo considero refuerzo de mi lectura, como no lo consideraría objeción si tal ideal no se expresara. Porque, por más que resulte hermoso y comprensivo encajar una obra artística particular en todo un estilo de época y general (medieval y europeo), nunca se pierde en él como río en la mar; y el estilo nacional y, sobre todo, el estilo individual de la obra son mucho más importantes para la justa interpretación de uno de sus propios componentes. A los lectores interesados en el tema les agradará saber que Ramón Menéndez Pidal, el mejor conocedor de nuestra Edad Media y particularmente de nuestro poema, acoge mi lectura en la nueva edición del *Cantar* ahora en curso, y que, según me escribe, lo hace, no porque la vieja lección no sea posible (como yo también admití), sino porque la nueva cuadra mejor con el estilo general del *Cantar*. En realidad, la negativa de Leo Spitzer para aceptar mi lectura se basa en lo que sólo dice al final y en nota al pie de la página: que no cree en el *si* desiderativo de nuestra vieja sintaxis. Y que todos los « ¡sí Dios me vala! », etc., que leemos Menéndez Pidal, Castro, Bonfante y yo (con otros, empezando por Cornu y Gaston Paris) son simplemente « si Dios me vala », de forma condicional y de valor desiderativo (es idea también de Meyer-Lübke, *Gram.*, III, § 643). Pero la existencia de ambos sintagmas desiderativos es segura, sin que uno niegue al otro 1, *sic deus adjuvet*; 2, *si te Di amant*. (Para ejemplos romances ver *RFH*,

[1] No discuto en este estudio el origen etimológico de *si* (*si* o *sic* latinos) en el antiguo tipo español y antiguo románico *si mala rabia vos mate*, porque no es problema para mí, que no considero frase desiderativa *si oviesse buen señore* sino mera frase hipotética. Agregaré, con todo, que no creo como Amado Alonso que Bonfante haya « brillantemente demostrado » que ese tipo antiguo románico contenga *sic*: el *si di te ament* de Plauto, los *si salva sis -si valeas* de la *Hist. Apoll.* (cf. Stolz-Schmalz-Leumann-Hoffman, pág. 772), el *si me Deus adjuvet* del siglo IX, creo que son sus antecedentes directos; cf. mi demostración en *MLN*, LX, 211. Advierto que *ninguno* de los ejemplos de Amado Alonso (y de Menéndez Pidal) ofrece *si* = 'así, ojalá' (ni aun *si* 'sí') en frase hipotética *irreal*: como dice el mismo Amado Alonso, prevalece el tipo ¡*si mala rabia vos mate*! (en el cual veo un *si* 'sí' = 's' il est vrai que je désire que ...')

VI, pág. 188, y el citado artículo de Bonfante.) En castellano el condicional puede tener un matiz desiderativo, pero cuando lo emocional predomina el sintagma es *si* o *así* con subjuntivo. Creo que la dualidad de sintagmas es especialmente patente en castellano, porque al *si* acompaña el indicativo (« yo lo veré con el Cid, si Dios me *lieva* allá », 1145), y al *si* siempre el subjuntivo. Dentro de la sintaxis castellana un « si Dios me *vala* » es sencillamente imposible. Agrego esta razón a la también decisiva que subraya Menéndez Pidal, *Cid*, I, 373 : la alternancia de *si* y *así* en tales frases. Con toda comodidad se puede ver esa alternancia en *El Cavallero Zifar*, ed. de Ch. Ph. Wagner, Ann Arbor, 1929, que registra al pie las variantes de otros mss. del que le sirve de base ; p. ej. pág. 79 : « Pues endreçaldo — dixo el señor de la hueste — sy Dios enderesce todos los vuestros fechos ! » ; en otro ms. « asy Dios enderesce », etc., etc.

AMADO ALONSO.

ANTIGUO JUDEO-ARAGONÉS *ALADMA, ALALMA* 'EXCOMUNIÓN'

No menciona Meyer-Lübke en la tercera edición de su diccionario etimológico (1930-1935) ningún representante del lat. *anathēma*, gr. ἀνάθημα ; tampoco me consta que otro erudito haya discutido esta base en los últimos diez años. Creo que además del cultismo alfonsino *anatema* [1], el cual, a diferencia de su equivalente portugués [2], imita el acento paroxitónico del latín eclesiástico [3], hay que contar con una voz patrimonial hispánica que ha preservado con fidelidad sorprendente la variante proparoxitónica del griego [4]. Se trata del regionalismo *aladma, alatma, alalma* 'excomunión', que ocurre repetidas veces en los documentos judaicos navarro-aragoneses (redactados en latín y romance) que ha coleccionado Fritz Baer [5]. Ha extractado y reunido estos ejemplos Gunnar Tilander, añadiendo otros tres sacados de un « Documento desconocido de la aljama de Zaragoza del año 1331 » (*Studia Neophilologica*, XII, págs. 1-45) [6]. No deja de

[1] Ocurre en la *Primera Partida*, título 9, ley 13 ; véase el *Diccionario histórico*, I, pág. 562, que también trae otras citas importantes.

[2] Se acentúa la sílaba *-na-* en portugués lo mismo que en otras lenguas europeas (desde luego, el ruso *anáfema* perpetúa el tipo acentual bizantino). En italiano conviven el acento paroxitónico y el proparoxitónico ; éste es más literario, aquél más popular, según P. PETROCHI, *Novo dizionario universale della lingua italiana*, Milán, 1931, I, pág. 94.

[3] Véase la excelente documentación en *Thesaurus Linguae Latinae*, II, pág. 20. Ocurre el helenismo en las traducciones de la Biblia (Itala, Vulgata) así como en los escritos de Tertuliano, Jerónimo, Agustín. Entre los derivados sobresalen los verbos *anathēmō, -āre* y *anathēmizō, -āre*.

[4] Parece que en español siempre se acentúa la penúltima. Por lo menos no registra la voz M. L. AMUÁTEGUI [REYES], *Acentuaciones viciosas*, Santiago de Chile, 1887. ¿ Habrá escapado a la manía esdrujulista, analizada por A. ALONSO (*BDH*, I, págs. 317-370) ?

[5] F. BAER, *Die Juden im christlichen Spanien*, 2 tomos, Berlín, 1929-1936.

[6] Se trata de un « instrumentum publicum revocacionis sisie aljame judeorum Cesaraugste in omnibus et specialiter in vino et carnibus », escrito, a nombre de la comunidad hebrea, por el notario público de la ciudad de Zaragoza.

sorprender que el benemérito filólogo sueco no haya explicado el origen evidente de la voz cuyo significado logró aclarar de un modo muy satisfactorio. Se usan las diferentes formas de esta palabra en documentos de los años 1205, 1210, 1212, 1264, 1280, 1310-1313, 1320, 1327, 1340 y 1397. Parece, pues, que ha tenido mucho arraigo en las comunidades hebreas de los reinos de Navarra y Aragón. He notado algunos modismos característicos que se habrán empleado a modo de fórmulas jurídicas : *recibir, dar, gitar* (es decir, 'echar') *alalma ; passar l'alatma ; poner en alatma*. De todos ellos existen traducciones (más bien que prototipos) en el latín cancilleresco. En un documento del año 1397 ocurre dos veces el derivado *alatmado*.

El sinónimo de *alatma* era *niduy* (con las variantes ortográficas y fonéticas *neduy, nenduy, nitduy, nitduhi*) [1]. Se trata de la conocida voz hebrea *nidduy*. El verbo congénere *nādhā* 'excomulgar' pertenece al caudal léxico del Viejo Testamento. *Nidduy*, como término técnico de la jurisdicción religiosa, debe de haber nacido en la época talmúdica y alcanzado su auge en el llamado período gaónico. *Nidduy* significaba, en rigor, 'excomunión temporal' ; de consiguiente, era un castigo más severo que la *nᵉzipha*, pero mucho menos temible que el *ḥerem* [2]. En los documentos judeo-hispanos sacados a luz por Tilander y Baer, hay curiosos pasajes en que los dos sinónimos, *aladma* y *niduy*, se presentan juntos. Nada más natural, ya que la Edad Media era muy aficionada a la repetición y al paralelismo como figuras estilísticas ; además, en este caso cabía identificar un término técnico del judaísmo rabínico con toda la claridad y exactitud posibles [3]. Desde luego, *aladma* < *anathēma* pertenece al antiguo fondo helénico del léxico romance de los judíos ; la materia ha sido estudiada por Danon, Wagner y sobre todo Blondheim, en su magistral libro sobre las supervivencias del léxico grecolatino entre los diversos grupos de judíos [4].

Manifiesta el gran arraigo de la voz en la zona noreste de la Península el hecho de que haya participado de numerosos cambios fonéticos que caracterizan

[1] *Studia Neophilologica*, XII, págs. 37-38. Compárense los productos de *nec ūnus : necuno, neguno, nenguno, ninguno*, etc. Hay pocos hebraísmos tan estropeados por las tendencias del habla vernácula hispana. Por otro lado, los múltiples productos de *synagoge*, clasificados por M. L. Wagner y G. Tilander, muestran que el arraigo de este helenismo judaico era tan profundo como el de *anathēma*.

[2] Véanse los interesantes datos históricos y bibliográficos en *Jüdisches Lexicon*, I, págs. 706-707, s. v. *Bann ; Encyclopaedia Judaica : Das Judentum in Geschichte und Gegenwart*, V, págs. 411-422, s. v. *Cherem ; The Universal Jewish Encielopedia*, IV, págs 205-206, s. v. *excommunication*.

[3] He aquí un ejemplo de este bilingüismo : « A estos tales contrafazientes los ponen en *alatma* et *nitduy* e qualquiera de ellos sia *alatmado* e escomengado en esto mondo e en el otro ».

[4] MAX LEOPOLD WAGNER, *Das Judenspanische von Konstantinopel*, Viena, 1914, págs. 153-155 ; IDEM, *Caracteres generales del judeo-español de Oriente*, Madrid, 1930, págs. 24-25 ; A. DANON, *Les éléments grecs dans le judéo-espagnol*, *Revue des Études Juives*, 1922, LXXV, págs. 211-216 ; D. S. BLONDHEIM, *Les parlers judéo-romans et la Vetus Latina*, Paris, 1925 : Introducción. Sobre *meldar*, véase mi estudio *A Latin-Hebrew Blend : Spanish « Desmazalado »*, que saldrá a luz en *HR*.

los dialectos iberorrománicos. Con todo ello, no presenta dificultades insuperables la interpretación de su desarrollo fonético. Verosimilmente, *alatma* y *aladma* (que no serán más que variantes gráficas) representan la fase anterior, y *alalma* la fase posterior, de un curioso desenvolvimiento. Claro que nada impedía que conviviesen las variantes por largas generaciones [1].

Se explica *alatma* en lugar de **anatma* por la conocida disimilación de dos nasales; del mismo modo, el got. *snôbôn* produjo el esp. *eslabón* [2], *Barcinône* persiste como *Barcelona* [3], *denantes* se convirtió en *delante* [4] y *reninchar* se transformó en *relinchar* [5]. Son muy afines, a pesar de circunstancias algo diferentes, los casos de *anima* > *alma* (no sólo en castellano, sino también en aragonés) [6] y *antenâtu* > *alnado*, al lado de *añado* y de *entenado*, semiculto este último según Menéndez Pidal [7].

Resulta algo más complicado el paso de *aladma* a *alatma*. Como se trata de un fenómeno que concierne a todos los hispanistas, me tomaré la libertad de discutirlo detenidamente. Parece que el grupo interior *-dn-*, *-tn-*, bastante raro desde el principio, ha sido eliminado por completo en los últimos siglos de la Edad Media, pero de tres maneras diferentes:

a) Desapareció la oclusiva dental sin dejar vestigio alguno. *Remanga* 'red de pesca' es el producto de *redmanga*, usado por Berceo (*Milagros*, 346 *c*); en el *Fuero de Palenzuela*, se lee *reth maniega* [8]. *Semana* se encuentra ya en el *Cantar de Mío Cid*, en Berceo (*Sacrificio de la Misa*, 10 *a*) y en un documento de la Rioja Alta del año 1195 frente a los arcaísmos *setmana* [9] y *sietmo* [10]. La antigua ciudad de *Sietmancas* es conocida hoy día bajo el nombre de *Simancas* (*BDH*, I, pág. 117). El nombre germánico *Radmiro* no tardó en cambiarse en *Ramiro*; compárese *Fredinando* > *Frenando*, *Fernando* [1].

b) La oclusiva dental se transformó en una fricativa que finalmente llegó a expresarse por las grafías *-sn-*, *-zn-*. Claro que muchos copistas que aún se adherían a las grafías conservadoras *-tn-*, *-dn-* ya pronunciarían *sn*, *zn*, *nn*. Muy temprano está documentada esta evolución en el caso de *maritima* > *marisma* 'costa, litoral'; véanse *Milagros*, 433 *a*; *Kalila et Digna* [2]; *Rimado de Palacio*, N, 517 *a*. Sobrevive *epithema* 'cataplasma' con *-the-* breve [3], en las formas *bidma* (*Rimado de Palacio*, C, 6 *g*; *Cancionero de Baena*, Madrid, 1851, pág. 167, según el *Voc. Med. Cast.*), *bitma* (*El Libro de los caballos*, ed. G. Sachs, Madrid, 1936, pág. 121), y *bizna* (un ejemplo del *Libro de la Montería* y varios del siglo XVI en el *Dicc. hist.*) haciendo caso omiso de *bilma* y *birma*. El ar. *maimûra* es la base de *mazmorra* [4]. Puede ser que *logarismo* (*BDH*, I, pág. 179) y *guarismo* (*Rimado de Palacio*, E, 824 *c*) hayan sido atraídos por el pujante sufijo *-ismo*, *-isma* [5]. Persiste la misma tendencia en *arismética* en vez de *aritmética* (*BDH*, I, págs. 178-179); aun en el habla de personas cultas, no se oye una *-t-* en la palabra *atlas*. Otros casos que nos recuerda este desarrollo son los de *-âtica* > *-azgo* [6], *tâdicâre* > *juzgar*, *impedicâre* > *apesgar* (con cambio de prefijo a influjo de *peso* por etimología popular [7]. Hay que tener en cuenta el número crecido de voces de procedencia diferente con un grupo interior *-sm-* [8].

[1] La mezcla de variantes es el rasgo más característico del judeo-español y se explica por las condiciones sociales de los sefardíes. Véase mi nota *Old Judeo-Spanish « yeguería » 'Mess, Dish'*, que está por aparecer en *Lan.*

[2] Tratan de la disimilación consonántica Erhst Gamillscheg, *Romania Germanica*, I, pág. 385, y Georg Sachs, *El Libro de los caballos*, Madrid, 1936, pág. 127. Acerca de la disimilación vocálica, véase *BDHA*, I, págs. 97-99 y mi estudio acerca de *recudir* y *sacudir* en *HR*.

[3] R. Menéndez Pidal, *Manual de gramática histórica española*, Madrid, 1941, pág. 181.

[4] Aún usaban *denantes* Juan del Encina y Lucas Fernández; véanse las citas en J. Cejador y Frauca, *Vocabulario medieval castellano*, Madrid, 1929, pág. 129 *b*.

[5] R. Menéndez Pidal, *Elena y María*, *RFE*, I, págs. 87-88; *Manual de gram. hist. esp.*, pág. 189.

[6] Véase G. Tilander, *Los Fueros de Aragón*, Lund, 1937, pág. 245. Han rechazado las desatinadas teorías de A. H. Krappe sobre *desalmado*, G. Sachs, *ARom*, XIX, pág. 192, y M. L. Wagner, *Ibid.*, XIX, pág. 119.

[7] *Manual de gram. hist. esp.*, págs. 68, 165. Otro tipo de disimilación de nasales representa *monaziello* > *molaziello*; véase Menéndez Pidal, *RFE*, I, pág. 89.

[8] Discuten esta voz A. G. Solalinde en su edición de los *Milagros*, Madrid, 1922, pág. 86, y F. Baráibar y Zumárraga, *Vocabulario de palabras usadas en Álava*, Madrid, 1903, págs. 221-222.

[9] Véase la precitada edición de los *Fueros de Aragón*, pág. 559.

[10] Ocurre en el *Fuero de Usagre*, según el *Voc. Med. Cast.* No ofrece citas anteriores V. R. B. Oelschläger, *Medieval Spanish Word-List*, Madison [1940].

[1] R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, seg. ed., Madrid, 1929, pág. 318.

[2] R. M. Pérez, *Vocabulario clasificado de Calila et Digna*, Chicago, 1943, pág. 274. Esta tesis fué preparada bajo la dirección de W. von Wartburg.

[3] Claro que el gr. ἐπίθεμα, con *e* breve en la penúltima, produjo un tipo *epithĕma* en latín. A diferencia del caso de *anathĕma*, no se produjo en el de *epithĕma* ningún choque entre los sistemas acentuales griego y latino. Están reunidos los datos bibliográficos sobre este problema en las notas a mi artículo *The Etymology of Portuguese « iguaria »*, *Language*, 1944, XX, págs. 108-130. Ocurre *epithema* en las obras de los médicos Scribonius Largus y Marcus Empiricus y del escritor satírico Martianus Capella. En francés, persiste *epithema* sólo como cultismo; véase *REW*, nº 2881; *FEW*, III, pág. 232.

[4] A. Steiger, *Contribución a la fonética del hispano-árabe*, Madrid, 1932, pág. 151.

[5] Entre las voces corrientes de la literatura medieval castellana, menciono *judaísmo*, *paganismo*; *cisma*, *morisma*, *sofisma* (estas últimas con vacilación de género). Es curioso el caso de *abyssus* > *abismo* al lado de *abisso*; véase V. García de Diego, *Contribución al diccionario hispánico etimológico*, Madrid, 1923, pág. 12.

[6] Sobre este importante sufijo, hay una tesis doctoral mecanografiada de G. A. Meyer en la Biblioteca de la Universidad de Yale.

[7] Véase mi artículo sobre la etimología de *apesgar* en *MLQ*, 1945, VI, págs. 149-150.

[8] Pienso en casos como *husmear* (*Manual*, pág. 18); *Oxima* > *Osma*, *Ledisma* > *Ledesma* (*Manual*, pág. 77); *se(i)smo*, *se(i)sma* < **sexima* en vez de *sexta* (*Mediev. Span. Word-List*, pág. 192; *Manual*, pág. 165); *asmar*, al lado de *osmar*, con derivados en *-miento*, *-dura*, *-anza*, *-d(a)ero* < *æstimare*; *blasmar*, *-o*, *-ador* < *blasphēmāre*; arag. *coresma* (*Fueros de Aragón*, pág. 326), rioj. *cuaresma* (Berceo) < *quadragēsima*; *crisma* (*Rimado de Palacio*, N, 820 *e*); *esmerilón*, *-ejón*, *-ijón* (A. Castro, *RFE*, VIII, págs. 350-351); *(as)pasmo* < *spasmo* (Menéndez Pidal, *Manual*, 1941, pág. 127); plg. *lesma* < *limace* (C. Michaëlis de Vasconcelos, *RL*, XIII, pág. 336); *mesmo*, *mismo* (*BDH*, I, págs. 81-83); *posma*, *quizás* < *pūmex*, **pūmex* (L. Spitzer, *AILC*, II, págs. 30-31).

c) Los grupos *-tm-*, *-dm-* se cambiaron en *-lm-*. Ocurre *salmana* en el *Fuero de Usagre* y en el *Libro de Buen Amor*, 162. García de Diego y Corominas han comprobado la propagación del tipo *bilma* < *epithema* en León, Burgos, Segovia, Ávila, Soria; en el judeo-español de Bosnia; en Costa Rica, Cuba, Santo Domingo y Argentina [1]. El paso *-dm-* > *-lm-* no es fenómeno aislado ni mucho menos. Recuérdese la evolución del sufijo *-aticu* > ant. esp. *-algo* (*Auto de los Reyes Magos: gramalgo*), *-adgo* > *-algo*, variante característica sobre todo (aunque no exclusivamente) del leonés. Ténganse en cuenta formas como *jalgar* < *iudicāre* (*Elena y María, RFE*, I, pág. 89); *pielgo* < *pedicu*, *pielga* < *pedica* en Sanabria, Salamanca y otras zonas del dialecto astur-leonés (*REWb*, nº 6347, 6352), y el curiosísimo *calnado* < *catenātu*, señalado recientemente por A. Alonso en un texto mejicano del año 1574 (*RFH*, II, pág. 269) [2]. Estos casos de equivalencia acústica se comprenden mejor si se tiene presente la enorme difusión del grupo interior *-lm-*, uno de los que mejor caracterizan el sistema fonológico del español. En los últimos años, se ha prestado mucha atención al desmoronamiento de los grupos consonánticos latinos en los romances; ahora cabe prestar igual atención al fenómeno de la « convergencia fonológica ». El grupo *-lm-* es primario en varias voces de procedencia latina, griega y germánica: *olmo, -ello, -edo, -ediello, -ar* [3]; *palma, -ada; salmo; yelmo*. Corresponde a *vm, gm* en las voces siguientes: κάῦμα > *calma*; σάγμα > lat. *sagma, sauma* > ant. esp., ant. ptg. *xalma*; [4] πάγμα > ant. esp. *pa(l)mazo* [5]. Se debe a la pérdida de una vocal inacentuada en el jud. esp. *adolme* 'injusticia' [6], también en el ant. esp. *almosna* < *eleēmosyna*, frente a las variantes peninsulares *alimosna, limosna*, y *esmola* [7]. A consecuencia de la composición se formó este mismo grupo en *salmuera* y en un sinnúmero de arabismos: *almacén, almena, ça(va)lmedina*, etc. [8]. Puede atribuirse a metátesis la formación de *calmo* < *cumulo* y *talmo* < *tumulo*, a pesar de las reservas de García de Diego y de Menéndez Pidal [9]. Acertadamente se ha atribuído al influjo de *Guadalajara, Guadalquivir* y voces parecidas la formación de la variante *guadalmeçí*, que tendía a reemplazar *guadameçí* < *ghādamasī* [10]. Se trata de permutación de líquidas en los casos de *esperma* > *espelma* (*BDH*, I, pág. 175) y *armario* > *almario* (*BDH*, III, pág. 65). Háblase de la lucha de una variante plebeya con otra culta en el caso de *alma y ánima* (esta última ocurre en *Calila e Digna*). Hay casos más complejos, como el de *quilma, esquí(l)mar*, hace poco aclarado por Corominas [11]; los hay más oscuros, como el de *colmena* [12], o más desconocidos, como el del ast. *gaima* 'paso largo' [13]. Lo esencial es que a pesar de la variedad de circunstancias se observa netamente en todos estos casos una convergencia fonológica, la cristalización de un grupo interior que tiene un considerable atractivo. Dentro del cuadro de conjunto de este proceso, se comprende bien el cambio de *alatma* en *alalma*.

[1] *RFE*, III, pág. 316; *Indiadorománica*, págs. 110-111 (separata de *RFH*, VI). Corominas consigna la aparición esporádica de *lirma*.

[2] Los resultados ordinarios de *catēnātu* eran *candado, cañado*. *Candado* ocurre en el *Cantar de Mío Cid*; *cannado* se lee en los aranceles de aduanas del siglo XIII (asturianas), véase A. Castro, *RFE*, VIII, pág. 330. Ha dejado huellas también el arcaísmo *cadenado*; véase *RABM*, VII, pág. 128.

[3] Oelschläger, *Medieval Spanish Word-List*, pág. 144 *b*; Tilander, *Fueros de Aragón*, pág. 495.

[4] Traen la bibliografía acerca de esta palabra Ernout-Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, seg. ed., París, 1939, págs. 886-887.

[5] El artículo 6364 del *REWb* está basado en las investigaciones de G. Baist, C. Michäelis de Vasconcelos y V. García de Diego. Se encuentra la variante *pemazo* en Berceo (*Vida de Santo Domingo*, 687); predomina *pelmazo* en el *Libro de Alexandre*, el *Libro de Buen Amor* y el *Cancionero de Baena* (*Voc. Med. Cast.*).

[6] Steiger, *Contribución a la fonética del hispano-árabe*, pág. 170, deriva esta voz del ar. *ẓallim*.

[7] Sobre *almosna*, véase *Rom.*, IV, pág. 37; documenta *alimosna* Menéndez Pidal, *RFE*, I, pág. 35. Véase el excelente estudio acerca de *limosna* en los dialectos galorrománicos en *FEWb*, III, págs. 211-212.

[8] Consúltese, además de la obra fundamental de Steiger, el utilísimo glosario de Tilander, *Fueros de Aragón*, págs. 294-295, *s. v. çavalmedina*.

[9] García de Diego, *Contribución al dicc. hisp. etimol.*, pág. 60; Menéndez Pidal, *Manual*, 1941, pág. 161. Nótese la forma asturiana *cuelmu* que trae M. J. Canellada, *El habla de Cabranes*, Madrid, 1944, pág. 157.

[10] Steiger, *Contribución a la fonética del hispano-árabe*, pág. 241.

[11] Véase *AILC*, II, págs. 146-150. He reunido algunos datos sobre esta palabra. Oelschläger registra *esquima* en un documento de Osma del año 1214. Ocurre *esquimar* en un libro de A. Caso y Urreta, *Días de jardín*, publicado en 1619 (Rodríguez Marín, *Dos mil quinientas voces castizas*, pág. 163). *Esquilmo* se lee en el *Fuero de Usagre* (*Voc. med. cast.*) y en un documento de Toledo del año 1207, *esquilmar* en documentos de Toledo de los años 1207 y 1212 (trae esta información Oelschläger).

[12] Sobre las diferentes teorías, véase W. Brinkmann, *Bienenstock und Bienenstand in den romanischen Ländern*, Hamburgo, 1938, págs. 146-148; añádase la nota de Tuttle, *RR*, II, pág. 145.

[13] Lo trae M. J. Canellada en su obra citada, pág. 232.

Hemos tratado de demostrar lo interesante que resulta el descubrimiento de la etimología —por lo demás evidente e inconcusa— de *alatma, alalma* para investigaciones de fonética histórica y de fonología. No cabe duda de que presenta igual importancia para los estudiosos de la cultura sefardí, del helenismo hispano y del sistema acentual iberorrománico [14].

Yakov Malkiel.
Universidad de California

[14] Ya en prensa el presente trabajo leo en la sección bibliográfica de la revista sueca *Studier i Modern Språkvetenskap*, 1943, XV, pág. 205, que se ha publicado durante la guerra, la nota siguiente: R. Ekblom, *El origen de esp. aladma*, *Studia Neophilologica*, 1942-1943, XV, págs. 334-336. Desconozco los resultados de la investigación del señor Ekblom.

SOBRE JUAN ALFONSO DE BAENA

Cuando don Pedro José Pidal editó por primera vez el *Cancionero de Baena* (Madrid, 1851) cometió un error de lectura paleográfica que aún tiene consecuencias en el campo de la literatura española. Al transcribir la Dedicatoria al

rey don Juan II en el párrafo que dice: «...el jndino johan alfon de baena...», leyó Pidal, equivocadamente, *judino*. Este error, repetido, en el texto de la Introducción, donde se afirma el judaísmo de Baena [1], hizo andar descaminados a todos los grandes eruditos del siglo pasado, encabezados por Ticknor, Amador de los Ríos y Menéndez Pelayo.

Desde 1851 hasta nuestros días, a pesar de la crítica adversa, se ha seguido llamando a Baena judío y así catalogado figura en muchos libros de literatura española, entre los que he anotado los siguientes: los de los ya citados Ticknor [2], Amador de los Ríos [3], Menéndez Pelayo [4], el conde de Puymaigre [5], Sánchez de Castro [6], Revilla y Alcántara García [7], Samuel Berger [8], Navarro y Ledesma [9], Hurtado y J. de la Serna y González Palencia [10], Díaz-Plaja [11], etc.

Verdad es que ya deshizo el error el docto orientalista José Müller, seguido años después por H. A. Rennert [12] y E. Carré Aldao [13]; pero la especie sigue arraigada en los libros de investigadores no atentos a la cuestión, y hasta se le forjan nuevas conjeturas probatorias. Así Ezio Levi [14], no solamente vuelve a leer *judino* en lugar del *jndino* que propuso Müller, sino que, encariñado con la idea, agrega por su cuenta: «se añade que Juan Alfonso de Baena era pariente muy cercano, y acaso sobrino carnal, de Antón de Montoro» (*loc. cit.*). Ezio Levi se basa en la lectura, un poco apresurada, de un artículo de Rafael Ramírez de Arellano [15] en

[1] *De la poesía castellana en los siglos XIV y XV*, pág. XLII, además, *Notas*, pág. 639. Ya había cometido este error don Luis José Velázquez, *Orígenes de la poesía castellana*, Málaga, 1797 (ésta es la segunda ed.), pág. 48.

[2] *Historia de la literatura española*, trad. de Gayangos y Vedia, Madrid, 1851-1856, I, pág. 417.

[3] *Historia crítica de la literatura española*, Madrid, 1861-1865, V, págs. 321, 322, 332; VI, 137 y sig. *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, Madrid, 1875-1876, III, pág. 33. Dice que ha allegado importantes documentos sobre nuestro personaje, que no llegó a publicar; al menos no han llegado a mi conocimiento.

[4] *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, 1890-1908, IV, pág. XXXVIII.

[5] *La cour littéraire de don Juan II*, Paris, 1873, I, pág. 120.

[6] *Lecciones de literatura general y española*, Madrid, 1890, II, pág. 174.

[7] *Historia de la literatura española*, Madrid, 1897-1898, cuarta ed. II, pág. 230.

[8] *Les Bibles castillanes*, Ro, 1899, XXVIII, pág. 519. Cito este artículo por la siguiente particularidad que me ha hecho notar la señorita Lida: Berger indica como probable que Baena hubiese andado recopilando una Biblia traducida directamente del hebreo. Este solo hecho pondría tan en claro su judaísmo que es casi inconcebible cómo sus vejadores no se lo dijeron abiertamente en vez de andarse con escondidas alusiones.

[9] *Lecciones de literatura*, III parte, *Resumen de historia literaria*, Madrid, 1906, tercera ed., pág. 205.

[10] *Historia de la literatura española*, Madrid, 1932, tercera ed., pág. 165.

[11] *La poesía lírica española*, Barcelona, 1937, pág. 53.

[12] *Macías O Namorado*, Philadelphia, 1900, pág. 2, nota 3.

[13] *Influencias de la literatura gallega en la castellana*, Madrid, 1915, cap. XVII.

[14] *Un juglar español en Sicilia (Juan de Valladolid)*, *HMP*, Madrid, 1925, III, págs. 419-439. Se refiere a Baena en la página 428.

[15] *Antón de Montoro y su testamento*, *RABM*, 1900, IV, pág. 487.

que se publica el testamento del ropero de Córdoba precedido de unas cuantas noticias. Lo que Arellano dice es: «es probable que el padre de Montoro fuese hermano del judío Juan Alfonso» (pág. 487). Sería, pues, en todo caso *tío*, no *sobrino*. Pero también Ramírez de Arellano trabaja con suposiciones mal fundadas, quizá ayudadas por falsas lecturas. En primer lugar, Arellano da por sentado que Baena era marrano porque lee que se llamaba Baena el padre de Montoro, Fernando Alonso de Baena Ventura. Pero el que un judío se llame Baena no hace a todos los Baenas judíos. Si se supone como probable que Montoro tomó tal nombre de su pueblo natal, ¿por qué no pudo hacer lo propio Juan Alfonso de Baena? En segundo lugar, ese extraño apellido Baena Ventura, como me sugiere la señorita María Rosa Lida, ¿no será mala lectura de Ramírez de Arellano por *Buena* Ventura?

Examinado el *Cancionero de Baena* en busca de alusiones, hallo un punto de estudio: la alusión a las *berenjenas* que se hace en composiciones dirigidas a Juan Alfonso [1]. He reunido los siguientes ejemplos: «Respuesta de Juan García contra Juan Alfonso»:

El Rey Señor de Sugena
La cadena
Vos eche que mereçedes
Pues tenedes
Los ojos de berengena.

(Canc. núm. 384, pág. 442, ed. Pidal.)

«Respuesta del Mariscal Yñigo de Astúñiga»:

Señor, *buen frontero*, lengua de Sansón
Ardid commo lyebre entre las laçadas
Corrydo por fuerça a berengenadas
D'aquesa frontera de cabe Morón.

(Canc. núm. 418, pág. 466, ed. Pidal.)

[Se ha de referir a Osuna, lugar de residencia de Baena, como se ve más adelante]
«Este desir, fiso e ordenó Diego d'Estúñiga contra Juan Alfonso de Baena»:

Digo lo por non ussar
En vuestra tierra trobar,
Que más curan de ssenbrar
Mucha buena berengena
El qual han por buen manjar.

(Canc. núm. 424, pág. 470, ed. Pidal.)

La berenjena como manjar de judíos aparece en unas coplas del conde de Paredes contra el desdichado Juan Poeta, incluídas en el *Cancionero General*, número 969 (reimpresión de los *Bibliófilos Españoles*) y repetidas en el *Cancionero* de Juan Fernández de Constantina (núm. 280, ed. Bibliófilos Madrileños):

[1] Acerca del nombre de la berenjena y sus problemas en la lingüística románica, vid. César E. Dubler, *Temas geográfico-lingüísticos*, I, *Sobre la berenjena*, *Al-Andalus*, 1942, VII, págs. 367-389.

No deremos la patena,
A que la boca llegastes,
Que luego que la besastes,
Se dize que la tornastes
Caçuela con berengena.
El ara, ques consagrada,
Y de piedra dura fina,
De vuestra mano tocada,
En vn punto fué tornada
Atayfor con adafina.

Esta estrofa pertenece a una serie de similares, en la que cada objeto cristiano se le va convirtiendo al vejado en algo representativo de los judíos de aquella época.

Por otra parte la berenjena era considerada como propia de moriscos y así nos lo demuestra don Diego Clemencín en nota al *Quijote* (parte II, cap. XXVII. Vid. además, parte II, cap. II). Dice Sancho : « por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berenjenas », *Clás. Cast.*, V, pág. 64. Esto termina de demostrar que las berenjenas aluden a la condición morisca de Baena, hecho que se ve reforzado por las otras alusiones que recojo. Sin embargo quiero hacer notar que hay textos en que se mencionan las berenjenas sin encerrar ninguna alusión, tal, por ejemplo, la conocida canción de Baltasar del Alcázar, *Poesías*, ed. Rodríguez Marín, Madrid, 1910, pág. 119 :

Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón :
la bella Inés, y jamón,
y berenjenas con queso.

La antigua afición de los árabes por esta legumbre queda demostrada con el poema *La berenjena* de Ben Sara, poeta portugués muerto en 1123 [1]. Es interesante advertir que en el *Libro de Guisados* de Ruperto Nola (ed. Dionisio Pérez *Clásicos olvidados*, IX, Madrid, 1929, pág. 77), aparece una receta para preparar *berenjenas a la morisca*.

La intención evidente de los vejadores, en las composiciones arriba transcriptas, es la de bromear con Baena sobre su condición de frontero, como si envolviera la de morisco. Éste fué el sentido en que entendió los vejámenes el mismo Baena, pues en la composición núm. 407, « Replicación de Juan Alfonso de Baena », dice :

Señor venerable, yo non so çobaye
Nin moro, nin elche [2] tan poco Farfan
Nin creo en Mahomat nin creo al Çatan
Que tiene por arco la puente San Payo.

[1] Editado por Emilio García Gómez, *Poemas arábigoandaluces*.

[2] « Elche o tornadizo *nilch* », « enaziado *ailch* », « enaziado o tornadizo *murtadd* » dice Pedro de Alcalá en su *Arte para ligeramente saber la lengua aravigo*. Sobre los enaciados ver Menéndez Pidal, *La leyenda de los Infantes de Lara*, págs. 440-441, y para la etimología de la palabra Leo Spitzer, *RFH*, 1945, VII, págs. 160-162.

Insistiendo en el sentido geográfico de dichas pullas hay que recordar que hubo una época, bastante distante de la que nos atañe, en la cual se llamaba *berenjeneros* a los habitantes de Toledo (vid. las notas que han puesto los distintos comentadores del *Quijote* al cap. XXVII de la II parte). Suponiendo que en tiempos de Baena existiera ya dicho remoquete habría que entrar en el campo de las conjeturas para ver en qué forma se relacionaba con él, natural de la villa de su nombre, según declaración propia (vid. nota 19).

Junto con las berenjenas se le veja con otro manjar que también solía darse como típico de judíos : la adefina.

« Respuesta de Juan de Gusman » :

Señor, non manjedes manjar d'adefyna
El qual gostaredes con grand amargueça.

(Canc. núm. 404, pág. 457, ed. Pidal.)

Todo lo que se sabe acerca de la adefina ya está dicho por Dozy y por Eguílaz [1] quienes explicaron que en aquellos tiempos se usó tal palabra para designar una especie de cazuela o puchero de manjares varios, cuyo nombre significa « la tapada » y que, por poder quedar tal plato preparado desde la víspera fué adoptado por los judíos como comida de sábado, por razones religiosas. Por las características de su composición se puede decir que la adefina es un plato casi universal, pero bajo este nombre específico era comida propia de judíos. El momento desde el cual este nombre arábigo fué utilizado por los hebreos, ya que éstos lo conocían bajo el nombre de *tamún* (cf. Yahuda, *loc. cit.*, pág. 349), no está establecido, pero el problema que nos atañe es otro : ¿quiénes comían adefina en España?

A este efecto dice Eguílaz (*loc. cit.*) : « Esta olla, sin otra excepción que la del jamón y tocino, se compone de los mismos manjares y condimentos que la nues-

[1] Dozy y Engelmann, *Glossaire des mots espagnols et portugais derivés de l'arabe*, Leyde, segunda ed., 1869, págs. 43-44. L. Eguílaz y Yanguas, *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, pág. 41. Más modernamente han tratado el mismo tema el doctor A. S. Yahuda, *Contribución al estudio del judeo-español*, en *RFE*, 1915, II, págs. 339-370, y Max Leopold Wagner, *Judenspanisch-Arabisches*, *ZRPh*, 1920, XL, págs. 543-549, W. Marçais, *Textes arabes de Tanger*, transcription, traduction annotée, Glossaire (Bibl. de l'École des Langues Orientales, liv. IV), Paris, 1911, pág. 149, *apud* Arnold Steiger, *Contribución a la fonética del hispano-árabe y de los arabismos en el iberorománico y el siciliano*, anejo XVII de *RFE*, Madrid, 1932, pág. 117 (ambos dan la etimología árabe), quienes concuerdan en todo con los anteriores. La etimología de adefina se ha dado siempre como proveniente del árabe *ad-dafina*, *la oculta* (cf. Dozy, Eguílaz, Yahuda, Wagner, Marçais y Steiger). Sin ningún fundamento José Benoliel (*Dialecto judeo-hispano-marroquí o hakitía*, *BAE*, 1928, XV, pág. 52), dice que proviene de las palabras caldaicas *dá-afena*, *esto hemos cocinado*. Esta etimología no explica la acepción « secreto » con que pasó al español y que el mismo Baena emplea en la composición nº 390 :

Joban García, mi adefyna
Vos diré yo mucho çedo.

En la misma categoría de etimologías se puede incluir la que trae Am. Cosres, *Luis de León*, *RH*, 1921, LIII, 29, nota. Dice que proviene de *dfu* (vocalizado *defan*) que significa *ceniza*.

tra. No es, pues, como se ve, ningún guisado especial de los judíos españoles ».

No sólo la adefina no era, en un principio, peculiar de los judíos, sino que en una época fué plato de cristianos y se le daba un significado representativo de « comida exquisita » y general, sin restricciones de raza ni de región, como se puede ver en la copla 781 del *Libro de buen amor* :

> Algunos en sus cassas passan con dos sardinas
> En agenas posadas demandan gollorías [sic] :
> Desechan el carnero, piden las adefinas,
> Desian que non conbrían tozino sin gallynas.

Pero ya en el siglo XV, especialmente a fines, la adefina es típica de los judíos y así lo demuestran los versos del conde de Paredes (vid. supra) y estos otros ejemplos : « los propios hediondos judíos... nunca perdieron el comer a costumbre judaica de manjarejos e olletas de adefina, manjarejos de cebollas e ajos... » (Fernando del Pulgar, *Crónica de don Fernando y doña Isabel, Bib. Aut. Esp.*, LXX, 599 *b*).

« Nunca perdieron en el comer la costumbre judaica de manjares y olleta de adefina » (Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*, citado por Eguílaz y Wagner. Bernáldez, en este pasaje, no ha hecho más que copiar a Pulgar).

Como se ve, la investigación cronológica acerca de la época en que se efectuó el cambio ideológico de la adefina es un poco oscura, pero pasando a valorar el posible pensamiento de don Juan de Guzmán en su *Respuesta* yo creo que su intención era decirle que « no fuese de índole judía ». Por otra parte, al referirse al judaísmo de Baena debe valorarse positivamente el que no se lo enrostren claramente, para nosotros al menos, en ninguno de los muchos vejámenes en su contra insertos en el *Cancionero*. Hay que recordar además que en las composiciones que he copiado no se dice : « los de tu raza » sino « en vuestra tierra ».

De la lectura del *Cancionero* de Baena he sacado en limpio un dato más para la biografía de Juan Alfonso. Dice éste explícitamente que era escudero. Así se lee en el « dezir » que « fizo Juan Alfonso de Baena a Martín Gonçález e Sancho Rromero, pidiendo les ayuda de su péndola » :

> My sseñor Martín Gonçales,
> Otrosy Sancho Rromero,
> Doss amigos prinçipales
> Con amor leal entero :
> A mí, un pobre escudero,
> Que mero çerca d'Ossuna,
> Acorredme con alguna
> Pendolada syn dinero.
>
> (Canc. núm. 456, pág. 497, ed. Pidal.)

Que vivía cerca de Osuna lo anotó don Pedro José Pidal (*Notas* al *Cancionero*, pág. 640) pero no el que fuese escudero, aunque este dato se encuentra en dos composiciones más, la núm. 396 (« Este dezir fizo e ordenó el dicho Alvar Rruys de Toro, contra Juan Alfonso de Baena por lo rrequestar e affear ») y la núm. 398 (otro « dezir » de Ruiz de Toro contra Baena).

Los demás argumentos, que han esgrimido Rennert y Carré Aldao, aunque este último no hace más que ampliar la nota de Rennert en su *Macías O Namorado* pero sin hacerlo constar, son del dominio general, por lo que no las repetiré aquí [1].

JUAN BAUTISTA AVALLE ARCE.

PRIMERO ES LA HONRA, EN BUENOS AIRES

En un documento que reproduce parcialmente José Torre Revello en *BET*, 1945, página 125, hallamos la enumeración de los personajes que intervinieron en 1772 en la representación teatral de una obra no mencionada : « el galán, el rey, el almirante, el marqués, el gracioso, la Reina, Porcia dama y la cantarina ». Este reparto denuncia que la obra es *Primero es la honra*, de Moreto, ya conocida en Buenos Aires, por lo menos en 1747 [2]. La acción pasa en Nápoles [3] y los personajes son : el rey de Sicilia ; el almirante, viejo ; el marqués ; Torreno, criado, gracioso ; la reina ; Porcia ; la cantarina, que debería ser Clavela, la criada que canta en el segundo acto. Ruth L. Kennedy en *The dramatic art of Moreto*, en *Smith College studies in modern language*, vol. XIII, pág. 103, señala en este drama el recuerdo del verso de Garcilaso « Oh, dulces prendas, por mi mal halladas ». Hallamos otras reminiscencias, pero de la égloga primera. Moreto

[1] Quiero hacer constar una reminiscencia, creo que hasta ahora no notada. Dice Juan Alfonso de Baena (Menéndez Pelayo, *Antología*, IV, pág. LXXXVII) :

> Yo nasci dentro en Baena
> Do aprendy faser borrones
> E comer alcaparrones
> Muchas vaces sobre cena.

Rodrigo de Reinosa, *Coplas de las Comadres*, al fin :

> Yo lei dentro da Vaena
> Y avecéma hec borrones,
> Y a comer alcaparrones
> Muchas veces sobre cena.
>
> (GALLARDO, *Ensayo*, IV, págs. 60 y 1416.)

Los versos son de Baena, como atestigua José AMADOR DE LOS RIOS, *Hist. crít.*, VI, 137, nota 2. No figuran en el *Cancionero* de Baena pero sí en el *Cancionero* de Gallardo que se conserva inédito en la biblioteca de la Academia de la Historia, signatura 2-7-2 (cf. F. VENDRELL GALLOSTRA, *La Corte literaria de Alfonso V de Aragón y tres poetas de la misma*, *BAE*, 1932, XIX, pág. 93).

Considerando que lo anterior no es más que una copia casi directa de Baena creo que no hay que tomarlo tan al pie de la letra como lo hizo J. E. GILLET, « *Coplas de unos tres pastores* » *attributed to Rodrigo de Reynoso*, *PhQ*, 1942, XXI, pág. 24, quien nos dice que estos versos « indican que él aprendió y comenzó a escribir en la andaluza Baena ».

[2] Véase *RFH*, 1940, II, pág. 49.

[3] Debe haber descuido en RICARDO ROJAS, *Historia de la literatura argentina*, t. II, pág. 407, pues la pone en Ferrara. En Ferrara ocurre *La fuerza del natural*, del mismo Moreto, pero no sabemos si se representó en Buenos Aires.

planea, con todos esos elementos, un cuadro menos poético que el de Garcilaso. Federico (=Nemoroso al recuerdo de Elisa) invoca a Porcia (Acto I, esc. VII): «Ángel del cielo, / cuya esfera pisa tu pie» = «Divina Elisa, pues agora el cielo / con inmortales pies pisas y mides», y cierra la estrofa con el verso del soneto. Después objetiva su lamento con el retrato de Porcia, los papeles, y finalmente con el cabello: «De su pura madeja / ella misma cortó estas hebras [4] de oro. / ¡Oh, lazo hermoso y bello, / serviste de prisión a mi albedrío» = «Tengo una parte aquí de tus cabellos...» [5].

RAÚL MOGLIA.

RESTITUCIONES A LA LÍRICA ESPAÑOLA

La no muy transitada selva de las letras coloniales americanas depara al lector más de una sorpresa. Numerosos trechos están todavía vírgenes o equivocadamente conocidos. Desde el libro señero de Menéndez y Pelayo hasta nuestros días mucho se ha trabajado, pero ediciones y estudios no guardan proporción con la amplitud del período. Volviendo a las «sorpresas», quiero referirme aquí a las falsas atribuciones: obras apócrifas sobre las cuales se asentó más de una vez el prestigio de un autor. Hace poco tiempo, Alfonso Méndez Plancarte llamaba la atención acerca de unas poesías que pasaban como de la Madre Castillo y que eran, en realidad, de Sor Juana Inés de la Cruz [1].

Transcribo a continuación dos poesías que es necesario separar de la lírica americana para devolverlas a España. La primera es la conocida composición que se atribuía a Juan del Valle Caviedes titulada *Lamentaciones sobre la vida en pecado*, y que es una *Canción* de Juan Martínez de Cuéllar, con ligerísimas variantes:

¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, desdichado,
que sujeto al pecado
vivido he tanto tiempo tan rendido,
si es que estando en pecado yo he vivido!
¿por qué me causa horror tanto tormento
sin dar velas al mar del sentimiento?
Nace el ave ligera,
enrrizado plumaje de esa esfera,
y viéndose veloz y enriquecida
a Dios está rendida;
y yo con libertad, en tanta calma,
nunca, Señor, os he ofrecido el alma.
Nace el bruto espantoso,
de riza crin de cerdas mar undoso,

[4] También aquí está presente Garcilaso: «Los cabellos que vían / con gran desprecio al oro / como menor tesoro», en donde sigue Garcilaso, como en otros temas, a Petrarca: «Capelli / che facean l'oro e'sol parer men belli» (Soneto CCCL).

[5] La relación entre Moreto y Garcilaso, precisamente en el trozo que nos ocupa, está estudiada en HERRERO GARCÍA, *Estimaciones literarias del siglo XVII*, obra que no hemos encontrado.

[1] ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE, *Un libro de Gómez Restrepo y una triple restitución a Sor Juana*, en la revista *Ábside*, de México, 1941, núm. 7, págs. 451-463.

y al mirarse de todos respetado
siempre venera al Sor que lo ha creado;
sólo yo, con terrible desvarío,
nunca, Señor, os postro el albedrío.
Nace la flor lucida,
ya rubí, ya esmeralda engrandecida,
y al ver su color roja
por dar a su Autor gracias se deshoja;
y yo con libertad, en tanta calma,
nunca, Señor, os he ofrecido el alma.
Nace el arroyo de cristal o plata,
y apenas entre flores se desata
cuando en sonoro estilo guijas mueve
y a Dios alaba con su voz de nieve;
sólo yo, con terrible desvarío,
nunca, Señor, os postro el albedrío.
Nace el soberbio monte,
cuya alteza registra el horizonte,
y, en su tosca belleza,
ensalza más a Dios con su grandeza;
y yo con libertad, en tanta calma,
nunca, Señor, os he ofrecido el alma.
Nace el pez, adornado
de un vestido de conchas escamado,
y apenas gira en centro tan profundo
cuando respeta al Creador del mundo;
sólo yo, con terrible desvarío,
nunca, Señor, os postro el albedrío.
Al fin, mi Dios, si os ama reverente
lo inanimado y lo que es viviente
¿cómo no estoy de aquesto avergonzado
viendo que os ha alabado,
al tiempo que he pecado disoluto,
arroyo, monte, pez, flor, ave y bruto? [4]

Aunque ya antes se dudó de la paternidad de Caviedes, las sospechas no tenían otro fundamento que la diferencia que media entre la sátira descarnada de sus burlas a los médicos y el plañidero acento de las *Lamentaciones*, de arquitectura calderoniana. Pero hay también ecos calderonianos en los versos amorosos reconocidos — mientras no se demuestre lo contrario — como suyos [5].

Quizás Caviedes conoció la poesía de Martínez de Cuéllar en España (la edi-

[4] JUAN MARTÍNEZ DE CUÉLLAR, *Desengaño del hombre en el tribunal de la fortuna y caso de desconsientos*, Madrid, 1928, págs. 142-143. La edición, a cargo de Luis Astrana Marín, está bastante descuidada. He corregido erratas evidentes y he tenido en cuenta la versión que, con el nombre de Caviedes, trae *El apogeo de la literatura colonial* (*Biblioteca de cultura peruana*, t. V, París, 1938, págs. 251-253).

[5] Luis Fabio Xammar anunció hace poco el hallazgo de nuevos manuscritos de Caviedes que muestran incursiones por el teatro (*Juan del Valle Caviedes, poeta colonial*, en *Prc*, 10 de junio de 1945). Así, expurgándolo de obras apócrifas y completando lo que creemos su producción auténtica, nos acercaremos más y más a su verdadera personalidad.

ción del *Desengaño del hombre*, lugar donde figura, es de 1663, y alrededor de ese año el autor de *Diente del Parnaso* hizo un viaje a la península); quizás trató al poeta conquense en América (pues es muy probable que Martínez de Cuéllar haya pasado al Perú [1]) y conservó una copia manuscrita de la *Canción* que los editores del *Diente del Parnaso* no distinguieron entre las otras composiciones. En fin, queda como última y poco probable explicación el plagio. El caso es que debemos descartar esta poesía de la obra del « andaluz limeño ». Ricardo Palma se lamentaba de que muchos versos de Caviedes aparecían, dentro y fuera del Perú, con otras firmas [2]. El celoso tradicionalista no se imaginaba, sin duda, que su poeta no estaba libre de tales vaivenes.

De la exigua labor de otro ingenio colonial, menos conocido que Caviedes, debemos separar un soneto. Hablo del mexicano Juan de Dios Uribe, que vivió a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX y fué colaborador del *Diario de México*. Juan de Dios Uribe ha sido recordado como uno de los últimos vestigios del vigoroso gongorismo americano por el soneto *El desengaño, arrimado a una fuente que estaba muy rica de jaspes, pero sin agua*:

¿No eres tú la que quiso a la mañana
imitarle las perlas atrevida,
y en flor de jaspes tienes prevenida,
por nieve, mármol; pórfido por grana?
Pues ese viento de tu pompa ufana,
ése enjugó tu cristalina vida,
que quien se puso tan envanecida
fué providencia que quedase vana.
¿Qué olorosa merced te debe el prado
engañando, de fuente, tantas flores
que alistaron su vida a tu cuidado?
Mentiste la esperanza a sus verdores.
¡Oh aviso superior de lo criado!
¡Oh propiamente imagen de señores! [3]

Pero este soneto es de Jacinto Polo de Medina (*No ocasiones a que te digan lo que este soneto a una fuente, que estando muy rica de jaspe, no llevaba agua*) [4], con dos variantes apenas perceptibles (« imitarle las perlas engreída »; « ¡Oh imagen propiamente de señores! »).

Juan de Dios Uribe sufre mucho más que Caviedes con estas restituciones: poco se altera la tradicional figura del último al devolverse la calderoniana *Lamentación* a su verdadero dueño, en tanto que el soneto atribuído al colaborador del *Diario de México* constituía su mejor y más recordada obra.

EMILIO CARILLA.

[1] Según Astrana Marín, « varios Martínez de Cuéllar se trasladaron a América y figuran como pobladores del Perú » (Prólogo a su ed. del *Desengaño del hombre*, pág. VI).

[2] *El poeta de la ribera*, en *Mis últimas tradiciones peruanas*, Barcelona, 1906, pág. 354.

[3] LUIS G. URBINA, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA y NICOLÁS RANGEL, *Antología del Centenario*, II, México, 1910, pág. 967.

[4] JACINTO POLO DE MEDINA, *Obras escogidas*, Madrid, 1931, pág. 356.

RESEÑAS

Filosofía y teoría del lenguaje. Colección dirigida por AMADO ALONSO.

CHARLES BALLY, *El lenguaje y la vida*. Traducción por Amado Alonso. Buenos Aires, 1942, 247 págs.

KARL VOSSLER, *Filosofía del lenguaje*. Ensayos. Traducción y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida con la colaboración del autor. Prólogo de Amado Alonso. Buenos Aires, 1943, 281 págs.

Los más antiguos ensayos recogidos en estos dos libros son de una misma época: nos llevan a aquellos primeros años de la segunda década de nuestro siglo en que filosofía y también teoría del lenguaje pasaban para la mayoría de los comparatistas, cuando menos por palabras de atrevida vanguardia. Después de diez años de trabajo y de meditación, casi contemporáneamente, tanto Bally como Vossler pensaron que había llegado el momento de reunir sus ensayos en libros interiormente orgánicos. A los veinte años de su publicación los dos libros siguen siendo tan actuales que Amado Alonso encabeza con ellos una colección española de filosofía y teoría del lenguaje. ¿Qué nos dicen hoy estos viejos compañeros de estudio, viva y flúida materia de nuestra formación científica? ¿Qué nos dicen al hojearlos ahora separados — si puedo decirlo así — del impulso que les dió nacimiento, por los años y por el propio hecho de estar como fijados en una traducción? ¿De dónde se desprende el carácter de «clásicos» que en cierto sentido les corresponde, a pesar de que la obra de Bally y de Vossler pertenece a la labor de nuestro presente?

El lenguaje y la vida sigue estando en el centro de la producción de Bally, aunque sus escritos más recientes parecen indicar que sus intereses teóricos lo han alejado del problema que se plantea explícitamente en la primera parte del libro y permanece hasta el final como motivo dominante: la lengua enfocada como expresión de lo compleja que es la vida espiritual del hablante; la armazón intelectual del lenguaje que se matiza y concreta en valores volitivos y sentimentales, que se doblega a influencias e intenciones sociales. A primera vista esta posición parece tener cierta analogía con la interpretación psicológica del lenguaje. En realidad es completamente distinta. En primer término no analiza procesos, sino que estudia el valor de hechos de lengua. Hay luego otra diferencia: la teoría de Bally se desarrolla sobre todo como método de análisis que se pone, sí, por encima de lo meramente idiomático (partir de lo significado es la característica conocida de toda una dirección de la lingüística dentro de la cual

El lenguaje y la vida cabe muy a sus anchas) pero que mira a lo idiomático, a lo gramatical. El problema básico de Bally es por lo tanto la interpretación del sistema lingüístico que viene haciendo la lengua viva : cortes analíticos concretos que el hablante efectúa dentro de los límites de formas estructurales determinadas ; éstas son las claves del sistema que compete al lingüista caracterizar. Muchas páginas de este libro — por ejemplo la caracterización del alemán y del francés — desarrollan oportunamente puntos de vista que ya estaban en el *Traité de stylistique* (1909). De allí procede también la franca interpretación del francés moderno que sigue siendo, si bien complicada con otros motivos, uno de los temas preferidos por Bally. Sin embargo, durante los años en que se le venía madurando este libro, Bally había recogido, junto con Sechehaye, el *Curso* de Saussure (1916) ; al preparar la segunda edición de *El lenguaje...* (1935), hacía tres años que estaba publicada su *Linguistique générale et linguistique française* que elabora en forma tan original los puntos básicos de la teoría saussuriana. Ahora bien, el capítulo III de *El lenguaje...* (« Mecanismo de la expresividad lingüística ») ya adelanta esta faz del pensamiento de Bally. Diría mejor : como para él la expresividad está fuera del propio sistema de signos en cuanto le compete el carácter de implícita y de sintética, este capítulo considera el tejido del sistema en forma relativamente negativa. Es pues una forma más elástica — menos clara, quizás, pero también menos esquemática, menos apartada de la realidad compleja del lenguaje — que en *Linguistique*, donde Bally profundiza más exclusivamente los conocidos conceptos y distinciones cuyos fundamentos ponen en tela de juicio la lingüística y la estilística de procedencia distinta aunque no desconocen su alto valor heurístico. Se diría que en *El lenguaje...* Bally queda más próximo al problema central de la lingüística teorética, que es la antinomia continuamente planteada y resuelta por el hablante entre lo individual y lo lingüístico, entre lo expresivo y lo gramatical.

No necesitamos situar una vez más la *Filosofía del lenguaje* dentro de la trayectoria del pensamiento de Vossler. Eso ya lo hace el Prólogo de Alonso al recordar que los orígenes de la interpretación del lenguaje que es el fundamento de este libro, así como los elementos teoréticos que notoriamente Vossler deriva de Croce, ya están en su primera acometida contra la lingüística positivista. El tono polémico de *Positivismo e idealismo* (1904) se ha apagado ahora ; el blanco de su crítica se ha alejado y al mismo tiempo se ha ensanchado (el positivismo de la gramática histórica no le interesa tanto como el de la lingüística general), ya sobresale la nota de un pensamiento más maduro y seguro de sí mismo. Mucho más interesantes son las relaciones con *Frankreichs Kultur im Spiegel seiner Sprachentwicklung* (1913) y con los ensayos que Vossler recogió en 1925 bajo el título de *Geist und Kultur in der Sprache :* particularmente con estos últimos. Nota Alonso con mucho acierto (porque señala al lingüista el punto de partida para una elaboración crítica del idealismo) que, en este libro que parece todo enfocado hacia la actividad creadora del individuo hablante, no faltan gérmenes para una reconsideración metódica de los hallazgos de la lingüística anterior, encerrada en los límites de lo culturalmente determinado. Vossler no descuida desde luego considerar en este libro la lengua como « expresión y contenido de una cultura histórica » : aquí está el punto, como observa Alonso, que lo separa

de Croce [1]. Hay más : la *Filosofía del lenguaje* contiene uno de los ensayos más sugestivos que se hayan escrito para interpretar la lingüística como mera historia de la cultura ; sin embargo, esta posición de Vossler sobresale más bien en *Geist und Kultur*, donde quizás resulte también más clara la elaboración de motivos humboldtianos.

La ideología de Vossler sugiere a Alonso páginas que en rápidos cortes, primero cronológico, luego panorámico (Croce-Vossler-De Saussure), sintetizan en realidad los fundamentos opuestos en los cuales arraiga la lingüística teorética. Croce, dice Alonso, se fija en la actividad creadora del individuo ; Saussure no desconoce el momento individual, pero no lo considera como objeto de ciencia y se concentra más bien en el momento opuesto : la lengua producida ; Vossler ve en este dualismo « una dualidad funcionante ». Con lo cual no se caracteriza únicamente a Vossler, sino que se define al propio objeto de la lingüística teorética. Suspendida entre la mera especulación filosófica y la investigación empírica, la lingüística teorética, con sus direcciones opuestas, señala en último análisis la exigencia que se apoderó de la lingüística cuando, al agotarse los viejos problemas de la comparación, tomó conciencia de que su propio objeto estaba en el espíritu de los hablantes más allá de los meros hechos de lengua. Y consideró ese objeto sea como ciencia o filosofía, sea como historia. El dualismo de métodos que Vossler tan felizmente llamó idealista y positivista se cruza con un dualismo de miras que ya estaba latente en la lingüística comparativa desde sus orígenes y que da lugar a dos direcciones completamente distintas : si Saussure o Bally son representantes de la primera en cuanto extreman la posición antihistórica de la lingüística general, Vossler tiene algún derecho para que lo consideremos también como auténtico portavoz de la segunda.

Así y todo, esos libros están bien uno al lado del otro. Son parecidos como dos compañeros de la misma camada : los une la misma formación característica en cuanto profundizan por razones metodológicas un problema en ocasiones distintas y desde puntos de vista distintos que llevan todos ellos a una única solución ; señalan direcciones a la investigación más bien que plantean una exposición sistemática. Los une también un igual sentido concreto de la lengua, su mirar más allá del acto idiomático al arte, a la sociedad, a la vida. Esto que parece

[1] Esto complica las relaciones de Vossler con Croce. Alonso (pág. 13) remite al pasaje de *Geist und Kultur* (págs. 194-196) donde Vossler sienta su disparidad de Croce por atender a la persona histórica del hablante más bien que a su individualidad considerada de modo absoluto. Por otro lado Croce (además de unos reparos de carácter gnoseológico : *Conversazioni critiche*, I, pág. 97 ; III, págs. 95-96), colaboró — la expresión es suya — con Vossler mostrándole (*ibid.* I, págs. 87-97) que su distinción originaria entre la lengua como creación y como evolución se resuelve en una única visión de la lengua, fundamentalmente histórica. Esta distinción efectivamente desaparece en la *Filosofía del lenguaje* (Vossler desde hacía mucho había aclarado en este sentido su punto de vista. Véase Croce, *Problemi di estetica*, Bari, 1910, pág. 130). Croce siguió considerando la lingüística idealista de Vossler, así como la de Spitzer (*Conversazioni*, III, pág. 101), como un árbol brotado, en el terreno de la historia de la cultura, del germen de su identificación filosófica entre lenguaje y arte. Claro está que habría que considerar también esas relaciones y coincidencias a la luz de toda la larga elaboración que Croce dió a su concepto, después de la primera edición de la *Estética* (véase *Insula*, Buenos Aires, I, 1943, pág. 221).

hoy tan natural no lo era cuando la lingüística trataba justamente de eludir un proceso de replegamiento que la amenazaba desde hacía tiempo.

Los rasgos de esta hermandad se hacen más patentes por la presentación y la traducción de Alonso. Los consideraremos particularmente en la *Filosofía del lenguaje*, por resultar más claras sus intenciones y por agregarse a su labor la de Raimundo Lida. Alonso y Lida, dos espíritus de formación tan distinta que el ansia para la alta divulgación científica estrecha en un mismo sentimiento de severa abnegación. Porque traducir, para quien tenga en sí mismo — como es el caso — todo un mundo de ideas y de intereses originales, es ante todo un acto meritorio de abnegación.

Sea dicho de paso, toda mi vieja formación escolar y mi entrenamiento filológico hacen que yo no sea muy partidario de libros científicos traducidos. Aunque me doy cuenta de que todo el mundo llega en una cómoda cremallera a la cumbre que Tartarín alcanza jadeando, trato de libertar a los jóvenes de la esclavitud de las traducciones alentándolos con el ejemplo de Valdés: « de los que an romançado he leído poco porque, como entiendo el latín y el italiano, no curo de ir al romance ». Pero soy el primero en admitir que una buena traducción es algo mucho más importante que un mero fomento a la pereza de los que se mecen en la única dulzura de su lengua maternal: es un instrumento de conocimiento y de trabajo, en cuanto colabora con el original ordenándolo en los esquemas de una forma mental distinta. No necesitamos ir muy lejos: piense el lector en lo que hizo Américo Castro al « romancear » la *Einführung* de Meyer Lübke. Ahora bien, da gusto ver cómo Alonso y Lida desempeñan ese papel de traductor inteligente que toma de la mano al lector con discreta prontitud cuando lo necesita y al mismo tiempo da muestra de una conciencia admirablemente fina y severa de su labor científica. Dejo a un lado lo más exterior: las notas bibliográficas que ponen al día oportunamente las de Vossler [1]; los ejemplos en lengua extranjera traducidos y aclarados, como se practica en libros de esta clase, con la analogía de ejemplos españoles. Las guías antepuestas a cada capítulo son algo más que un temario: a través de la forma característica de Vossler, que todavía guarda la blandura de lo que acaba de ser plasmado, jalonan la línea de lo que está definido y adquirido para el patrimonio común de la ciencia. Entramos aquí en el propio terreno de la traducción. Opina Vossler en este libro que el pensamiento científico únicamente por medio de múltiples redacciones y traducciones logra independizarse de la forma idiomática que empaña su transparencia y oculta su autonomía. Lo que supone una separación de forma y contenido que, al hablar de traducción, parece ser un arbitrio necesario. No cabe ahora discutirlo aquí; quizás digamos lo mismo en palabras más sencillas al recordar que traducir un texto científico es necesariamente al mismo tiempo interpretarlo y sobre todo determinarlo.

En esta determinación está el famoso escollo de los traductores: pero la diferencia de connotaciones y de valor evocativo en los términos que se corresponden

[1] Véase (pág. 129) particularmente la nota donde, a propósito de los reparos que Vossler hace a la 1ª edición de *Le langage*, se resumen las modificaciones introducidas por Bally en la segunda edición.

semánticamente no hace otra cosa que exteriorizar un proceso meramente individual de interpretación. Ya es por ejemplo interpretar — y también fijar el pensamiento del autor — reemplazar una metáfora con otra más conforme al hábito idiomático del español, como hace a menudo esta traducción, que no es « cobarde » y casi busca en su camino todas las zanjas que puede encontrar para darse el gusto de saltarlas. Si Bally opera por medio de conceptos definidos y busca por lo tanto el neologismo técnico, Vossler se arrima más bien a lo indefinido de la lengua corriente: habla de *Sprache* y de *sprachlich* cuando mira a lo individual y a lo activo del lenguaje; los traductores precisan este sentido concreto con « idioma, idiomático »; todos los matices de la interioridad del lenguaje son para Vossler *seelisch* (*seelische Meinung, seelische Zusammenhänge, seelisches streben*); la traducción « psíquico » (« mención psíquica, conexiones psíquicas, esfuerzo psíquico ») ya distingue más resueltamente el término en cuanto le da el soporte de un ambiente lingüístico más técnico. Lo mismo podría decirse más o menos de *streben* (esfuerzo), de *Denkart* (índole mental), etc. Este anhelo por lo inequívoco está en la sensibilidad interpretativa de los traductores más bien que en la traducción. Esto resulta particularmente claro de la larga nota (pág. 134) sobre *meinen, Meinung, gemeint* (Alonso y Lida traducen con tanto gusto y tan hondo sentido del idioma que no necesitan casi nunca acogerse al recurso de circunlocuciones o de notas explicativas), muy interesante porque bosqueja la microscópica historia de un neologismo técnico: al traducir *meinen*, etc., por « mentar », « mención », « lo mentado » en los casos en que es clara la intención de Vossler de dar a la palabra el conocido sentido técnico distinto de *denken* « pensar », los traductores se apoyan en el uso autorizado de la *Biblioteca de la Revista de Occidente*, que emplea « mentar » en la traducción de Husserl como equivalente de « significar », eso es con un sentido técnico convencionalizado en ambos diferentemente, más aún, opuesto. Para Vossler « mentar » equivale al « complejo de experiencias psíquicas presentes en el acto de la palabra » (concepto próximo al que la terminología de Husserl llama *Kundgabe*). Al observar que « en ambos casos la terminología está igualmente justificada porque tanto para Husserl como para Vossler lo mentado es el contenido último y esencial que constituye su campo (diferente) de investigación », los autores justifican al mismo tiempo los dos sentidos opuestos que hacen recaer sobre el neologismo técnico « mentar ». Es evidente que para nosotros este neologismo ya podrá circular especializado, sin posibilidad de equivocación, en el sentido vossleriano que es implícitamente inherente a la posición del lingüista. Podrá más bien ampliar su campo significativo en esta dirección: además de la *Kundgabe* de Bühler, se me ocurre el valor, menos técnico, de *Sinn* cuando está opuesto a *Bedeutung* « significación »: por ejemplo la expresión de Eduard Hermann *die Sprache als Sinngebilde* creo pueda traducirse con « la lengua como forma de mención ».

Se comprenderá mejor el significado de esas dos traducciones poniendo mientes en el plan de la colección que con ellas se inicia. Ya se ha publicado, en traducción de Alonso, el *Curso* de Saussure [1], fundamento de la llamada lingüística

[1] Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, ed. Losada, 1945; Antoine Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale*, París, vol. I, 2ª ed., 1926,

general; ya están preparados o planeados la *Lingüística histórica y lingüística general* de Meillet, que muestra cuánto de los principios saussurianos procede de una crítica al método comparativo, y los *Principios de fonología* de Trubetzkoy: la escuela de Praga al lado de la de Ginebra, mientras la *Filosofía de la gramática* de Jespersen, con su doble esquema, tan sencillo y original, dará una muestra de lo producido — paralelamente a Saussure — por la dirección empírica de la lingüística general. Por otro lado el momento historicista inherente a la posición de Vossler sugiere que se presente al público español una monografía de auténtica historia lingüística. Ésta será desde luego *La lengua y cultura de Francia reflejada en la evolución de su idioma* de Vossler. Vemos que con Saussure, Meillet y Jespersen el plan de Alonso ya se orienta hacia la primera generación de lingüistas generales: es por lo tanto muy natural que comprenda también el *Breviario* de Schuchardt. Si por la medula de su pensamiento consideramos a Schuchardt como el precursor directo de la interpretación fundamentalmente histórica del fenómeno lingüístico, la forma con que plantea sus problemas procede más bien de una intención teorética que lo acerca a la posición de la restante lingüística general. En el *Breviario* recogió Spitzer los motivos fundamentales de la inmensa y tupida producción de Schuchardt; la antología científica: otro medio para extraer de los tanteos de toda una vida de pensamiento los rasgos fundamentales y definitivos. Claro está que la intención de Alonso es distinta: busca tendencias y direcciones de la lingüística más bien que perfiles de lingüistas. Sin embargo es bastante fácil prever que la presentación de esos «clásicos», por educación, por método, por temperamento ya bastante alejados de nuestros tiempos, tendrá que subrayar decididamente también lo individual, por lo menos en forma de notas críticas para que el lector no sólo comprenda alusiones que hoy pueden pasar por oscuras sino para que se ponga en la debida perspectiva histórica. Quien tiene a cargo la enseñanza de la lingüística en nuestros institutos superiores y experimenta cada día el grande interés que libros como éstos despiertan en los jóvenes y al mismo tiempo las dificultades con que tropieza su plena comprensión, está persuadido de lo oportuno y provechoso que será ampliar notablemente esta forma de enfoque histórico:

Los problemas de lingüística comparada se han agotado, es cierto; pero la flor de su esfuerzo metódico desembocó en la lingüística general. En una colección como ésta estarían como de molde los dos volúmenes de trozos escogidos de *Obras maestras de la lingüística románica* que reunió Spitzer hace quince años [1]. El plan de esta antología podría también ampliarse o cambiarse con tal que quede su principio informador, que es también un gran principio didáctico. La teoría del substrato o la de las leyes fonéticas, conceptos abstractos tan recónditos y remotos de nuestra conciencia lingüística, se hace actual y clara, cuando la desarrollamos sobre las páginas creadoras de Ascoli o sobre la crítica de Menéndez Pidal, que guarda el matiz de una experiencia personal.

Aquí Alonso puede contestarme: «Agradezco la sugestión; pero ya tengo mi

II, 1936; N. S. Trubetzkoy, *Grundzüge der Phonologie*, Praga, 1939; Otto Jespersen, *Philosophy of grammar*, Londres, 2ª ed., 1925; Karl Vossler, *Frankreichs Kultur und Sprache*, Heidelberg, 3ª ed., 1929; *Hugo Schuchardt-Brevier*, Halle, 2ª ed., 1928.

[1] *Meisterwerke der romanischen Sprachwissenschaft*, Halle, vol. I, 1929; II, 1930.

plan». Tiene razón: esta colección de lingüística teorética — la primera de esta clase que yo sepa — no realiza afortunadamente un esquema construído con fichas; los lectores de la *RFH* ya se han dado cuenta de que procede de una visión personal de Alonso, estrechamente vinculada con su producción de lingüista activo. Su hermana melliza es la *Colección de estudios estilísticos*; es allá, en el *Propósito* del volumen primero [1] donde Alonso enlaza su concepto de la estilística con las ideas de Vossler y de Bally.

Benvenuto Terracini.

Dámaso Alonso, *Ensayos sobre poesía española*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1944, 403 págs.

El ensayo inicial de este libro no sólo es en sí una hermosa y nueva caracterización de la literatura española, sino que indirectamente da la clave de la original personalidad de este maestro de la crítica y de la estilística y explica su persistente orientación hacia sectores de la poesía española hasta ahora poco atendidos. Realismo, popularismo y localismo han sido las tres virtudes mayores y los tres caracteres más profundos advertidos por la crítica en nuestra gran literatura. El romanticismo elaboró admirativamente estos conceptos y el positivismo los confirmó. En la épica, en el romancero, en el teatro, en la picaresca, en libros cumbres como *La Celestina* y el *Quijote* se topa uno con esos caracteres aun sin proponérselo. Y sin embargo la caracterización resulta errónea, porque otros sectores tan importantes como la mística y la lírica, y otros rasgos constituyentes y esenciales de los antes citados quedan fueran de foco. Esos rasgos son los opuestos: antirrealismo o idealismo, espíritu de selección, universalidad. En la separación, oposición o conjunción de estos dos planos, en su dualismo intrínseco, afirma Dámaso Alonso su nueva y convincente caracterización de la literatura española. Ni en una ni en otra serie (*Escila y Caribdis de la literatura española* se llama este ensayo); sólo en su polaridad: la síntesis del *Quijote* no se produjo a contrapelo. Y Dámaso Alonso ha dedicado de por vida todo su talento, su sensibilidad de poeta y su constancia a este lado idealista universal y de selección de nuestra literatura, con estudios de honda y duradera repercusión ahora reunidos (menos los libros, es claro) en este volumen.

Dámaso Alonso nos ha revelado en el *Cantar de Mio Cid* una estructura poética delicada, con su narración constantemente dramatizada, lo que le da una «andadura estilística rapidísima y modernísima»: con su eficaz sabiduría retórica, reveladora de una larga tradición previa de arte verbal (¿quién hablará todavía de hermosa barbarie, primitivismo e ingenuidad técnica?); con sus hombres vivientes dentro del tiempo (¿pero cómo se podrá hablar de caracteres rígidos, cuando lo más maravilloso de este viejo cantar es la agudeza psicológica con que se presenta el variar de las almas?), y no a fuerza de descripciones psicologistas: *las almas se desnudan hablando*, dice Dámaso Alonso extendiéndolo a todo el realismo español; con la población de sus héroes, tan individualizados; en

[1] *Introducción a la estilística romance*, Buenos Aires, 1942 (Colección de estudios estilísticos, I, págs. 9-10).

fin con su humor de sonrisa y de ironía, no grotesco y de carcajadas como suele ser en la epopeya francesa.

Otros estudios de la misma perspicaz sensibilidad ha dedicado a Gil Vicente, a Fray Luis de León, a Quevedo, a Luis Carrillo Sotomayor. A Góngora varios: *Claridad y bellezas de las «Soledades»* (el prólogo a su famosa edición, 1927), *Alusión y elusión en la poesía de Góngora*, *La primitiva versión de las «Soledades»* y otra de excepcional importancia: *Poesía arábigo andaluza y poesía gongorina*, donde la triple distinción entre imagen, metáfora especificada y metáfora pura, le sirve para firmes caracterizaciones. Cierto que siendo Dámaso Alonso el descubridor del mundo poético de Góngora, este lote de estudios gongorinos parece reclamar del reseñista atención preferente. Otros, sin duda, se la darán con todo detenimiento. Yo he querido destacar el ensayo inicial por básico en la crítica de Dámaso Alonso, y el del *Cid* como menos divulgado y no menos magistral. Pero declaro que bien podía haber elegido como muestra igualmente cualquiera de los citados, y también cualquiera de los dedicados a poetas modernos que me quedan por citar: Bécquer, Gabriel Miró (poeta, sí), Gerardo Diego, Federico García Lorca, Vicente Aleixandre. Siempre encontraremos a Dámaso Alonso aplicado al estudio de lo que en nuestra poesía es idealismo, selección y sentido de lo universal, y siempre nos conducirá de la mano a las maravillosas cavernas secretas donde aniden los más puros temblores poéticos.

AMADO ALONSO.

LOPE DE VEGA, *El sembrar en buena tierra*. A critical and annotated edition of the autograph manuscript. By William L. Fichter. New York-London, 1944, 227 págs. + 4 fotocopias.

Otra excelente edición de una comedia de Lope de Vega hecha por un profesor norteamericano. Contiene el texto y, al pie, las variantes de las ediciones anteriores, la minuciosa descripción del manuscrito, el estudio — muy sucinto, dada la naturaleza de la edición — de los temas que sugiere la obra y las semejanzas con otros del teatro lopesco. La edición es cuidadísima; el texto, el mejor logrado hasta ahora (mejora la lectura con que Rennert corregía la edición académica); el análisis, valioso; las notas con que resuelve la comprensión del texto, exactas en gran proporción. Ante edición de tanta calidad, se nos permitirán algunas observaciones.

Pág. 147: «que por la falta de río / descubres islas de arena». Estos dos versos tienen particular interés para la atribución del romance *Campo inútil de pizarra*, publicado por Foulché Delbosc en *RHi*, 1925, LXV, pág. 227 de una colección facticia de impresos en Valencia entre 1594 y 1598 (había sido antes publicado, a base de un manuscrito, por el mismo estudioso en *RHi*, 1913, XXIX, pág. 166). Millé Jiménez, en *RHi*, 1928, LXXIV, pág. 521, después de haberlo juzgado de Lope de Vega, admite la rectificación de Montesinos en *RFE*, 1926, XIII, pág. 141, en el sentido de que es de Quevedo y con ello su primera poesía impresa. Montesinos reputa segura su opinión porque en otro romance de Quevedo, *Dícenme ayer la mañana*, hay una referencia «que no deja lugar a dudas» a un verso de *Campo inútil de pizarra* (Cf. *RFE*, 1930, XVII, pág. 82 n). Este romance se

publicó primeramente como de Quevedo en 1629 y después en *Las tres últimas musas castellanas*, Musa VI, que coleccionó su sobrino Pedro Aldrete. Menéndez Pelayo, *Obras de Quevedo*, t. II, pág. 379, ed. *Bibl. And.*, supone que en esa impresión hubo descuido del colector o retoque de Quevedo. En verdad, se vuelve, con algunas excepciones, al texto impreso entre 1594 y 1598. Ahora bien: este romance, impreso en 1596 resultaría compuesto por Quevedo a los dieciséis años como época extrema, cosa poco probable. Además, la cuarteta en que figura el verso aducido para la atribución es, como toda la poesía, burlesca, y de su texto no podemos alegar que haya alusión a un romance propio:

> Y, además de aquesto, gozo,
> de un campo y una ribera
> en el romance que dice
> Ribera agostada y seca.

Un argumento valedero para la asignación a Quevedo es que fué publicado como suyo en 1629, cuando también vivía Lope. Abona la presunción de que este romance sea de Lope de Vega, además de los dos versos que aparecen en *El sembrar en buena tierra*, el que menciona a Amarilis y al Tormes, precisamente hacia la época de la reunión literaria de Lope de Vega y otros poetas alrededor del duque de Alba. En otro romance de Lope de Vega aparecen también asociados *Tormes* y *pizarra*: «Aquel a quien el Tormes / humilla entre pizarras». Cf. *Riv.*, t. XXXVIII, pág. 489 *b*). También hallamos relación entre el estribillo del romance que nos ocupa, «O, claro Tormes, mi dolor te mueva / y pues vas a mi bien mi mal te lleva», con otro de Lope *Enamorado y celoso*: «No te detengas, corre aprisa / da nuevas de mi mal a mi Belisa».

Pág. 149: *mayate*. Queda sin explicar esta palabra. «Yo os quiero dar dos cadenas / que valen por el amor / una infinita riqueza: / y algunos verdes mayates / que rematan oro y perlas». Ramos Duarte, *Diccionario de mejicanismos* lo define como «insecto de color negro, de cuerpo redondo. Del azteca *mayatl*, escarabajo». Malaret, en el *Suplemento al diccionario de americanismos*, *BAAL*, 1943, XIX, pág. 326, dice que hay muchísimos mayates de color verde atornasclado y menciona un matiz verde mayate. Los mayates que ofrece Doña Ana debían de ser figuras de este coleóptero engastadas en oro y perlas.

Pág. 182: «ofrecer el fénix». Más que de lo imposible, el fénix es el símbolo de la constancia entre las virtudes de los animales, enumeración cara a los bestiarios de la Edad Media. En las *Fiori di virtù*, al mencionar al fénix se lo califica así: «Possi appropriar la virtu de la constantia ad un ocello, che a nome fenice, il quale vive trecento anni e più». Bartholomeis de Glanville en *Proprietates rerum* señala del fénix lo extraordinario junto con lo raro: «Fenice unica dicitur esse avis et in toto orbe terrarum singularis». El mismo ejemplo que el señor Fichter aduce de *El hidalgo Bencerraje*, muestra que el fénix es, entre amantes, símbolo para indicar lo perdurable del sentimiento. Cf. además de Calderón, *Con quien vengo, vengo*, I, 7: «mil años viváis al sol. / Octavio. — Yo te agradezco / que no dijeses del fénix / arrendador de lo eterno»; también en *El príncipe constante*, II, «siglos pequeños / los del fénix sean, señor, / para que vivas»; *ib., id.*: «Tan solo mi mal ha sido / como solo mi dolor / porque el fénix y mi amor / sin semejante han nacido». En Lope mismo, *Contra valor no hay desdicha*, Ac., 6,

pág. 297, tiene igual valor: «Como, al ave de Fenicia / siempre respeta la Parca».

Pág. 184: «coches». Desde antiguo, Madrid mostró profusión de coches. Ya Alderete al referirse al nombre de Madrid, llamada *Mantua carpetanorum*, lo explica por la palabra *carpentum* «género de carroza en que se paseaban las matronas romanas». El comentario burlesco sobre los coches sobrevivió, pues M. de Bainville, secretario del embajador holandés en Madrid (1697), en *Rome, Paris et Madrid ridicules*, compara los coches de Madrid con los de otras cortes de Europa:

Une cantité miserable
de carosses dont la moitié
ne son que portraits de pitié
font un fracas epouvantable
et deux mules font l'attelaye
qui n'ont mangé depuis deux jours.

(*RHi*, 1919, XLV, pág. 242)

Eran tirados por caballos o mulas y la moda era variable, pues Madame D'Aulnoy en 1679 dice: «La mode est venue depuis quelque temps de se servir de chevaux au lieu de mules» (*RHi*, 1926, LXVII, pag. 329).

Pág. 195: «Superbi colli». A las poesías de Lope que tienen por tema la decadencia de las humanas grandezas hay que agregar el romance *Mirando está de Sagunto*, que aparece en *Obras sueltas*, XVII, 454 y figura en el manuscrito *Romancero de Barcelona*, publicado por Foulché Delbosc en *RHi*, 1925, LXV, pág 152. Además Lope lo insertó en *El ginovés liberal*.

Pág. 198: *Chiflato*. Por los recuerdos que tenemos, sin comprobar, de la vigencia de palabras en el habla española, no parece confirmarse la presunción de que *Chiflato* recuerde la palabra *chiflado* (crazy) que es, en español, de uso posterior; más nos parece que deba referirse a *chiflata* «zapatazo en el agua» (Pedro de Alcalá, en Simonet, *Glosario*). Es claro que en una enumeración presuntuosa de nombres ficticios de sabios, hecha por un gracioso, nuestro saber nos lleva a equiparar Marco Xabón con Marco Varrón, como propone el señor Fichter, y creemos que en Lope esa equiparación está apuntada; pero el gracioso y el público debían tener otro asidero para sus referencias: Marcos era nombre corriente en la poesía matonesca, y lo hallamos usado solo y con otros nombres; por ejemplo, en una ensaladilla, *RHi*, 1925, LXV, pág. 238: «Y luego Marcos Cinchón / el de la chaqueta verde / riñó con Marcos Monterde». *Filimoquio* es también palabra que el público debía conocer y respondía al correlativo *filimiquia* que hallamos en el entremés de Cervantes, *Los habladores*, en boca de Roldán: «Una criada se llama, en Valencia, fadrina; en Italia, massara; en Francia, gazpirria; en Alemania, filimiquia; en la corte, sirvienta». Lo humorístico reside en que el gracioso, en la comedia de Lope de Vega, dé el nombre de *Filimoquio* a un sabio contando con *Filimiquia*, sirvienta. En cuanto a este nombre de *Filimiquia*, que Cervantes deriva del alemán, entra en el elenco de las palabras germanas que entraron al español. Está ya aclarado el *nitifistón* que se halla en varias obras de Lope y junto con ella debe ponerse el *nitefrestón* de Góngora, *Obras*, I, 433: «Nitefrestón. Ponte al sol / Camilo, que estás muy fresco. / — A donaires en tudesco, / puntapiés en español».

Pág. 205: La referencia a los pedernales de Madrid es de antiguo. Pérez de Medina, en *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, Sevilla, 1540, dice que «Madrid tiene canteras de pedernal de que se labran casas y otros edificios por lo cual, Juan de Mena, poeta memorable, en metros elegantes dice ser Madrid cercada de fuego». A Juan de Mena hay que referir el ejemplo del señor Fichter, tomado de *La doncella Teodor*, que se halla en la copla 222 del *Laberinto*: «Tal lo fallaron ya los oradores / en la su villa de fuego cercada».

Pág. 214: *Poner las habas*. El señor Fichter ejemplifica con documentos esta suerte supersticiosa. Quisiéramos agregar un detalle de lectura. En la obra de Sebastián Cirac Estopañán, *Los procesos de hechicerías en la Inquisición de Castilla la Nueva*, Madrid, 1942, donde además podemos conocer la declaración de Margarita de Borja en 1615 (*El sembrar en buena tierra* es de 1616) coincidente con el aducido por el señor Fichter, vemos que todos los procesos estudiados son de Madrid y de Toledo. El señor Cirac Estopañán resume, pág. 51: «El sortilegio de las habas fué muy usado en Madrid y Toledo por mujerzuelas, cortesanas, mancebos y enamorados. Rara vez aparece fuera de aquellas ciudades». ¿Podría aducirse esto como refuerzo para considerar a Toledo la ciudad de Celestina, que solía *echar las habas*? Añádase a las consideraciones hechas por Menéndez y Pelayo, Foulché Delbosc y M. Herrero García en *RFE*, 1924, XL, págs. 406-411, sobre ese tema, el siguiente diálogo de César Oudin (1610), reproducido en *RHi*, 1919, XLV, pág. 151: «Philoxeno. — Vió allí [Salamanca] v. m. la casa de Celestina? Poligloto. — Señor, bien me dijeron el lugar donde estaba, mas no tuve tanta curiosidad que fuera a verla, y también porque me parece que es cosa fingida». En cuanto a si Lope de Vega era o no supersticioso, cosa que el señor Fichter considera hoy menos aceptado, digamos que Lope anota la censura y señala el castigo; vs. 1933-1934: «que te darán el castigo / que merecen tus engaños». También es ésa la actitud en *La Dorotea*, ed. Américo Castro, pág. 186: «Gerarda. — Ha más de seis días que no he tomado las habas en la mano. Dorotea. — No lo hagas, Gerarda; escarmienta en el castigo de alguna que tú conoces».

Pág. 230: *Tela*. El *Diccionario de Autoridades* lo define como «cualquier sitio cerrado y dispuesto para fiestas, lides públicas y otros espectáculos». El origen debe hallarse en la tela que se ponía para los ejercicios caballerescos. Así en la *Historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla e Artus Dalgarbe*, Burgos, 1499: «E venido el día fueron puestas las telas y todas las cosas bien ordenadas y los caballeros bien apercebidos». Igual disposición se cumplía en Francia: «Furent joustes sans toile, sans fiens ou sablon en lieu devent l'hostel du prince...». *O de la Marche*, siglo XV. También se usaba para cercar o detener la caza. Cf. Tapia y Salcedo, *Exercicios de la gineta*, 1643: «Hácese la montería atajando gran parte de monte. Son de lienzo y de un estado de alto; vino de Flandes su invención y uso». La palabra aparece en Cristóbal del Castillejo, *Clás. Cast.*, II, pág. 106: «Menos tardía / que el ciervo con sus oídos / despertando a los ladridos / de la clara vocería / tras la tela». Después pasó a significar el lugar de los ejercicios caballerescos; así el soneto de Góngora *A la tela de justar de Madrid*. Mateo Alemán cita una tela para Sevilla, *Guzmán de Alfarache*, 1ª parte, libro I, cap. VIII: «Había una tela junto a la puerta que llaman de Córdoba, pegada con la muralla que aún en mis tiempos la he visto y la conocí, aunque maltrecha, donde se iban a ensayar y corrían lanzas los caballeros». ¿Hemos de ver en

esta palabra el origen de la expresión *en tela de juicio* 'duda acerca de la certeza en el éxito de algún negocio'? El uso con los verbos *estar, quedar y poner* refuerzan la hipótesis, para cuya confirmación nos faltan elementos intermedios.

Pág. 220: «Si este capítulo empiezas / pondránte con los pudridos». Puede aclararse el significado con texto del mismo Lope, *El acero de Madrid*, I, esc. 2: «Teodora. — Ya caíste; irás contenta / de que te dieron la mano. Belisa. — Y tú lo irás de que tengas / con que pudrirme seis días». El significado es 'enfadar' y *podrido* 'enfadado'. Quevedo, *Clás. Cast.*, II, pág. 225 usa la palabra con igual significado y no con el que Cejador, al comentar el texto, anota de «sentir demasiado males ajenos, como en el *Hospital de los podridos* de Cervantes»: «Pudríme de que otro fuese rico o medrase?». El uso de Gracián, anotado por el señor Fichter de *podrido rancio* (*Comentario a Gracián*, III, 40, n. 160) como de «un viejo que se pudre (se consume) de rancio (de apegado a las cosas antiguas)», merece otra explicación. *Rancio* designa una condición de *podrido*, no la causa del pudrirse; podrido rancio es un podrido larga, persistente y firmemente podrido.

Hubiéramos esperado ver salvado el error que figura en la defectuosa edición académica, t. II, pág. 550 *a*, reproducido por el señor Fichter, en el romance, cantado en portugués: «Afora, afora, Rodrigo, / o soberbio castellano», no *oh*.

A pocos y pequeños detalles se refieren, como puede verse nuestras observaciones. Obra tan sólida como la que reseñamos es buena muestra del creciente interés de los hispanistas norteamericanos en este tipo de trabajos: ediciones anotadas, breves notas de carácter erudito, investigaciones generales sobre autores y épocas, emprendidas con responsabilidad y rigor científico.

RAÚL MOGLIA.

RICARDO DEL ARCO Y GARAY, *La Sociedad Española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Madrid, Escelicer, 1942, 928 págs.

Para conmemorar el tricentenario de la muerte de Lope de Vega la Real Academia Española abrió un certamen extraordinario, en el cual se premió el libro cuyo título encabeza estas líneas. Esto ocurría en 1935; a causa de la guera civil la publicación quedó detenida hasta 1942. Bien merece el premio este libro por la laboriosa tarea de recopilación que supone el enorme número de citas entresacadas de las comedias del Fénix, donde se nos pinta la vida española de fines del siglo XVI y principios del XVII [1].

Arco comienza por describir «el escenario social», tomando como base los reflejos de la geografía española en las obras de Lope, y señalando en su ingente obra los elogios de las distintas ciudades, especialmente Madrid, Valencia, Toledo y Sevilla, lugares donde residió. De aquí en adelante Arco va variando sus enfoques para hacernos penetrar en el complejo mundo español del Siglo de Oro.

[1] Arco no conocía la existencia de un artículo sobre el mismo tema: WILLIAM E. WILSON, *Contemporary manners in the plays of Lope de Vega*. *BSS*, 1940, XVII, págs. 3-23 y 88-102. Comparar la cincuentena de páginas que le dedica al tema el erudito americano con el millar de la obra de Arco.

El españolismo de Lope, la unidad religiosa impuesta por el catolicismo, la monarquía y el derecho divino, son temas que nos conducen al análisis del paradigma español de aquellos tiempos y a la consideración de Lope como «personaje social» [1].

Al indicar las alusiones a la azarosa vida del Fénix que se encuentran en su poesía dramática, Arco sienta interesantes hipótesis sobre algunos puntos oscuros en la biografía lopesca, en especial el descubrimiento que hace de un posible viaje a Italia, país visitado por algunos de los más grandes ingenios literarios del Siglo de Oro: Alemán, Cervantes, Quevedo (capítulo VI, al final). Por la importancia de muchas de las conjeturas de Arco, prefiero dejar este punto para examinarlo aparte.

A la mujer se le dedican varios capítulos (X, XI y XII), estudiándola primero desde el punto de vista genérico y luego por especies: la mujer *bachillera*, la mujer boba, la mujer disfrazada de varón (sin conocimiento de dos importantes artículos: Miguel Romera-Navarro, *Las disfrazadas de varón en la comedia*, en *HR*, 1934, II, págs. 269-286, y J. Homero Arjona, *El disfraz varonil en Lope de Vega*, en *BHi*, 1937, XXXIX, págs. 120-145), la mujer y el amor, la mujer y el casamiento, etc. Vienen luego las distintas clases sociales y sus entretenimientos: la nobleza, las justas y los torneos, toros y cañas, sus danzas, lecturas y distracciones. El «escalafón de la servidumbre»; la gente de letras: poetas y estudiantes; el teatro, los comediantes; los músicos, los pintores (sorprende que entre los pintores contemporáneos de Lope no cite a don Juan de Jáuregui); el ejército, el estado llano y la gente rufianesca. Los aldeanos y el pueblo no lugareño completan el cuadro que de aquella sociedad nos compone Arco.

Observaciones: el autor dice (pág. 10) que Lope no conoció Galicia, pero luego (pág. 176), acepta de Millé y Jiménez [2], que Lope desembarcó en La Coruña a su vuelta de la jornada de Inglaterra. Parece sólo descuido decir que Lope permaneció en Toledo hasta el fin de su destierro (pág. 46), cuando es sabido que pasó una buena temporada en Alba de Tormes. Para Arco, Cristóbal de Villalón sigue siendo el autor del *Viaje de Turquía*, sin recoger la erudita impugnación de Marcel Bataillon en *Érasme et l'Espagne* (París, 1937, págs. 712-735).

Un punto de especial interés: al estudiar el concepto del honor, despacha en una línea el tema del honor entre los villanos: «es raro que el villano sienta estímulos de honor» (pág. 450); pero justamente fué Lope quien introdujo genialmente en la literatura el tema del honor villanesco, y ha quedado como característica de él y de su escuela. Basta mencionar *Peribáñez*, *Fuenteovejuna* (aunque se trata del honor colectivo, tema completamente revolucionario) y *El alcalde de Zalamea* [3].

[1] Tal vez el germen de la obra de Arco se encuentra en los últimos capítulos, en especial el XIX, de la obra de KARL VOSSLER, *Lope de Vega y su tiempo*. Las citas de esta obra que se encuentran más adelante se refieren a la segunda edición, Madrid, 1940.

[2] *Lope de Vega en la Armada Invencible*, en *BHi*, LVI, reproducido en *Estudios de literatura española*, La Plata, 1928. Rudolph Schevill (*Lope de Vega and the year 1588*, en *HR*, 1941, IX, 65-78) niega que Lope tomase parte en la jornada de Inglaterra.

[3] Vid. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Del honor en el teatro español*, conferencia leída en La Habana e incluída en su libro *De Cervantes y Lope de Vega*, Buenos Aires, 1940, pág. 174.

Observando (capítulo XVII) la escasa frecuencia del suicidio en el teatro clásico se lo explica «acaso porque no respondía a la realidad» (pág. 657). Se imponía aquí una útil referencia a libros como el de Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, cap. VII, donde se aclara por qué el suicidio era un procedimiento estoico a que no se avinieron los neoplatónicos del Renacimiento en su culto a la naturaleza, única fuerza aniquiladora, efectiva y actuante. Englobada más adelante con tantos otros temas en el movimiento de Contrarreforma esta idea llegó a echar tales raíces en el alma española, que en pleno romanticismo, capa de tantos desmanes, se frustró el estreno de *Hernani*, magníficamente traducido al español por Ochoa, porque los suicidios del último acto, al són de la insoportable bocina de Ruy Gómez, eran «ideas... y costumbres que contrastan demasiado con las nuestras» al decir de Larra (*Obras completas de Fígaro*, París, 1874, tomo II, pág. 124).

De los bandoleros dice Arco (pág. 808): «los más peligrosos y que traían a mal traer a los viajeros eran los salteadores o bandidos vulgares, que impetraban la caridad con la voz al mismo tiempo que amenazaban al pasajero con la boca de un arma de fuego». Esto es novelería anacrónica y no erudición, como que se basa en el capítulo II, libro I, del *Gil Blas* de Lesage, pasaje del cual dijo ya Adolfo de Castro [4]: «no tengo noticia de que hubiese antiguamente en España bandoleros que en los caminos pidiesen limosna de un modo tan extraño. Creo que Lesage, para formar este pasaje de su libro, tuvo presentes ciertas palabras de uno de nuestros autores dramáticos, que interpretó a su manera».

Algunos párrafos de la obra de Arco se parecen indiscretamente a otros de lopistas anteriores: comparar pág. 164, nota 58, con Rennert y Castro, *Vida de Lope de Vega*, pág. 112, nota 4; pág. 175 con Rennert y Castro, pág. 23; pág. 234 con *Observaciones preliminares* de Menéndez Pelayo a las *Obras de Lope*, tomo XII, págs. CLX y CLXIII; pág. 441 con Américo Castro, *Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII*, *RFE*, III, 12; pág. 721 con Rennert y Castro, pág. 240; pág. 17 con Karl Vossler, *Lope de Vega y su tiempo*, pág. 98; pág. 18 con Vossler, *ibid.*

La impresión de esta obra, como corresponde a su calidad, es esmerada. Los errores tipográficos son muy pocos en relación a su volumen. Señalaré algunos: pág. 301*b*, línea 9, *Los milagros de Belisa* por *Los melindres de Belisa*; pág. 331*a*, línea 2, «del duque de Estrada» por «de Duque de Estrada» (D. Diego); en el *Índice Onomástico*, Wosler por Vossler.

JUAN BAUTISTA AVALLE ARCE.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS, *Una familia de ingenios. Los Ramírez de Prado*. Anejo XXVI de la *RFE*. Madrid, 1943, 244 págs.

En la primera mitad del siglo XVII tuvo grande influencia, tanto en la política como en las letras, la familia de los Ramírez de Prado, naturales de Zafra. Consejeros, miembros del Santo Oficio, embajadores, oidores, obispos, forman esta

[4] *Gil Blas de Santillana*, trad. de Isla, prólogo de Manuel Cañete, notas de Adolfo de Castro, pág. 98, Barcelona, s. a.

ilustre familia que en época de los Felipes alcanzó grandes honores, aunque no se detuvo ni aun ante el robo.

Entrambasaguas ha reunido pacientemente gran copia de documentos inéditos: partidas de bautismo, procesos, relaciones, cartas, etc., que le han permitido trazar un panorama de la historia de esta *familia de ingenios*, compuesta por el padre, don Alonso, y los hijos, don Lorenzo, don Alonso, don Juan, don Marcos y don Antonio. Son bastante conocidos los latrocinios de don Alonso el padre, por otra parte, persona de gran talento, quien, respaldado por su título de Consejero y ayudado por don Pedro Franqueza, conde de Villalonga, llevó a cabo grandes sustracciones de la Real Hacienda, hasta que fué preso y procesado; murió al poco tiempo (1608).

A don Lorenzo le cupo limpiar los baldones que habían caído sobre el honor de la familia y elevarlo a mayor altura. Obtuvo gran fama como humanista y jurista, desempeñando, a pesar de lo que había sucedido con su padre, cargos en la Inquisición, los Consejos Real de Nápoles, Real y Supremo de Castilla, Real de Hacienda, de Indias y de la Santa Cruzada. A pesar de tales puestos y otras dignidades, entre ellas la de caballero de la orden de Santiago, tuvo tiempo para dedicarlo a los estudios humanísticos, adquiriendo grande y merecida fama de erudito y manteniendo relaciones con muchos de los grandes literatos de su tiempo: Cervantes [1], Esteban Manuel de Villegas, Quevedo (a cuyo famoso *Memorial*: «Católica, sacra, real magestad», dedicó una ridícula y pueril *Respuesta*), Lope de Vega, don Juan de Jáuregui, Pellicer, González Dávila, etc. [2].

En la biografía de don Lorenzo hay una gran laguna que va de los años de 1639 a 1649; en este lapso hay que colocar su viaje a Zaragoza en 1643, como atestigua el propio don Lorenzo en carta al doctor Juan Francisco Andrés de Uztarroz (pág. 197).

Sigue a don Lorenzo en merecida reputación don Marcos, obispo de Michoacán, en México, quien por sus piadosas obras y clara inteligencia mereció «un homenaje literario que se le tributó como apoteosis de su talento y virtudes».

Los restantes hermanos carecen de la significación que tuvieron los precedentes; Entrambasaguas les dedica algunas páginas en que reseña lo poco que de sus vidas se sabe, sus obras, si las escribieron, y publica los escasos documentos referentes a sus personas.

Casi tan importantes como el estudio crítico son los textos que se publican en apéndices, en especial un epistolario con dieciséis cartas de don Lorenzo al famoso cronista aragonés Uztarroz. Completan el número de seis apéndices algunas cartas de don Alonso el padre, dos escritos inéditos de don Lorenzo, poesías del mismo, documentos referentes a la biblioteca de don Lorenzo, de las más importantes de la época, y unas sátiras a don Alonso el padre.

Con encomiable diligencia, Entrambasaguas ha derrochado su esfuerzo para

[1] Sus relaciones con Cervantes no parecen haber sido muy amistosas, como demuestra F. RODRÍGUEZ MARÍN, *Viaje del Parnaso*, Madrid, 1935, pág. XVII, nota.

[2] Bien se podrían haber mencionado las relaciones que sostuvo don Lorenzo con el inquisidor Juan Adam de la Parra, que tanto le costaron a éste, y a las que se refiere Entrambasaguas en otra obra, *Varios datos referentes al inquisidor Juan Adam de la Parra*, *BAE*, 1930, XVII, págs. 117 y 214.

iluminar mejor la vida de estos personajes. Permítase al crítico, según su papel, aducir algún dato adicional y señalar algún par de pasajes que necesitan ajustamiento.

No ha tomado en cuenta Entrambasaguas los *Avisos* de don Jerónimo de Barrionuevo (ed. Paz y Melia, Madrid, 1892-1893, t. II, pág. 253), pariente de doña Lorenza de Cárdenas, esposa de don Lorenzo, en una de cuyas cartas (fecha 1° de enero de 1656) se dice: « D. Lorenzo Ramírez de Prado ha dedicado un libro de política a la Reina de Suecia, poniendo en él su retrato. Parecióle muy bien, y respondióle le enviase el de su mujer, de quien había oído decir era muy linda. Es cierto, y que ella lo rehusa, pareciéndole ha de ser como ahora se halla. Acállanla diciendo la enviarán uno de su mocedad con que se ajusta la materia, y podrá parecer lo que ahora no es, que el tiempo todo lo acaba y con él todo se pasa ». El libro de que se hace mención no aparece en la lista de Entrambasaguas, por lo que habrá que darlo por perdido. El retrato de don Lorenzo quizá sea el grabado por P. H. Fruytiers en 1649, aunque es bien posible se haya perdido.

En la novena de las cartas de don Lorenzo a Uztarroz, con fecha 21 de septiembre, 1643, se menciona una obra del último intitulada *Elogio*. En nota dice Entrambasaguas (pág. 193, nota 3): « Se refiere Ramírez de Prado al *Elogio* que puso Andrés de Uztarroz en el libro de fray Jerónimo de San José *El genio de la Historia* [Zaragoza, Diego Dormer, 1651], según parece indicarlo la fecha y lo que se dice en la carta XVI. No parece, pues, que pueda aludirse al *Elogio a la memoria de don Jerónimo Jiménez de Urrea*: año 1632 [errata por 1642], escrito también por Uztarroz y citado por Gallardo ». No es convincente: será el segundo, como lo hace pensar la fecha de la carta, escrita poco tiempo después de su aparición, y no el primero, redactado para un libro que salió a luz ocho años después. En la carta XVI, 30 de diciembre, 1651, no se hace más que citar la obra del padre San José.

Para completar el retrato de don Lorenzo convendría haber hecho alusión a la identidad que estableció Emilio Cotarelo [4] entre el Pradelio de la Academia madrileña de don Francisco de Mendoza, y Ramírez de Prado. Como se puede colegir de lo que dice Anastasio Pantaleón de Ribera en los dos *Vejámenes* que leyó en la dicha Academia [5] el susodicho Pradelio, a quien él agrega el remoquete de Flaquicel, sería don Pedro de Prada y no don Lorenzo [6].

Entre los cargos que desempeñó don Lorenzo se olvida Entrambasaguas de citar el de miembro de la Junta formada por él, don Francisco de Calatuy y el Marqués de Malvezzi, para juzgar en el caso de un fraile carmelita que prometía hacer plata de cualquier metal (vid. Gregorio Marañón, *El Conde-Duque de Olivares*, Madrid, 1935, pág. 110).

El Luis Zapata Walter que aparece en la pág. 37, nota, no es un nuevo homónimo del autor del *Carlo famoso* (cf. Juan Menéndez Pidal, *Un poeta del siglo XVII, Luis Zapata del Bosque*, *BAE*, 1915, II, págs. 173-177) sino un error de lectura de Entrambasaguas por don Lope Zapata Walter, como se demuestra leyendo el facsímile que se halla en la pág. 39.

JUAN BAUTISTA AVALLE ARCE.

[4] *La fundación de la Academia Española*, *BAE*, 1914, I, págs. 14-15.

[5] Vid. *Obras*, ed. R. de Balbín Lucas, *Biblioteca de antiguos libros hispánicos*, tomo II, Madrid, 1944, págs. 11-53.

[6] Comparar, págs. 39-40 y 49. Don Nicolás de Prada, dice Gallardo, *Ensayo*, IV, col. 91, no sé con qué fundamento.

Cancionero musical español de los siglos XV y XVI, transcripto y comentado por Francisco Asenjo Barbieri, Individuo de número de la Real Academia de Bellas artes de San Fernando. [3ª edición] Buenos Aires, Schapire, [1945].

El descubrimiento y la despaciosa publicación (1870-1890, por don Gregorio Gruzada Villaamil y don Francisco Asenjo Barbieri, respectivamente) del códice musical 2-1-5 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid marcan una importante fecha en el estudio de la música y la poesía hispánicas. Si es ya lugar común, o debiera serlo, destacar entre las músicas del Renacimiento la existencia de una floreciente escuela española de polifonía profana desde mediados del siglos XV, su revelación y difusión han sido obra de este *Cancionero*, el más rico de su época — lo dice Salazar (*La música en la sociedad europea*, I, México, El Colegio de México, 1843, pág. 313) — y el único publicado hasta hoy, ya que el de la Biblioteca Colombina de Sevilla, contemporáneo de éste y de idéntico carácter, permanece aún inédito, a pesar del propósito de editarlo formulado por Mosén Higinio Anglés hace más de dos lustros [1].

El *Cancionero de Palacio* es doblemente útil para los estudiosos de la música y la poesía española. Sus composiciones han pasado a numerosas antologías musicales: el *Cancionero musical popular español*, de Felipe Pedrell, las varias de Torner, que ofrece generalmente versiones retrabajadas [2], las publicaciones antológicas de Ernesto Mario Barreda, el *Apéndice* de las *Canciones* de Juan del Encina editadas por Ángel J. Battistessa [3]. Muchas son las antologías poéticas que reci-

[1] « En la Biblioteca Colombina de Sevilla se conserva también una colección muy rica de música cortesana de la España del siglo XV y principios del siglo XVI; tal colección es conocida con el nombre de *Cancionero de la Colombina*, cuya edición tenemos ya preparada para la Biblioteca de Catalunya. » Higinio Anglés, en su apéndice (*La música en España*, pág. 360) a la *Historia de la Música* de Johannes Wolf, trad. de Roberto Gerhard, Barcelona-Madrid-Buenos Aires, Labor S. A., 1934, pág. 331 y sigs.

[2] No tanto, sin embargo, que se aparten desconsideradamente de sus originales: así, en las *Cuarenta canciones españolas* (Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, serie IV, vol. 10, 1924) las dos de Escobar — *Ojos morenicos y Pásame por Dios, barquero* — son los núms. 171 y 217 del *Cancionero de Palacio*; las de Juan del Encina — *Más vale trocar...* y *Ay triste, que vengo...* — los 190 y 378; las *Tres moricas* de Diego Fernández, el 18, y *¿Adónde tienes las mientes?*, de autor anónimo, el 376 (el 377, de idéntico texto, trae distinta melodía). En el *Cancionero Musical* del mismo autor (Biblioteca Literaria del Estudiante, tomo III, Madrid, 1928) reaparece el *Pásame* de Escobar; las *Tres morillas* son el nº 17, *Al alba venid* el 6, *Entra mayo y sale abril* el 61, *Menga la del Bustar* el 380, *Ay, que non hay* el 175, y tres canciones de Juan del Encina — *Tan buen ganadico...*, *¿Quién te trajo, caballero...?* y *Romerico, tú que vienes...* — los núms. 393, 82 y 240, respectivamente.

[3] Buenos Aires, C.O.P., 1941. Figuran allí los núms. 62, 107, 125, 299, 315, 317, 354, 371 y 381, en especiosa versión.

ben el aporte del *Cancionero de Palacio*: en las adiciones de Menéndez Pidal a la *Primavera y Flor* de Wolf y Hofmann figuran los núms. 321, 331 — completado con el ms. F-18 de la Biblioteca Nacional de Madrid —, 330, 334, 322, 325, 329 y 323, citándose además las piezas 320 (equivocadamente designada como 323), 332, 335, 318, 324 y 326 [1].

En la *Poesía de la Edad Media y poesía de tipo tradicional* de Dámaso Alonso (2ª ed., Buenos Aires, Losada, 1942) las piezas 156 a 171 del *Cancionero anónimo* están tomadas del de *Palacio*, amén de otras con autor: la 68, de Juan del Encina (*C. de Palacio*, núm. 393) o la 88, del Conde de Cifuentes, para la que se remite a éste o al *Cancionero General*. En la antología denominada *Poesía popular española*, seleccionada por B. Clariana y Manuel Altolaguirre [2], entre diez poesías sin nombre de autor, dos son del *Cancionero de Palacio*, y éste da el nombre, y 69 de las 89 piezas que lo componen, al cancionero llamado *De tal árbol tal fruto*, recientemente publicado en Chile [3]; nombraremos sólo al pasar *La verdadera poesía castellana*, de Cejador, donde no falta nada sobre nada.

Igualmente fecunda ha sido la influencia del *Cancionero de Palacio* en otros campos. Decir que casi toda la poesía española posterior a Juan Ramón Jiménez aparece iluminada por la gracia de los antiguos cancioneros no es novedad; quizás lo sea señalar que el cerrado epígrafe («En Ávila, mis ojos... » siglo XV) que corona *Mi corza* de Rafael Alberti (*Marinero en tierra*, 1924, III, 2) y el poema todo son un eco del núm. 143 del *Cancionero de Palacio*. Y al agregar la música de Halffter para esta *Corza blanca*, tributaria indirecta del *Cancionero*, señalamos la línea de compositores españoles — Pedrell, Obradors, Nin, Torner, etc. —, que han rearmonizado sus melodías [4]. Y Adolfo Salazar apoya en sus versiones, en su mayor parte, su magnífico trabajo sobre *Poesías y Música en las primeras formas de versificación rimada en lengua vulgar y sus antecedentes en lengua latina en la Edad Media* (en *Filosofía y Letras*, Universidad Nacional Autónoma de México, 8, octubre-diciembre 1942, págs. 287-349), definitivo golpe de muerte a las teorías sobre el panarabismo musical de la Edad Media.

Todo lo dicho, más que el examen de su contenido, suficientemente gustado, sabido y sobado, explica la necesidad de reeditar este *Cancionero de Palacio*. Aparecido a fines de febrero de 1890, y reimpreso en 1911 [5], ya en 1918 solicitaba

[1] *Antología de poetas líricos castellanos*, tomo IX, Madrid, Hernando, 1912, págs. 194-195 (nº 17 = 321), 201 (22 = 331), 202 (23 = 330), 212 (30 = 334), 218 (35 = 322), 222 (40 = 325), 251 (55 = 329) y 255 (57 = 322). Las menciones en nota corresponden a las págs. 178 (pieza 330 del *C. de Palacio*), 201 (332 y 335), 202 (318), 212 (324) y 222 (326).

[2] *I, los primitivos, de Juan Ruiz, arcipreste de Hita, hasta Gil Vicente*, La Verónica, sin lugar de impresión, 1941. La antología, bellamente impresa y de precisa selección, abarca sólo veinte composiciones.

[3] Santiago de Chile, Cruz del Sur, 1944. Colección *La fuente escondida*, bajo la dirección literaria de José Ricardo Morales.

[4] Eduardo Grau prepara la edición de 60 canciones, rearmonizadas por él, del *Cancionero de Palacio*.

[5] Según Ernesto Mario Barbieri, *Música española de los siglos XIII al XVIII*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1940, pág. 44.

Rafael Mitjana su «revisión metódica y ordenada» [1]. Hace ya varios años, además, que circulaba noticia de prepararse su reedición en España. La que presenta la Editorial Schapire responde, pues, a una necesidad, y es de lamentar que no lo haga con los debidos requisitos. Lo que para 1918 no era ya la última palabra en cuanto a «aparato de erudición» (citamos de nuevo a Mitjana) no puede serlo para 1945. Tres son las fallas principales de esta reedición: graves las dos primeras, es sobremanera imperdonable la última. Y son:

Primera: la falta de nuevas informaciones, en lo referente a la crítica de textos literarios y a noticias sobre los autores contenidos en el *Cancionero*. Además de las *Nuevas notas* de Mitjana ya señaladas, que agregan buen número de datos sobre varios músicos del *Cancionero*, la lista de nuevos documentos sobre Juan del Encina, por ejemplo, es respetable. Señalaremos solamente la ya citada edición de Ángel J. Battistessa con su nutrido prólogo, las *Notas* de Mitjana (*RFE*, 1914, I, págs. 275-288), Carolina Michaëlis de Vasconcellos (*Nótulas sobre cantares e villancicos peninsulares e a respeito de Juan del Encina*, *RFE*, 1918, V, págs. 337-366), Ricardo Espinosa Maeso (*Nuevos datos biográficos de Juan del Encina*, *BAE*, tomo VIII, diciembre 1921), Eloy Díaz Jiménez y Molleda (*En torno a Juan del Encina*, Madrid, *Revista de Segunda Enseñanza*, 1928) y Gilbert Chase (*Juan del Encina, Poet and Musician*, en *Music and Letters*, vol. XX, nº 4, octubre de 1939).

Segunda: los textos musicales son mera reproducción facsimilar de la edición de Barbieri. Si no está dentro de los propósitos de una edición corriente rehacer el trabajo de transcripción directa, por lo menos correspondería acercar los textos musicales al lector medio, a quien está destinado este tiraje, ya que las ediciones españolas existen, a veces repetidas, en las principales bibliotecas del país. Barbieri respeta la figuración larga, tan poco acogedora cuanto incómoda, las proporciones (*prolationes*) en desuso, las claves más obsoletas (todas las especies de claves de do, y la inesperable fa en quinta línea, como en la pieza 201). El facsímil, reducido, reproduce aumentándolas todas manchas y puntos parásitos del original; y no es exageración. Si se tiene en cuenta que las voces se escriben, desde hace varias décadas, en dos únicas claves; que sólo los estudiantes de contrapunto y algunos organistas (pues hasta los ejercicios de armonía se realizan en las claves de sol y fa) manejan conjuntamente algunas o la totalidad de ellas; y que nadie, absolutamente, entre los aficionados y los profesionales medianos, sabe lo que significa un círculo después de la clave, se convendrá en que la reproducción facsimilar de la transcripción de Barbieri es perfecta, hermética e indiscutiblenente inútil.

Y tercera: esta reedición no reproduce la totalidad de la Barbieri. Faltan las últimas páginas, correspondientes a la 617 y sigs. de la edición española. Podría suceder que no fuera éste un cercenamiento voluntario, originándose esta omisión a base de un ejemplar mutilado (sería fácil señalar cuál) [2]. Sea como fuere,

[1] Rafael Mitjana, *Nuevas notas al «Cancionero musical de los siglos XV y XVI» publicado por el maestro Barbieri*, en *RFE*, 1918, V, págs. 113-132. *Notas* incorporadas por H. F. de Mitjana a los *Ensayos de crítica musical* (segunda serie), Madrid, Suc. de Hernando, 1922, págs. 75-100, obra póstuma. Lo citado corresponde a las págs. 113 y 77, respectivamente, de ambas ediciones.

[2] Esta supresión no puede atribuirse a la necesidad de recomponer las páginas de los

descuido e intención son idénticamente condenables, e inexcusable una reedición trunca, ya se deba a una mal entendida economía o a una falla del ejemplar original utilizado.

La única contribución del editor — de valor documental muy discutible — es, aparte los dibujos de Gori Muñoz, la edición del gentilicio « español » intercalado en el título del cancionero. No creemos que baste para justificar su labor. Otrosí, el menospreciamiento del número de partituras. Todo el mundo sabe que el *Cancionero de Palacio* consta de cuatrocientas sesenta composiciones — cuatrocientas cincuenta y cuatro, ya que la 336 bis no ha sido transcrita, y faltan las músicas de los núms. 168, 283, 292, 332, 391 y 394. El recuento es fácil de efectuar, y aun lo aclara el prologuista (pág. 8 de la edición argentina: « ... pero ahora, a causa de la pérdida de cincuenta y cuatro folios, sólo cuenta con un total de cuatrocientas sesenta [canciones] ¿Por qué entonces una de las solapas de la cubierta, en verdad sin mentir, avisa que « junto con las letras, se incluyen, como se ha dicho, las partituras correspondientes que son más de trescientas cincuenta » ?

DANIEL DEVOTO.

Cancionero de Upsala [1ª edición moderna completa]. México, El Colegio de México, 1944.

Desde 1909 hasta 1944, el *Cancionero* polifónico español de la Biblioteca de la Universidad de Upsala, publicado en Venecia en 1556, ha sido, para el afortunado lector de la edición de Mitjana — a nosotros, lectores porteños, ni ese consuelo nos quedaba [1] — una colección de deliciosas poesías castellanas, y sus composiciones están incluídas en casi todas las antologías citadas más arriba. Aparece por fin completo, presentado por El Colegio de México en una edición desde todo punto de vista ejemplar.

A la edición original de Mitjana se agregan los textos musicales transcritos por

índices: el *Índice de primeros versos* podría haberse copiado directamente, ya que no remite a números de página sino a los de las canciones. Además, de ser intencional su omisión, podría haberse suprimido correlativamente el párrafo que en el prólogo remite a este índice (« *Anónimos*. Véanse en el índice general de primeros versos que doy al fin de este Cancionero », pág. 24, ed. española, y 27, ed. argentina). También el *Índice general* aparece trunco, faltando en él el adjetivo « general » (no imprescindible, siendo el único), el detalle de los Apéndices y todo lo contenido en las págs. 617 (comienzo del *Alcance*) [nuevos datos sobre las canciones y sus autores] a 637 (*Índice general*). Éste, entonces, se habría recompuesto con los datos del texto mismo: *Preliminares*: I. Hallazgo del códice, etc. (pág. 5, ed. española, o 7, ed. argentina); II. Notas biográficas... (pág. 18 ó 22): III. Obras indicadas en el códice original... (49 y 55); *Cancionero*, y *Partituras*. Esta hipótesis se confirma por la seca mención del penúltimo rótulo, *Cancionero*, que en el índice de la edición española figura como « *Cancionero* (Poesías) ».

[1] Las poesías del *Cancionero de Upsala*, y parte del estudio de Mitjana — la *Introducción*, sin las notas y comentarios — aparecieron reproducidas en el nº 10 de la revista *Sol y Luna*, Buenos Aires, 1943, pág. 117 y sigs. Se respeta alguna errata que perdura hasta la edición mexicana: « Si de nos mi bien me aparto... », canción LII, que es error por « uos ». La partitura corrige « vos ».

Bal y Gay, cuya reconocida autoridad hace redundante todo elogio. La edición entera es modelo de ceñida precisión: una exacta introducción informa sobre los antecedentes del *Cancionero*, y se completa por un catálogo de las colecciones de poesía y música polifónica española entre los siglos XV y XVII; un estudio de Isabel Pope, *El villancico polifónico*, da el ambiente de las composiciones musicales y tampoco falta la lista de obras de Rafael Mitjana, descubridor del *Cancionero* y una de las más atrayentes figuras de la musicología española.

No hubiera sido imposible añadir algún dato más a los allegados por Mitjana en su estudio del *Cancionero*. Señalaremos uno; el villancico XXXI (Si te uas à bañar Juanica) aparece glosado por Rodrigo de Reynosa en uno de los *Cancionerillos* de Praga, en coplas cantables (« al tono de: Vuestros cabellos, niña ») [1]. Leopoldo Querol estudió *La poesía del Cancionero de Upsala* en un volumen aparecido en Valencia el año 1932, del que sólo tenemos conocimiento por referencias indirectas. La presente edición no lo menciona, y es lástima, porque de ser un trabajo útil serviría para completar los comentarios de Mitjana, y, de no serlo, su justiprecio serviría por lo menos para mitigar una de las muchas ansias y penurias bibliográficas que por aquí se padecen.

La parte musical, cuya calidad está garantida por su transcritor, aparece clara y ampliamente dispuesta; las claves originales antepuestas a cada pauta indican para qué voces se entiende el tejido polifónico. Y la prueba de la utilidad y comodidad de este tipo simplificado de transcripción, y de sus ventajas sobre el ya anticuado que perpetúa el *Cancionero* de Barbieri, los hechos mismos la proporcionan: de este último sólo se ejecutan las composiciones vertidas por Pedrell o Torner — el factor difusión no pesa en el caso de un cancionero tan conocido como éste —: las del *Cancionero de Upsala*, tardíamente llegado a nuestro país, figuran ya en el repertorio de por lo menos dos corales porteñas, y han sido dadas a conocer, en el interior de la República, por el coro del Ciclo Básico del Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico de la Universidad Nacional de Cuyo, bajo el cuidado de la profesora Blanca Cattoi.

DANIEL DEVOTO.

Luys de Narváez: Los seys libros del Delphin de música de cifra para tañer vihuela (*Valladolid, 1538*). Transcripción y estudio por Emilio Pujol, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Español de Musicología, 1945.

La obra musical de Luys de Narváez, vihuelista de la emperatriz doña Isabel y del príncipe don Felipe, ha ido reapareciendo dispersa desde 1890, año en el que Barbieri ofrece uno de sus villancicos en apéndice a su edición del *Cancionero de Palacio* (primer apéndice al nº 158, *La bella mal maridada*). El mismo Barbieri, Morphy, Pedrell, Mitjana, Eduardo M[artínez] Torner, Wili Apel y Bal y Gay continuaron transcribiendo obras sueltas de Narváez [2]; Emilio Pujol

[1] FOULCHÉ-DELBOSC, *Les Cancionerillos de Prague*, en la *RHi*, 1924, LXI, pág. 428, nº 42.

[2] BARBIERI, *Canción del emperador* (*Mille regretz*), de Josquin des Prés, transcrita por Narváez; aparecida en el *Charles V musicien* de van der Straeten (Gante, 1894). Morphy:

publica ahora su *Delphin de música de cifra para tañer vihuela* que, con dos motetes, uno a cuatro y el otro a cinco voces, constituye la totalidad de su obra [1].

Otro problema que no aparece claramente planteado es el del número de ejemplares que se conservan de este *Delphin de música de cifra*. Pujol cita el del Museo Británico y los dos de la Biblioteca Nacional de Madrid: el *Raros* 9741, procedente de la Biblioteca Real, y el *Raros* 14708, «incompleto y deteriorado», procedente «del fondo de obras de Barbieri» y que está «tal como fué hallado en la Biblioteca de Palacio por el insigne maestro»; «estos tres ejemplares —

esta misma *Canción*, las cuatro primeras diferencias sobre *Guárdame las vacas*, los dos romances — *Ya se asienta el rey Ramiro* y *Paseábase el rey moro* — los villancicos — *Si tantos halcones* (en tres diferencias), *La mi cinta dorada* (dos de las seis diferencias), *La bella mal maridada*, *Con qué la lavaré*, y *Ardé, corazón, ardé* — y algunas diferencias instrumentales, en el tomo I de *Die Spanischen Lautenmeister des 16 Jahrhunderts* — *Les luthistes espagnols du XVIe. siècle*, Leipzig, Breitkopf & Haertel, 1902. — Pedrell: la *baxa* y *Ya se asienta...*, en su *Cancionero musical popular español*, III, pág. 53 y sigs.; equivocadamente, aparece también allí como de Narváez el *Con pavor recordó el moro* de Milán. — Mitjana: *La bella mal maridada*, en su contribución a la *Encyclopédie de la Musique et Dictionnaire du Conservatoire* (1920) 1ª parte, vol. 4, pág. 2020. — Torner: en dos publicaciones sobre Narváez: *Colección de vihuelistas españoles del siglo XVI. Estudios y transcripciones de las ediciones originales. Cuaderno I*: NARVÁEZ, *El Delphin de Música*, (los dos primeros libros solamente) y *Col. de vihuelistas esp. del s. XVI. Composiciones escogidas de El Delphin de música*, ambas editadas por el Centro de Estudios Históricos, Madrid, en 1923. Todas estas indicaciones aparecen también en el prólogo de Pujol; no así la de Apel (cuatro diferencias de las *Vacas* en *Musik aus früer Zeit*, II, Mainz, Schott, 1934), Bal y Gay (*Ardé, corazón, ardé*, en *Romances y villancicos españoles del siglo XVI dispuestos en edición moderna para canto y piano*. Primera serie. México, D.F., La Casa de España en México, 1939) y algunas otras versiones menores: *Paseábase el rey moro*, en la *Flor nueva de romances viejos* de Menéndez Pidal, versión de Torner; la misma, en los *Cincuenta romances escogidos*, de Vicente T. Mendoza, México, 1940, rearmonizada, ¡y cómo!

[1] BALTASAR SALDONI, *Diccionario-biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles*, IV, Madrid, Imprenta de D. Antonio Pérez Dubrull, 1881, pág. 223, transcribe las palabras de «Fargas [D. Antonio Fargas y Soler, sin duda], en las biografías, [quien] añade: "Este mismo artista, con el nombre de Ludovicas [sic] Narbays, aparece como compositor de *motetes* en el cuarto libro á cuatro voces, y en el quinto libro á cinco voces, publicados en Lyon por Jaime Moderne en 1539 y 1543"». Son evidentemente, las mismas palabras de la traducción de Fétis que ofrece Pujol, pág. 10 en su edición del *Delphin*: «... Es el mismo artista que, bajo el nombre de Ludovicus Narbays, aparece como compositor de motetes en el libro IV, a cinco voces, publicado en Lyon por Jacques Moderne, en 1539 y 1543». La diferencia, que puede ser una laguna de traductor, no permite afirmar terminantemente la prioridad de Fargas; ignoramos la fecha de la publicación de sus «biografías», ni tenemos de ellas otro dato que el indirecto e incompleto de Saldoni. La *Biographie universelle des musiciens et bibliographie générale de la musique*, de Fétis, comenzó a publicarse en 1835, y su octavo y último volumen es de 1844; la segunda edición — todos estos datos son del *Grove's Dictionary of Music and Musicians* — es de 1860 a 1865. Pujol declara tomar su cita de la «2ème edit., VI (Bruselas, 1883)» (sic). A falta de la bibliografía directa, quede solamente planteada esta cuestión de autoridades. Lo cierto es que la afirmación de Fargas-Saldoni aparece confirmada por Mitjana (*Encyclopédie*, IV, pág. 2019; vide PUJOL, *loc. cit.*, pág. 11).

concluye — son los únicos que se consideran hoy supervivientes de la edición» (pág. 13). Sin embargo, hay noticia de algunos otros, uno de los cuales, por lo menos, tiene hoy existencia perfectamente controlable y establecida. Son ellos:

1. El ejemplar — o los ejemplares — considerados en el *Ensayo* de Gallardo (completado por Barco del Valle y Sancho Rayón, Madrid, 1863-1869), tomo III, 949, núm. 3194. Aquí se trata — equivocando la fecha del colofón: 3, por 30, de octubre — de un ejemplar completo, o por lo menos de un ejemplar del sexto libro, pues el colofón sólo aparece al final de éste; sigue la descripción del segundo y del tercer libro. Se indica también que «existe un ejemplar en la librería del Conde de Campomanes». Quizá este último sea alguno de los antes citados, o el que designamos con el núm. 3, dadas las circunstancias de tiempo y vicisitud y, también, el margen de error, ya probado, de las informaciones del *Ensayo*.

2. Más digna de fe es la noticia de Trend, *Grove's Dictionary*, III, 604, art. *Narváez*) que sigue a su descripción del *Delphin*: «B[ritish] M[useum]; Bibl. Nac., Madrid; Bibl. Provincial, Toledo». La información referente a este ejemplar de la Biblioteca Provincial de Toledo se repite en el art. *Libraries and collections of music* del mismo diccionario (III, pág. 183).

Y 3. El *Delphin de música de cifra para tañer vihuela* que figura en la Biblioteca del Congreso de Washington (dato tomado del Catálogo). Este ejemplar ha sido catalogado en 1929.

Francisco Vindel, que en sus *Solaces Bibliográficos* (Madrid, Instituto Nacional del Libro Español, 1942, págs. 85-110) considera, desde el punto de vista bibliográfico, los *Libros españoles sobre la vihuela y guitarra de los siglos XVI al XVIII* (trata del de Narváez en las págs. 92 a 96) no trae ningún dato concreto a este respecto.

El estudio de Pujol es verderamente exhaustivo en lo que se refiere a noticias sobre Narváez; y son notables sus transcripciones. Sin embargo, es en general más cómoda la escritura de Torner en sonidos reales que la que Pujol adopta, conservando la octava alta que indica el cifrado; también se hubiera ganado alguna comodidad reduciendo los valores a la mitad. La crítica de textos es eficiente en grado sumo [1], y la exacta transcripción de la parte literaria no hace echar muy de menos los facsímiles de la edición de Torner.

Con este volumen aparece, por fin, completa la fisonomía musical de Narváez: su exacta posición de «compositor», según el sentir de la época: el que arregla, el que «compone» música. Si la mayor parte del material melódico de su *Delphin* es ajena, no por ello disminuye su habilidad al utilizarla, antes bien se acrecienta. La fresca gracia de sus músicas y el fino relieve de los matices de sus melodías aseguran a Narváez algo más que la simple consideración que merece quien, por primera vez, trae a escena la variación instrumental [2].

[1] Con la sola ausencia de los textos literarios de las *Vacas*, y del aprovechamiento del pasaje relativo a ellas en *De mysticisme musical espagnol au XVIème siècle* de Henri Collet (Paris, Alcan, 1913, pág. 107).

[2] La música de Narváez figura apenas en los catálogos de discos: sólo tenemos noticia de las *Diferencias* en versión de J. Martínez Oyanguren, Columbia 17076 D. En Buenos Aires, la pianista Adriana Flocco, en el año 1940, ha hecho conocer las *Diferencias* sobre

Esta publicación de Emilio Pujol constituye, en resumen, un modelo acabado de lo que debe ser la función del transcritor de obras antiguas. Es de esperar que el Instituto Español de Musicología, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que ya ha publicado, antes de este *Delphin* de Narváez, dos magníficos trabajos de Higinio Anglés (*La música en la corte de los reyes católicos* y *La música en la corte de Carlos V*) continúe su serie de *Monamentos de la música española* con los otros libros de vihuela cuya edición viene preparando Emilio Pujol desde hace ya años [1].

DANIEL DEVOTO.

las *Vacas* (en la transcripción para piano de Torner); la cantante Dora Berdichevsky, acompañada por Daniel Devoto, desde 1942, ha incluído en sus programas composiciones de Narváez, haciéndolas oír en diversas localidades del interior.

[1] Lo anticipó el mismo Higinio Anglés en *La música española desde la Edad Media hasta nuestros días. Catálogo de la exposición histórica celebrada en conmemoración del primer centenario del nacimiento del maestro Felipe Pedrell (18 mayo-25 junio 1941*. Barcelona, Diputación Provincial de Barcelona, Biblioteca Central, 1941, pág. 38, nota a la pieza núm. 52, *El maestro*, de Milán): «Emilio Pujol tiene ya preparada la edición completa de la música de los vihuelistas españoles, siguiendo otro sistema de transcripción más auténtico que el de Morphy y el de Schrade».

BIBLIOGRAFÍA

La presente Bibliografía está en sistemática relación con la de la REVISTA HISPÁNICA MODERNA. *Los libros y estudios referentes a Hispanoamérica figuran en la* BIBLIOGRAFÍA HISPANOAMERICANA *que se publica regularmente en aquella Revista.*

SECCIÓN GENERAL

OBRAS BIBLIOGRÁFICAS

7695. *Bibliografía.* — RFH, 1944, VI, 84-103.

7696. *Bibliografía.* — RFE, 1943, XXVII, 120-149.

7697. *Ensayo de bibliografía marítima española.* Publicación patrocinada por la Diputación Provincial de Barcelona. — Barcelona, Imprenta de la Escuela de la Casa Provincial de Caridad, 1943, CIII-461 págs., ilustr. (Instituto Nacional del Libro.)

GEOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA

7698. DANTÍN CERECEDA, JUAN. — *Regiones naturales de España.* Tomo I. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Juan Sebastián Elcano, 1942, 397 págs., ilustr., 30,00 ptas.

HISTORIA

España

7699. ÁLVAREZ CALVO, JOAQUÍN. — *Relación de impresos sobre hechos históricos publicados en Barcelona, de los siglos XVI, XVII y XVIII.* — BH, 1944, III, núm. 2, 71-83.

7700. E. V. H. — *Periódicos, folletos y hojas políticas del siglo XIX ingresados en la Hemeroteca Municipal (1941-1944).* — RevBAM, 1944, XIII, 449-471.

7701. BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO. — *Síntesis de Historia de España.* 5ª ed. — Barcelona, Edit. Salvat, 1942, XVI-559 págs., ilustr.

7702. GARCÍA MORENTE, MANUEL. — *Ideas para una filosofía de la historia de España.* Con un prólogo de Juan Zaragüeta. — Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1943, XLI-118 págs.

7703. RUBIÓ Y BALAGUER, J. — *Vida española en la época gótica. Ensayo de interpretación de textos y documentos literarios.* — Barcelona, Edit. Alberto Martín, 1943, 292 págs., ilustr. (El mundo y los hombres.)

7704. PFANDL, LUDWIG. — *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del siglo de oro.* 2ª ed. española. Pról. de Félix García. — Barcelona, Edit. Araluce, 1942, 378 págs., ilustr.

7705. LÓPEZ OLIVÁN, J. — *Repertorio diplomático español. Índice de los tra-*

tados ajustados por España (1125-1935) y de otros documentos internacionales. — Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Francisco de Vitoria, 1944, 671 págs. (Colección de Fuentes de Derecho Internacional.)

Portugal

7706. Peres, Damião Antonio. — *Como nasceo Portugal.* 2ª ed. — Pôrto, Portucalense, 1942, 101 págs.

7707. Sanceau, Elaine. — *The land of Prester John, a chronicle of Portuguese exploration.* — New York, Knopf, 1944, xi-243 págs.

7708. Elías de Tejeda Spínola, Francisco. — *Las doctrinas políticas en Portugal (Edad Media).* — Madrid, Edit. Escelicer, 1943, 233 págs., 25 ptas.

7709. Ferreira da Cruz, Antonio Augusto. — *O porto seiscentista. Subsidios para a sua historia.* — Porto, Publicações da Câmara M. do Porto, Gabinete de Historia da Cidade, 1943, xi-201 págs.

FILOSOFÍA, CIENCIA Y ENSEÑANZA

España

7710. G[onzález] Olmedo, Félix. — *Nebrija en Salamanca (1475-1513).* — Madrid, Editora Nacional, 1944, 201 págs., 15,00 ptas.

7711. Martínez Tomás, Antonio. — *Miguel Servet. Un mártir de la ciencia.* 4ª ed. — Barcelona, Edit. Araluce, 1940, 143 págs., ilustr. (Los grandes hechos de los grandes hombres.)

7712. Pedro Hispano. — *Obras filosóficas.* II. Comentario al *De anima* de Aristóteles. Ed., Introd. y notas por Manuel Alonso. — Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Filosofía Luis Vives, 1944, 784 págs.

Portugal

7713. Brito, A. da Rocha. — *O português Francisco Sanches.* — BEP, junho 1940, págs. 1-71.

ARQUEOLOGÍA Y ARTE

7714. Selva, José. — *El arte en España durante los Austrias.* — Barcelona, Edit. Amaltea, 1943, 240 págs., ilustr., 15 ptas. (Speculum artis.)

7715. Selva, José. — *El arte en España durante los Borbones.* — Barcelona, Edit. Amaltea, 1943, vi-248 págs., ilustr., 15 ptas. (Speculum artis.)

7716. Velázquez, Diego Rodríguez de Silva y. — *Velázquez.* Complete ed., London, The Phaidon Press, NewYork, Oxford University Press [1943], 33 págs., 160 pl.

7717. Wolf, Johannes. — *Historia de la música con un estudio crítico de historia de la música española por Higinio Anglés.* 2ª ed. — Barcelona, Editorial Labor, 1944, 557 págs.

HISPANISMO

7718. Guillén, Jorge. — *Ticknor, defensor de la cultura.* — RevCu, 1943, XVII, 211-232.

7719. Figueiredo, Fidelino de — *Las dos Españas.* Pról. de Felipe Teixidor. — México, Ed. de San Ángel, 1944, 297 págs.

7720. Bell, Aubrey F. G. — *The three Spains.* — BAbr, 1944, XVIII, 215-221. [Sobre: Fidelino de Figueiredo, *Espanha.*]

LENGUA

ESTUDIOS GENERALES

Lingüística

7721. Camara, Joaquim Mattoso (jr.). — *Princípios de linguística geral; como fundamento para os estudos superiores da língua portuguesa.* — Rio de Janeiro, Briguiet, 1942, 268 págs.

7722. Terracini, Benvenuto. — Sobre: Karl Vossler, *Filos fia del lenguaje.* Trad. y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida con la colaboración del autor. — Insu, 1943, I, 218-222.

7723. Ceñal Lorente, R. — *La teoría del lenguaje de Carlos Bühler.* — Madrid, Instituto Filosófico Luis Vives, 1941, xx-304 págs. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas.)

Fonética general

7724. Corredera Sánchez, Juan Francisco. — *Evolución acústico-fisiológica de la palabra.* — BF, 1943, IV, 126-147.

7725. Alonso, Amado. — *La identidad del fonema.* — RFH, 1944, VI, 280-283.

Métrica

7726. Clarke, Dorothy Clotelle. — *The early seguidilla.* — HR, 1944, XII, 211-222.

7727. Clarke, Dorothy Clotelle. — *El esdrújulo en el hemistiquio de arte mayor.* — RFH, 1943, V, 263-276.

LENGUAS REGIONALES

Catalán

7728. *Miscel·lània Fabra. Recull de treballs de lingüística catalana i romànica. Dedicats a Pompeu Fabra pel seus amics i deixebles amb motiu del 75è aniversari de la seva naixença.* — Buenos Aires, Imprenta i Casa Editora Coni, 1943, vii-400 págs.

7729. Spitzer, Leo. — *Catalonian ensenestrar, ensinistrar 'enseñar, adestrar, preparar, ejercitar'.* — HR, 1944, XII, 177.

Vasco

7730. Castro Guisasola, Florentino. — *El enigma del vascuence ante las lenguas indoeuropeas.* — Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato Menéndez y Pelayo, Instituto Antonio de Nebrija, 1944, 289 págs., 30 ptas.

HISTORIA DEL IDIOMA

Español

7731. Rosenbaum, Sidonia C. — Sobre: Madaline W. Nichols, *Bibliographical guide to materials on American Spanish.* — RRQ, 1943, XXXIV, 285-287.

7732. Álvarez, Juan. — *¿A quién corresponde el gobierno de nuestro idioma?* — BAAL, 1943, XII, núm. 45, p. 17-24.

7733. Consiglio, Carlo. — Sobre: Johannes Hermanus Terlingen, *Los italianismos en español desde la formación del idioma hasta principios del siglo XVII.* — RFE, 1943, XXVII, 436-443.

7734. Barrenechea, Ana María. — Sobre: Américo Castro, *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico.* — RUBA, 1944, II, 123-125.

7735. Díaz-Caneja, J. D. — *Neologismos y arcaísmos. Americanismos que no lo son.* — Escorial, 1941, V, 124-129.

7736. Díaz-Caneja, J. D. — *Neologismos y arcaísmos*. — Escorial, 1942, VIII, 138-145.

Portugués

7737. Barros, Fernando de Araujo. — *Língua portuguesa: origens e história*. — Pôrto. Educação Nacional, 1942, 122 págs.

7738. Bolêo, Manuel de Paiva. — *Defesa e ilustração da língua*. A propósito do Instituto da Língua Portuguesa. — Biblos, 1943, XIX, 357-397.

7739. Padua, Ciro T. de. — *O dialeto brasileiro: ensaio de filologia e sociologia sobre a língua falada no Brasil*. — Curitiba, Guaíra, 1942, 100 págs.

GRAMÁTICA

Español

7740. Menéndez Pidal, Ramón. — *Manual de gramática histórica española*. 7ª ed. — Madrid, Espasa-Calpe, 1944, VII-369 págs. — Véase núm. 3158.

7741. Restrepo, Roberto. — *Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje*. — Bogotá, Edit. Cromos, 1943, 560 págs.

7742. Moellering, William. — *Further comment on «ser» and «estar» with adjectives*. — MLJ, 1944, XXVIII, 597-604.

7743. Bolinger, Dwight L. — *More on «ser» and «estar»*. — MLJ, 1944, XXVIII, 233-238.

7744. Pardo Bazán, Emilia. — *Rufino José Cuervo*. — AACL, 1942-43, X, 228-233.

Portuguès

7745. Gaselee, S. — *Note on Dunn's Portuguese grammar*. — MLR, 1942, XXXVII, 487-489.

FONÉTICA

Español

7746. Navarro, Tomás. — *Manual de entonación española*. — New York, Hispanic Institute in the United States, 1944, 306 págs.

7747. Alonso, Amado. — *Una ley fonológica del español. Variabilidad de las consonantes en la tensión y distensión de la sílaba*. — HR, 1945, XIII, 91-101.

Portuguès

7748. Lacerda, Armando de. — *Características da entoação portuguesa*. — Biblos, 1943, XIX, 89-166. — Véase núm. 5037.

LEXICOGRAFÍA

7749. Spitzer, Leo. — *Español y portugués* decorar *'aprender, recitar de memoria'*. — RFH, 1944, VI, 176-186.

7750. Spitzer, Leo. — *Adición a «decorar»*. — RFH, 1944, VI, 283-284. — Véase núm. 7749.

7751. Alonso, D. — *Etimologías hispánicas*. [1. Derivados de *lōrum* y *lōramen*. 2. Derivados de *foramen*. 3. Ast. *hasta sa(g)ora*. 4. Port. *sotaque*.] — RFE, 1943, XXVII, 30-47.

Español

7752. *Diccionario de voces nuevas de la lengua castellana*. Aceptadas por la Real Academia Española. — Buenos Aires, Litterae Sociedad Edit. Americana, 1940, 206 págs.

7753. Grases, Pedro. — *Del porqué no se escribió el «Diccionario matriz de la lengua castellana» de Rafael María Baralt*. — Caracas, Escuela Técnica Industrial, Talleres de Artes Gráficas, 1943, 86 págs.

7754. Malaret, Augusto, — *Diccionario de americanismos: suplemento (continuación)*. — BAAL, 1943, XI, 687-818. — Véase núm. 6921.

7755. Corominas, Juan. — *Indianorománica: Estudios de lexicología hispanoamericana*. — RFH, 1944, VI, 1-35.

7756. Arrazola, Roberto. — *Diccionario de modismos argentinos*. — Buenos Aires, Edit. Colombia, 1943, 192 págs., $ 2.00 arg.

7757. Sánchez, José & Samuel Baig (compilers); Karl Brown (ed.). — *Scientific and technical dictionaries of the Spanish and English languages: a list*. — NYPL, 1944, XLVIII, 619-638.

7758. Alonso, Dámaso. — *Representantes no sincopados de «rotulare»*. — RFE, 1943, XXVII, 153-180.

7759. Beinhauer, W. — *Rata-ratón*. — RF, 1942, LVI, 402-404.

7760. Malkiel, Yakov. — *The etymology of Spanish «sosiego»*. — PhQ, 1944, XXIII, 297-306.

7761. Sluiter, Engel. — *The word «pechelingue»: its derivation and meaning*. — HAHR, 1944, XXIV, 683-698.

Portuguès

7762. Séguier, Jaime de. — *Diccionário prático illustrado*. Novo diccionário encyclopédico Luso-Brasileiro publicado sob a direcção de Jayme de Séguier, com uma lista alphabética de tôdas as palavras nêle contidas cuja graphia foi alterada pelo recente vocabulário da Academia das Sciências de Lisboa. — Porto, Lello & Irmão, 1941, 1812 págs., ilustr., 70 esc.

7763. *Pequeno dicionário brasileiro da língua portuguesa*. Organizado por Hildebrando Lima e Gustavo Barroso. Revisto por Manuel Bandeira e José Baptista da Luz. Redigido nas ortografias simplificada e mistá. 4ª ed. — Rio de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1943, 1234 págs., 35.00 Cr.

7764. Craveiro da Silva, L. — *À margem do «Vocabulário ortográfico da língua portuguesa»*. — Bro, 1941, XXXIII, núm. 2-3.

7765. Becker, Idel. — *Dicionários «Lep» espanhol-português*. — São Paulo, Livraria Editora Paulicéia, 1943, 269 págs.

7766. Vasconcelos, Nuno Smith de. — *Pequeno dicionário inglês-português*. — São Paulo, Cia. Editora Nacional, 1943, 376 págs.

7767. Rosaldo, Renato. — *A practical medical vocabulary in Spanish and Portuguese*. — HispW, 1944, XXVII, 473-481.

7768. López Estrada, F. — Sobre: M. de Paiva Bolêo, *Os nomes dos dias da semana em português. Influência moura ou cristã?* — RFE, 1941, XXV, 562-568.

DIALECTOLOGÍA

Español

7769. Zamora Vicente, Alonso. — *El habla de Mérida y sus cercanías*. — Madrid, 1943, 153 págs., ilustr.

7770. Zamora Vicente, Alonso. — *Notas para el estudio del habla albaceteña*. — RFE, 1943, XXVII, 233-255.

7771. Álvarez Delgado, J. — *Miscelánea guanche*. I. *Benchoare, ensayos de lingüística canaria*. — La Laguna, Inst. de Estudios Canarios, 1943.

7772. Telétor, Celso Narciso. — *Toponimia guatemalteca. Etimología de las aldeas, caseríos, cerros, ríos y demás lugares de Rabinal, Baja Verapaz*. — ASGHG, 1943, XIX, 116-124.

Portugués

7773. Paiva Boléo, M. de. — *O estudo dos dialectos e falares portugueses. (Um inquérito lingüístico.)* — Coimbra, 1942, 152 págs.

7774. Alonso, D. — Sobre: M. de Paiva Boléo, *O estudo dos dialectos e falares portugueses. (Um inquérito lingüístico.)* — RFE, 1943, XXVII, 95-96.

LITERATURA

LITERATURA HISPANOLATINA

7775. Séneca. — *De la brevedad de la vida y otros diálogos.* — Barcelona, Montaner y Simón, 1944, 322 págs.

7776. Zambrano, María. — *El pensamiento vivo de Séneca.* — Buenos Aires, Editorial Losada, 1944, 194 págs., $ 3.00 arg. (Biblioteca del Pensamiento Vivo.)

LITERATURA HISPANOÁRABE

Español

7777. Lincoln, J. N. — *Aljamiado texts: legal and religious.* — HR, 1945, XIII, 102-124.

7778. Asín Palacios, Miguel. — *Tratado de Avempace sobre la unión del intelecto con el hombre.* — AlAn, 1942, VIII, fasc. I, 1-47.

7779. *Escritores españoles desaparecidos: Miguel Asín Palacios.* — BH, 1944, III, 832-834.

Portugués

7780. Lopes, D. — *Textos em aljamia portuguesa. Estudo filológico e histórico.* Nova ed. inteiramente refundida. — Lisboa, Imp. Nacional, 1940, 278 págs.

LITERATURAS REGIONALES

Catalana

7781. Riquer, M. de. — *Relaciones entre la literatura renacentista castellana y la catalana en la Edad Media.* — Escorial, 1941, II, 31-50.

7782. Lulio, Raimundo. — *Blanquerna.* Pról. de Lorenzo Riber. — [Madrid, M. Aguilar, 1944], 769 págs. 15 ptas. (Colección Crisol.)

7783. Verdaguer, Jacinto. — *Obras completas.* — Barcelona, Biblioteca Selecta [1943], 1462 págs.

Gallega

7784. Curros Enríquez, Manuel. — *Aires da miña terra. O divino sainete.* 6ª ed. — Madrid, Hernando, 1943, 222 págs. (Obras completas.)

HISTORIA LITERARIA

Español

7785. O. H. G. — Sobre: R. L. Grismer, *A new bibliography of the literatures of Spain and Spanish America.* Vols. I & II. — HR, 1941, IX, 512.

7786. Boselli, C. & C. Vian. — *Storia della letteratura spagnola dalle origini ai nostri giorni.* — Milano, Le lingue estere, 1941, XV-364 págs.

7787. Abreu Gómez, Ermilo. — *Lecciones de literatura española.* — México, Revista Musical Mexicana, 1944, 127 págs.

7788. Menéndez Pelayo, Marcelino. — *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria.* Ed. preparada por Enrique Sánchez Reyes. Vols. I-VII. — [Madrid], Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1941-1942, 7 vols. (Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo.)

7789. González Palencia, Ángel. — *Historias y leyendas.* Estudios literarios. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Antonio de Nebrija, 1942, 634 págs., 40 ptas.

7790. González Palencia, Ángel. — *Entre dos siglos.* Estudios literarios (Segunda serie). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Antonio de Nebrija, 1943, VIII-376 págs., 25 ptas.

7791. López Estrada, Francisco. — *Orientaciones críticobibliográficas para los estudios literarios del siglo XV.* — BibH, 1943, I, 477-494.

7792. Valbuena Prat, Ángel. — *Historia de la literatura española (Siglos XVIII-XX.)* — Barcelona, Edit. Juventud [1944], 173 págs., 18 ptas. — Véase núm. 7506.

7793. Gatti, José Francisco. — Sobre: José María de Cossío, *Notas y estudios de crítica literaria. El romanticismo a la vista.* — RFH, 1943, V, 292-293.

7794. Sandoval, Adolfo de. — *Menéndez y Pelayo. (Su vida íntima. Su obra. Su genio.)* — [Madrid, Ediciones Morata, 1944], 2 tomos en 1 vol., ilustr., 35 ptas. (Colección Lyke.)

7795. Iduarte, Andrés. — *Adiós a don Enrique Díez-Canedo.* — CuA, 1944, III, núm. 5, págs. 59-65.

Portugués

7796. Poppa, L. di. — *Romanticismo portoghese: detrattori e amici dell'Italia.* — Rom, 1941, V, 500-510.

7797. Figueiredo, Fidelino de. — *Depois de Eça de Queiroz... Perspectiva da literatura portuguesa novecentista seguida de uma conferencia sobre a historiografia portuguesa do século XX.* — São Paulo, Editora Clássico-Científica, 1943, 134 págs., 10.00 Cr. (Serie I. Colecção E. C. C.)

7798. Veloso, B. — *Da crítica literária católica em Portugal.* — Bro, 1941, XXXIII, núm. 4-6.

TEMAS

7799. [Blecua, José Manuel]. — *El mar en la poesía española.* Sel. y carta de navegar por José Manuel Blecua. Dibujos de Eduardo Vicente. — Madrid, Editorial Hispánica, 1945, 368 págs., 20 ptas. (Reino de la literatura castellana, Colección de Antologías.)

7800. Arco y Garay, Ricardo del. — *La idea del imperio en la política y la literatura españolas.* — Madrid, Espasa-Calpe, 1944, 819 págs., 50 ptas.

RELACIONES LITERARIAS

Portugal

7801. Lima, Henrique de Campos Ferreira. — *Racine et le Portugal.* — BEP, junho de 1940, p. 121-136.

Obras extranjeras inspiradas en temas hispánicos

7802. Raeders, Georges. — *La découverte du nouveau monde. Pièce en trois actes sur des thèmes de Lope de Vega.* Préface de Afranio Peixoto. — Rio de Janeiro, Atlantica Editora, 1944, 225 págs.

7803. Kelin, F. — *Un libro de V. Iasvitski sobre España.* — LitIn, 1944, III, núm. 1, 64-65.

Influencias extranjeras

España

7804. Julià, E. — *La influencia de Italia en el Renacimiento español.* —

Anuario Cultural Ítalo - Español, núm. 1, 1942, págs. 87-118.

Portugal

7805. Carvalho, Joaquim de. — *Galileu e a cultura portuguesa sua contemporânea.* — Biblos, 1943, XIX, 399-482.

AUTORES Y OBRAS DE GÉNEROS DIVERSOS

España

7806. Casariego Fernández, Jesús Evaristo. — *Jovellanos o el equilibrio.* (Ideas, desventuras y virtudes del inmortal hidalgo de Gijón.) — Madrid, Imp. Talleres Penitenciarios, 1943, 202 págs., ilustr., 20 ptas.

7807. Oromí, Miguel. — *Pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno.* — Madrid, Espasa-Calpe, 1943, 222 págs.

Portugal

7808. Revêlo de Bettencourt. — *Teófilo Braga mestre nacionalista.* Com duas cartas íntimas e uma breve antología poética. — Lisboa, Ed. Gazeta dos Caminhos de Ferro, 1942, 55 págs.

POESÍA

España

7809. Alonso, Dámaso. — *Ensayos sobre poesía española.* — Madrid, Revista de Occidente [1944], 401 págs., 20 ptas.

7810. *Églogas y fábulas castellanas. (Siglos XVII, XVIII y XIX.)* Sel. y pról. de Rafael Alberti. Con ocho láminas. — Buenos Aires, Edit. Pleamar, 1944, 254 págs. (Colección Mirto.) Véase núm. 7537.

Portugal

7811. Hawkins, A. C. — *Lusitanian lyrics.* — Pôrto, Lello e Irmão, 1941, 92 págs.

Épica

7812. Menéndez Pidal, Ramón. — *Cantar de Mío Cid.* Texto, gramática y vocabulario. Primera parte. Crítica del texto. Gramática. — Madrid, Espasa-Calpe, 1944, XIII-420 págs. (Obras.)

Romancero

7813. *Romancero español.* Sel. de romances por Luis Santullano. — Madrid, M. Aguilar, 1943, XV-1133 págs., ilustr.

7814. Sánchez de Lima, Miguel. — *El arte poética en romance castellano.* Ed. de Rafael de Balbín Lucas. — Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Nicolás Antonio, 1944, XIV-123 págs. 14 ptas. (Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos.)

Autores antiguos

Español

7815. Menéndez Pidal, Ramón. — *Poesía juglaresca y juglares. Aspectos de la historia literaria y cultural de España.* — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, 280 págs. (Colección Austral.)

7816. Guerrieri Crocetti, C. — *Studi sulla poesia di Gonzalo de Berceo.* — Torino, Paravia, 1942, 140 págs.

7817. Anglés, Higinio. — *La música de las Cantigas de Santa María del Rey Alfonso, el Sabio.* Facsímil, transcripción y estudio crítico. — Barcelona, Diputación Provincial de Barcelona, Biblioteca Central, 1943, vol. II, 462 págs.

7818. Alarcos Llorach, E. — Sobre: Félix Lecoy, *Recherches sur le Libro de Buen Amor de Juan Ruiz, Archiprêtre de Hita.* — RFE, 1943, XXVII, 443-450.

7819. García Blanco, Manuel. — *Juan del Encina como poeta lírico.* — Oviedo, Imprenta La Cruz, 1944, 34 págs.

7820. Pol, Ferrán de. — *El paisaje en Garcilaso de la Vega. De la naturaleza muerta al cántico espiritual.* — FyL, 1945, IX, 79-90.

7821. González Palencia, Ángel & Eugenio Mele. — *Vida y obras de don Diego Hurtado de Mendoza.* — Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1942, 2 vols. — Véase núm. 5864.

7822. Vega, Lope de. — *Lírica.* Pról. de Eugenio Nadal. — Barcelona, Montaner y Simón, 1943, XXV-207 págs.

7823. Vega, Lope de. — *Cardos del jardín de Lope.* Sátiras del «Fénix», editadas por Joaquín de Entrambasaguas. — Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Nicolás Antonio, 1942, 63 págs.

7824. Góngora, Luis de. — *Antología poética.* Selección y poema de Rafael Alberti. — Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1945, 335 págs. (Colección Mirto.)

7825. Quevedo, Francisco de. — *Musa varia.* Pról. de Manuel de Montolíu. — Barcelona, Montaner y Simón, 1943, XXVIII-323 págs., 15 ptas. (Polimnia.)

7826. Calderón de la Barca, Pedro. — *Obra lírica.* Pról. de Manuel de Montolíu. — Barcelona, Montaner y Simón, 1943, 194 págs.

Português

7827. Camões, Luiz de. — *Lírica de Camões.* Ed. crítica pelo Dr. José Maria Rodrigues e Afonso Lopes Vieira. — Coimbra, Imprensa da Universidade, 1942, XL-385-LXXXIV págs., ilustr.

7828. Bittencourt, Raul. — *Camões.* — RAL, 1940, VIII, núm. 50.

7829. Trowbridge, Mary L. — *The influence of the classics on Camões' Lusiadas.* — Classical Studies in Honor of William Abbott Oldfather, University of Illinois Press, 1943, págs. 190-208.

783c. Ferreira, Carlos Alberto. — *Francisco Rodrigues Lôbo: Fontes inéditas para o estudo da sua vida e obra. Subsidios para a história da literatura portuguesa.* — Biblos, 1943, XIX, 229-318.

Autores modernos

Español

7831. *Cien años de poesía femenina española e hispano-americana. 1840-1940.* Sel. y notas de María Antonia Vidal. — [Barcelona, Edit. Olimpo, 1943], 219 págs., 10 ptas. (Colección Oriana.)

7832. Castro, Rosalía de. — *Obras completas.* Recopilación, pról. y notas de V. García Martí. — Madrid, Edit. M. Aguilar, 1944, CCVI-1432 págs., 50 ptas.

7833. Campoamor. — *Poesías.* Ed. y pról. de Félix Ros. — Madrid, Espasa-Calpe, 1943, 308 págs., 7.50 ptas. (Clásicos Castellanos.)

7834. Espronceda, José de. — *Poesías.* Pról. de Ramón Eugenio de Goicoechea. — Barcelona, Montaner y Simón, 1941, LXXXVI-274 págs.

7835. Zorrilla, José. — *Obras completas.* Ordenación, pról. y notas de Narciso Alonso Cortés. — Vallado-

lid, Librería Santarén, 1943, 2 vols., 270 ptas.

7836. Alonso Cortés, Narciso. — *Zorrilla: su vida y sus obras*. 2ª ed. — Valladolid, Santarén, 1943, 1242 págs., ilustr.

7837. Bécquer, Gustavo Adolfo. — *Rimas*. Pról. de Ramón Eugenio de Goicoechea. — Barcelona, Montaner y Simón, 1941, CXLI-142 págs.

7838. Bécquer, Gustavo Adolfo. — *Rimas*. (Primera versión, original.) Poema de Rafael Alberti. Prosa de Juan Ramón Jiménez. — Buenos Aires, Edit. Pleamar, 1944, 209 págs. (Colección Mirto.)

7839. Rueda, Salvador. — *Antología poética*. Sel. y pról. de Rafael Alberti. Palabras finales de Miguel de Unamuno. — Buenos Aires, Edit. Pleamar, 1944, 233 págs. (Colección Mirto.)

7840. Regalado, Antonio. — *Antonio Machado, poeta español de la generación del 98*. — UDLH, 1944, IX, núms. 52-53-54, págs. 151-180.

7841. Roa, Raúl. — *La lección de Antonio Machado*. — UDLH, 1944, IX, núms. 52-53-54, págs. 181-187.

7842. Jiménez, Juan Ramón. — *Estío. (A punta de espina.) (1915.)* — Buenos Aires, Edit. Losada, 1944, 144 págs., $ 1.50 arg. (Biblioteca Contemporánea.)

7843. Jiménez, Juan Ramón. — *Eternidades. 1916-1917*. — Buenos Aires, Edit. Losada, 1944, 156 págs., $ 1.50 arg. (Biblioteca Contemporánea.)

7844. Jiménez, Juan Ramón. — *Belleza. (En verso.) (1917-1923.)* — Buenos Aires, Edit. Losada, 1945, 160 págs., $ 1.50 arg. (Biblioteca Contemporánea.)

7845. Diego, Gerardo. — *La sorpresa. Cancionero de Sentaraille*. — Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Antonio de Nebrija, 1943-44, 182 págs. (Publicaciones de Cuadernos de Literatura Contemporánea. Poesía.)

7846. *Presença de García Lorca. Seus mais vibrantes poemas*. Estudos críticos. Biografía. Bibliografía. — São Paulo, Brasil, Letras Editora Continental, Ltda., [1944], 269-XXVII págs., 40.00 Cr.

7847. Barea, Arturo. — *Las raíces del lenguaje poético de Lorca*. — BSS, 1945, XXII, 3-15.

7848. Gaos, Vicente. — *Arcángel de mi noche. Sonetos apasionados (1939-1943)*. — Madrid, Edit. Hispánica, 1944, 84 págs., 6 ptas. (Colección Adonais.)

7849. Rejano, Juan. — *El Genil y los olivos*. — México, Litoral, 1944, 130 págs.

7850. Villalón, Fernando. — *Poesías*. Pról. de José María de Cossío. Dibujos de José Martínez del Cid. — Madrid, Hispánica, 1944, 187 págs., 20 ptas.

Português

7851. Almeida, Nicolau Tolentino de. — *Sátiras*. Sel., pref. e notas de Rodrigues Lapa. — Lisboa, s. c. p., 1941, XVI-92 págs.

7852. Medeiros, Fernando Saboia de. — *Antero de Quental*. (Técnica e inspiração de seus sonetos.) — Rio, Noite, 1939, 402 págs.

7853. Moraes, Carlos Dante de. — *A inquietação e o fim trágico de Anthero de Quental*. — Porto Alegre, Globo [1939], 151 págs.

TEATRO

Autores antiguos

Español

7854. Weber, Frida. — Sobre: Bartolomé de Torres Naharro, *Comedia Trophea*. Reimp. prefaciada por Fidelino de Figueiredo. — RFH, 1944, VI, 200-202.

7855. Rueda, Lope de. — *Eufemia. Armelina. El deleitoso*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944, 160 págs. (Colección Austral.)

7856. Castro, Guillén de. — *Las mocedades del Cid*. — Santiago, 1944, 138 págs., $ 8.00 chil.

7857. [Vega, Lope de]. — *Comedia de El caballero de Olmedo*. Ed., observaciones preliminares y notas de Eduardo Juliá Martínez. — Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Nicolás Antonio, 1944, 213 págs. (Revista de Bibliografía Nacional. Anejo II.)

7858. Vega, Lope de. — *La Dorotea*. Acción en prosa. Nota preliminar de F[ederico] S[ainz de] R[obles]. — [Madrid, Edit. M. Aguilar, 1944], 541 págs., 15 ptas. (Colección Crisol.)

7859. Fevralski, A. — *Lope de Vega en Georgia* [Rep. soviética]. — LitIn, 1944, III, núm. 4, págs. 67-70.

7860. Gustavino Gallent, G. — *La toma de la Mamora, Relatada por Tirso de Molina*. — Larache, M. Boscá, 1939, 30 págs.

7861. Vélez de Guevara, Luis. — *Reinar después de morir*. Ed., estudio y notas por Francisco Indurain. — Zaragoza, Edit. Ebro, 1944, 116 págs.

7862. Calderón de la Barca, Pedro. — *Comedias de capa y espada*. Tomos I y II. Estudio preliminar de Marcelino Menéndez y Pelayo. — Madrid, Ediciones Atlas, 1943, 2 vols.

7863. Valbuena Prat, A. — *El orden barroco en «La vida es sueño»*. — Escorial, 1942, VI, 167-192.

7864. Henríquez Ureña, Pedro. — *Los jueces de Castilla*. — RFH, 1944, VI, 285-286. [Moreto y Lope de Vega.]

Português

7865. Vicente, Gil. — *Obras completas*. Vol. III. — Lisboa, Livraria Sá da Costa, 1943, 311 págs. — Véase núm. 6708.

7866. Vicente, Gil. — *Obras completas*. Vol. IV. — Lisboa, Livraria Sá da Costa, 1943, 335 págs. — Véase núm. 7865.

7867. Mulertt, W. — Sobre: Gil Vicente, *Tragicomedia pastoril da Serra de Estrêla*. Texto «princeps». Texto modernizado. Introd., notas e glossário por Alvaro Julio da Costa Pimpão. — LGRPh, 1942, LXIII, 328-329.

Autores modernos

7868. Oría, José Antonio. — *Teatro español a fines del siglo XIX*. — CCT, 1943, núm. 19, p. 83-100.

7869. Torrente Ballester, G. — *Cincuenta años de teatro español y algunas cosas más*. — Escorial, 1941, IV, 253-280. [Teatro español de la época presente.]

7870. Fernández de Moratín, Leandro. — *Teatro completo*. — [Madrid, M. Aguilar, 1944], 634 págs., 15 ptas. (Colección Crisol.)

7871. Bretón de los Herreros, Manuel. — *Teatro*. Pról. y notas de Narciso Alonso Cortés. — Madrid, Espasa-Calpe, 1943, XXXI-239 págs. (Clásicos Castellanos.)

7872. Benavente, Jacinto. — *La culpa es tuya. La enlutada. El demonio del teatro*. — Madrid, M. Aguilar, 1943, 287 págs.

7873. Álvarez Quintero, Serafín y Joaquín. — *Teatro completo*. — Tomo XIII. *Entremeses, Apropósitos y Un monólogo. La pitanza. Los charros*

del oro. Morritos. Nanita, nana. La zancadilla. La bella Lucerito. Las buñoleras. Cuatro palabras. Carta a Juan Soldado. Sangre gorda. Solico en el mundo. Palomilla. — Madrid [Espasa-Calpe], 1944, 241 págs., 10 ptas.

7874. Álvarez Quintero, S. y J. — *La venta de los gatos. Los papaítos. La risa va por barrios.* — Madrid, Espasa-Calpe, 1942, 286 págs. y 9 hojas. (Teatro completo. T. XLIV. Comedias y dramas.)

7875. Arniches, Carlos. — *¡Mecachis qué guapo soy!* — Barcelona, La Escena, 1943, 63 págs., 2 ptas. (Colección La Escena.)

7876. Arniches, Carlos. — *Yo quiero. Andanzas de un pobre chico en tres actos.* — Barcelona, Edit. Cisne, 1943, 77 págs., 2 ptas. (Biblioteca Joyas Literarias. Teatro Selecto.)

7877. Sassone, Felipe. — *Carlos Arniches.* — Vért, 1943, núm. 65, págs. 40-71.

7878. Marquina, Eduardo. — *Obras completas.* — Madrid, Edit. M. Aguilar, 1944, 7 vols., 50 ptas. cada uno.

7879. Muñoz Seca, Pedro & Pedro Pérez Fernández. — *La oca.* Juguete cómico en tres actos. — Madrid, Imp. Edit. Católica, 1942, 82 págs., 2 ptas. (Biblioteca Teatral.)

7880. García Lorca, Federico. — *Bodas de sangre.* — Buenos Aires, Editorial Losada, 1944, 129 págs., $ 1.50 arg. (Biblioteca Contemporánea.)

7881. Bergamín, José. — *La hija de Dios.* (Tragedia.) — LitIn, 1944, III, núm. 3, págs. 41-52.

7882. Casona, Alejandro. — *La dama del alba.* Retablo en cuatro actos. — Buenos Aires, Edit. Losada, 1944, 162 págs., $ 1,50 arg. (Biblioteca Contemporánea.)

NOVELÍSTICA

Español

7883. *Cuentos de las Españas.* Selected and edited by Jaime Homero Arjona and Carlos Vásquez Arjona. — New York, Scribner's, [1943], 195 págs., 1.25 dólares.

Portugués

7884. *Os melhores contos históricos de Portugal.* Pref. e sel. de Gustavo Barroso. — Rio de Janeiro, Dois mundos [1943], 305 págs.

7885. *Os melhores contos rústicos de Portugal.* Pref. de Jorge de Lima. — Rio de Janeiro, Dois mundos [1943], 322 págs.

Autores antiguos

7886. Menéndez y Pelayo, M. — *Orígenes de la novela.* Tomos I y II. — Santander, Aldus, 1943, 2 vols. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Tomos XIII y XIV de las Obras Completas.)

7887. Menéndez y Pelayo, M. — *Orígenes de la novela.* Tomos III y IV. — Santander, Aldus, 1943, 2 vols., 460 & 392 págs. (C. S. I. C., Tomos XV y XVI de las Obras Completas.)

7888. Clamades. — *La historia del muy valiente y esforçado cavallero Clamades hijo de Marcaditas, Rey de Castilla y de la linda Clarmonda hija del Rey de Toscana.* — [Barcelona, Horta, 1944], 94 págs.

7889. Argüello, Martín de. — *Romero de Cepeda, novelista del siglo XVI. Un libro perdido en Lisboa y hallado en Nueva York.* — BH, 1944, III [vol. IV], núm. 7, 517-523.

7890. Cossío, José María de. — *Las continuaciones del « Lazarillo de Tormes ».* — RFE, 1941, XXV, 514-523.

7891. Cervantes Saavedra, Miguel de. — *Dom Quixote de La Mancha.* 2ª parte, Vol. II. Trad. Viscondes de Castilho e de Azevedo. — S. Paulo, Ed. Cultura, 1943, 586 págs., 25,00 Cr. (Os mestres do pensamento.)

7892. Cervantes Saavedra, Miguel de. — *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.* III. 4ª ed. Ed. y notas de Francisco Rodríguez Marín. — Madrid, Espasa-Calpe, 1943, 338 págs. (Clásicos Castellanos.)

7893. Cervantes [Saavedra], [Miguel de]. — *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.* VIII. Ed. y notas de Francisco Rodríguez Marín. — Madrid, Espasa-Calpe, 1944, 338 págs., 7,50 ptas. (Clásicos Castellanos.)

7894. Cervantes Saavedra, Miguel de. — *O curioso impertinente.* Trad. de A. F. de Castilho. *A senhora Cornélia e O ciumento.* — São Paulo, Cultura, 1943, 185 págs.

7895. Cervantes [Saavedra], M[iguel] de. — *La gitanilla y La española inglesa.* Ed., estudio y notas por Alfredo Malo Zarco. — Zaragoza, Edit. Ebro [1943], 133 págs., 3,50 ptas. (Biblioteca Clásica Ebro. Clásicos Españoles.)

7896. Cervantes Saavedra, Miguel de. — *Rinconete y Cortadillo y La ilustre fregona.* Ed., estudio y notas por Ángel González Palencia. 2ª ed., ilustr. — Zaragoza, Ebro [1943], 124 págs. (Biblioteca Clásica Ebro.) — Véase núm. 3706.

7897. Garciasol, Ramón de. — *Vida heroica de Miguel de Cervantes.* — Madrid, Editora Nacional, 1944, 277 págs., 6 ptas. (Breviarios de la Vida Española.)

7898. Navarro y Ledesma, Francisco. — *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.* — Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944, 354 págs., $ 2.25 arg. (Colección Austral.)

7899. Gutiérrez-Noriega, Carlos. — *Contribución de Cervantes a la psicología y a la psiquiatría.* — Lima, Perú, Editorial Lumen, 1944, 44 págs.

7900. Guzmán Esponda, Eduardo. — *Quijotes y ediciones.* — AACL, 1941-1942, IX, 320-328.

7901. Romera-Navarro, M. — *Correspondencia entre las interpretaciones literarias del « Quijote » y las pictóricas.* — HR, 1944, XII, 152-155.

7902. Blumenfeld, Walter. — *Don Quijote y Sancho Panza como tipos psicológicos.* — RevInd, 1942, núm. 38, pág. 338-368.

7903. Gilman, Stephen. — *El falso « Quijote ». Versión barroca del « Quijote » de Cervantes.* — RFH, V, 148-157.

7904. Marshall, Pauline M. — *An edition of Alonso de Salas Barbadillo's « El caballero perfecto »* (1620), together with a study of previous Spanish literary portrayals of the ideal gentleman. — Summaries of Doctoral Diss., Northwestern Univ., 1944, XI, 19-23.

Autores modernos

Español

7905. Isla, José Francisco de. — *Fray Gerundio de Campazas.* Sel., estudio y notas por Francisco Esteve. Primera ed. ilustr. — Zaragoza, Ebro [1943], 126 págs. (Biblioteca Clásica Ebro.)

7906. Castro, Rosalía de. — *El caballero de los botas azules.* — Buenos Aires, Emecé, 1942, 250 págs., $ 3.50 arg. (Colección Hórreo.)

7907. Alarcón, Pedro Antonio de. — *El sombrero de tres picos*. Pról. de Rafael Alberti. — Buenos Aires, Edit. Pleamar, 1944, 276 págs., ilustr., $ 8.00 arg. (Colección El Ceibo y La Encina.)

7908. Alarcón, Pedro Antonio de. — *Juicios literarios y artísticos*. — Madrid, Edit. Victoriano Suárez, 1943, 302 págs., 10 ptas.

7909. Pereda, José María. — *Bocetos al temple y Tipos trashumantes*. — Madrid, M. Aguilar, 1943, 283 págs. (Obras completas, IV.)

7910. Pereda, José María. — *Esbozos y rasguños*. — Madrid, M. Aguilar, 1943, 251 págs.

7911. Pereda, José María de. — *Escritos de juventud*. — Madrid, M. Aguilar, 1942, 309 págs., 14 ptas. (Obras completas.)

7912. Pereda, José María de. — *Pedro Sánchez*. — Madrid, M. Aguilar, 1943, 228 págs. (Obras completas.)

7913. Pérez Galdós, Benito. — *Amadeo I*. — Madrid, Edit. Hernando, 1943, 305 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7914. Pérez Galdós, Benito. — *Los apostólicos*. — Madrid, Edit. Hernando, 1944, 318 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7915. Pérez Galdós, Benito. — *Bodas reales*. — Madrid, Edit. Hernando, 1943, 300 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7916. Pérez Galdós, Benito. — *Cádiz*. — Madrid, Edit. Hernando, 1944, 337 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7917. Pérez Galdós, Benito. — *De Cartago a Sagunto*. — Madrid, Edit. Hernando, 1944, 295 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7918. Pérez Galdós, Benito. — *La corte de Carlos IV*. — Madrid, Edit. Hernando, 1944, 296 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7919. Pérez Galdós, Benito. — *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. — Madrid, Edit. Hernando, 1943, 284 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7920. Pérez Galdós, Benito. — *Un faccioso más y algunos frailes menos*. — Madrid, Edit. Hernando, 1944, 322 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7921. Pérez Galdós, Benito. — *La de los tristes destinos*. — Madrid, Edit. Hernando, 1943, 381 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7922. Pérez Galdós, Benito. — *Napoleón en Chamartín*. — Madrid, Edit. Hernando, 1943, 321 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7923. Pérez Galdós, Benito. — *Realidad*. Novela en cinco jornadas. — Buenos Aires, Edit. Losada, 1944, 260 págs., $ 2.50 arg. (Biblioteca Contemporánea.)

7924. Pérez Galdós, Benito. — *El terror de 1824*. — Madrid, Edit. Hernando, 1944, 289 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7925. Pérez Galdós, Benito. — *Trafalgar*. — Madrid, Edit. Hernando, 1943, XIX-267 págs. (Episodios Nacionales.)

7926. Pérez Galdós, Benito. — *La vuelta al mundo en la «Numancia»*. — Madrid, Edit. Hernando, 1944, 300 págs., 8 ptas. (Episodios Nacionales.)

7927. Pérez Galdós, Benito. — *Zumalacárregui*. — Buenos Aires, Edit. Tor, 1943, 190 págs.

7928. Pérez Galdós, Benito. — *Cartas de Benito Pérez Galdós a Ramón Mesonero Romanos*, publicadas con nota preliminar por Eulogio Varela Hervías. — Madrid, Edit. Ayuntamiento de Madrid, Sección de Cultura e Información, s. a., 59 págs., & 6 hojas de facs., 15 ptas.

7929. *Centenario de Galdós*. — RHM, 1943, IX, 289-294.

7930. Pardo Bazán, Emilia. — *Dulce dueño*. — [Madrid, Imp. Diana, 1944], 38 págs., 2 ptas. (Novelas y cuentos.)

7931. Pardo Bazán, Emilia. — *Los pazos de Ulloa*. — Buenos Aires, Edit. Emecé, 1943, 221 págs.

7932. Pardo Bazán, Emilia. — *La sirena negra*. — [Madrid, Edit. M. Aguilar, 1943], 382 págs., 15 ptas. (Colección Crisol.)

7933. González López, Emilio. — *Emilia Pardo Bazán, novelista de Galicia*. — New York, Hispanic Institute in the United States, 1944, 178 págs.

7934. Palacio Valdés, Armando. — *Santa Rogelia (De la leyenda de oro)*. 3ª ed. — Madrid, Edit. Librería de Victoriano Suárez, 1943, 270 págs., 10 ptas. (Obras completas.)

7935. Coloma, Luis. — *Juan Miseria*. — México, Ed. Orbis, 1944, 220 págs.

7936. *Francisco Rodríguez Marín*. — RFE, 1943, XXVII, 527-535. [Necrología y bibliogr.]

7937. Blasco Ibáñez, Vicente. — *Arroz y tartana*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943, 240 págs., $ 2.25 arg.

7938. Blasco Ibáñez, Vicente. — *El caballero de la Virgen (Alonso de Ojeda)*. Novela. — México, Ed. Prometeo, 1944, 316 págs.

7939. Blasco Ibáñez, Vicente. — *Cuentos valencianos*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943, 162 págs., $ 1.50 arg. (Colección Austral.)

7940. Blasco Ibáñez, Vicente. — *Sangre y arena*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943, 248 págs., $ 2.25 arg. (Colección Austral.)

7941. Fernández Almagro, M. — *Bradomín y su ronda de amor*. — Escorial, 1942, VII, 47-65. [Sobre las *Sonatas* de Valle-Inclán.]

7942. Azorín. — *Obras selectas*. — Madrid, Biblioteca Nueva, 1943, 1519 págs., 150 ptas.

7943. Sánchez Trincado, José Luis. — *Algunos aspectos de la obra literaria de Azorín*. — BAV, 1944, XI, 143-167.

7944. Espina, Concha. — *Obras completas*. — Madrid, Ediciones Fax, [1944], XIII-1894 págs., 150 ptas. [Pról. de Víctor de la Serna.]

7945. León, Ricardo. — *Obras completas*. — Madrid, Biblioteca Nueva, 1944, 2 vols., 300 ptas.

7946. Gómez de la Serna, Ramón. — *La quinta de Palmyra*. — Buenos Aires, Editorial Losada, 1944, 212 págs., $ 2.00 arg. (Biblioteca Contemporánea.)

7947. Jarnés, Benjamín. — *Venus Dinámica*. — México, Edit. Proa, 1943, 272 págs., ilustr., $ 10.00 mex. (Colección Heroínas del Amor.)

Portugués

7948. Diniz, Júlio. — *Os fidalgos da casa mourisca*. — S. Paulo, Ed. Brasileira, 1939, 296 págs., 5$000.

7949. Diniz, Júlio. — *As pupilas do Senhor Reitor*. Ed. revista por Augusto C. Pires de Lima. — Pôrto, Domingos Barreira, 1943, 384 págs. (Colecçao Portugal.)

7950. Queiroz, J. M. Eça de. — *La ciudad y las sierras*. — Buenos Aires, Edit. Molino, 1944, 192 págs., $ 1.20 arg. (Colección Los Maestros de la Novela.)

7951. Queiroz, José Maria Eça de. — *A ilustre casa de Ramires*. 11ª ed. — Pôrto, Lello, 1941, 333 págs.

7952. Queiroz, José Maria Eça de. — *O mandarim*. 13ª ed. — Pôrto, Lello, 1941, XII-156 págs.

7953. Queiroz, José Maria Eça de. — *A reliquia*. 15ª ed. — Pôrto, Lello, 1941, 338 págs.

7954. Ferreira, Vergilio. — *Sôbre o*

humorismo de Eça de Queiroz. — Coimbra, Suplemento de « Biblos », 1943, 83 págs.

7955. Montemor, Nuno de. — *La mayor gloria.* Novela. Trad. por José Andrés Vázquez. — [Cádiz], Ediciones Hispano-Portuguesas, 1943, 260 págs. (Colección Hogar.)

HISTORIA

Español

7956. Alfonso X. — *Primera crónica general de España.* Sel., estudio y notas por José Filgueira Valverde. — Zaragoza, 1943, Edit. Ebro, 127 págs., ilustr., 3,50 ptas. (Biblioteca Clásica Ebro. Clásicos Españoles. Serie Prosa.)

7957. Hauptmann, O. H. — *The « General Estoria » of Alfonso el Sabio and Escorial Biblical manuscript I. J. 8.* — HR, 1945, XIII, 45-59.

Portugués

7958. Basto, Arthur de Magalhães. *Fernão Lopes : suas Crónicas perdidas e a Crónica geral do reino, a propósito duma crónica quatrocentista inédita dos cinco primeiros reis de Portugal.* — Pôrto, Progredior, 1943, VIII-131 págs.

7959. Soares, Torquato de Sousa. — Sobre : A. de Magalhães Basto, *Fernão Lopes : suas « crónicas perdidas » e a crónica geral do reino. A propósito de uma crónica quatrocentista inédita dos cinco primeiros reis de Portugal.* — Biblos, 1943, XIX, 564-568.

LITERATURA RELIGIOSA

7960. Wasmer, M. de. — *Huit mystiques espagnols.* Textes choisis et traduits de Raimund Lulle, S. Ignace de Loyola, S. Pierre d'Alcantara, Louis de Grenade, Ste. Thérèse, Luis de de León, S. Jean de la Croix, Marie de Jésus d'Agreda. (Témoignages chrétiens.) — Paris, Correa, 1940, 253 págs.

7961. Peers, E. Allison. — *Mysticism in the religious verse of the Golden Age.* — BSS, 1944, XXI, 133-145. [I. Baltasar del Alcázar, 1530-1606 ; II. Josef de Valdivielso, c. 1560-1638; III. Pedro Espinosa, 1578-1650.]

7962. Peers, E. Allison. — *Mysticism in the religious verse of the Golden Age: IV. Lope de Vega Carpio.* 1562-1635. — BSS, 1944, XXI, 217-223 ; 1945, XXII, 38-43. — Véase núm. 7961.

7963. Teresa de Jesús, Santa. — *Obras.* 4ª ed. — Madrid, Edit. Apostolado de la Prensa, 1941, 1349 págs.

7964. González-Blanco, Pedro. — *Teresa de Jesús.* (Rasgos biográficos.) México, Ediciones Nuevas, 1944, 160 págs., $ 2.50 mex. (Vidas Españolas e Hispanoamericanas.)

7965. Bilbao Aristegui, Pablo. — *El sentido ascético del pensamiento « la vida es sueño » en Santa Teresa de Jesús.* — Madrid, Imprenta de S. Aguirre, 1945, 43 págs.

7966. Risolía, Adolfina R. — *Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.* — CritBA, 1944, XVII, 348-359.

7967. Cruz, San Juan de la. — *Poesías.* Ed. de gran lujo, ilustrada con 11 aguafuertes originales de Ramón de Capmany. — Barcelona [Montaner y Simón, 1943], 133 págs., 485 ptas.

7968. Jesus Marie, Bruno de. — *San Juan de la Cruz.* Trad. del francés. — Madrid, Ediciones Fax, 1943, 463 págs. — Véase núm. 5235.

7969. Jesús, Crisógono de. — *Relaciones de la mística con la filosofía y la estética en la doctrina de San Juan de la Cruz.* — Escorial, 1942, IX, 353-365.

7970. León, Luis de. — *Poesías completas.* Recop., nota preliminar y notas del P. Félix García. — [Madrid, M. Aguilar, 1943], 635 págs., 15 ptas. (Colección Crisol.)

TRATADOS, ENSAYOS Y DISCURSOS

Autores antiguos

Español

7971. Steiger, A. — *Alfonso el sabio : Libros de acedrex, dados e tablas.* (El tratado de ajedrez ordenado por mandado del Rey don Alfonso el Sabio.) Das Schachzabelbuch König Alfons des Weisen. Nach der Handschrift J. T. 6 Foldes Escorial mit Glossar u. gramm. Abriss. hsg. u. übersetzt. — Zürich, E. Droz, 1941, 448 págs. (Románica Helvética, vol. 10.)

7972. Ríos Sarmiento, Juan. — *La vida y los libros de Alfonso el Sabio.* Barcelona, Juventud [1943], 187 págs. (Colección Vidas y Memorias.)

7973. [Vives, Juan Luis]. — *El pensamiento vivo de Juan Luis Vives presentado por Joaquín Xirau.* Buenos Aires, Edit. Losada, 1944, 245 págs., $ 3.00 arg. (Biblioteca del Pensamiento Vivo.)

7974. Matêu y Llopis, F. — *Bibliografía vivista. Nueva aportación.* — ACCV, 1942, III, 70-74.

7975. Graf, Paul. — *Luis Vives como apologeta. Contribución a la historia de la apologética.* Trad. por José María Millás Vallicrosa. — Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato Raimundo Lulio, Instituto Francisco Suárez 1943, 158 págs., 16 ptas.

7976. Sánchez y Escribano, F. — *Los « Adagia » de Erasmo en « La philosophia vulgar » de Juan de Mal Lara.* — New York, Hispanic Institute in the United States, 1944, VII-81 págs.

7977. Quevedo [y Villegas], [Francisco de]. — *Pensamientos de Quevedo.* Sel. y notas de Antonio C. Gavaldá. — Barcelona, Ediciones Símbolo, [1944], 87 págs., 6 ptas. (Colección Literatos y Pensadores.)

7978. Romera-Navarro, M. — *Puntuación y signos auxiliares en el autógrafo de « El Héroe ».* — HR, 1944, XII, 288-305. [Baltasar Gracián.]

7979. Romera-Navarro, M. — *Letras características de la escritura graciana.* — HR, 1944, XII, 235-239.

7980. Romera-Navarro, M. — *Ortografía graciana.* — HR, 1945, XIII, 125-144.

Portugués

7981. Arrais, Amador. — *Dialogos.* Sel., pref. e notas de Fidelino de Figueiredo. — Lisboa, Sá da Costa, 1944, 269 págs.

Autores modernos

Español

7982. Feijóo. — IV. *Cartas eruditas.* — Sel., pról. y notas de Agustín Millares Carlo. — Madrid, Espasa-Calpe, 1944, XIV-236 pág., 7,50 ptas. (Clásicos Castellanos.)

7983. Cadalso [Vázquez], J[osé]. — *Cartas marruecas. Los eruditos a la violeta o curso completo de todas las ciencias.* — Nota preliminar de F[ederico] S[áiz] R[obles]. — [Madrid, M. Aguilar, 1944], 589 págs., 15 ptas. (Colección Crisol.)

7984. Gatti, José Francisco. — *Anotaciones a « La derrota de los pedan-*

tes». — RFH, 1944, VI, 77-82.

7985. Balmes, Jaime. — *Filosofía elemental. Lógica. Metafísica. Ética.* 2ª ed. — Madrid, Ediciones Ibéricas, 1942, 493 págs., 5 ptas. (Biblioteca de Bolsillo.)

7986. Unamuno, Miguel de. — *La dignidad humana [y otros ensayos].* — [Buenos Aires], Espasa-Calpe, [1944], 167 págs. (Colección Austral.)

7987. Unamuno, Miguel de. — *Paisajes del alma.* — Madrid, Revista de Occidente, 1944, 205 págs., 15 ptas.

7988. Azorín. — *Palabras al viento.* — Zaragoza, Librería General [1944], 171 págs., 12 ptas. (Colección Variorum.)

7989. Ortega y Gasset, José. — *Esquema de las crisis y otros ensayos.* — Madrid, Revista de Occidente, 1942, 155 págs., 12 ptas.

7990. Sánchez Villaseñor, José. — *José Ortega y Gasset. Pensamiento y trayectoria.* — México, Jus, 1943, 356 págs.

7991. Bergamín, José. — *Contra tiempo y mareo.* — HP, 1944, V, 102-106.

7992. Torre, Guillermo de. — *La aventura y el orden.* — Buenos Aires, Losada, 1943, 326 págs., $ 5.00 arg.

Portugués

7993. Ortigão, José Duarte Ramalho & Eça de Queiroz. — *As farpas.* Sel. e pref. de Gilberto Freyre. — Rio de Janeiro, Dois mundos, [1943], 2 vols., ilustr.

MEMORIAS, EPISTOLARIOS Y VIAJES

7994. Alarcón, Pedro Antonio de. — *Viajes por España.* 6ª ed. — Madrid, Librería General de Victoriano Suaréz, 1943, 333 págs., 10 ptas.

7995. Blasco Ibáñez, Vicente. — *En el país del arte. (Tres meses en Italia.)* — México, Prometeo, 1943, 250 págs., $ 5.00 mex.

FOLKLORE

España

7996. Gallardo de Álvarez, Isabel. — *De folklore. Danzas rituales.* — RCEE, 1942, XVI, 309-320.

7997. *Canciones populares de la Edad de Oro.* Sel. y pról. de Santiago Magariños. — [Barcelona], Ediciones Lauro, 1944, 476 págs., 30 ptas. (Ave Phoenix.)

7998. *Refranero médico.* Refranes... seleccionados... y en parte directamente recogidos y anotados por Antonio Castillo de Lucas. Pról. de Laureano Olivares. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato Menéndez Pelayo, Instituto Antonio de Nebrija, 1944, XV-307 págs., 25 ptas. (Sección de Tradiciones populares.)

7999. *Cancionero musical de Galicia.* Colección de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra, reunida por don Casto Sampedro y Folgar. Reconstitución, introducción y notas bibliográficas por José Filgueira Valverde. Impreso a costa de las Excmas. Diputaciones de las cuatro Provincias del Antiguo Reino de Galicia. — Madrid, C. Bermejo, 1942, 2 vols.

8000. Arco y Garay, Ricardo del. — *Notas de folklore altoaragonés.* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Antonio de Nebrija, 1943, 541 págs. (Biblioteca de Tradiciones Populares.)

8001. Almerich [Sellarés], Luis. — *Tradiciones, fiestas y costumbres populares de Barcelona.* — Barcelona, Librería Millá, 1944, 93 págs., ilustr. 10 ptas. (Monografías Históricas de Barcelona.)

8002. Rael, Juan B. — *Cuentos españoles de Colorado y de Nuevo Méjico* (Segunda serie). — JAF, 1942, LV, 1-93. — Véase núm. 4678.

Portugal

8003. Thomás, Pedro Fernandes. — *Canções portuguesas: do século 18 á actualidade.* — Coimbra, Imprensa da Universidade, 1934, 169 págs.

8004. Menezes, Osvaldo Bastos de — *A genética no folclore.* — RAMSP, 1944, anno IX, vol. XCV, 101-111.

NOTICIAS

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

1884-1946

El doctor Pedro Henríquez Ureña falleció el día 11 de mayo de 1946.

Nacido en Santo Domingo el 29 de junio de 1884, Henríquez Ureña realizó estudios de abogacía en México. En los Estados Unidos, en la Universidad de Minnesota, recibió el grado de *Master of Arts*, y poco después el de Doctor en Filosofía y Letras. Desde temprano, la variedad de sus conocimientos y la eficacia orientadora de su palabra le permitieron asumir un espontáneo magisterio renovador entre los jóvenes de las generaciones mejicanas de principios de siglo. Viajó por Europa y frecuentó las actividades intelectuales de Francia e Inglaterra. En España cumplió una etapa de intensos afanes científicos y realizó investigaciones filológicas y literarias en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Además de Europa y los Estados Unidos, conoció la mayor parte de los países americanos de habla española. En casi todos los sitios estudió con ahinco y enseñó con dedicación escrupulosa. A lo largo de su carrera docente actuó en varias universidades: en la de Santo Domingo, en la de México y en la de Minnesota. Fué profesor en los cursos de verano de las universidades de California, Chicago y Chile, y profesor de la cátedra « Charles Eliot Norton », de la Universidad de Harvard. Entre nosotros actuó en calidad de profesor adjunto de literatura iberoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y como profesor de literatura argentina y americana en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario; fué profesor suplente de literatura de la Europa septentrional en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, y profesor de castellano en el Colegio Nacional de esa misma ciudad.

A tono con la amplitud de sus conocimientos, de su experiencia didáctica y de sus viajes, Henríquez Ureña poseía una información muy segura en materia de letras latinas y anglosajonas. España, sus hombres y sus « cosas » le atrajeron aún más fuertemente. Todos los momentos de la cultura de la Península, desde la Edad Media hasta la época contemporánea, fueron el constante motivo de su diligencia infatigable.

Las características de lo español en las tierras de este lado del océano dieron origen al núcleo más importante de sus investigaciones. Los problemas de la cultura de América — de toda América — le apasionaron de continuo. Larga y significativa es la lista de los maestros americanos estudiados en sus comentarios. Particularmente próximos a su rigurosa y simpática comprensión crítica estuvieron los escritores españoles nacidos en el nuevo mundo, « los clásicos de América », según solía designarlos él mismo. En algunos de esos escritores — en Sor Juana Inés de la Cruz y sobre todo en Juan Ruiz de Alarcón — supo Henríquez Ureña sorprender un peculiar y anticipado matiz mejicano, es decir, una de las primeras notas de la « originalidad » de la América española. Y precisamente la obra de su madurez ha sido una historia de la cultura de América.

En el maestro desaparecido, el crítico actuaba siempre respaldado por el filólogo y el lingüista. Por lo que hace a la ciencia del lenguaje, sus contribuciones son de mucha importancia, y algunas han aportado soluciones definitivas. Cabe recordar sus estudios sobre el español en el nuevo continente, sus sobrias pero decisivas rectificaciones al supuesto andalucismo de América, sus noticias sobre la lengua de Santo Domingo, la de México, el habla de las regiones del Pacífico y el español de la zona del Caribe. En estos últimos tiempos ningún investigador disponía de un conocimiento tan cernido y directo del español americano. Ese conocimiento de nuestro romance en las alternativas de su traslado y en los cambios de su desarrollo en estas regiones se manifiesta en meticulosos trabajos de conjunto, como sus notabilísimas *Observaciones sobre el español de América* (*RFE*, VIII, 357-390; XVII, 277-284; XVIII, 120-149), posiblemente el estudio más sagaz y abarcador que se haya escrito después de las páginas que Rufino José Cuervo dedicó al mismo asunto. Iguales excelencias se advierten en varios artículos de tema restringido, como sus ejemplares monografías sobre palabras aisladas (*papa*, *batata*, etc.), en las que, sin digresión y con entera pertinencia, las indicaciones lexicográficas más estrictas iluminan insospechadas y amplias perspectivas histórico-culturales.

La métrica española debe a Henríquez Ureña aportaciones igualmente valiosas. En el ambiente americano, después de Andrés Bello nadie ha ahondado los problemas de la versificación con más abundancia de datos y fino rigor de método. Sus estudios sobre el verso español y en especial sobre el endecasílabo aclaran muchos problemas prosódicos y constituyen verdaderos modelos de sobriedad expositiva. Lo mismo puede decirse de sus investigaciones « en busca del verso puro » y de sus noticias acerca de la versificación fluctuante en la poesía de la Edad Media. En estas delicadas disciplinas, la contribución más importante es la que señala su libro *La versificación irregular en la poesía castellana* (1ª ed., Madrid, 1920; 2ª ed., Madrid, 1933), en el que por primera vez se ofrece organizada una materia vastísima, pues comprende el estudio de ese tema desde las formas medievales hasta la lírica de las zarzuelas y del género chico, sin excluir las innovaciones del modernismo.

Henríquez Ureña llevó a buen término interesantes trabajos de bibliografía. Sus *Tablas cronológicas de la literatura española* (1ª ed., México, 1913; 2ª ed., Boston y Nueva York, 1920) constituyen todavía hoy un repertorio de provechosa consulta. A igual título merecen señalarse sus noticias sobre las letras en la América Española, sus apuntaciones sobre las obras de Sor Juana Inés de la Cruz y sus referencias a la actividad literaria de Santo Domingo. Fuera de las tareas estrictas de la investigación científica, a Henríquez Ureña le atrajeron los problemas pedagógicos y en especial los de la enseñanza de la gramática y la literatura. Con claridad aleccionadora expuso sus puntos de vista, y su actuación

personal dió sentido efectivo a los supuestos teóricos; la cátedra secundaria y la redacción de algunos programas de estas asignaturas le ayudaron en ese propósito, al que sirvió con sus ediciones de autores clásicos, sus libros de lectura, sus manuales de gramática y sus antologías poéticas.

Parte importante de la labor aquí someramente reseñada la cumplió Henríquez Ureña en nuestra misma República, en el transcurso de más de veinte años. Entre nosotros, la actividad de este trabajador del espíritu se prodigó en diversos centros de estudios, pero su taller predilecto fué el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, donde su recuerdo y la fuerza emuladora de su ejemplo le han conferido otro modo de presencia. Si bien su sensibilidad alcanzó a manifestarse a veces en obras de imaginación pura (una tragedia de corte griego y varios relatos breves), Henríquez Ureña fué fundamentalmente un crítico y un filólogo, un historiador de la cultura. Fué también un humanista que atinó a mostrarse comprensivo frente a las solicitaciones de su tiempo. En una época de ásperas urgencias materiales, a los «profesores de energía», de auge tan peligroso en los comienzos de este siglo, quiso oponer la acción rectificadora de algunos profesores de idealismo, y, para predicar con la propia conducta, empezó por ser uno de ellos. Vivió para la investigación, la cátedra y el diálogo. Con recatada generosidad comunicó su saber a los jóvenes y nunca escatimó a los colegas el tesoro de su colaboración prestigiosa. Hombre esencialmente culto, superó la estrechez limitadora de las fronteras, y en todas partes supo servir la buena causa de la actividad espiritual del continente. A Pedro Henríquez Ureña le corresponde ya, con entera justicia, el mismo título de ciudadano de América que en una de sus páginas él aplicó a Eugenio María de Hostos.

A. J. B.

BIBLIOGRAFÍA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA [1]

1900

De poesía. — NP, 1° de diciembre de 1900. [A propósito de la obra de Nicolás Heredia *La sensibilidad en la poesía cubana.*]

1901

Belkiss. — RLit, mayo de 1901. [Fechado en Nueva York, abril de 1901.] [Sobre la obra de Eugenio de Castro. Reproducido en CLit, 14 de julio de 1904.]

1903

Hostos. — LD, 29 de septiembre de 1903. [Artículo escrito con motivo de la muerte de Hostos, fechado en Nueva York, 1903. Reproducido en *Eugenio M. Hostos: Biografía y bibliografía*, Santo Domingo, 1905, 143-145.]

1904

Literatura norteamericana. — LCdA, 22 de mayo de 1904.

Letras cubanas: El romanticismo en España por Enrique Piñeyro, y los Poemas de Aniceto Valdivia. — CLit, 5 de septiembre de 1904. [El artículo sobre el libro de Piñeyro se reprodujo en LCdA, 25 de septiembre de 1904.]

Sobre la antología. — LCdA, 20 de noviembre de 1904. [Reproducido en An, 5 de febrero de 1935.]

Reflorescencia. — LCdA, 18 de diciembre de 1904. [Sobre el poeta dominicano Gastón F. Deligne.]

Rasgos de un humorista. — CLit, 20 de diciembre de 1904. [Sobre Bernard Shaw. Incluído después en el libro *Ensayos críticos.*]

1905

Ensayos críticos. — La Habana, 1905. [Contiene estudios sobre D'Annunzio, Oscar Wilde, Pinero, Bernard Shaw, *El modernismo en la poesía cubana*, José Joaquín Pérez, Rubén Darío, Ariel, Hostos, Lluria, Richard Strauss, *La ópera italiana*, y *La profanación de Parsifal.*]

Ariel: La obra de José Enrique Rodó. — CLit, 12 de enero de 1905. [Incluído en el libro *Ensayos críticos.*]

José Joaquín Pérez. — CLit, 20 de abril de 1905. [Incluído en los libros *Ensayos críticos*, y *Horas de estudio.*]

D'Annunzio, el poeta. — CLit, 21 de julio de 1905. [Incluído en el libro *Ensayos críticos.*]

Martí, escritor. — LaD, 25 de octubre de 1905. [Reproducido en el *Archivo de José Martí*, mayo-diciembre de 1943, núm. 7.]

1907

Cuba. — RCrit, México, 1907, y MM, 1907. [Ensayo sobre el espíritu cubano. Reproducido en LCdA, junio de 1907.]

Jesús E. Valenzuela. — RM, 1907, y MM, 1907. [Reproducido en LCdA, junio de 1907.]

Julio Flórez en México. — LCdA, 15 de septiembre de 1907.

Fernando A. de Meriño. — Cron, 1907.

Hostos [o *La concepción sociológica de Hostos*]. — Artículo de *Ensayos críticos* reproducido en el libro de Enrique Deschamps, *La República Dominicana*, Barcelona, 1907; en PRI, marzo de 1924; en Cl, abril de 1939; y en el volumen *América y Hostos*, Habana, 1939, págs. 149-155.

«*Poesías*» *de Unamuno.* — RM, México, 1907. [Reproducido en LCdA, 2 de febrero de 1908.]

1908

Días alciónicos. — LCdA, 21 de junio de 1908. [Reproducido en *Horas de estudio.*]

Marginalia. El exotismo. — RM, 1908. [Reproducido en LCdA, 25 de octubre de 1908, y en *Horas de estudio.*]

Gastón F. Deligne. — RM, octubre de 1908. [Incluído en el libro *Horas de estudio.* Revisado por el autor días antes de morir, el presente estudio figura como introducción a *Galaripsos*, de Gastón F. Deligne, Ciudad Trujillo, 1946, *Biblioteca Dominicana*, vol. III.]

Walter Pater, *Estudios griegos.* — México, edición de la *Revista Moderna*, 1908. [Traducción de P. H. U.]

1909

El verso endecasílabo. — RM, 1909, XII, 27-40. [Incluído en *Horas de estudio*, págs. 138-147. Ensayo muy ampliado y desarrollado después: *El endecasílabo castellano*, RFE, 1919, y con nuevos añadidos en BAAL, 1944.]

La moda griega. — LCdA, enero de 1909. [Incluído en *Horas de estudio.*]

Las cien mejores poesías. — LCdA, marzo de 1909.

Desde México. — LCdA, junio de 1909. [Carta a Federico García Godoy, incluída en *Horas de estudio*, con el título: *Literatura histórica.*]

La leyenda de Rudel. — RM (?), 1909, fechado en México, 1906. [Incluído después en *Horas de estudio.*]

La muerte de Clyde Fitch. — RM (?),

[1] Sólo se incluyen los trabajos de filología y de crítica literaria. La presente bibliografía, que habrá que completar y mejorar, no hubiera podido reunirse sin la ayuda del doctor Max Henríquez Ureña, cuyas valiosas indicaciones agradecemos ahora.

1909. [Incluído en *Horas de estudio*, con el título *Clyde Fitch*.]

1910

Horas de estudio. — París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas. Librería Paul Ollendorff [1910], 303 págs.

Antología del Centenario. — Obra compilada bajo la dirección del señor licenciado don JUSTO SIERRA... por los señores don LUIS G. URBINA, don PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA y don NICOLÁS RANGEL. Primera parte (1800-1821). — Volumen primero. México, 1910, págs. CCLVI + 416 págs. Volumen segundo, págs. 418-1092. [Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia.]

Sobre Deligne. — At, marzo de 1910. [Carta a J. Humberto Ducoudray, fechada en México, 25 de noviembre de 1909.]

Profesores de idealismo. — At, agosto de 1910, núm. 7. [Sobre Francisco García Calderón.]

Notas a algunos capítulos del libro de Francisco García Calderón, *Les démocraties latines de l'Amérique latine*. — RM ¿1910?

Cultura antigua de Santo Domingo, La Española. — At, núm. 10-12, 14, 17; 21 de noviembre de 1910-septiembre de 1911. [Extractos de toda la información relativa a Santo Domingo de la *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional...*, 1816-1821 de Beristáin y Souza, precedidos de una nota explicativa.]

La obra de José Enrique Rodó, en el volumen de *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. — México, 1910, págs. 63-83. [Reproducido en At, febrero de 1911, núm. 5-14 y en Nos, enero de 1913, año VII, t. IX, 225-238.]

1911

Desde México. — At, marzo de 1911, núm. 15. [Carta a Gustavo J. Henríquez sobre su libro de poesías *Trinos*.]

Oyendo a Varona.— Fig, mayo de 1911.

1912

La decadencia de la literatura descriptiva. — LCdA, enero de 1912, núm. 38.

Carta abierta. A Federico García Godoy, sobre su libro *Alma Dominicana*. México, 15 de marzo de 1912. — At, abril de 1912, núm. 28. [Reproducida en LCdA, mayo de 1912, núm. 5.]

Sobre la literatura descriptiva. LCdA, julio de 1912, núm. 15 [Carta a Charles Lesca, México, 30 de abril de 1912. Sobre el artículo de Lesca *La decadencia de la literatura descriptiva*. Reproducido en RdA.]

1913

Tablas cronológicas de la literatura española. — México, 1913. Segunda Edición, Boston y Nueva York, 1920, modificada y ampliada.

La enseñanza de la literatura. — México, edición de la Universidad Popular Mexicana, 1913. [Reproducida en N entre 1913 y 1914.]

Las audacias de don Hermógenes. — CuC, 1913, III, 35-42.

Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de la Independencia. — AMNAHE, 1913, V, 51-63. [Hay tirada aparte.]

Romances en América. — CuC, diciembre de 1913, III, 347-366. [Romances recogidos en su visita a Santo Domingo, 1911. Trabajo escrito en México, 1913.]

Jane Austen. — Fig. ¿1913? [Reproducido en LCdA, junio de 1919, núm. 7-8. Publicado después en *Notas sobre literatura inglesa*, 1928.]

1914

Rioja y el sentimiento de las flores. — RdA, 1914. [Reproducido en Esp, 1920. Incluído en el volumen *En la orilla: Mi España*, págs. 107-114 y en *Plenitud de España*, págs. 17-21.]

Estudios sobre el Renacimiento en España. El maestro Hernán Pérez de Oliva. — CuC, año II, 1914, t. VI, 19-55. [Hay tirada aparte. Incluído en el volumen *En la orilla: Mi España*, págs. 125-167, y con algunos retoques en *Plenitud de España*, págs. 51-84.]

Don Juan Ruiz de Alarcón. — México, Ed. «Nosotros», 1914. [Conferencia pronunciada en la Librería General de México el 6 de diciembre de 1913. Reproducida en RFLC, 1915, XX, 145-163: hay tirada aparte, Habana, «El Siglo XX», 1915. Reimpresa sin notas y con retoques en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, págs. 79-99, y en LyP, X, núm. 2. Hay traducción francesa, *Bibliothèque Americaine*, de la Universidad de París, 1924].

En pro de la edición definitiva de Sor Juana Inés de la Cruz. — M, núm. 2, 1914.

La métrica de los poetas mexicanos de la Independencia. — BSMGE, 1914, VII, págs. 19-28.

La Inglaterra de Menéndez y Pelayo. — (fechada en México, 1912) LCdA, febrero de 1914, núm. 30-32.

En defensa de la lírica española. — Fig, La Habana, abril de 1914. [Carta a Varona a propósito de un discurso suyo sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda.]

Ante la tumba de Casal. — Fig, 25 de octubre de 1914.

1915

Acerca de la poesía de Enrique González Martínez. — CuC, 1915, VIII, págs. 164-171. [Fechado en Washington, 1915.] [Incluído en *Seis ensayos* 101-111.]

Sutileza. — RdR, 1° de agosto de 1915. [Sobre la poesía de Gutiérrez Nájera.]

José Enrique Rodó: Escritos. Con un estudio de PHU, México, «Cultura», I, núm. 2, ¿1915?

Lacrimae rerum. Dedicado a Pablo Martínez del Río. — México, 1915. LN, 1915. [Reproducido en LCdA, enero de 1920, núm. 31-32.]

Hojas. — LN, 1915. [Fechado en México, noviembre de 1913.]

España y los Estados Unidos. — LCdA, mayo de 1915, núm. 17.

Anatole France's valedictory. — For, octubre de 1915. [Este artículo, escrito en inglés, se publicó en español, traducido por el autor, con el título *La despedida de Anatole France*, en ECL, 1915, y en otros periódicos.]

1916

De la nueva interpretación del «Quijote». — San José de Costa Rica, 1916. Colección Ariel, núm. 79.

El primer libro de escritor americano. — RRQ, 1916, VII, págs. 284-287. [Hay tirada aparte. Reproducido en BBNM 1916, en RdF, 1918, II, 317, y en LCdA, diciembre de 1919. Traducido al inglés en IA, 1916.]

Rubén Darío. — LN, 17 de febrero de 1916. [*Prólogo* de *Eleven poems of Rubén Darío*.]

Eleven poems of Rubén Darío. Traducidos por Thomas Walsh y Salomón de la Selva. Prólogo de Pedro Henríquez Ureña. — New York, 1916. *Hispanic Society of America*.

MARIANO BRULL, *La casa del silencio*, Introducción de P. H. U. — Madrid, 1916.

1917

Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz. — RHi, 1917, XL, núm. 97,

págs. 161-214. [Reproducida con notas de Emilio Abreu Gómez en LyP, febrero-agosto de 1934, XII, núms. 2-8, 72-78, 137-143, 175-179, 229-235, 290-298, 336-344, 386-393 y 436-441; y corregida y añadida en BICLA, 1937.]

Literatura dominicana. — RHi, 1917, XL, 273 y sigs. [Hay tirada aparte. Reproducido en BUP, abril de 1918.]

Un problema literario. — CuC, 1917, XV, 38-46. [Carta de José Enrique Varona a P. H. U. y contestación de éste sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Reproducidas en LPdA, 15 de diciembre de 1917.]

Notas sobre Pedro Espinosa. — RFE, 1917, IV, págs. 289-292.

Campoamor. — RHi, 1917, XLI, 683-688. [Breve conferencia en inglés leída en la Universidad de Minnesota.]

1918

Antología de la versificación rítmica. — San José de Costa Rica, «El Convivio», 1918. [Reimpresa en México, «Cultura», t. X, núm. 2, con ampliaciones y retoques, 1919. *Introducción* de P. H. U., págs. 7-11.]

Nuevas poesías atribuídas a Terrazas. — RFE, 1918, V, 49-56.

Las «nuevas estrellas» de Heredia. — RRQ, 1918, IX, 112-114. [Hay tirada aparte.]

A Mexican writer [Alfonso Reyes]. — TMD, 1° de marzo de 1918. [Artículo escrito en inglés.]

1919

La lengua de Santo Domingo. — R y L 1919, III. [Rectificaciones a Meyer-Lübke. Reproducido en Rep-Am, 1920.]

El apogeo de la versificación irregular (1600-1675). — Nos, diciembre de 1919, año XIII, XXXIII, 445-451. [Fragmento del cap. IV del libro *La versificación irregular en la poesía castellana.*]

El endecasílabo castellano. — RFE, 1919, VI, 132-157. [Hay tirada aparte. Nueva versión con importantes añadidos, en BAAL, 1944, XIII, núm. págs. 49, 725-824.]

Espinosa y Espronceda. — RFE, 1919, VI, 309.

La obra de Juan Ramón Jiménez. — CuC, 1919, XIX, 251-263. [Reproducido en Rep-Am, 1920, I, 236-238. Incluído en el volumen *En la orilla: Mi España*, págs. 71-83. Fechado en Minneapolis, 1918, se publicó como Prólogo a las *Poesías* de J. R. Jiménez, México, «Cultura», 1923.]

1920

La versificación irregular en la poesía castellana. — Madrid: Publicaciones de la *Revista de Filología Española*, 1920, 338 págs. Segunda edición corregida y adicionada, Madrid, 1933, 369 págs. [P. H. U. tenía ya preparada una tercera edición con numerosas adiciones.]

Reseñas de la primera edición TLS, 18 de agosto de 1921; William Paton Ker, MLJ, 1923, XVIII, 226-229; George Tyler Northrup, MPh, 1922, XIX, 434-435; K. Snijders de Vogel, Neo, 1922, VII, 299-300; Jules Ronjat, RLR, 1923, LXII, 447-448; Gonzalo Zaldumbide, Hisp, 1920.

Lecturas: Teatro, siglos XIX y XX. — Madrid, Junta para Ampliación de Estudios, 1920.

La versificación irregular en la poesía castellana. — CuC, 1920, XXII, núm. 88, págs. 372-386. [Introducción del libro del mismo título.]

Rubén Darío y el siglo XV. — RHi, 1920, L, 324-327.

José Moreno Villa, *Florilegio*, prosa y verso. Selección y prólogo de P. H. U. — San José de Costa Rica, 1920 [Incluído el prólogo en el volumen *En la orilla: Mi España*, págs. 55-60, y en RepAm, 1° de junio de 1920.]

Adolfo Salazar, *Andrómeda. Prólogo* de P. H. U. — México, «Cultura», 1920, XIII, núm. 4 [Incluído el prólogo en el volumen *En la orilla: Mi España*, págs. 37-44.]

Sobre: J. de L. Ferguson, *American literature in Spain.* — RFE, 1920, VII, 62-71.

Sobre: M. Pérez y Curis, *El marqués de Santillana, Íñigo López de Mendoza: el poeta, el prosador y el hombre.* — RFE, 1920, VII, 188-189.

1921

Observaciones sobre el español en América. — RFE, 1921, VIII, 357-390, 1930, XVII, 277-284 y 1931, XVIII, 120-148. [Hay tirada aparte.]

Sobre: M. do Carmo, *Consolidação das leis do verso.* — RFE, 1921, VIII, 84-85.

1922

En la orilla: Mi España. — México, Ediciones México Moderno, 1922, 167 págs.

Notas sobre literatura mexicana. — MM, 1922. [Incluído como *Apostilla* al estudio sobre Enrique González Martínez en *Seis ensayos...*, págs. 111-117.]

Miniaturas mexicanas. — Nos, abril de 1922, año XVI, XL, 455-459.

La cultura y los peligros de la especialidad. — Nos, septiembre de 1922, año XVI, XLII, 47-54.

Discurso en el homenaje a José Vasconcelos. — Nos, octubre de 1922, año XVI, XLII, 245-247.

Juan Ruiz de Alarcón: *Los favores del mundo.* — Edición, prólogo y notas de P. H. U., México, 1922.

Reseña de Daniel Cosío Villegas, RFE, 1923, X, 192-193.

1923

Breves nociones de filología. — Pan, Santo Domingo, 1923. [Se publicaron en varios números: concluyeron en el correspondiente al 30 de agosto.]

En la orilla (Apostillas). — Nos, abril de 1923, XLIII, 471-475 [¿Es el mismo publicado en CuC, 1924?]

Juan Ramón Jiménez, *Poesías.* Selección y prólogo de Pedro Henríquez Ureña. — México, «Cultura», 1923.

1924

En la orilla. — CuC, 1924, XXXV, 290-298.

Poeta y luchador. — Val, enero de 1924, año I, n° 2, págs. 94-96. [Discurso en el homenaje a Héctor Ripa Alberdi en la Escuela Preparatoria de México.]

Héctor Ripa Alberdi. Nota necrológica. — Nos, abril de 1925, año XIX, XLIX, 497-502, y en CuC, 1924, XXXVI, 213-218. [Sirvió de prólogo a las *Obras* de Ripa Alberdi, La Plata, 1925. Incluído en *Seis ensayos*, 137-146.]

Romances tradicionales de México, en colaboración con Bertram D. Wolfe. — HMP, Madrid, 1924-1925, págs. 375-390. [Hay tirada aparte.]

1925

El supuesto andalucismo de América. — Buenos Aires, Cuadernos del Instituto de Filología, 1925, I, n°2. [Añadido y retocado, en *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*, págs. 121-136 y además en CurCon, 1936, X, 815-824.]

La utopía de América. — La Plata, 1925. Ediciones de «Estudiantina». [Comprende dos artículos: *La utopía de América* y *La patria de la justicia.* Los dos artículos se reprodujeron en An, 1933, I, núm. 12, y 1934, III, núm. 9.]

La revolución y la cultura en Méjico. — RdF, 1925, I, 125 y sigs.

Sobre la obra pictórica de Emilio Pettoruti. — Val, enero de 1925, núm. 5, págs. 163-167. [Palabras pronunciadas en la apertura de la exposición de cuadros de E. P. en la Universidad Nacional de La Plata, noviembre de 1924.]

Dos escritores de América. Icaza. García Godoy. — Nos, abril de 1925, año XIX, L, 225-229.

Caminos de nuestra historia literaria. — Val, junio de 1925, núm. 6, 246-253. Fechado en La Plata, mayo de 1925 y septiembre de 1925, núm. 7, 27-32. [Incluído en *Seis ensayos*, págs. 37-51.]

En la orilla [Pensamientos y apreciaciones]. — MF, 5 de agosto de 1925,

García Godoy. — P, 21 de noviembre de 1925. ¿Es el estudio publicado en Nos, 1925?

La antigua sociedad patriarcal de las Antillas. Modalidades arcaicas de la vida en Santo Domingo durante el siglo XIX. — P, 20 y 25 de diciembre de 1925, núms. 71 y 72. [Conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires en el ciclo sobre *Tipos americanos de organización social:* hay extractos en RFCE, 1927, año XV, serie 2ª, t. XXVIII, 127-132, reproducidos en RdE, 1932, núm. 16.]

Sobre: Jorge Luis Borges, *Inquisiciones.* — RFE, 1925, XIII, 79-80.

1926

Hacia el nuevo teatro. — Val, marzo de 1926, núm. 9, págs. 210-221. [Disertación leída en Amigos del Arte, de Buenos Aires.]

En busca del verso puro. — Val, agosto de 1926, t. IV, núm. 10, págs. 3-6; núm. 11, págs. 73-88; y 1927, núm. 12, págs. 174-177. Reproducidos en RepAm, octubre de 1916, núm. 13; reimpreso con retoques y añadidos en CurCon, septiembre de 1934, IV, núm. 3, págs. 225-249, y anteriormente en el *Homenaje a Enrique José Varona en el cincuentenario de su primer curso de filosofía* (1880-1930). La Habana, 1935, 29-48.]

Poesía argentina contemporánea. — Val, 1926, t. III, núm. 9, págs. 270-274. [Sobre la antología de Julio Noé. Incluído en *Seis ensayos*, págs. 147-155.]

La poesía argentina [Aclaración a la reseña de la Antología de Julio Noé]. — Val, agosto de 1926, X, pág. 50.

Góngora, hijo del Renacimiento. — MF, 28 de mayo de 1927, año IV, núm. 31. [Reproducido en P, 10 de septiembre de 1927, núm. 108.]

El descontento y la promesa: En busca de nuestra expresión. — Nac, 29 de agosto de 1926. [Conferencia pronunciada en la Asociación Amigos del Arte, el 28 de agosto de 1926. Incluído en los *Seis ensayos...*, 11-25. Reproducido en RepAm, 1926, núm. 22; en P, noviembre de 1928, núms. 65-68 y en An, abril de 1934, I, núm. 3.]

1927

El libro del idioma. Lectura, gramática, composición, vocabulario. Aprobado para uso del 5º y 6º grados en las escuelas de la Provincia de Buenos Aires. — Buenos Aires, 1927; segunda edición, 1928; tercera edición, 1929. Con una *Guía para el uso del Libro del idioma.* (En colaboración con Narciso Binayán.)

Veinte años de literatura en los Estados Unidos, Nos, 1927, año XXI, LVII, 353-371. [Reproducido en P, 26 de mayo, 2, 16, 23 y 30 de junio y 7 julio de 1928. Incluído en *Seis ensayos*, págs. 159-191.]

Cultura argentina. — P, 12 de febrero de 1927. [Carta de P. H. U. a un amigo dominicano, La Plata, 12 de febrero de 1927.]

Apuntaciones sobre la novela en América. — Hu, 1927, XV, págs. 133-146. [Hay tirada aparte.]

Alfonso Reyes, Nac, 3 de julio de 1927. [Incluído en *Seis ensayos...*, págs. 119-133.]

José María Gabriel y Galán. — HispCal, 1927, X, 109-119. [¿Es el estudio incluído en *Horas de estudio*?]

Sobre: Julio Rey Pastor, *Los matemáticos españoles del siglo XVI.* — *Val*, 1927. [Incluído en *Plenitud de España*, págs. 145-149.]

1928

Notas sobre literatura inglesa. — Hu, 1928, XVIII, 103-121. [I, *Jane Austen*; II *Al margen de la «Historia de las ideas estéticas»*; y III, *Bernard Shaw: a) El libro de P. P. Howe* y *b) Pigmalión contra Galatea.* Reproducidas en L y P, 1929?]

José Joaquín Pérez, *La lira*, *Prólogo* de P.H.U. — Santo Domingo, 1928. [Incluído en *Ensayos...* 1905, y en *Horas de estudio*, págs. 216-228. Fechado en La Habana, 1905.]

1929

Cien de las mejores poesías castellanas. — Buenos Aires, 1929. Segunda edición corregida. Se incluye la *Égloga tercera* de Garcilaso y *En el botado* de Deligne en lugar de *Rosa del monte*, atribuída a Villamediana, y *La cena*, de Alcázar; en lugar del villancico *Véante mis ojos* atribuído a Santa Teresa, se incluye la glosa *Vivo sin vivir en mí* de Santa Teresa.

Reseña de Amado Alonso, RFE, 1932, XIX, 433-434.

Apuntes sobre poetas antillanos. — Arch, julio de 1929, núm. 14, pág. 242. [Reproducido en Lum; octubre de 1929, núm. 2.]

Bibliografía literaria de Santo Domingo. — Rep.Am, 7, 14 y 21 de septiembre de 1929, núms. 9-11.

Luis de Carrillo y Sotomayor, *Fábula de Atis y Galatea. Sonetos.* Edición al cuidado de Pedro Henríquez Ureña y Enrique Moreno. Prólogo de P. H.U., págs. 3-7. — *Cuadernos de Don Segundo Sombra*, La Plata, 1929. [El prólogo se incluyó en *Plenitud de España*.]

1930

El lenguaje. — Hu, XXI, 1930, págs. 107-125. [Hay tirada aparte. Reproducido en BADL, 1946, núm. 21.]

Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común. — La Plata, 1930. *Cuadernos de temas para la escuela primaria de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata.* [Reproducido en RdE, 31 de diciembre de 1932, año IV, núm. 16; en RepAm a partir de mayo de 1933; y, con el título de *La enseñanza literaria en la escuela*, brevemente retocado, en el *Boletín de la Unión Panamericana*, serie sobre educación, núm. 88, Washington, 1933.]

Música popular de América. — *Conferencias, Primer ciclo* de la Biblioteca del Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, La Plata, 1930, I, 177-236.

Danza y canción de América. — Nac, 2 de marzo de 1930.

Datos sobre el teatro en la América Latina. — Mont, junio y agosto de 1930, núms. 1 y 2.

1931

Letras y normas. — Nac, 18 de enero de 1931.

Clásicos de América: I, *Juan Ruiz de Alarcón*. — CurCon, julio de 1931, I, núm. 1, 25-37.

Clásicos de América: II *Sor Juana Inés de la Cruz*. — CurCon, septiembre de 1931, I, núm. 3, 227-249. [Reproducido en L y P, 1932, X, nº 7, 1-18 y en An, diciembre de 1933, II, núms. 9-10.]

Martí. — Sur, 1931, núm. 2, págs. 220-223. [Reproducido en el *RepAm*, 18 de julio de 1931, XXIII, pág. 33.]

Dos vidas: Ibsen y Tolstoy. — Nac, 20 de diciembre de 1931.

1932

Sobre la literatura colonial en América. — LD, 1932.

Alarcón y el espíritu mexicano. — L y P, abril de 1932.

Reseña de Francis de Miomandre, LEF, octubre de 1932.

El modelo estrófico de los layes, deçires y canciones de Rubén Darío. — RFE, 1932, XIX, 421-422. [Reproducido en *Rep. Am*, 1934, XXVIII, 143.]

Wos y Gil y los pinos del Niágara. — Ba, 1932. [Reproducido en Soc, 1932. ¿Es el artículo titulado *Heredia y los pinos del Niágara*, RepAm, 1932, XXIV, pág. 124?]

Emiliano Tejera, *Palabras indígenas de la Isla de Santo Domingo*. Prólogo de P.H.U., Santo Domingo, 1933.

Nicolás Ureña de Mendoza, *Poesías*. — Coleccionadas por P.H.U. Santo Domingo, 1933. 30 págs. mimeografiadas.

1934

Raza y cultura. — RepAm, 6 de enero de 1934, XXVII, 3. [Palabras en nombre de la Universidad de La Plata el 11 de octubre de 1933 con motivo del Día de la Raza. Reproducidas en An, con el título de *Raza y cultura hispánicas*, 1934, III, núm 8.]

Comienzos del español en América. — Nac, 18 de febrero de 1934.

La poesía popular [*dominicana*]. — Ba, 14 y 21 de abril de 1934, núms. 189-191.

Observaciones sobre el español en México. — IL, julio-octubre de 1934, II, núms. 3-4, 188-194.

La colección latinoamericana [de la *Biblioteca de la Universidad de La Plata*]. — BULP, 1934, núm. 4.

Conferencias. — [Sobre las que se dieron en la Sociedad de Conferencias de México hacia 1908]. LyP, 1934, XII, núm. 5. [Este artículo se publicó mucho antes en México en RM.]

En mi tierra... — RepAm, 1934, XXIX, 331.

Casa de apóstoles. — Nac, 18 de noviembre de 1934. [Reproducido en RepAm, 16 de marzo de 1935, XXX, 173.]

Mario Ible. *Plenitud de goce y lágrima*. Poesías. Prólogo de P.H.U. — Santo Domingo, 1934.

Sobre: Samuel Montefiore Waxman, *A bibliography of the belles lettres of Santo Domingo*. — RFE, XXI, 1934, 293-309. (En colaboración con Gilberto Sánchez Lustrino).

1935

Palabras antillanas en el diccionario de la Academia. — RFE, 1935, XXII, núm. 2, 175-184. [Reproducido en BADL, abril de 1942, núm. 7.]

Escritores españoles en la Universidad de México. — RFE, 1935, XXII, 60-65. [Reproducido en Cl, julio-agosto de 1935, 103-106.]

Comienzos del español en América. — CurCon, IV, 1935, 12, págs. 1234-1259.

Enriquillo. — Nac, 13 de enero de 1935.

Poesía contemporánea. — Nac, 31 de marzo de 1935. [Sobre la *Antología de la poesía española e hispanoamericana* de Federico de Onís] [Reproducido en RepAm, junio de 1935, XXX, 332].

Ciudadano de América (Eugenio María de Hostos). — Nac, 28 de abril de 1935. [Sirvió de prólogo a la *Moral social*, Buenos Aires, 1939, y a la edición francesa de *Essais*, París, 1936.]

Poesía tradicional. — Nac, 4 de agosto de 1935. [Comentarios a la antología de Dámaso Alonso, *Poesía de la Edad Media y poesía tradicional*. Incluído en *Plenitud de España*, págs. 131-138.]

Esplendor, eclipse y resurgimiento de Lope de Vega. — Nac, 25 de agosto de 1935. [Incluído en *Plenitud de España*, págs. 42-49.]

Raza y cultura hispánica. — LV, 13 de octubre de 1935.

España y la cultura moderna. — Nac, 10 de noviembre de 1935. [Reproducido en Ba, 18 y 25 de enero de 1936, núms. 282 y 283, y con retoques en CurCon [*Cultura española*] diciembre de 1938, VII, núm, 9, 861-867; después incluído en *Plenitud de España*, págs. 7-15].

Erasmistas en el Nuevo Mundo. — Nac, 8 de diciembre de 1935. [Reproducido en Ba, 22 de febrero de 1936, núm. 11, y en CDC, 2, 1943.]

Lope de Vega. Tradición e innovación. — Sur, 1935, núm. 14, 47 y sigs. [Incluído en *Plenitud de España*, págs. 42-49.]

Problemas del verso español. — CurCon, 1935, núm. 5.

Bernard Shaw, I, Vida y obra; II, Shaw y la economía política; III, Filosofía y estética. — CurCon, 1935, III, núm. 6, p. 594-608; núm. 8, p. 786-795; y núm. 11, p. 1155-1164. [Resúmenes de Enrique Anderson Imbert. Reproducido en RepAm, mayo de 1936, XXXI, 257, 296 y 325.]

1936

La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo. Buenos Aires, 1936. BDH, Anejo II.

Problemas del verso español. La versificación fluctuante en la poesía de la Edad Media (1100-1400). — CurCon, 1936, IX, 491-505.

Sobre literatura colonial en América. — RFE, 1936, XXIII, 410-413.

El teatro de la América Española en la época colonial. — Cuadernos de Cultura teatral del Instituto Nacional de Estudios de Teatro, Buenos Aires, núm. 3, 1936, págs. 9-50. [Conferencia pronunciada el 21 de septiembre de 1936 en el Teatro Nacional de Comedia.]

Camino interior [Sobre la novela americana]. — Sur, enero de 1936, núm. 16, 76-77. [Reproducido en RepAm, 1936, XXXI, 213.]

Don Ramón del Valle-Inclán. — Nac, 26 de enero de 1936. [Reproducido en RepAm, 1936, XXXI, 213.]

El maestro de Cuba: Enrique José Varona. — Nac, 15 de marzo de 1936. [Reproducido en RevC, 1936, V, 193-199, y en Ba, 1936, y en Rep Am, 1936, XXXI, 305.]

Paisajes y retratos. — Nac, 31 de mayo de 1936.

Chesterton. — Nac, 26 de julio de 1936 [Reproducido en Un, febrero de 1937, III, núm. 13 y en RepAm, 1937, XXXIII, 24.]

Dos valores hispanoamericanos: Sanín Cano y Enrique Díez Canedo. — Sur, agosto de 1936, núm. 23, 133-136.

La América española y su originalidad. Nac, 27 de septiembre de 1936.

Filosofía y originalidad [Sobre Aníbal Sánchez Reulet]. — Sur, septiembre de 1936, núm. 24, 124-127.

Palabras pronunciadas en el Primer Congreso Gremial de Escritores. — Sur, noviembre de 1936, núm. 26, 140-141.

Teatro hispano-indígena. — Nac, 22 de noviembre de 1936.

Un maestro. — RepAm, 1936, XXXII, 361.

Eugenio María de Hostos, *Essais*. Traduit de l'espagnol par Max Daireaux avec un Avant-propos de P.H.U., 7-13, et une Notice biographique de A. S. Pedreira. — París, 1936, 282 págs.

1937

Cultura española de la Edad Media desde Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos, en *Historia de la Nación Argentina*, dirigida por Ricardo Levene, Buenos Aires, 1937, II, 175-209. [Incluído en *Plenitud de España*, págs. 85-127.]

Bibliografía de la literatura en la América Española publicada bajo la dirección de P.H.U., BICLA, 1937, I, p. 30-32 y 53-61 (*Sor Juana Inés de la Cruz*); 1938, II, núm. 7, p. 67-70, núm. 8, p. 74-78 y núm. 10, p. 97-103 (*Juan Ruiz de Alarcón*); p. 125-128.

Problemas del español en México. — IL, IV, 56-57 [Sobre el libro de Jesús González Moreno, *Etimologías del español.*]

El español en la zona del mar Caribe. — Nac, 1° de agosto de 1937.

El español en Méjico y sus vecindades. — Nac, 5 de septiembre de 1937.

Genaro Estrada. — Sur, octubre de 1937, núm. 37, 85-86.

Las Universidades. — AUSD, 1937, 70-77. [Capítulo de *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo.*]

La vida del Lazarillo de Tormes, edición de Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires, 1937. Colección Universal.

1938

Para la historia de los indigenismos. Papa y batata. El enigma del aje. Boniato, Caribe. Palabras antillanas. — Buenos Aires, 1938. BDHA, anejo III.

El español en México, los Estados Unidos y la América Central: Trabajos de E. C. Hills, F. Semeleder, Charles Carrol Marden, Manuel G. Revilla, Alois R. Nykl, Karl Lentzner, Carlos Gagini y Rufino José Cuervo, con anotaciones de P. H. U., *BDH*, 1938, IV.

Gramática castellana. Primer curso. Buenos Aires, 1938. Segunda edición corregida, 1941; tercera edición, 1943; cuarta edición, 1943; quinta edición, 1945; y sexta edición, 1946. (En colaboración con Amado Alonso.)

El idioma español y la historia política. — CIHA, 1938, III, 667-677.

El enigma del aje. — RAA, 1938, V, núm. 4, 209-221. [Hay tirada aparte. Incluído en *Para la historia de los indigenismos*, 1938.]

Caribe. — Nac, 19 de junio de 1938.

Historia de palabras. — Nac, 24 de julio de 1938.

La planta enigmática. — Nac, 4 de septiembre de 1938.

Juan Ruiz de Alarcón, *La verdad sospechosa*. Edición al cuidado de Pedro Henríquez Ureña y Jorge Bogliano. Buenos Aires, 1938. La Introducción es de P. H. U.

Poema del Cid. Texto antiguo de la edición de Ramón Menéndez Pidal y versión en romance moderno de Pedro Salinas. Introducción de P. H. U., págs. 7-9. Buenos Aires, 1938, *Las Cien Obras Maestras*, de la Literatura y del Pensamiento universal publicadas bajo la dirección de P. H. U., 1, Editorial Losada.

Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*. Introducción de P. H. U., págs. 7-10. — Buenos Aires, 1938, *Las Cien Obras Maestras*, 2.

Fernando de Rojas, *La Celestina o Comedia de Calixto y Melibea*. Introducción de P. H. U., págs. 7-13. — Buenos Aires, 1938, *Las Cien Obras Maestras*, 4. [Incluída en *Plenitud de España*, págs. 139-143.]

Homero, *La Odisea*. Traducción de Luis Segalá y Estalella. Introducción de P. H. U., págs. 3-14. — Buenos Aires, 1938, *Las Cien Obras Maestras*, 5.

Lope de Vega, *Fuenteovejuna, Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, y *El mejor, alcalde el Rey*. Introducción de P. H. U., págs. 7-10. — Buenos Aires, 1938. *Las Cien Obras Maestras*, 6. [Incluída la introducción con el título de *Las tragedias populares de Lope*, en *Plenitud de España*, págs. 155-157.]

Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras escogidas de...*, Prólogo (págs. 7-43) y edición de Pedro Henríquez Ureña y Patricio Canto. — Buenos Aires, 1938, *Colección Austral*.

1939

Gramática castellana. Segundo curso. — Buenos Aires, 1939. Segunda edición corregida, 1941; tercera edición, 1943; cuarta edición, 1943; quinta edición, 1945 y sexta edición, 1946. (En colaboración con Amado Alonso.)

Antología clásica de la literatura argentina. — Buenos Aires, 1939. (En colaboración con Jorge Luis Borges.)

Ello. — RFH, 1939, I, 3, 209-229. [Reproducido en BADL, julio-noviembre de 1942, núms. 8-9.]

Biografía mínima: Eugenio María de Hostos, 1839-1939. — BICLA, enero-febrero de 1939, III, 133.

Centenarios. — Sur, agosto de 1939, núms. 59, 52-54.

De la vida de Shakespeare. — Nac, 10 de septiembre de 1939.

Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*. Introducción de P. H. U., págs. 7-9. — Buenos Aires, 1938-1939, 2 vols., *Las Cien Obras Maestras*, 7. [Incluída la introducción en *Plenitud de España*, 151-154.]

Infante Juan Manuel, *Libro de los ejemplos del conde Lucanor y de Patronio*. Introducción de P. H. U., págs. 7-12. — Buenos Aires, 1939. *Las Cien Obras Maestras*, 9.

Homero, *La Ilíada*. Introducción de P. H. U., págs. 7-19. — Buenos Aires, 1939. *Las Cien Obras Maestras*, 11.

Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño, El alcalde de Zalamea, El mágico prodigioso*. Introducción de P. H. U., págs. 7-10. — Buenos Aires, 1939, *Las Cien Obras Maestras*, 13. [Incluída la introducción en *Plenitud de España*, págs. 163-165.]

Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla, El condenado por desconfiado, La prudencia en la mujer*. Introducción de P. H. U., págs. 7-15. — Buenos Aires, 1939, *Las Cien Obras Maestras*, 14. [Incluída la *Introducción* en *Plenitud de España*, págs. 159-161.]

Luis de Góngora, *Romances y letrillas*. Introducción de P. H. U., págs. 7-9. — Buenos Aires, 1939. *Las Cien Obras Maestras*, 15. [Incluída la introducción en *Plenitud de España*, págs. 167-170.]

Luis de Góngora, *Poemas y sonetos*. Introducción de P. H. U., págs. 7-9. — Buenos Aires, 1939. *Las Cien Obras Maestras*, 16. [Incluída la introducción en *Plenitud de España*, págs. 167-170.]

Plutarco, *Vidas paralelas*. Introducción de P. H. U., págs. 7-18. — Buenos Aires, 1939, *Las Cien Obras Maestras*, 17.

Jean Racine, *Fedra, Andrómaca, Británico, Ester*. Introducción de P. H. U., págs. 7-22. — Buenos Aires, 1939, *Las Cien Obras Maestras*, 21.

José Martí, *Nuestra América*, con introducción de Pedro Henríquez Ureña, págs. 7-9. — Buenos Aires, 1939, *Grandes escritores de América*, Editorial Losada.

Eugenio María de Hostos, *Moral social*, con introducción de Pedro Henríquez Ureña, págs. 7-13. — Buenos Aires, 1939, *Grandes Escritores de América*.

Sobre: Alfonso Par, *Shakespeare en la literatura española*. — RFH, 1939, I, págs. 393-394.

Sobre: Ramón Menéndez Pidal, *Poesía árabe y poesía europea*. — RFH, 1939, I, págs. 285-289.

1940

El español en Santo Domingo. — Buenos Aires, 1940, BDH, V.

Plenitud de España. Estudios de historia de la cultura. — Buenos Aires, 1940; segunda edición con correcciones y adiciones, 1945.

Historia contemporánea de la isla de Santo Domingo. La República Dominicana desde 1873 hasta nuestros días, y *Puerto Rico en el siglo XX*, en *Historia de América* publicada bajo la dirección general de Ricardo Levene, XI, *América Contemporánea*, págs. 463-488 y 489-501.

La emancipación y primer período de la vida independiente en Santo Domingo, en *Historia de América* publicada bajo la dirección general de Ricardo Levene, VII [*Independencia y organización constitucional*], págs. 381-425, Buenos Aires, W. M. Jackson, 1940.

Cosas de las Indias. — Nac, 4 de febrero de 1940.

Tierra lejana. — Nac, 7 de abril de 1940.

Barroco de América. — Nac, 23 de junio de 1940.

Debates sobre temas sociológicos: En torno a «Defensa de la República». — Sur, agosto de 1940, núm. 71, págs. 86-104.

Debate sobre Relaciones interamericanas. — Sur, septiembre de 1940, núm. 72, págs. 100-123.

La América Española y su originalidad. — Nac, 27 de septiembre de 1940.

Francisco de Quevedo Villegas, *El Buscón y escritos breves*. Introducción de P.H.U., págs. 7-8. — Buenos Aires, 1940, *Las Cien Obras Maestras*, 28.

Santa Teresa de Jesús, *Las moradas o Castillo interior y Conceptos del amor divino*. Introducción de P.H.U., págs. 7-9. — Buenos Aires, 1940, *Las Cien Obras Maestras*, 29.

Molière: *Tartufo. La escuela de los maridos. El burgués gentilhombre*. Introducción de P.H.U., págs. 7-16. — Buenos Aires, 1940, *Las Cien Obras Maestras*, 30.

Shakespeare, *Hamlet*. — Introducción de P.H.U., págs. 7-9. — Buenos Aires, 1940, *Las Cien Obras Maestras*, 34.

Sobre: Halfdan Gregersen: *Ibsen and Spain. A study in comparative drama*. — RFH, 1940, II, 58-64.

Sobre: Sister Mary Paulina Saint Amour, *A study of the villancico up to Lope de Vega: its evolution from profane to sacred themes, and specifically to the Christmas carol*. — RFH, 1940, II, 72-73.

Sobre: Jefferson Rea Spell, *Mexican literary periodicals of the twentieth century*. — RFH, 1940, II, 407-408.

1941

Literatura de Santo Domingo y Puerto Rico, en *Historia universal de la literatura*, de Santiago Prampolini, t. XII, Buenos Aires, 1941, págs. 77-95.

Literatura de la América Central, en *Historia universal de la literatura*, de Santiago Prampolini, t. XII, Buenos Aires, 1941, págs. 105-121.

Palabras americanas en la despedida de un buen americano. — Publicaciones de la Universidad Popular Alejandro Korn. La Plata [1941. Versión de las palabras que pronunció P.H.U. Sobre la cultura hispanoamericana.]

Debates sobre temas sociológicos: Acerca de «Los irresponsables» de Archibald Mac Leish. — Sur, agosto de 1941, núm. 83, págs. 99-126.

Debates sobre temas sociológicos: ¿Tienen las Américas una historia común? — Sur, noviembre de 1941, núm. 86, págs. 83-103.

Sobre: *Concerning Latin American culture*, Papers read at Byrdcliffe, Woodstock, New York, August 1939, and edited by Charles C. Griffin. — RFH, 1941, III, 279-281.

Sobre: José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*. — RFH, 1941, III, 396-398. [En colaboración con Raimundo Lida.]

1942

Influencia del descubrimiento en la literatura. — Sur, 1942, 98, págs. 11-15. [Coloquios sobre el descubrimiento de América patrocinado por la Institución Cultural Española.]

La versificación de Heredia. — RFH, 1942, IV, 171-172.

Desagravio a Borges. — Sur, 1942, núm. 94, pág. 13.

Debates sobre temas sociológicos: el problema Gandhi. — Sur, noviembre de 1942, núm. 98, págs. 81-97.

Sobre: *Revista de Literatura Mexicana*, México, 1940, I, 1 y 2. — RFH, 1942, IV, págs. 98-100. [Breve reseña de artículos de Francisco Pérez de Salazar, Antonio Castro Leal, José Rojas Garcidueñas, Antonio Caso, Manuel Toussaint, Ernest R. Moore y Ambrosio Ramírez.]

Sobre: Flérida de Nolasco, *La música en Santo Domingo y otros ensayos*. — RFH, 1942, IV, 190.

Sobre: J. Lloyd Read, *The Mexican historical novel, 1826-1910*. — RFH, 1942, IV, 188-189.

Sobre: Georgiana Goddard King, *Heart of Spain*. — RFH, 1942, IV, 292-294.

Sobre: Victoria Ocampo, *Testimonios, Segunda serie*. — Sur, 1942, 89, págs. 65-67.

Archibald Mac Leish, *Los irresponsables*. Traducción de P.H.U., Pedro Lecuona y Francisco Aguilera. — Buenos Aires, Editorial Losada, 1942.

1943

El Arcipreste de Hita. — Sur, noviembre de 1943, núm. 109, págs. 7-25. [Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, el 17 de septiembre de 1943. Incluída en *Plenitud de España*, segunda edición.]

Guillermo Valencia. — BAAL, julio-septiembre de 1943, XI, núm. 43, págs. 617-618.

Sobre: Jorge Manrique, *Cancionero*. Estudio, edición y glosario por Augusto Cortina. — RFH, 1943, V, 72-73.

Sobre: Louis H. Gray, *Six romance etymologies*. — RFH, 1943, V, 100-101.

1944

La literatura en los periódicos argentinos [Trabajo de investigación dirigido por P.H.U]. — RUBA, tercera época, 1944, año II, núm. 4, págs. 245-258; año III, núm 1, págs. 41-53, núm. 2, págs. 237-267 y núm. 4, págs. 259-283; 1946, año IV, núm. 1, págs. 85-124.

Papa y batata. Notas adicionales. [I, de Vicente Llorens Castillo, y II, de P.H.U]. — RFH., 1944, VI, 387-394.

Rufino José Cuervo. — BAAL, 1944, XIII, núm. 49, págs. 607-698.

The English Poets in Pictures, Letters of John Keats. — Sur, diciembre de 1944, núm. 12, págs. 59-60.

Sobre: Alexander A. Parker, *The allegorical drama of Calderón. An introduction to the autos sacramentales*. — RFH, 1944, VI, 197-199.

Sobre: Emilio Rodríguez Demorizi, *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo*. — RFH, 1944, VII, 409-410.

1945

Literary currents in Hispanic America. — Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1945.

La cuaderna vía. — RFH, 1945, VII, 45-47.

Perfil de Sarmiento. — [Traducción española de un fragmento del capítulo correspondiente de *Literary currents*...]. — CuA, septiembre-octubre de 1945, año IV, núm. 5, págs. 199-206.

Pasado y presente. — Nac, 25 de febrero de 1945. [Reproducido en CDC, núm. 22, 1945.]

Cinquenta anos (Influencia de Santo Domingo na cultura de Cuba). En *A Manhã*. Rio de Janeiro, 5 mayo de 1945. (Traducción de Acácio França). [Este artículo fué escrito en Buenos Aires, mayo de 1944.]

Sobre: Remigio Hugo Pane, *English translations from the Spanish, 1484-1943. A bibliography*. — RFH, 1945, VII, 71-74.

Sobre: Lawrence B. Kiddle, *The Spanish word «jícara»: A word history. With an appendix...* — RFH, 1945, VII, 288-290.

1946

Esta carta... RepAm, 1945, XLI, 252.

Páginas escogidas. — México, 1946. Publicado por la Secretaría de Educación Pública, con prólogo de Alfonso Reyes. La selección es de José Luis Martínez. Vol. 109 de la Biblioteca Enciclopédica Popular. (XIV-95 págs.)

Ensaio sobre Lope de Vega. (Traducción de Acácio França.) En *Pensamento da América*, Rio de Janeiro, 2 de junio de 1946.

Breve historia de la cultura en la América Latina. [Obra inédita, terminada pocos días antes de su muerte, para la Oxford Press.]

J. C.-B.

RUDOLPH SCHEVILL

1874-1946

Rudolph Schevill ha muerto el 17 de febrero de 1946 en Berkeley, en su Universidad de California, donde enseñó español durante más de tres décadas.

Graduado en Yale, Schevill perfeccionó sus estudios en Alemania — de Munich es su tesis doctoral, presentada en 1898 — y en Francia y España. En su patria enseñó luego diversas lenguas modernas, pero no tardó en dedicarse especialmente a las románicas, y en Yale fué *assistant professor* de español, hasta 1910. Al español se consagra Schevill desde ese año, en que se traslada como profesor titular a la Universidad de California. El estudio de la cultura y las

letras de España — principalmente en los siglos XVI y XVII — tendrá desde entonces en Schevill un maestro de altísima autoridad. De 1913 es su libro sobre *Ovid and the Renascence in Spain* (en la serie de las *University of California Publications in Modern Philology*), bello y documentado análisis de las influencias clásicas en la literatura española, desde el Arcipreste hasta la época barroca.

Ya por entonces había publicado, y siguió publicando luego, buen número de trabajos sobre variados aspectos de la lengua y literatura españolas y de su enseñanza. En 1907 apareció en *Romanische Forschungen*, XX, su ensayo *On the influence of Spanish literature upon English in the early 17th century*; en 1910 su nota sobre *La vida es sueño*, en *Modern Language Notes*, XXV; al año siguiente, en la *Revue Hispanique*, XXIV, su edición de *El buen aviso y portacuentos* de Timoneda, y en 1915 sus *Cuatro palabras sobre «Nadie»*, en el vol. I de la *Revista Crítica Hispanoamericana*. Desde hacía mucho tiempo colaboraba Schevill en la difusión de los estudios de español con sus ediciones anotadas de Valera, Núñez de Arce y Pedro Antonio de Alarcón; a esta línea de intereses responden también otros trabajos suyos, como *An impression of the condition of Spanish American libraries*, en *Modern Language Notes*, 1905, XX, y *Menéndez Pelayo y el estudio de la cultura española en los Estados Unidos*, Santander, 1919.

El teatro español de la época clásica fué tema que estudió Schevill con especial predilección: recordemos su artículo sobre *The «Comedias» of Diego Ximénez de Enciso*, en *Publications of the Modern Language Association*, 1903, XVIII, págs. 194-210; *On the bibliography of the Spanish comedia*, en *Romanische Forschungen*, 1907, XXIII, págs. 321-337; *The dramatic works of Luis Vélez de Guevara: their plots, sources and bibliography*, en *University of California Publications in Modern Philology*, 1937, XIX, a base de los materiales dejados por Forrest Eugene Spencer a su muerte, y *The dramatic art of Lope de Vega*, estudio que acompaña a la edición anotada de *La dama boba*, University of California Press, Berkeley, 1918, y en que Schevill examina con su habitual sagacidad la actitud de Lope ante la tradición clásica, no sólo en lo que expresamente rechaza o admite el poeta como expositor de su propio arte dramático, sino en la efectiva contextura de su obra, en sus temas, sus personajes y su estilo.

Durante muchos años ahondó Schevill en el estudio de Cervantes, y particularmente en el de las influencias sobre él ejercidas por la antigüedad clásica y por las literaturas extranjeras — tema también tratado en su *Ovid and the Renascence in Spain* —. Mientras publicaba su serie de *Studies in Cervantes*: «*Persiles y Sigismunda*», entre 1906 y 1908, sus observaciones sobre *El curioso impertinente*, en la *Revue Hispanique*, 1910, XXII, págs. 447-453, y sus *Three centuries of Don Quixote*, en *University of California Chronicle*, 1913, XV, fué madurando Schevill un libro orgánico, *Cervantes* (New York, 1919), en que lo biográfico y lo crítico se articulan armoniosamente, con apoyo en una vasta y minuciosa erudición. Desde hacía unos años había emprendido, con Bonilla y San Martín, la publicación de las obras completas de Cervantes. Cuatro volúmenes de la magnífica edición aparecieron en 1914: *La Galatea* y *Persiles*. Siguieron las *Comedias y entremeses*, seis volúmenes, entre 1915 y 1922; el *Viaje del Parnaso*, también de 1922, y los tres tomos de las *Novelas ejemplares*, 1922-1925. En 1928 comenzó Schevill (Bonilla había muerto dos años antes) la publicación del

Quijote, con cuyo volumen cuarto, y décimooctavo de la colección, quedó ésta terminada [1]. Gracias al saber y al esfuerzo de Schevill contamos así con un texto de Cervantes escrupulosamente establecido, y acompañado de sólidas observaciones sobre la estructura de las distintas obras, sobre sus fuentes, sobre sus referencias a la vida del autor y a los sucesos, costumbres e ideas de su tiempo. Una edición, en suma, que es testimonio de amor a Cervantes e instrumento irreemplazable para la inteligencia de su obra y para su ulterior investigación.

No podemos mencionar aquí todos los artículos y notas de Rudolph Schevill, pero bastarán los citados para dar idea de lo que a su saber y laboriosidad debe el conocimiento de la lengua y literatura españolas. La *Revista de Filología Hispánica*, que tuvo a honra contarlo entre los miembros de su comité de redacción, rinde aquí homenaje al *profesor emeritus* de la Universidad de California, altísimo representante del hispanismo en los Estados Unidos y maestro inolvidable de tantas generaciones de estudiosos.

MATTEO GIULIO BARTOLI

1873-1946

El 23 de enero, a los setenta y tres años, falleció, en Turín, Matteo Giulio Bartoli. Nacido en Albona (Istria), hizo sus estudios en Viena; luego, durante algunos años, fué *lector* de lengua italiana con Gustav Gröber en la universidad de Estrasburgo. Cuando, en 1907, se hizo cargo de la cátedra de lingüística de Turín — la mantuvo durante casi cuarenta años, hasta el último día de su vida — Bartoli era conocido como uno de los alumnos más destacados de Meyer-Lübke. Su disertación de doctorado había presentado a los romanistas la primera descripción científica y — debido a lo escasos y fragmentarios que son los materiales — casi la reconstrucción histórica del dalmático; en colaboración con Braun había traducido y reducido para el público italiano la *Italienische Grammatik* del maestro. Con los primeros años de su enseñanza universitaria, el interés de Bartoli se concentra más bien sobre los problemas de cronología y de método, en los cuales debían polarizarse las inquietudes y las características de su espíritu.

Nace de allí una larga serie de ensayos dirigidos primero a determinar la cronología y el origen de las innovaciones de la Romania, luego a encontrar en la diferente distribución de ellas un criterio para caracterizar sus variedades idiomáticas. Estas monografías son fundamentales dentro del largo y complejo esfuerzo de la lingüística comparada por llenar realísticamente el cuadro de la prehistoria románica. Al mismo tiempo inician un tipo de comparación fundada sobre la estricta observación de las áreas geográficas, que Bartoli incansablemente elaboró durante toda su vida con el intento de elevarlo a un sistema de «normas» capaz de encontrar dentro de la complejidad de cualquier hecho lingüístico los elementos que son relevantes y probatorios para su colocación cronológica. La intención esencialmente reconstructiva y paleontológica con la cual

[1] Próximamente se publicará un tomo de índices.

Bartoli practicó la geografía lingüística hizo de él uno de los primeros que hayan extendido el método geográfico al campo indoeuropeo. Con una serie de investigaciones paralelas a la anterior tomó parte notable y original en la labor de precisación cronológica y estratigráfica que caracteriza la comparación indoeuropea más reciente. Ya se habían apagado las polémicas a través de las cuales Bartoli había encontrado su camino; sus principios, ahora, acaban por aparecerse como una piedra de toque que le permite revisar desde los cimientos hasta el techado todos los resultados de la gramática comparada. Con este espíritu crítico e innovador tercia en las discusiones sobre el origen de las lenguas americanas y esboza una crítica de la teoría monogenética de Trombetti.

El esquema más abstracto de método comparativo es legítimo y fecundo cuando arraiga en una visión concreta del lenguaje. El álgebra de los criterios cronológicos por medio de los cuales Bartoli consigue su cuadro de la expansión lingüística teoriza, y descompone con cristalina claridad, una visión del lenguaje como lucha de prestigio e imitación y gira alrededor de la realidad viva de un problema histórico: los orígenes romanos e italianos de su tierra natal, región fronteriza abierta a todas las contiendas de idiomas y de nacionalidades. Desde el *Dalmatico* hasta su último escrito, Bartoli no se cansó de aclarar estos orígenes. La visión de un latín esencialmente expansionista tal vez corría el riesgo de poderse interpretar en sentido imperialista y nacionalista; no olvidemos que Bartoli se dió cuenta de ello y se mantuvo cuidadosamente en los campos elíseos de la historia: era sobre todo y ante todo un lingüista.

Tenía un temperamento emocional, como de artista. No tanto en la cátedra o en la mayoría de sus escritos como en la conversación, en las discusiones, en las tertulias de café, chispeaba el fuego encubierto. Su labor de tantos años como codirector del *Archivio Glottologico Italiano*, la lenta preparación del plan del *Atlante Linguistico Italiano*, cuyas bases teóricas defendió obstinadamente y que llevó casi a su realización a pesar de enormes dificultades, quedan como testimonio duradero de una firmeza de convicción que sólo un concepto altísimo de la ciencia podía sustentar [1].

B. T.

[1] Bibliografía sumaria:

Das Dalmatische, Viena, 1906 (*Schriften der Balkancomission. Linguistische Abteilung* IV, 5); *Grammatica storico-comparata della lingua italiana e dei dialetti toscani*, Torino, 1900. *Alle fonti del neolatino*, en *Miscellanea Hortis*, Trieste, 1910; *Per la storia del latino volgare*, en *Archivio glottologico italiano*, XXI (1927), págs. 1-58; *Caratteri fondamentali delle lingue neolatine*, ibid., XXVIII, págs. 97-133; XXIX (1937), págs. 1-20; *La spiccata individualità della lingua rumena*, en *Studi romeni*, I (1927), págs. 20-34; *Fatti caratteristici della romanità della penisola iberica*, en *Atti del I° congresso di studi romani*, 1928, págs. 391-393; *Caratteri fondamentali della lingua nazionale italiana e delle lingue sorelle*, en *Miscellanea della Facoltà di Lettere*, etc., Torino, I (1936), págs. 69-105; *L'italianità del sardo, del dalmatico e del ladino*, en *Atti del IV° congresso di studi romani*, 1938. — *Introduzione alla neolinguistica (Principi, scopi, metodi)*, Genève, 1925; *Substrato, superstrato, adstrato, V° Congrès... des linguistes. Extrait des rapports*, Bruges, 1939, págs. 59-65; *I riflessi di «afflare» e «conflare» nell' Italia meridionale. Questioni di metodo*, en *Atti della Accademia delle Scienze di Torino* LXXV (1939); (en colaboración con G. Vidossi) *Lineamenti di linguistica spaziale*, Torino, 1943. — *Le sonore aspirate e le sonore assordite dell'*

ario-europeo e l'accordo loro col ritmo, en *Silloge... Ascoli*, Torino, 1929, págs. 63-130; *Ancora « deus » e « theós » e una legge del ritmo ario-europeo*, en *Rivista di filologia classica*, CVI, págs. 423-453; *Studi sulla stratificazione dei linguaggi ario-europei*, en *Archivio* cit., XXV (1933), págs. 1-51; XXVI, págs. 1-42 (germánico, armenio, latín); *Accordi antichi fra l'albanese e le lingue sorelle*, en *Studi albanesi* II (1932), págs. 1-73; *Der archaische Character des Westgermanischen*, en *Neuphilologus*, XXIV; *Il carattere conservativo dei linguaggi baltici*, en *Studi baltici*, III (1933), págs. 1-26, y Belicev Zbornik 1937, págs. 197-202. — *Le origini degli Indiani d'America lumeggiate dalle orez linguistiche*, en *Annali dell' Istituto... di magistero di Torino*, VII (1934), págs. 335-352; *Ancora delle origini dei linguaggi precolombiani alle luce delle norme spaziali*, en *Mélanges J. van Ginneken*, págs. 123-133; *Ario-europeo, uralico, semitico. Luci e ombre nell' opera di Alfredo Trombetti*, en *Scritto in onore di Alfredo Trombetti*, Milano, 1936, págs. 175-197.

ABREVIATURAS

DE LIBROS Y REVISTAS CITADOS EN ESTE NÚMERO

AALC — Anuario de la Academia Colombiana de la Lengua. Bogotá.
ACGV — Anales del Centro de Cultura Valenciana. Valencia.
AlAn — Al-Andalus. Madrid.
AMNAHE — Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. México, D. F.
An — Analectas. Santo Domingo.
Arch — Archipiélago. Santiago de Cuba.
ASGHG — Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Guatemala.
At — Ateneo. Santo Domingo.
AUSD — Anales de la Universidad de Santo Domingo. Ciudad Trujillo.
Ba — Bahoruco. Santo Domingo.
BAAL — Boletín de la Academia Argentina de Letras. Buenos Aires.
BADL — Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua. Santo Domingo.
BAbr — Books Abroad. Norman, Oklahoma, Estados Unidos.
BAV — Boletín de la Academia Venezolana. Caracas.
BBNM — Boletín de la Biblioteca Nacional de México. México, D. F.
BDH — Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Instituto de Filología. Buenos Aires.
BEP — Bulletin de Etudes Portugaises. Coimbra.
BF — Boletín de Filología. Montevideo.
BH — Bibliografía Hispánica. Madrid.
BibH — Biblioteca Hispana. Madrid.
Biblos — Biblos. Coimbra.
BICLA — Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana. Buenos Aires.
Bro — Brotéria. Lisboa.
BSMGE — Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Mexico, D. F.
BSS — Bulletin of Spanish Studies. Liverpool.
BULP — Boletín de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata.
BUP — Boletín de la Unión Panamericana. Washington, D. D.
CDC — Cuadernos Dominicanos de Cultura. Santo Domingo.
CCT — Cuadernos de Cultura Teatral. Buenos Aires.
CIHA$_2$ — Segundo Congreso Internacional de Historia de América. Buenos Aires, 1938.
Cl — Clio. Santo Domingo.
CLit — Cuba Literaria. Santiago de Cuba.
Cron — Crónica. Guadalajara.
CritBA — Criterio. Buenos Aires.
CuA — Cuadernos Americanos. México, D. F.
CuC — Cuba Contemporánea. La Habana.
CurCon — Cursos y Conferencias. Buenos Aires.
ECL — El Cubano Libre. Santiago de Cuba.
Escorial — Escorial. Madrid.
Esp — España. Madrid.
Fig — El Fígaro. La Habana.
For — The Forum. Nueva York.
FyL — Filosofía y Letras. México.
HARH — The Hispanic American Historical Review. Durham, North Carolina, Estados Unidos.
HdC — Heraldo de Cuba. La Habana.
HispW — Hispania. Washington, D. C.
Hisp — Hispana. Madrid.
HispCal — Hispania. Stanford, California.
HMP — Homenaje a Menéndez Pidal. Madrid, 1925.

HP — El Hijo Pródigo. México.
HR — Hispanic Review. Philadelphia.
Hu — Humanidades. La Plata.
IA — Inter America. Nueva York.
IL — Investigaciones Lingüísticas. México.
Insu — Ínsula. Buenos Aires.
JAF — The Journal of American Folk-Lore. Nueva York.
LaD — La Discusión. La Habana.
LCdA — La Cuna de América. Santo Domingo.
LD — Listín Diario. Santo Domingo.
LEF — L'Esprit Français. Paris.
LGrPh — Literaturblatt für Germanische und Romanische Philologie. Leipzig.
LitIn — La Literatura Internacional. Moscú.
LN — Las Novedades. Nueva York.
LPdA — La Primada de América. Santo Domingo.
LV — La Vanguardia. Buenos Aires.
LyP — El Libro y el Pueblo. México, D.F.
M — México. México, D. F.
MF — Martín Fierro. Buenos Aires.
MLJ — Modern Language Journal. Menasha, Estados Unidos.
MLR — The Modern Language Review. Cambridge. Inglaterra.
MM — México Moderno. México, D. F.
Mont — Monterrey. Río de Janeiro.
MPh — Modern Philology. Chicago.
N — Nosotros. México. D. F.
Nac — La Nación. Buenos Aires.
Neo — Neophitologus. Amsterdam.
Nos — Nosotros. Buenos Aires.
NYPL — Bulletin of the New York Public Library. Iowa.
P — Patria. Santo Domingo.
Pan — Panfilia. Santo Domingo.
PhQ — Philological Quarterly. Iowa, Estados Unidos.
PRI — Puerto Rico Ilustrado. San Juan, Puerto Rico.
RAA — Revista Argentina de Agronomía. Buenos Aires.
RAL — Revista das Academias de Letras. Rio de Janeiro.
RAMSP — Revista do Arquivo Municipal de São Paulo. São Paulo.
RCEE — Revista del Centro de Estudios Extremeños. Badajoz.
RCrit — Revista Crítica. México, D. F.
RdA — Revista de América. Paris.
RdE — Revista de Educación. Santo Domingo.
RdF — Revista de Filosofía. Buenos Aires.
RdR — Revista de Revistas. México, D.F.
RepAm — Repertorio Americano. San José, Costa Rica.
RevBAM — Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo. Madrid.
RevCu — Revista Cubana. Habana.
RevInd — Revista de las Indias. Bogotá.
RF — Romanische Forschungen. Koln.
RFCE — Revista de la Facultad de Ciencias Económicas. Buenos Aires.
RFE — Revista de Filología Española. Madrid.
RFH — Revista de Filología Hispánica. Buenos Aires-Nueva York.
RFLC — Revista de Filosofía, Letras y Ciencias. La Habana.
RLit — Revista Literaria. Santo Domingo.
RLR — Revue des Langues Romanes. Montpellier-Paris.
RM — Revista Moderna. México, D. F.
Rom — Romania. Roma.
RRQ — The Romanic Review. New York.
RUBA — Revista de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
RyL — Revistas y Libros. Madrid.
Soc — Social. La Habana.
Sur — Sur. Buenos Aires.
TLS — Times Litterary Supplement. Londres.
TMD — The Modern Dial. Chicago.
Tr — Trapalanda. Buenos Aires.
UDLH — Universidad de La Habana. La Habana.
Un — Universidad. México, D. F.
Val — Valoraciones. La Plata.
Vért — Vértice. Buenos Aires.

REVISTA HISPÁNICA MODERNA

El Hispanic Institute in the United States, de Nueva York, y el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires, editan conjuntamente la Revista Hispánica Moderna y la Revista de Filología Hispánica, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. La Revista Hispánica Moderna publica trimestralmente artículos, reseñas de libros y noticias sobre la literatura de hoy; textos y documentos para la historia literaria moderna; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en este continente; y una sección escolar dedicada a los estudiantes de español.

DIRECTOR : FEDERICO DE ONÍS

REDACTORES

AMADO ALONSO	Instituto de Filología
JOSÉ M. ARCE	Dartmouth College
ÁNGEL J. BATTISTESSA	Instituto de Filología
M. J. BENARDETE	Universidad de Columbia
JUAN GUERRERO	Universidad de Columbia
IRVING A. LEONARD	Universidad de Michigan
FÉLIX LIZASO	Dirección de Cultura, La Habana
JORGE MAÑACH	Universidad de Columbia
ARTURO MARASSO	Universidad de La Plata
JOSÉ A. ORÍA	Universidad de Buenos Aires
ÁNGEL DEL RÍO	Universidad de Columbia
F. C. TARR	Universidad de Princeton
ARTURO TORRES-RIOSECO	Universidad de Columbia

Redactor bibliográfico : SIDONIA C. ROSENBAUM

Secretario de redacción : ANDRÉS IDUARTE

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

4 dólares norteamericanos al año ; número suelto : 1 dólar
Países de habla española y portuguesa : 10 pesos argentinos al año; número suelto : 2,50 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

HISPANIC INSTITUTE — 435 WEST 117th STREET, NEW YORK CITY

INSTITUTO DE FILOLOGÍA — SAN MARTÍN 534, BUENOS AIRES

Los suscriptores y anunciantes de los países de lengua española y portuguesa deben dirigirse a la administración de Buenos Aires, y los de los Estados Unidos y demás países a Nueva York.

La correspondencia sobre asuntos de redacción debe dirigirse a Buenos Aires para la Revista de Filología Hispánica y a Nueva York para la Revista Hispánica Moderna